

Javier Arias Artacho

La
TIERRA
del
VIENTO

*Una novela llena de aventura y emoción.
Un paisaje majestuoso e inhóspito, donde
el viento susurra los secretos de una vida.*



La tierra del viento

Javier Arias Artacho



Rocaeditorial

LA TIERRA DEL VIENTO

Javier Arias Artacho

UNA FAMILIA. UN SECRETO.

LA LUCHA DE UNA MUJER POR SOBREVIVIR EN LOS CONFINES DEL MUNDO.

Sophie solo tiene dieciocho años y tendrá que afrontar una nueva vida en la lejanía de una tierra ventosa, verde y fría. La familia Summer se ha asentado en Tierra de Fuego, una región donde pocos años antes los exploradores morían de hambre o asesinados por los indígenas. Sin embargo, el mayor desafío de Sophie no será su nuevo hogar, sino ir desatando los nudos del pasado familiar.

Arropada por el cariño de un niño y por un amor que brota en medio de la soledad, Sophie irá descubriendo poco a poco lo que la familia esconde en el silencio del bosque.

ACERCA DEL AUTOR

Javier Arias Artacho nació en 1972 en Barcelona, aunque creció en Argentina, su país adoptivo. Es licenciado en Filología Hispánica y compagina su tiempo entre la docencia y la literatura, pero también con su familia. Está casado, tiene tres hijas y reside en Valencia. Su trayectoria como escritor cuenta con novelas históricas que alcanzaron el éxito de crítica y lectores, así como también de obras juveniles bien reconocidas en el mundo de la educación. Sus trabajos más conocidos son Eitana, la esclava judía y El general maldito, pero también Argentina, un sueño extinguido, La sombra de Masada, Náufragos o No cierres los ojos.

ACERCA DE LA OBRA

«La tierra del viento es una novela de ficción, pero ofrece una ambientación histórica que intenta ser fiel a la fundación de Ushuaia, desde la llegada de los misioneros anglicanos hasta la creación del penal para reincidentes.»

JAVIER ARIAS ARTACHO

Índice

[Portadilla](#)

[Acerca del autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[HACIA LOS CONFINES DEL MUNDO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[TIERRA DEL FUEGO](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[LA TIERRA OCULTA](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

LA TIERRA PROMETIDA

55

56

57

58

59

60

61

62

63

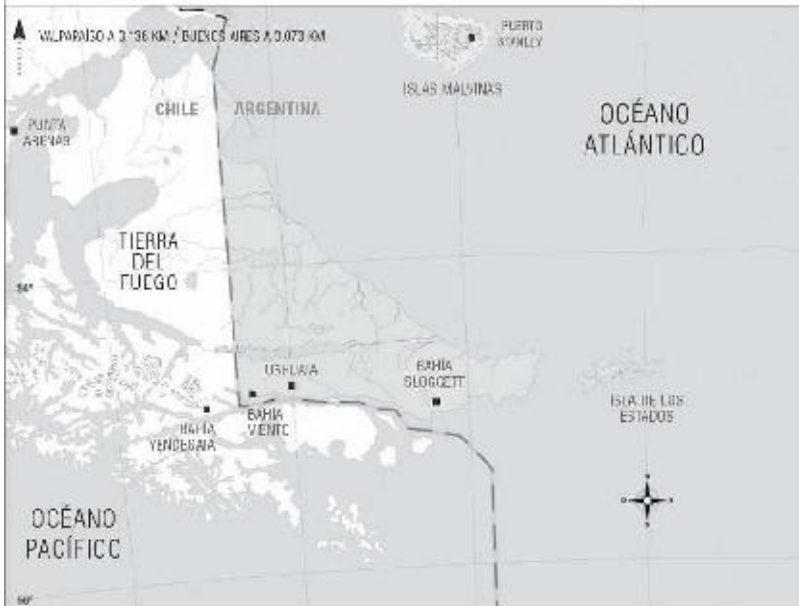
64

Epílogo

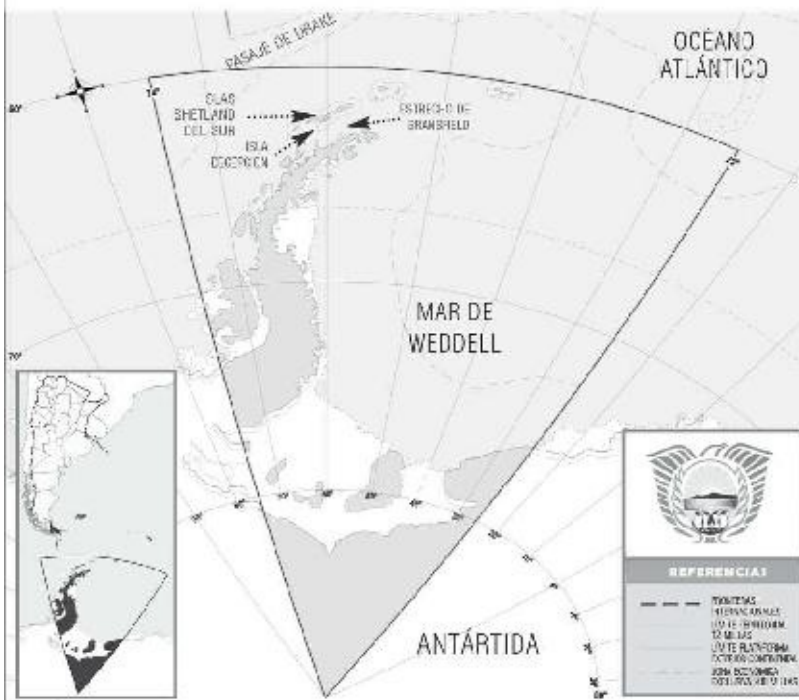
Nota del autor

Créditos

LA ISLA DE TIERRA DEL FUEGO



LA ANTÁRTIDA ARGENTINA



A mi familia, la de allá, para que sepan
de aquella Argentina que también existió

Paulatinamente las jornadas se hicieron cada vez más largas, hasta que el sol estuvo otra vez por encima del horizonte durante las veinticuatro horas del día; y aunque no se levantara mucho y las sombras continuaran siendo largas, a causa de la inclinación de los rayos, la reverberación del sol en el hielo multiplicaba el resplandor, en tanto que la ausencia de la noche contribuía a tornar la temperatura insoportablemente alta para los hombres polares, si bien no alcanzaba a derretir la costra del mar congelado.

HANS RUESCH, El país de las sombras largas

HACIA LOS CONFINES DEL MUNDO

Londres, junio de 1895

Tiempo después, cuando su pasado ya comenzara a difuminarse en la lejanía de una tierra ventosa, verde y fría, Sophie habría de recordar aquel momento como si pudiese observarlo tras un cristal. La muchacha se esforzó por retenerlo en su memoria con el obstinado esmero de quien no quiere olvidar. Sus ojos se deslizaron primero por la alfombra, luego por la repisa de la chimenea, hasta entretenerse con su caja de labores. Tenía la catedral de Saint Paul dibujada en su tapa corredera, la misma a donde solía llevarla su madre desde muy niña, y casi pudo volver a oler su atmósfera luminosa y sombría a la vez. Luego atravesaron los cristales de la ventana, tras los que trepaban los rosales, y entonces quiso no pensar más. Solo quedarse así, y que el tiempo pudiera detenerse, y que ella se detuviera allí con él.

Estuvo varios minutos en silencio, hasta que volvió a percibir la mano de su madre todavía tibia sobre la suya. Su voz parecía haberse quedado atrapada entre las paredes como un eco que poco a poco se iría amortiguando, hasta desaparecer.

«Lo siento, Sophie. De verdad.»

Se lo había repetido varias veces muy despacio.

«Lo siento, lo siento, lo siento...»

Sus ojos se pusieron vidriosos al recordarlo y sintió el vértigo del dolor en el pecho. Todo acababa de suceder, pero ella todavía estaba inmóvil.

«Solo Dios conoce nuestros destinos, ¿entiendes? No debes temerle. Ve a buscarlo, él te ayudará.»

Y, al decirlo, a su madre ya le costaba respirar. De nada había servido que Sophie negara decidida, porque su madre insistió ya tambaleándose en el mundo.

«No debes guiarte por el rencor. Es mejor que no lo juzgues.»

Y Sophie se mordió los labios y fue como si la angustia se astillara y se la

pudiese tragar. No quería que ninguna palabra se le escapase de la boca. No iba a defraudarla antes de irse. Pero ella insistió en que debía ir a verlo, que él los ayudaría. No recordaba cuántas veces había repetido aquello también, y acabó por rebelarse, porque aquel odio había nacido desde que conoció su existencia.

«Igual que lo hizo contigo, ¿verdad?»

No había querido decírselo. No. Y se arrepintió de su debilidad nada más pronunciarlo.

Su madre calló y cerró los ojos. Sophie acarició su rostro de papel y le pidió perdón. Había sido una torpeza.

«No quise, mamá. Soy una estúpida. Haré lo que quieras. Te lo juro, no te inquietes, sabes que lo haré.»

Sophie recordaría siempre aquel cuerpo enjuto extinguiéndose. Sus palabras eran jadeos y, cuando continuó, dejándose la vida, lo hizo con la lengua enmarañada en un sufrimiento que ella ansió cesara cuanto antes.

«Tienes miedo, Sophie... Estás nerviosa... Solo es eso. Busca en tu interior y no desesperes. Pase lo que pase, recuerda...»

Y Sophie intentó callarla. No quería que se consumiera suplicándole. Aquello no. Aquello no iba a permitirlo. Pero su madre todavía no había suspirado su última voluntad:

«No esperes que te ayuden si no lo haces tú primero, ¿comprendes?»

Entonces cerró los ojos y fue languideciendo como un pábilo que cimbreara sin oxígeno, lívido.

Ella pensó que ya no diría nada más...

«Busca en tu interior, Sophie. La luz está allí dentro.»

Y luego se fue.

No sabía cuánto tiempo había estado sentada junto a su madre y mirando por la ventana. El señor Borrow había entrado en la habitación y Sophie solo pudo

percibirlo cuando carraspeó junto a ella.

—Lo siento, muchacha —le dijo sin siquiera rozarla.

—Gracias, señor.

Los dos se quedaron mirándola en silencio.

—Debes decírselo a tu hermano.

—¿Dónde está?

—Ahí fuera.

La joven se irguió con dignidad y, delicadamente, repasó la humedad de sus ojos con un pañuelo bordado por ella misma. Luego se separó del lecho, abrió la puerta y vio al pequeño Thomas con sus pantaloncitos cortos y sus manos tías pegadas al cuerpo. Sophie sintió que la pena le dolía como un puñetazo en el estómago, y tuvo que hacer un esfuerzo para no sollozar.

—Mamá se ha ido, Tom. Solo es eso —suspiró—. En realidad, está como dormida.

El niño no le contestó.

—Ahora está bien. Ya no sufre. —Y su voz era un hilo.

Se arrodilló frente al pequeño y lo abrazó. Entonces las lágrimas tibias cayeron por sus mejillas.

—¿Quieres despedirte de ella?

Thomas asintió y Sophie lo condujo de la mano hasta el lecho. Su madre estaba cubierta solo por una sábana de lino blanca y su rostro se asomaba sereno, pero muy pálido y demacrado. Sus cabellos sueltos parecían largas agujas grises.

La enfermedad la había devorado con rapidez.

El pequeño la observó callado. Sus labios temblaban.

—Ahora está bien —volvió a repetirle su hermana.

El señor Borrow apretó los puños intentando estrangular su emoción y revoloteó su mirada incómoda por toda la habitación, igual que lo había hecho antes Sophie.

—La señora Lewis te ayudará —le indicó a la muchacha.

—Se lo agradezco mucho, señor Borrow —le contestó sin volverse.

—Yo me ocuparé del resto.

—Es usted muy amable.

Él se acercó lentamente hasta la chimenea y allí se detuvo acariciando sus patillas y dándoles la espalda a los dos hermanos. Luego buscó el reloj colgante alojado en uno de los bolsillos de su chaleco, lo miró y volvió a hablarle sin volverse:

—¿Tenéis algún familiar? ¿Hay alguien a quien podamos avisar?

Sophie negó con la cabeza.

—Usted ya sabe que su familia era de Gales, y allí ya solo nos quedan las hermanas de mi abuela. Y yo nunca las he conocido.

—Entiendo.

—Nosotros somos su familia, señor Borrow. No hay nadie más.

Entonces él la encaró y avanzó hacia la puerta. La desolación le pesaba entre aquellas paredes. Sophie había aprendido a conocerlo y sabía que se desharía de ellos tan rápidamente como pudiese.

Estaba incómodo y titubeaba en cada palabra:

—Pero tendrás que conocerlas, Sophie. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella acarició la nuca de Thomas e inspiró muy hondo.

—Nos iremos cuando acabe todo esto, señor Borrow.

El señor de la casa carraspeó y se llevó la mano a la cabeza para pinzarse las

sienes con los dedos.

—No quise decir eso, pequeña. Tú no tienes...

—Usted ya ha sido demasiado generoso con nosotros —lo interrumpió—. Todos estos meses cobijándonos y, además, haber tenido que traer a una nueva institutriz...

—No debes preocuparte por eso. Yo os ayudaré en todo lo que pueda.

—Lo sé —le dijo Sophie sin convicción—. Prepararé a mi madre.

Y él bajó su cabeza y los dejó allí.

Las horas siguientes gotearon tristes. El señor Borrow y su esposa corrieron con los gastos del sepelio y la velaron en su habitación. La sirvienta ayudó a Sophie a lavar su cuerpo y a prepararla para que el clérigo pudiera observarla sin mácula mientras oraba en silencio junto a la muchacha, el niño, la señora Lewis, el cochero y el señor Borrow. Aquel día Sophie se sintió más sola que nunca y, después, frente a aquella piedra blanca en el cementerio de Greenwich, supo que su vida no sería fácil. Los musgos acabarían ocultando el nombre de Anne sin que ella estuviese allí para evitarlo. Llegó a pensar que su madre podía evaporarse de su memoria y lloró sin consuelo sobre el féretro, como si bajo aquella tierra negra también fuesen a enterrar una parte de ella misma.

Sophie entendió que ya no podrían permanecer en Greenwich. Llevaban cinco años en aquella casa, desde la muerte del padre de Thomas. Se habían alojado allí a cambio de cuarenta libras al mes. Según su madre, el señor Borrow había sido demasiado generoso con ellos, pero Sophie sabía que su esposa reprobaba la excesiva lenidad de su marido y que se lo cobraba infligiéndole a Anne profundos desprecios, que esta aceptaba por necesidad. Su madre podría haber buscado un arrendamiento en Greenwich, pero no habría visto a sus hijos en casi todo el día, y el señor Borrow había insistido en que se quedaran.

Anne hubiese querido evitarlo pero no estaba dispuesta a perder su empleo. No podía permitírselo. Inglaterra estaba sumida en aquella gran depresión que se había ido agudizando en los últimos años y para su madre ya había sido una tragedia abandonar la casa del señor Buchanan. Por eso hacía malabares procurando mostrar discreción y lealtad, con un esmero que no pasaba desapercibido para la señora, quien jamás pudo discutir que Anne Collinwood

fuese una excelente institutriz para sus dos hijos. No solo dominaba disciplinas tan dispares como la geografía, la gramática, la historia, la botánica, la mineralogía o la geología, sino que también era impecable en el francés, el latín y algo de italiano.

Sin embargo, a la señora Borrow no le habría bastado con ese repertorio de aptitudes si no hubiese estado convencida de que sus hijos la adoraban y, solo por ello, había consentido a regañadientes que se quedaran tras la muerte del padrastro de Sophie. Ella había comenzado a comprender su situación durante aquellas últimas semanas, cuando su madre la envió al cajón de la cómoda para que le acercara un cuadernillo con el nombre y la dirección de la casa del reverendo Buchanan. Allí había trabajado hacía diecisiete años, antes de que ella naciera. Aquel era un pasado del que jamás había hablado a su hija. Sin embargo, cuando se quedó postrada en la cama, Anne Collinwood enfrentó a sus espectros y se confesó ante su hija, quien asistió confusa a la génesis de su familia. Sophie incluso llegó a imaginar el deseo sordo del señor Borrow al mirar a Anne, actitud que no pasaría desapercibida para su esposa. De ahí que su madre se desvelara para no desairar al señor y para evitar el odio de la señora. Quizás la amabilidad del señor Borrow fuera un traje que le sentaba muy bien, pero que no vestía en todas las circunstancias. Quizás él también supiera lo sucedido diecisiete años antes y se valió de ello para acechar a Anne Collinwood mientras ella intentaba salvaguardar su dignidad.

Sophie, durante aquellos días posteriores a su muerte, no había dejado de preguntarse por qué su madre aún le había dedicado palabras mansas al reverendo Buchanan. La convenció de que él sería imprescindible para su futuro y, como atravesada por un bisturí de arriba abajo, le narró su amor, su humillación y el alejamiento de aquella casa cercana a Hyde Park. Sin embargo, nada le mencionó de su relación con el señor Borrow. Nada confesable, ni inconfesable. Tampoco Sophie se atrevió a preguntarle. Pero cuando su madre le hizo desempolvar el cuadernillo y escribió una carta para el reverendo, ella encajó las piezas que siempre le habían pasado desapercibidas.

De modo que no tuvo ninguna duda al abandonar la casa de Greenwich, y cuando el señor Borrow se ofreció para acompañarla a la estación de King's Cross, ella se negó. Solo aceptó el coste de los billetes hasta el sur de Gales, donde descubriría los paisajes de la niñez de Anne, aquella alfombra de terciopelo verde con ovejas y pastores silbando a los perros para recoger el rebaño.

—Aquí tienes —le dijo dejando caer una bolsita con casi treinta libras—. Eran de tu madre.

—Muchas gracias, señor Borrow. —Pero no lo miró a los ojos.

—El carruaje os conducirá hasta la estación. Estoy seguro de que serás capaz de valerte por ti misma, muchacha. Tu madre te ha educado muy bien. Daréis con tus tías.

—Descuide —susurró.

Sophie se ajustó el sombrero procurando que no se deshiciese su peinado. Algunos bucles rubios se le escapaban por la frente e intentó acomodarlos con decoro.

—Le estamos muy agradecidos.

El señor Borrow carraspeó incómodo y distinguió a su esposa tras los cristales. Ni siquiera había salido a despedirse, ni había permitido que lo hicieran sus dos muchachitos. Sophie sabía que no iba a permitir ni el mínimo gesto de afecto hacia ellos.

—Anne fue una gran mujer, Sophie. Créeme que lamento mucho su muerte.

Ella forzó una sonrisa triste, extendió una mano, estrechó la del señor Borrow y se dirigió al carruaje. Thomas ya estaba sentado dentro y esperaba inquieto a su hermana. Era lo único que le quedaba en el mundo. Ella y aquel baúl negro con las iniciales de Anne Collinwood dibujadas con clavos de cobre.

No se llevó nada de aquella casa. Salvo el buen recuerdo de su madre mientras vivieron en ella. Al mirar hacia atrás, los vaivenes de la nostalgia se mezclaron con el convencimiento de que su destino no estaba allí, y quiso creer que todo acabaría teniendo sentido. Tal y como le había repetido muchas veces su madre desde niña, y esa evocación le sirvió para apretar los puños y enfrentarse a un camino que todavía nadie le había dibujado.

El carruaje rodó por un sendero empedrado durante unos quince minutos. Iban callados, abandonados al traqueteo. La mente de Sophie era un avispero de rabia y emoción, y de pronto, como si el remordimiento la atizara, metió la mano en su bolso y sacó el cuadernillo. Releyó las anotaciones confusa. Frunció la frente, miró de reojo a su hermano y con un gesto de disgusto le dijo al cochero:

—No iremos a King's Cross.

—¿Cómo dice, señorita? —El crujido de las ruedas y el trepidar de las herraduras lo hicieron gritar.

—Ya no vamos a la estación. Llévenos al barrio de Hyde Park.

Thomas la miraba confuso.

—¿Está usted segura? El señor me dijo que...

—Se lo ruego, señor Mayer. Solo será un momento.

—Como usted prefiera, señorita.

Sophie acarició el cabello lacio de su hermano y le dedicó una sonrisa.

—No te preocupes. Toda irá bien, Tom. Mamá me pidió que lo hiciera.

El carruaje avanzó entre colinas de un verde apagado, talladas por largos setos y cercados. Los gamos pacían y las corzas merodeaban entre robles y tilos. La bruma lenta de la mañana se iba disipando alrededor de gigantescos castaños.

Intuyó Londres cuando aquel paisaje salpicado de orquídeas y empapado por la

lluvia fue quedando atrás. Por fin rodaron sobre adoquines rumbo a Hyde Park. Casas de ladrillo de dos plantas, con grandes ventanales para que el sol inundara sus cómodos interiores, rodeadas de parterres floridos y forradas de enredaderas que solo dejaban despejados sus bruñidos cristales. Hyde Park parecía una prolongación del paisaje de la campiña, frondoso y limpio, alejado de los barrios miserables que desembocaban en Oxford Street entre hediondos vapores.

Ella nunca había pisado esas calles, pero su madre le había hablado de bandadas de niños pálidos y desvergonzados, de los bancos del London Bridge, donde familias enteras pasaban las noches tiritando apretados unos contra otros olvidados por la prosperidad. Escenas similares sucedían en Haymarket y el Strand, donde tantas desdichadas se vendían por un vaso de gin. Londres era una ciudad de contrastes. Con seis millones de súbditos, entre ellos una proporción considerable de campesinos y analfabetos, poseía avenidas arboladas con lujosas edificaciones, bellas cúpulas y campanarios blanqueados por el tiempo. Pero también barriadas pobres, encumbradas por largas chimeneas que empujaban su prosperidad.

El carruaje se detuvo frente a una casa de Hyde Park.

—Es aquí, señorita.

—Le ruego que espere un momento con mi hermano, señor Mayer. Debo ver a alguien antes de partir.

—El señor Borrow me ha encargado que la acompañe hasta la estación y que me asegure de que todo va bien. Le ruego que no tarde, señorita Collinwood.

—No lo haré.

—Podría perder el tren y entonces...

—Confíe en mí, señor Mayer —le dijo bajando del carruaje.

Sophie sonrió a su hermano y se alejó con rapidez en dirección a la casa. Cruzó la pequeña verja, subió un par de escalones e hizo sonar la campanilla. Una muchacha abrió la puerta enfundada en su largo vestido negro bajo un delantal blanco e impoluto. La sirvienta la miró de arriba abajo.

—Buenos días. Busco al reverendo Buchanan.

—¿Quién es usted?

Sophie titubeó.

—Es algo personal. Necesito hablar con él.

—Insisto, señorita, ¿cuál es su nombre?

Una voz profunda y masculina surgió desde el interior de la vivienda interrogando a la sirvienta. Esta se volvió obediente y le explicó que una joven preguntaba por él. El reverendo asomó su rostro sereno y afable. Era alto, corpulento pero con aspecto atlético. Sus ojos, grandes y tiernos, evocaban una serenidad que Sophie no había esperado.

Se quedó turbada. Hubiese querido odiarlo nada más verlo, pero su saña se fue diluyendo.

—Usted dirá, señorita —le dijo él.

—Mi nombre es Sophie Collinwood, señor —pronunció con entereza—. Usted conoció a mi madre: Anne Collinwood.

La expresión de Buchanan se ensombreció.

—Puedes retirarte, Emily —le dijo a la sirvienta—. Yo atenderé a esta jovencita.

Emily desapareció y Sophie aprovechó para entregarle al reverendo el pequeño sobre que llevaba en su bolso.

—Es para usted.

Buchanan lo sujetó entre los dedos y sacó la carta. La hija de Anne lo vio leer distante y concentrado, dirigiendo la mirada hacia ella de tanto en tanto. Así descubrió en él un nuevo semblante, pétreo y un punto altivo, con el que imaginó habría despachado a su madre antes de que ella naciese, y sospechó que no tardaría en despedirla, humillada y dolida, a ella también. Al fin y al cabo, era lo que había esperado desde que su madre le habló de él. El aguijoneo del rencor volvió a herir su ánimo, sumado al temor de que, quizás, aquel hombre fuera la única esperanza para ellos. Gales era una aventura tan incierta que su madre había preferido que acudiera a Buchanan antes que a sus tías.

—¿Tu madre ha muerto? —preguntó estupefacto.

—Sí.

El reverendo entrecerró los ojos y suspiró. En su gesto Sophie captó un destello de conmiseración.

—¿Qué quieres que haga por ti, muchacha?

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos por vez primera. Eran de un verde oscuro aceituna, como los suyos.

—Yo misma redacté esa carta, señor. Ella ya no podía ni escribir. ¿Acaso le tengo que decir yo qué debe hacer? ¿Acaso no ha leído lo que mi madre se empeñó en que le trajese? Yo no habría venido, créame. Pero ella insistió, mucho. Aunque le parezca increíble, reverendo —pronunció con un tono áspero—, no tenemos a nadie. Mi padrastro murió hace unos años y en Gales nos espera un horizonte tan desconocido como era hasta hace un momento el umbral de su casa.

Las palabras de Sophie habían brotado educadamente furiosas, firmes y elocuentes, y William Buchanan comprendió que Anne Collinwood había hecho un muy buen trabajo con esa joven. Mucho más del que él hubiese podido imaginar.

—¿Vienes sola?

—No, señor. Tengo un hermano pequeño esperando. —Y apuntó con el índice al carruaje—. Thomas, de ocho años.

Buchanan entornó los ojos y volvió a suspirar. Creía que Dios le hablaba desde lo impredecible y que había no solo que reconocerlo, sino también aceptarlo. Sabía que debía actuar y hacer algo por los hijos de Anne. No podía volver a repetir lo mismo. No podía porque, si lo hiciera, ¿cómo subiría con dignidad al púlpito esa semana?, ¿cómo viviría frente a Dios durante el resto de su vida?

—Está bien. Ve a buscar a tu hermano. Veré qué puedo hacer.

Sophie enarcó sus cejas y parpadeó incrédula.

—Piénselo bien, reverendo. ¿Qué es lo que hará? ¿Acaso está verdaderamente decidido?

—Has venido para que os ayude, y lo haré.

—Si nos ha de despedir mañana, le ruego que nos deje seguir nuestro camino ahora mismo. Yo solo quería cumplir la promesa que le hice a mi madre, pero si usted no está dispuesto a...

—¿Hacia dónde os dirigíais?

—Hacia Aberdare, donde se crio mi madre.

—¿No me has dicho que no tenéis a nadie?

—En realidad, desconozco si queda alguien. Jamás he mantenido contacto con mi familia galesa.

—Haré lo que esté en mi mano. No puedo prometerte más, muchacha.

—¿Y por qué habría de fiarme? ¿Acaso fue justo con mi madre?

Buchanan se cruzó de brazos disgustado.

—Si tu madre te envió a aquí, es porque creía que podías confiar en mí, ¿no te parece?

Sophie rumió sus palabras mientras sopesaba su soledad.

—Necesito su ayuda —le dijo amansando su tono—. Por eso he venido. Pero le confieso que no sé qué hacer. Me he desviado a su casa por un impulso. No quería decepcionar a mi madre.

—Siempre estarás a tiempo de subirte a un tren.

Ella volvió a bajar la cabeza.

—Trae a tu hermano y vuestras cosas del coche. Y por la memoria de tu madre, no menciones que eres su hija en esta casa. ¿Lo comprendes? Solo de esa forma podré hacer algo por vosotros.

Sophie asintió, aún demasiado confusa. No podía sospechar cuál sería su destino tras cruzar ese umbral.

William Buchanan tenía tres hijas. La mayor acababa de casarse con un ingeniero de Southampton, a donde se había trasladado unos meses atrás, y las otras dos rondaban la edad de Sophie: la segunda tenía diecinueve años, y la pequeña, Elizabeth, apenas iba por los diecisiete. Sophie imaginó a su madre deambulando por esa casa con su vientre hinchado mientras la esposa del reverendo se quedaba embarazada por tercera vez. También pudo figurarse el gesto áspero y hostil de esta incluso antes de conocerla y, cuando el reverendo le presentó a Emma, comprobó que su madre no había errado al describirla. A Sophie le fue difícil comprender qué podían tener en común esa mujer huraña y el reverendo Buchanan, un hombre apacible y que, contrariamente a lo que había creído, procuraba ser atento con todos. Ignoraba si Emma sospechaba sobre su procedencia, solo le constaba lo que él le había dicho, que el pastor de la parroquia de St. Botolph le había rogado que lo ayudase a encontrar una familia para los dos huérfanos. William Buchanan llevaba varios años volcado con el Ejército de Salvación en los barrios más deprimidos de Londres, aunque su esposa lo detestara. Alojarían momentáneamente a los hermanos Collinwood hasta que alguien acogiese a la muchacha como institutriz, ya que le constaba que había recibido una formación impecable. En cuanto al niño, no tenía nada claro qué podría hacer con él, mientras su hermana insistía en que jamás se separarían.

—Debes comprender que no siempre hacemos lo que queremos, sino lo que debemos... O lo que podemos —le dijo el reverendo casi una semana después de su llegada.

Sophie ya no recelaba de William Buchanan. No solo había soportado la irritación de su esposa, sino que había tanteado a varias familias londinenses de buena reputación. La hija de Anne Collinwood había ido purgando aquel rencor hacia él que le produjo la confesión de su madre, y aceptó que poco importaban ya las razones del pasado, sino la voluntad que mostraba en el presente. Aunque le costaba asumir que aquel hombre, aparentemente noble, las hubiese abandonado antes de que ella naciera, le daría una oportunidad, tal como hubiese querido su madre.

Le pareció que era capaz de ver a través de los ojos de Anne y de sentir la tibieza de su afecto. Incluso nostalgia de lo que pudo ser pero ya nunca sería. Casi pudo

comprender por qué su madre se enamoró de él.

—Estoy haciendo todo lo que está en mi mano, créeme.

—Lo sé —contestó Sophie.

—Pero no podrás quedarte aquí.

Y Sophie asintió.

—Su esposa es diferente a usted —se atrevió a decirle.

—Emma tiene sus motivos, muchacha. Debes agradecerle que te permita estar en su casa.

—Aceptaré cualquier empleo —le dijo bajando la cabeza y dejando al descubierto su delicada cerviz.

—Sé que lo harás, pero no será fácil, y mucho menos con tu hermano. La economía en Inglaterra no marcha bien y en la servidumbre también se nota.

—Mi madre me enseñó que donde una puerta se cierra, otra se abre. Dios está detrás de todas las cosas y velará por mí.

El reverendo se la quedó mirando conmovido. Sophie se parecía tanto a Anne que a veces le parecía volver a tenerla delante: su cabello rubio, su mentón afilado, su rostro de proporciones armónicas y aquellos ojos, como los suyos, de un extraño verde oscuro que probablemente irritarían a Emma. Pero ella no se atrevería a desenterrar el pasado. Prefería ver en Sophie solo a una huérfana y no al fruto de su humillación.

Nunca habían hablado de ello. Emma hizo lo que debía y Anne salió de esa casa sin más explicaciones. William, por supuesto, tuvo que callar. Ni siquiera se acercó para abrazarla en secreto en su despedida. Nada importó que hubiese sido él quien la sedujese y la dejara expuesta a la adversidad.

La presencia de Sophie le provocó un fogonazo de aquellos días que aturdió su recuerdo. William había deseado a Anne desde la primera vez que la vio y, aunque había intentado dominarse, aquel empeño lo fue venciendo. La pasión era un elástico muy tenso que, sin ajustar bien, podía desbaratarlo todo. Y

sucedió. William Buchanan resistió los rechazos de Anne, que intentó escabullirse una y otra vez de aquella locura, hasta que una noche sintió el aliento de él pegado a la nuca y se entregó.

El torbellino de aquella pasión le nubló la realidad al reverendo. Se hubiese escapado con Anne a cualquier rincón del Imperio, como hacía cualquier aventurero. En sus ensoñaciones surgían la India, Australia, África, Sudamérica... como escenarios donde comenzar otra vida con la única mujer a la que había amado desesperadamente. Pero la quimera se reventó como un aguacero cuando Anne se quedó embarazada y Emma dedujo la verdad. Entonces la parroquia y sus hijas le parecieron más reales que nunca y, con el miserable arrojito de una responsabilidad mayor, la dejó alejarse del barrio de Hyde Park, con una carta de recomendación en el bolsillo, pero sin siquiera un perdón, ni nada que delatase el amor que había sentido por ella.

Anne Collinwood se esfumó igual que una proscrita, llamada a un exilio del que nunca podría volver, porque Emma Buchanan no iba a permitir que se derrumbara su matrimonio, y su estatus.

El reverendo Buchanan estaba seguro de que su esposa intuía quién era aquella mujercita tan parecida a Anne Collinwood y con el sello de sus ojos licuados. Para Emma era suficiente con que aquellos dos intrusos desapareciesen cuanto antes. Había accedido a alojarlos porque el Ejército de Salvación y el reverendo de la parroquia de St. Botolph se involucraron con esos hermanos, y a Emma Buchanan le importaba sostener las aspiraciones de su marido a un obispado. Incluso parecía importarles mucho más que a él, y el apoyo a aquella institución de beneficencia era vital para sus intereses. ¿Acaso a Emma podía gustarle arrastrarse por aquellos barrios del este londinense? Esos analfabetos apenas los escuchaban y si entonaban aquellos salmos desafinados, era a cambio de un plato de sopa o una taza de té. Emma estaba tan convencida de ello como de su escasa devoción. Lo tenía tan claro como la urgencia por deshacerse de aquellos huérfanos, así que se empeñó en buscar una salida a través de la Sociedad Misionera Patagónica.

Sophie escuchó hablar por primera vez de Ushuaia en la biblioteca de los Buchanan junto a Thomas. En aquella habitación podían pasar desapercibidos sin molestar a nadie, como si allí se detuviese el tiempo. Había crecido a la sombra de los libros y estar frente a las estanterías era asomarse a una gran ventana desde donde explorar el mundo. Su madre la hizo crecer leyendo a

Ovidio, Virgilio, Boccaccio, Cervantes, Dante y Homero, pero también descubriendo a autores de mayor actualidad como Dickens, desde luego, Dostoyevski, Stoker, Dumas, Stevenson, Goethe, Balzac, Hugo o Allan Poe. No habría conocido a ninguno de ellos en las escuelas dominicales. Anne Collinwood no quiso que pisasen aquellas aulas donde solo potenciaban la lectura, la escritura o la práctica de himnos y salmos. Sophie y Thomas jamás habrían podido acceder a public schools como Eton, Rugby, Harrow o Winchester, con sus canchas de tenis y críquet, pero Anne procuró garantizarles una educación exquisita, porque sabía que de ella dependería su futuro y, en el caso de su hija, la posibilidad de un matrimonio ventajoso. Sin embargo, a sus diecisiete años Sophie apenas sabía ubicar Tierra del Fuego en un mapa, y lo poco que había leído sobre aquel confín de América había sido un artículo en el Morning Post que lo describía como un territorio congelado y aislado de toda civilización, donde sus indígenas devoraban a las ancianas inútiles y los misioneros morían a manos de los salvajes. Un pavoroso relato que poco tenía que ver con el magnífico enclave al cual se refirió la esposa del reverendo aquel día.

—¿Has escuchado hablar de Ushuaia alguna vez?

Emma Buchanan había irrumpido en la biblioteca y le había disparado esa pregunta sin siquiera saludarla. Luego había dirigido su mirada fría hacia el pequeño Thomas, quien sentado sobre la alfombra construía un castillo con maderas de roble.

—No, señora —le contestó Sophie—. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Acaso no te ha dicho nada el reverendo?

—No. En absoluto.

La señora de la casa suspiró y ladeó la cabeza.

—¡Pues te lo diré yo! —anunció con antipatía, como de costumbre—. Se trata de un distinguido caballero que por fortuna se encuentra en Londres. Conoce a nuestros amigos de la Sociedad Misionera Patagónica, admirables cristianos que están haciendo tanto bien evangelizando en Sudamérica a aquellas pobres criaturas alejadas de Dios. Pues bien, esta tarde el señor Summer vendrá a conocerte.

A Sophie se le turbó el semblante.

—¡Vive en unas tierras magníficas! —continuó Emma—. Según nos han contado, pocos hombres han visto nada parecido. Es una tierra escondida en el fin del mundo, a los pies de grandes montañas, lagos y bosques insólitos.

En ese momento al hermano de Sophie se le derrumbaron las maderitas con las que jugaba y Emma Buchanan lo miró furiosa.

—¡Solo Dios sabe cómo te ha educado tu madre, sabandija! —le gritó crispada—. ¿Acaso no oyes que estamos hablando? ¿No puedes quedarte quieto?

El veneno del rencor comenzó a convulsionar en el pecho de Sophie e hizo un esfuerzo por contenerlo antes de que estallara en su boca.

—Lo siento, señora —le contestó Thomas bajando la cabeza—. No volverá a suceder.

—Así lo espero. —Y suspiró agotada—. ¡Lo que hay que soportar!

—¡Es un niño, señora Buchanan! —intervino Sophie serena pero categórica—. ¡Solo un niño!

—¡Un niño que no es mío! —sentenció—. Y te prohíbo que me corrijas. ¡Y menos en mi propia casa!

Sophie la miró con fuego en los ojos y la esposa del reverendo le sostuvo la mirada. Aquella jovencita hermosa tenía un brío que a Emma la enfureció aún más.

—Esta tarde debes estar impecable, ¿lo entiendes? Quiero que le causes buena impresión al señor Summer. Es mejor que puedas viajar al sur que a la calle.

Cuando salió de la biblioteca, los dos hermanos se quedaron abatidos.

—Es mala, Sophie —dijo Thomas.

—Lo sé, Tom. Pero el reverendo nos protegerá. Mamá quiso que acudiésemos a él, ¿recuerdas? Te lo conté.

—Tú no me abandonarás, ¿verdad, Sophie?

Lo miró enternecida y constató el miedo en sus ojos.

—Siempre estaré contigo, Tom —le dijo con una voz insegura.

Charles Summer llegó esa tarde con un frac oscuro, camisa blanca con cuello postizo, una ancha corbata azul y zapatos charolados. De rostro encarnado, con mejillas blandas y caídas, patillas rojas y ojos azules sin expresión. Sophie no se dejó engañar por su elegante indumentaria y reconoció de inmediato sus modales de granjero. Su corpulencia era apabullante, su respiración ruidosa y la sangre le encendía las manos, el cuello y las sienes hasta el punto de que Sophie evocó las reses conducidas al matadero. Su aspecto de dogo viejo ponía en evidencia aquella caricatura que pretendía parecerse a un gentleman.

Lo recibieron en la sala de estar, como si se tratase de un distinguido miembro del almirantazgo. Los Buchanan quisieron que sus dos hijas también conocieran al señor Summer, como si el relato de aquel mundo ignoto en boca de un hombre civilizado constituyese un viaje inimaginable y seguro a la vez. Navegar desde esos sillones de paño rojo frente a la chimenea era tan apasionante como sencillo.

—Esta es Sophie Collinwood, señor Summer —dijo el reverendo después de haber presentado a sus hijas—. Creo que su cultura y su formación solo son comparables con su aspecto.

Sophie estaba pulcramente arreglada con su mejor vestido de seda, uno en tono azul cielo que había pertenecido a su madre. Con delicada gracilidad, se inclinó ante el visitante, quien la observó con una sonrisa satisfecha, mientras a la señora Buchanan le costaba dominar su irritación.

—¡Es una joven hermosa! —exclamó—. Tal como la había descrito, reverendo.

Sophie se ruborizó y acercó a su hermano junto a ella.

—Este es Thomas, señor. Mi hermano.

Y el muchachito estiró su delgada mano y el señor Summer le devolvió el saludo casi sin mirarlo, pendiente de la invitación de la esposa del reverendo para que se sentasen. Luego la sirvienta se acercó con una bandeja de plata para servir té y pastelillos.

—¡Nos complace tenerlo con nosotros, señor Summer! —acabó diciendo Emma

Buchanan.

—De ninguna manera, señora. Ha sido usted muy amable al invitarme esta tarde.

—Mi marido me ha dicho que conoce al reverendo Lawrence, al reverendo Bridge y a sus esposas.

—¡Por supuesto! ¿Quién no habría de conocerlos en Ushuaia? Su labor con los indígenas ha sido asombrosa. Es más, muy difícilmente nos hubiésemos podido instalar sin el trabajo de esos misioneros. No solo enseñaron nuestra lengua a los yaganes, sino que los civilizaron, por decirlo de alguna manera. Vivimos en Tierra del Fuego gracias a ellos.

—De hecho, el señor Summer se ha encargado de portar varias encomiendas para la Sociedad Misionera Patagónica de su parte —intervino William Buchanan.

—¿Acaso usted los conoce, señora? —preguntó el indiano.

—Lamentablemente no, señor Summer, pero admiro profundamente el sacrificio que han hecho en aquellas tierras. ¡Dios sabe el sufrimiento de vivir con aquel frío y tan cerca de la Antártida!

Charles Summer sonrió bonachón, pero Sophie sintió que su corazón se encogía de miedo, hasta sentirlo del tamaño de una avellana. El comentario no encajaba con las maravillas que Emma le había contado sobre aquel paraíso, sino más bien con el de una tierra inhóspita, y la anfitriona fue consciente de su torpeza.

—Aunque hoy no será lo mismo que algunos años atrás —intentó corregirse—, cuando tuvieron que construir la misión y evangelizar a aquellas bestias.

—¡No se equivoque, señora! ¡Le sorprenderían esas bestias! Son admirablemente inteligentes. Como nosotros, diría yo. Además, ni hace tanto frío, ni es ingrato vivir allí. Solo debe gustarle y contar con que el invierno puede ser muy largo. Por lo demás, no recuerdo amaneceres más hermosos que los de Ushuaia.

Emma Buchanan se dispuso a escuchar los detalles de cómo los misioneros habían conseguido que levantasen sus casas, sus huertos, y que aprendiesen un inglés casi perfecto. Charles Summer les describió sus costumbres, sus

tradiciones, y sus posesiones de terrateniente. Su estancia estaba situada a apenas diez millas de la misión y los yaganes que colaboraban en sus tierras ya no eran salvajes, aunque cada vez había menos. Los europeos los estaban diezmando con sus enfermedades y no cesaban de llegar a la región buscadores de oro.

—¿Oro? —le interrumpió el reverendo—. ¿Acaso también allí hay oro?

—Más del que imaginamos. La fiebre del oro en Tierra del Fuego es muy similar a la que se está dando en California. Llegan aventureros de todos los países en busca de unas pepitas que, para qué engañarnos, a muchos les cuestan la vida.

Charles Summer contó cómo instalaban sus tiendas en lugares inhóspitos. La mayoría eran pobres desgraciados, pero había algunos experimentados ingenieros de minas provenientes de Alaska o de las arenas australianas. Todos se enfangaban en aquel barro negro cerca de las desembocaduras de los ríos, cargados con palas y mochilas. Así, la fisonomía de Ushuaia iba cambiando y, aunque fuese el último poblado del mundo, había comenzado a crecer desde la llegada de la subprefectura y la gobernación argentina.

Luego describió aquel territorio de bahías acurrucadas, rodeadas de espesos bosques de hayas, cipreses, coihues, y, más allá, los dientes de las blancas montañas, auténticos gigantes que albergaban lagos extraordinarios. Aquella era la Tierra del Fuego que él conocía: fría y oscura en invierno, pero sorprendente y cautivadora en verano.

—Es verdad que es el confín del mundo, pero también es cierto que es el más bello que conozco —concluyó el terrateniente.

Sophie Collinwood bajó la cabeza y no dijo nada. Sabía que todo ese relato se estaba recreando especialmente para ella, aunque Elizabeth, la pequeña de los Buchanan, preguntara con interés sobre aquel mundo y Charles Summer se explayase en los progresos de su hacienda en los últimos seis años, pero siempre buscándola a ella con los ojos. ¡Si al menos se hubiese tratado de Australia o Nueva Zelanda, donde existían ciudades que podían alcanzar los diez mil habitantes! Sophie sabía que los colonos que se dirigían a aquellas tierras iban a cortar árboles, construir casas, labrar la tierra y criar ganado, pero al menos desde Inglaterra, aquellas colonias le parecieron mucho menos peligrosas y desconocidas.

El discurso de Charles Summer cesó cuando el reverendo Buchanan lo condujo a

la biblioteca y cerró la puerta tras ellos.

—¡Es todo un caballero! ¡Y con grandes posibilidades de futuro! ¿Acaso no lo crees? —le preguntó Emma a Sophie.

Esta contuvo la respiración e intentó esconder su desafección. Si aquella mujer quería que saliese de su casa, estaba en su derecho. Pero ella no estaba dispuesta a ser vendida como si fuese ganado. Continuaría su camino hacia Gales y olvidaría a William Buchanan. La esposa del reverendo estaba muy equivocada si creía que no tenía dignidad y unos mínimos ahorros que le había proporcionado su madre.

Fue Elizabeth quien habló, como si hubiese podido leer su vergüenza:

—No pensarás que se pueda casar con ese hombre, ¿verdad, mamá?

La mujer miró a su hija con severidad.

—¡Por supuesto que no! El señor Summer está casado. No sé cómo has llegado a esa conclusión.

—En ningún momento ha mencionado a su familia...

—Apenas te ha dado tiempo a conocerlo, Elizabeth. Debes ser más prudente en tus comentarios. No debería horrorizarte algo así. Si Sophie tuviese que aceptar un matrimonio similar para sobrevivir, debería hacerlo. ¡No está en condiciones de elegir! Pero no es el caso. No lo es.

Elizabeth miró compasiva a Sophie. Era la que más se parecía al reverendo. La única mujer de aquella casa que durante esos días le había demostrado algo de afecto.

—¿Y qué interés puede tener en Sophie entonces? —insistió.

—¡No seas indiscreta, hija! A su tiempo te enterarás. Ahora te ruego que me dejes a solas con Sophie. Necesito hablar con ella —le dijo con cariño.

Elizabeth abandonó la sala de estar y la esposa del reverendo lanzó una mirada recriminatoria al pequeño Thomas, quien también acabó esfumándose hacia el jardín. Entonces Emma Buchanan se sentó en la mecedora, tomó el bastidor y

comenzó a tejer en silencio mientras Sophie la observaba expectante.

—El señor Summer te hará una generosa oferta —le dijo al fin—, y quiero que pienses muy bien en tu situación antes de contestarle.

Sophie masticó su rabia y tragó saliva, pero Emma continuó aún con más ímpetu:

—Inglaterra vive tiempos muy difíciles, deberías saberlo. El treinta por ciento de la población londinense está en la indigencia y, desde hace algunos años, el descontento de los trabajadores es muy preocupante, se lanzan a la calle con huelgas organizadas que, justas o no, acaban paralizando el país. Recordarás los episodios en Yorkshire, Midlands y Lancashire con los mineros. Fueron más de quince semanas que sangraron al país.

—Lo sé, señora.

—Las cosas ya no son como cuando tú naciste. Las ciudades se llenan de pobres y, el que más y el que menos, besa el suelo por tener un trabajo en el servicio doméstico de una buena familia. La penuria llega sin que nos demos cuenta y, si una joven como tú no da los pasos adecuados, podría verse atrapada en un futuro tan adverso como la situación de Inglaterra.

Sophie se tragó su orgullo y bajó la cabeza. Emma Buchanan estaba exagerando, pero no andaba nada desencaminada. Sin una buena recomendación y algo de suerte, una muchacha como ella podría tener problemas para encontrar un buen empleo.

—Así pues, te ruego que cuando entres a la biblioteca escuches al señor Summer con atención. Es mucho más ventajoso de lo que puedas imaginar, Sophie.

—Descuide, señora. Lo tendré en cuenta.

—Es tu futuro, muchacha. No el mío.

La puerta de la biblioteca se abrió diez minutos después y la hija de Anne Collinwood entró en aquella habitación preocupada y nerviosa. Aturdida por negros pensamientos, se sintió como un reo avanzando hacia su tribunal. Los dos hombres estaban sentados frente al escritorio, cada uno fumando de su pipa y bebiendo whisky irlandés, enmarcados por una gran pintura oscura y realista,

con un Abraham de rojo púrpura disponiéndose a sacrificar a su hijo Isaac.

—Siéntate aquí, muchacha —le dijo el reverendo acercándole una silla de terciopelo rojo.

Ella lo hizo y dejó caer sus manos sobre su vestido de seda.

—Mira, Sophie —comenzó William Buchanan—, el destino ha querido que el señor Summer pasara por Londres. Yo creo en la Providencia y tengo la impresión de que Dios actúa a través de esta casualidad que parece orquestada especialmente para ti.

Sophie tragaba saliva como si digiriese piedras.

—Ya has escuchado qué tipo de tierras son las que administra el señor Summer y la fortuna que sería poder vivir en un lugar semejante. Sin embargo, no has escuchado lo más importante, Sophie. Se trata de un ofrecimiento más que generoso. Junto al señor Summer viven su esposa, su hija y su hijo. Lamentablemente, desde hace algo más de un año, él ha enviudado. Murió dejándole a cargo una criatura de apenas tres años que necesita de alguien que lo vaya formando y, por qué no, de una madre.

Charles Summer se apresuró a sacar de su bolsillo una cerosa fotografía en blanco y negro y se la pasó a Sophie. En el grueso papel se dibujaban los perfiles de un hombre enfundado en una chaqueta de piel, y de su mano casi colgaba un niño que miraba con rostro asustadizo e indefenso, como el de su padre.

—El pasado verano llegó a Ushuaia un fotógrafo con su caja. Era un periodista de Buenos Aires. Este es mi hijo Daniel y este mi nieto Adam.

Sophie los observó con detenimiento y luego le devolvió la fotografía.

—Uno de los objetivos de mi viaje es encontrar a una muchacha bien instruida que pudiese trasladarse con nosotros para que mi muchachito adquiera las costumbres inglesas y una formación adecuada. Pero además...

El señor Summer miró al reverendo, quien se llevó la mano a la boca y fingió una tos para aliviar su incomodidad.

—Además nos gustaría contar con la posibilidad de que te pudieses casar con mi

hijo Daniel.

Los ojos verdes de Sophie se agigantaron y, azorada, buscó ansiosa los del reverendo ante la desfachatez de aquella propuesta. ¿Acaso le estaba pidiendo que contrajese matrimonio con un desconocido?

—Vamos a ver, Sophie —intervino William Buchanan—, así como suena parece que fuese una imposición, pero no lo es. ¡Por supuesto que no lo es! El hijo del señor Summer necesita una institutriz para su hijo y, si además encontrase una esposa inglesa, para él significaría una dicha inmensa. Pero en ningún caso te obligarían a casarte con él. Primero habrías de conocerlo y él también a ti.

—Mi hijo no creo que necesite mucho tiempo para enamorarse de esta muchacha —interrumpió el terrateniente esbozando una sonrisa—. Créame, reverendo. Dudo mucho que pudiese encontrar una muchacha más bella y adecuada para él.

Sophie los miraba a ambos estupefacta.

—Pero en el caso de que no quisieses casarte con él y que ni siquiera estuvieses a gusto cuidando al pequeño, el señor Summer se compromete a enviarte de vuelta a Inglaterra, Sophie.

Summer asintió sonriente y bebió un trago de whisky.

—Además, accedería a que viajases con tu hermano Thomas, tal y como tú querías. No creo que este caballero pueda ofrecerte nada mejor.

La mirada de la hija de Anne Collinwood se iluminó por primera vez y, como los girasoles se orientan hacia el sol, comenzó a tomar verdadero interés sobre los disparatados planes.

—Por otra parte, en el caso de que a ambos os interesase el matrimonio, el señor Summer estaría dispuesto a renunciar a tu dote. Para él y para su hijo es mucho más importante tu educación.

Los ojos del reverendo buscaron los de Sophie y ella halló en ellos serenidad y aplomo. Quizás fuesen espejismos, quizás fuese la misma utopía que su madre vio en ellos una vez, pero en aquel momento pensó que el señor Buchanan podría haberla despachado sin más el mismo día en que llamó a su puerta. Y no lo había hecho.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme, señor?

—No mucho —aclaró William Buchanan—. El barco hacia Valparaíso zarpa la semana que viene y es necesario hacer los trámites en la Agencia Migratoria, así como comprar los pasajes.

—¡Por supuesto yo correría con todos los gastos! —intervino Summer.

El reverendo volvió a mirarla. Sin embargo, esta vez ella creyó descubrir el destello de la nostalgia, el brillo de la duda y de la aceptación a la vez. Parecía recordarle que no siempre se podía elegir. No siempre.

—Es una oportunidad magnífica para los dos —le acabó diciendo.

Sophie suspiró, se quedó mirando la alfombra y volvió a imaginar a su madre saliendo de esa casa embarazada, repudiada injustamente y con solo algunos chelines para subsistir. Así había sido como la encontró David, un viejo librero especializado en ejemplares antiguos. El destino lo puso en el camino de Anne y ella se amparó en él. Sophie siempre había intuido que su padrastro no había sido para Anne el amor de su vida, pero cuando él murió de un infarto, su madre lloró como nunca la había visto hacerlo. El amor debe ser construido, le aseguró muchas veces, y va creciendo dentro como una pequeña simiente enterrada en tierra fértil.

Entonces sintió como si todo se le desvaneciese, excepto aquella luz interior de la que le había hablado su madre. En realidad, ella era una huérfana privilegiada. Gran parte de los súbditos de la reina Victoria eran campesinos analfabetos a quienes solo les esperaban las estrecheces, el hambre y las muertes más absurdas, provocadas por la extracción de una muela o un parto mal llevado. No hacía falta que la señora Buchanan se lo recordase.

No tenía elección.

—Acepto, señor Summer.

Al fin y al cabo, no la separarían de su hermano. O así lo creyó cuando tomó la decisión.

El 25 de julio de 1895 abandonaron aquella casa del barrio de Hyde Park. Apenas habían pasado dos semanas desde que el reverendo Buchanan los había recibido y, al mirar hacia atrás, a Sophie le pareció que su vida cambiaba a tal velocidad que parecía resbalar hacia su destino. Había curioseado en los mapas y recorrido el hemisferio sur con la yema de los dedos hasta encontrar el vértice de aquel cono invertido que parecía querer clavarse en los hielos antárticos. El reverendo Buchanan había subestimado la distancia que los separaba de aquel extremo de Sudamérica, pero ella ya sabía que al vapor le llevaría dos meses surcar el océano hasta alcanzar aquel confín de la Tierra.

Mientras subía la rampa del barco flanqueada por Charles Summer y con Thomas agarrado de la mano, prefería no entretenerse en esos cálculos. Los nervios le secaban la boca y revoloteaban por su estómago, sobre todo cuando un miembro de la tripulación les hizo desandar el camino hacia la enfermería del puerto.

—Se lo había dicho, reverendo. Usted ha insistido, pero es evidente: este niño está enfermo —le recriminó Charles Summer nervioso.

El terrateniente había descendido por la pasarela junto a los dos hermanos y había vuelto a reunirse con William Buchanan, quien observaba la escena con el rostro desencajado. Thomas caminaba pálido y sudoroso, recostado sobre Sophie. La fiebre no había remitido en las últimas horas y el señor Summer sabía que las navieras no se arriesgaban a embarcar posibles focos de epidemia. Ya a bordo podía desencadenar una calamidad, sobre todo para los pasajeros de tercera clase y la tripulación. Los brotes de cólera, sarampión, viruela, tifus o tuberculosis entrañaban un peligro que los oficiales intentaban prevenir. Si al menos el niño hubiese disimulado su apariencia, quizás nadie lo habría detectado. Pero en cuanto se acercó a la escotilla de carga tambaleándose entre sus dos acompañantes, uno de los oficiales lo había controlado al instante.

Buchanan observó desolado a Sophie, que contenía sus lágrimas sin poder disimular su turbación. El reverendo había intentado esquivar aquel contratiempo poniendo todo su empeño y, no solo por la certeza de que Sophie no se separaría de su hermano, sino también por la presión que ejercía su mujer, quien casi le había exigido que sacara a Thomas de la cama y lo embarcase en el

Galicia sin dudarlo. Incluso había insinuado que su hermana le había provocado la fiebre con algún alimento en mal estado, porque era inexplicable que, la noche anterior a su partida, el niño pareciese que iba a morir.

—No te pongas nerviosa —le dijo pasándole el brazo sobre los hombros por primera vez—. Todo irá bien. Debes confiar.

Ella rompió a llorar en el hombro de su padre, pero sin soltar a su hermano, que seguía apoyado en ella.

—No hay tiempo para lágrimas, jovencita —le dijo Charles Summer—. Debemos darnos prisa. El embarque finaliza en una hora.

—Pero ¿qué le han dicho exactamente, señor Summer? —preguntó Buchanan.

—Necesitamos un certificado de la enfermería portuaria, reverendo. Si no, el niño no embarcará.

Charles avanzó entre el gentío como la quilla de un navío surcando las aguas grises del puerto. El reverendo Buchanan y los hermanos Collinwood lo seguían en medio de esa marea variopinta de ingleses, negros, indios e incluso algunos chinos. Se alejaban del trasatlántico entre el griterío de los despachantes y las grúas que emprendían sus últimos descensos. Entraron en el edificio de aduanas y buscaron la enfermería subiendo a zancadas las escaleras hasta el primer piso. El reverendo había decidido cargar a Thomas para agilizar el trayecto, y solo con ese contacto, le fue suficiente para asegurar que ardía como los rescoldos de su chimenea.

Encontraron el dispensario con la puerta cerrada y a dos familias que esperaban junto a ella con rostros apagados. Summer constató la presencia del médico pero tuvo que resignarse a esperar nervioso, sin atreverse a mirar más que su reloj de bolsillo. Le costaba asimilar aquel contratiempo que podría dejar a los dos hermanos en tierra. No embarcaría sin Sophie. Su esposa le había exigido que buscara una mujer para Daniel y él lo había hecho. Londres estaba lleno de muchachas en busca de un porvenir, pero ninguna como ella. Había sido un verdadero milagro encontrarla en el último momento y, por ello, había descartado a una candidata mucho más mediocre, criada en un orfanato y sin su visible atractivo. No pertenecía a ninguna familia importante, pero jamás lo habían pretendido. ¿Qué dama habría aceptado aquella propuesta? Poco le importaba que la naviera le reembolsase los pasajes. Ese detalle le pareció

intrascendente. Lo grave sería desembarcar en Ushuaia solo. ¡No quería ni imaginarlo! Su esposa sería capaz de todo si volvía sin haber encontrado una muchacha inglesa para «su hijo». Cuando Catherine quería hacerle daño, le escupía aquello de «su hijo», como si ella no tuviese nada que ver con Daniel y su futuro.

Pasaban los minutos y el latigazo de la ansiedad recorrió su cuerpo hasta hacerle apretar los puños con ira. No era momento para perder la calma y decidió apartarse junto a un ventanal. Desde allí pudo divisar el trasiego del Támesis, con sus vapores de cabotaje, sus barcas cargadas de carbón y algunos veleros oscilando sus mástiles. Londres era el ombligo del mundo, ondeando las banderas variopintas bajo las que se transportaba todo a todas partes. Summer sabía que la llamada Gran Depresión era una exageración en toda regla. Inglaterra había frenado su expansión mundial tras veinticinco años pletóricos, pero las exportaciones no se reducían sino que crecían. Y en aquel puerto estaba la prueba. Aquel fondeadero continuaba siendo el epicentro del comercio. Inglaterra no solo producía las cuatro quintas partes del acero del mercado, la mitad de los tejidos de algodón y casi la misma proporción de productos metálicos, sino que sus industrias y ferrocarriles dominaban el mundo. A la vez, por aquel puerto entraban las materias primas de las que carecían en el reino: el trigo de las llanuras de América del Norte y Rusia; la madera de los bosques de Canadá y los Países Bálticos; las ovejas de Australia y las vacas de Argentina; la plata de Perú y el oro de California y Australia. Los chinos les cultivaban el té, y desde las Indias Orientales y Occidentales les surtían el café, el azúcar y las especias, mientras que el algodón llegaba desde todas las regiones cálidas del planeta.

La mirada de Summer se posó en el Galicia, de la Pacific Steam Navegation, con sus cubiertas, galerías y toldillas, y los pasajeros con las maletas inclinándose sobre la barandilla. Ellos también parecían diminutos bajo las tres coloridas chimeneas enmarcadas por dos mástiles, uno a popa y el otro a proa. Y más allá del esplendor del trasatlántico, del otro lado del río, casi podía divisar los sucios tinglados que jalonaban la orilla, junto a los decrepitos almacenes con cristales rotos. Su mente comenzó a zarpar y casi pudo imaginar al buque escabulléndose entre el temblor del agua de las dársenas, mientras los edificios y las avenidas se desvanecerían al paso del vapor por aquel río gris y angosto.

Charles Summer volvió en sí cuando la puerta del dispensario se abrió.

—¡Por fin! —suspiró desquiciado y corriendo hacia sus acompañantes.

El reverendo había conseguido convencer a las familias que esperaban de la urgencia y la premura de su situación, y los cuatro se colaron en una consulta donde Sophie tendió a su hermano sobre una camilla. El último en atravesar el umbral fue Charles Summer, con su cuello hinchado y enrojecido asomando por su camisa blanca. Un médico alto, con bata blanca e impasible, le colocó a Thomas un termómetro bajo la axila. Los tres observaban temerosos mientras lo auscultaba y el niño jadeaba cansado.

—Miren —les dijo el médico tras terminar su examen.

Le había desabrochado la camisa y señalaba unas máculas rojizas en su vientre.

—Es sarampión, caballeros.

Fue como si el suelo temblase bajo sus pies.

—¡Sarampión! ¿Está seguro? —casi tartamudeó Summer.

—No tengo dudas. Se lo aseguro.

El reverendo y el terrateniente fueguino se miraron y luego buscaron a Sophie con los ojos.

—El Galicia está a punto de zarpar, señor —casi le suplicó Buchanan—. Es muy importante este viaje. Aislarán al pequeño, yo puedo tomar las medidas necesarias. Es posible que...

—Lo siento. No puedo sellar su aptitud para un viaje en estas condiciones.

Charles hinchó las fosas nasales y luego sonrió nerviosamente.

—Seguro que hay alguna forma de arreglar esto, señor. Estoy convencido. —Y echó mano al bolsillo.

El médico lo miró indiferente, acostumbrado a aquellas reacciones, sabedor de que el niño jamás subiría al vapor.

—Lo dudo, caballeros. Incluso es posible que alguno de ustedes ya esté

contagiado. Pero esto no puedo constatarlo. El niño no puede embarcar. Es mejor que lo lleven a casa.

Sophie se acercó a Thomas y tomó su mano. La extrema debilidad le hacía los ojos más grandes y encendidos. Sophie temblaba como un junco y, en aquel momento, ansió volver a su cuarto en Greenwich, en casa de los Borrow, sentarse junto a la lumbre y leer con su hermano pegado a ella, mientras su madre descansaba en su sillón, como si la vida así fuese perfecta.

—Usted no lo entiende —insistió Summer—. Ese barco no puede dejarnos en tierra porque usted...

—No puedo hacer nada, hágase cargo. Pondría en riesgo mi trabajo. Es así de sencillo.

Charles no pudo contenerse y estampó sus enormes manos en las solapas blancas del médico, sacudiéndolo a la vez que lo amedrentaba con su rostro desencajado. Pero William Buchanan se lanzó sobre él y lo apartó de un empujón.

—¿Acaso cree que así puede arreglar las cosas? —le gritó interponiéndose entre ellos—. ¿Se ha vuelto loco?

En cuanto el médico vio que cesaba la amenaza, abrió la puerta con decisión e intentó escapar probablemente en busca de la Policía, pero Buchanan lo detuvo.

—Tranquilícese, se lo ruego, y discúlpennos. Le doy mi palabra de que ahora mismo saldremos de aquí.

—¡No tengo por qué tolerar esto!

—¡No volverá a suceder! —Y le dedicó a Charles Summer su gesto más severo—. Le doy mi palabra.

Pero Summer ya había arrancado a Sophie de la camilla de su hermano remolcándola de un brazo y le daba órdenes al reverendo para que cargara al niño. Cuando Sophie se dio cuenta, ya estaba fuera de la consulta, seguida del reverendo con Thomas encima.

—¡Por Dios, Summer! ¿A dónde cree que va? Deténgase ahora mismo —le ordenó Buchanan.

Charles se frenó en seco y Sophie pudo zafarse de sus garras con un movimiento rápido.

—¡Tenemos que embarcar, reverendo!, ¿lo entiende? Hicimos un trato.

—¡No puede actuar así! ¡Se lo ruego! Cálmese.

—¿Cómo quiere que me calme? ¿A qué debo esperar? ¿A que suene la sirena del Galicia?

William Buchanan aún sostenía a Thomas, y Sophie se había pegado a él, como si la presencia del reverendo fuese una sombra de la que no quería alejarse.

—Tenemos que hablar, Sophie —le dijo.

Ella estaba trémula, aturdida, bordeando un abismo al que no quería precipitarse.

—Apartémonos un momento a aquel banco —insistió—. Hazme caso, por lo que más quieras. Espere aquí, señor Summer. Déjenos un momento. Por lo que más quiera.

La tensión apenas le permitió al terrateniente contestar, pero asintió y se quedó en medio de la sala de espera de la enfermería.

Sophie siguió al reverendo hasta el gran ventanal y se sentaron frente a él con Thomas sudando de fiebre.

—Tu hermano se pondrá bien, Sophie. Te prometo que yo lo cuidaré.

—Yo... —intentó hilvanar su negativa.

—No digas nada. Te lo ruego. Tu madre te pidió que confiaras en mí, y ahora mismo debes hacerlo. En nombre de Dios, te juro que velaré por tu hermano, pero debes subir a ese barco. Tienes una oportunidad única. Lo que te ofrece ese hombre no es poco: es un futuro, quizás un matrimonio, y no puedes desperdiciarlo.

Thomas entornaba agotado los ojos y se puso a lloriquear, como si comenzara a intuir su destino antes que su hermana.

—Escúchame, Sophie. Tú eres fuerte. Debes mirar hacia adelante, como Anne hubiese querido. Yo conozco a los miembros de la Sociedad Misionera Patagónica y me comprometo a enviar a Thomas con el próximo matrimonio que viaje al sur. El contacto con la misión, ya lo has escuchado, es bastante habitual. El tiempo pasa rápido, Sophie, y él estará bien aquí.

—¡Pero no estará conmigo! Yo soy lo único que tiene, reverendo, y prometí no abandonarlo.

—¡No lo abandonas! —le dijo acariciándole una mano—. Solo será temporalmente. Pero si te quedas... Si te quedas, no sé dónde podré colocarte ni si conseguiré mantenerte junto a él. La vida se construye de momentos inexplicables de los que tiempo después desentrañamos el misterio. El Señor escribe con renglones torcidos y todo sucede por algún motivo, aunque todavía no lo puedas comprender.

Sophie se cubrió el rostro con las manos y lloró con desesperación. El vértigo de esa decisión le era insoportable y no podía comprender por qué la vida la acorralaba así justo cuando era más vulnerable.

—¡No podré! —lloraba—. ¡Ni siquiera conozco al señor Summer!

—Pero los miembros de la Sociedad Misionera Patagónica sí. Ellos están por medio. Te prometo que Thomas acabará reuniéndose contigo. Yo lo protegeré.

—Su esposa no lo permitirá.

—Olvídate de ella. Yo me ocuparé de él. Te doy mi palabra. ¿Acaso no te vale?

—No lo sé...

—No tienes tiempo para dudar, Sophie.

Ella buscó los ojos de su padre. Estaba ofuscada. Sabía que tenía razón, pero era incapaz de tomar una decisión.

—Tómalo entre tus brazos —le dijo cediéndole a Thomas—. Es mejor que te despidas aquí de él y no mires atrás, Sophie. Será lo mejor.

—¡No puedo, reverendo!

—No lo pienses, Sophie. Si lo haces, todo será peor y te harás más daño.

—¡Es mi hermano!

—Él lo entenderá.

Y sin que ella pudiese atinar una respuesta, el reverendo sentó a Thomas sobre las rodillas de su hermana y se alejó para hablar con Charles Summer, quien se revolvió impaciente mirando las manecillas del reloj.

—Irá con usted. Espero que cumpla su palabra. De no hacerlo...

—No lo dude, reverendo. Estará bien. Confíe en que así será.

—Haré todo lo posible para que su hermano se reencuentre con ella. Embarcará con los próximos que viajen a la misión.

—Estoy de acuerdo... No pondré ningún problema si usted se encarga.

—Conozco a los miembros de la Sociedad Misionera Patagónica. Ellos me ayudarán.

—Desde luego, reverendo... Lo que usted diga... No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho. Yo...

William Buchanan se dio la vuelta y contempló a Thomas abrazado a Sophie, humedeciendo su vestido azul celeste. Ella le acariciaba la cabeza con la boca y le susurraba muy quedamente. El reverendo se acercó y volvió a sujetarlo entre sus brazos. El niño estaba vencido, inerte para luchar contra la realidad.

—Tome, reverendo —le dijo Sophie sacando de su bolso una bolsita. Hacía un gran esfuerzo por tragar las lágrimas.

—¿Qué es eso?

—Treinta libras. Quiero que esté bien.

—No hace falta que me des eso, Sophie. Yo...

—No importa —insistió enérgica—. Con esto podrá embarcarlo. Me iré más tranquila.

Él se las guardó en el bolsillo de la chaqueta y ella besó a su hermano en la frente.

Después se levantó y se dirigió hacia Summer sin pensarlo.

No miraba hacia atrás. Estaba muerta en vida.

Sophie solo comprendió la distancia cuando los días comenzaron a caer uno tras otro sobre la cubierta del Galicia y el océano se fue iluminando con un azul sofocante. Aquel moderno vapor debía invertir un par de meses en alcanzar Valparaíso, aunque su destino estuviese algo antes, al norte de Tierra del Fuego, en la ciudad chilena más austral: Punta Arenas.

Sophie tuvo tiempo para llorar, absorbida por un torbellino de miedos. La primera semana se derrumbó sobre la litera de su camarote en primera estándar. Mecida entre mareos y vómitos, llegó a pensar que no podría resistirlo, sin más horizonte que la litera donde tendría que haber dormido Thomas, los revestimientos de madera blancos y los muebles de teca. Cuando dejaron atrás las latitudes europeas, Sophie comprendió que aquella superficie rizada y añil era ya su única realidad. Y poco a poco, se sobrepuso al dolor, fue dominando sus mareos y comenzó a acudir al comedor.

—Es lo mejor que puedes hacer, muchacha —le dijo Charles Summer mientras paseaban por cubierta—. El camarote marea mucho más. En cuanto quieras darte cuenta, el viaje habrá acabado. Solo tienes que dejar pasar los días.

Durante las primeras jornadas Sophie apenas habló con él. A veces lo acompañaba al salón, donde Summer dialogaba con otros hombres de negocios que se dirigían a Chile, mientras ella curioseaba las pinturas y los tapices colgados sobre paneles de madera bellamente tallados. El terrateniente inglés hacía un gran esfuerzo por ser amable e intentaba respetar su distancia y su silencio, pero Sophie no podía olvidar su arrebato de violencia ante la posibilidad de embarcar solo, más allá de la suerte de su hermano.

Así que Sophie tuvo ocasión de husmear el barco sola. Andaba y desandaba la cubierta de paseo, frente a los camarotes de primera ubicados a proa, cerca del salón de lectura, donde Sophie intentaba apagar su temor leyendo historias que espantasen el recuerdo de Thomas. Era una sombra atrapada en una jaula de metal, entre caballeros y doncellas que parecían moverse por un hotel al que ya estaban acostumbrados, aunque avanzara a quince metros sobre la superficie del mar, rugiendo silencioso, alimentado por toneladas de carbón y batiendo sus hélices bajo un azul espejado durante los mejores días, pero burbujeando gris y violento en los peores.

La curiosidad y la soledad la condujeron más allá de la sala de fumadores, donde los hombres jugaban al whist, al ajedrez o al backgammon, y desde allí descendió al submundo del navío. A popa, los camarotes de tercera se encajonaban hacinados cerca de las calderas, y Sophie se consoló frente a aquellos hombres que sobrevivían con paquetes de pan tostado y patatas cocidas traídas en ollas sobre las que se arremolinaban con su vajilla de hojalata. Alguna vez destapaban barriles de carne salada, pero no era lo habitual. Los habitantes de aquel enjambre de literas, entre pasillos estrechos y oscuros, se mal alimentaban escabulléndose por los establos para ordeñar sus vacas y sacrificar sus pollos. Sus vidas eran infinitamente más tristes que la de ella, pero aun así, parecían saborearlas mucho mejor canturreando y bailando al son de violines, flautas y armónicas.

Con el paso de las semanas la relación entre Charles Summer y Sophie fue creciendo, y cuando el Galicia casi atravesaba el Ecuador, ella comenzó a preguntarle por detalles de lo que le esperaba. Aunque le costase atisbarlo, quizás tuviera algún motivo para descubrir la felicidad.

—Me gustaría volver a ver la fotografía —le dijo un día sentados en el paseo de cubierta.

La brisa refrescaba una tarde tórrida que ella soportaba con una fina blusa blanca. A aquellas alturas de travesía, la enfermería se desbordaba de fiebres que solo podían ser aliviadas con trapos húmedos.

—Toma. —Le tendió la foto—. Consérvala tú.

Sophie la repasó como si pudiese reconocer algo.

—¿Cómo es su hijo?

Summer se rascó la barbilla y oteó el monótono horizonte.

—¡Daniel ha sufrido mucho! —le dijo al fin.

Sophie sintió una leve conmiseración sin haber conocido todavía aquel rostro en blanco y negro. Su expresión era grave, y sus facciones le parecieron muy bellas. Analizó los más diminutos detalles y quiso imaginar que Daniel Summer revelaba una nostalgia similar a la que a ella le hinchaba el pecho. No parecía un hombre afortunado y, sin poder explicarlo, aquello le gustó. Como si de un

aldabonazo se tratara, creyó que podría llegar a amarlo, aunque nada supiese del amor ni de los hombres.

—¿Por qué? —insistió Sophie—. ¿Por qué ha sufrido?

—Creció sin su madre y... —se interrumpió Charles—. En fin, quizás yo no fui el mejor padre para él.

Pareció que un mecanismo a cuerda se hubiera activado en sus labios: Charles Summer comenzó a narrarle su vida y cómo había acabado en Tierra del Fuego. Provenía del condado de Devon, unas tierras de verdes lomas salpicadas de bosques, donde llegó a poseer más de tres mil hectáreas dedicadas a la cría de corderos. El empuje de Summer para el trabajo y los negocios le permitieron ampliar la granja heredada de su padre, e incluso acertó como inversor con acciones en el Banco de Inglaterra. Sin embargo, Charles nunca fue un hombre sedentario y amante de aquella tierra que lo había forjado. Mucho antes, a los dieciocho años, lo había abandonado todo y se había alistado en el VIII regimiento de infantería de Bombay. No solo sentía inquietud por alejarse de Devon, sino también por conocer otras culturas. Aquella aventura se consumió rápidamente y la muerte de su padre lo obligó a regresar. Charles era hijo único y su sentido del deber lo reclamaba. Tenía casi veinticuatro años cuando se casó con la hija del pastor de Ivybridge, una muchacha tan angelical como frágil, que murió de una neumonía cuando Daniel apenas tenía un año. El joven Charles Summer se encontró solo, sin familia, ya que su madre también había muerto cuando él era un niño. Y con la ayuda de una vieja aya, intentó ver crecer a su hijo mientras invertía todas sus energías en explotar la granja y hacerla prosperar. Hasta que comprendió que no bastaba con empeño y que no podía responsabilizarse debidamente del niño. Daniel apenas tenía tres años cuando lo internó en el orfanato de Plymouth, a donde lo iba a buscar una vez al mes, mientras su rutina se consumía entre corderos, esquilas y la compra de más tierras.

—¿Solo tenía tres años? —suspiró Sophie.

—Me he arrepentido de muchas cosas en mi vida. Esta, desde luego, jamás me ha honrado.

Pero durante aquellos años no debió imaginar la tristeza de Daniel, que crecía huérfano sin haberlo sido. Y tampoco lo hizo después, cuando el pequeño

cumplió cinco años y él se casó con Catherine, la hija de otro granjero bien posicionado del condado de Devon. Era una mujer de carácter adusto que acabó convenciéndolo de que al niño le vendría bien el orfanato, que fraguaría en él la valentía necesaria para la vida. Así, Daniel nunca abandonó el hospicio del todo y se acostumbró a la visita mensual de su padre que se hizo cada vez más esporádica. Sobre todo cuando nació Victoria y su esposa se volcó en su única hija. A partir de entonces, apenas los visitaba en vacaciones, mientras Catherine ponía distancia entre el niño y su hermanastra, como si su internado en Plymouth constituyese un riesgo para la salud de su pequeña Victoria.

Ante el vacío oceánico, Charles le confesó a Sophie que aquella frialdad se acentuó aún más después de haber perdido a su segundo hijo, al que con nueve meses lo encontraron azulado en su cunita. Aquella circunstancia y dos abortos convirtieron a aquella madrastra en una celosa protectora de su hija, que creció separada de su hermanastro y viéndolo unas pocas semanas al año.

—Pero ¿cómo pudo permitirlo? ¡Él también era su hijo! —se atrevió a recriminarle.

—Siempre he vivido pensando en los negocios, y Catherine... —Se mordió el labio inferior—. Mi esposa no quería criar al hijo de otra mujer. Ya te he dicho que no me siento orgulloso de ello.

Summer acarició sus patillas humedecidas por el sudor y perdió su mirada entre el oleaje.

—¿Qué sucedió después?

—Pues que al fin volvió. Tenía catorce años. Mi esposa tuvo que aceptarlo, pero nunca dejó de ser un intruso para ella y para Victoria. A todos nos costó adaptarnos y a él también. Sinceramente, llegué a pensar que sería inviable que viviese con nosotros y por ello le ofrecí pagarle sus estudios en cualquiera de los mejores centros de enseñanza de Inglaterra. Me daba igual que fuese Harrow, Eton o Rugby. Incluso le propuse ingresar en el almirantazgo. Pero Daniel no quiso. Él solo deseaba una vida familiar, ahora lo sé, y decidió ayudarme con las tierras, igual que hice yo con mi padre.

—¿Acaso no le pareció lógica su decisión?

Summer hinchó los pulmones y dejó que el aire escapara por la nariz.

—Debería haberlo entendido mucho antes —murmuró—. Entonces todo habría sido diferente.

—¿Acaso sucedió algo?

—No, Sophie. A partir de entonces, mi hijo se convirtió en mi mano derecha, incluso fue él mismo quien me animó para llevar adelante el proyecto de Tierra del Fuego.

Aquella decisión había comenzado a fraguarse mucho tiempo antes de que escuchara hablar a los misioneros sobre aquel territorio y sus posibilidades. Su futuro en el sur se fue cimentando con los cambios que había sufrido Inglaterra desde 1873. Hasta entonces, Gran Bretaña no había tenido quién le hiciese sombra. Sus colonias le proporcionaban toda su prosperidad y The Royal Navy aplicaba con éxito la política de las cañoneras allí donde surgiesen problemas que afectasen a los súbditos británicos. La pax británica descansaba sobre el dominio del mar y sus colonias, pero la Gran Depresión había traído un cambio de escenario. Lo más grave para Summer no había sido que Estados Unidos y Alemania llegaran a alcanzar las cifras de producción de Gran Bretaña, sino que la curva de los precios, tanto en las materias primas como en los productos manufacturados, se desplomara con la disminución del beneficio. En los últimos veinte años, habían bajado hasta un cincuenta por ciento por causas muy diversas. Entre ellas, el progreso de la tecnología y el mejor nivel de vida de las grandes masas. En este nuevo contexto, los agricultores y ganaderos habían sido los que más estaban sufriendo. Los primeros por la gran cantidad de alimentos procedentes de las colonias y las malas cosechas que habían acumulado en la década de los setenta; los segundos por las epidemias de fiebre aftosa y bovina, sumadas a las nuevas técnicas frigoríficas para el transporte de mercancías. Como tantos otros, Charles Summer venía reduciendo sus beneficios año tras año, mientras los créditos que había adquirido para la mejora de sus explotaciones amenazaban con ahogarlo.

A finales de la década de los ochenta tomó la decisión de apostar por el futuro y seguir a los misioneros anglicanos hacia Ushuaia. Daniel no solo apoyó a su padre, sino que se convirtió en el motor de la nueva empresa. El muchacho había heredado el espíritu aventurero de Charles y adoptó como suya la quimera de convertirse en un gran terrateniente en una tierra lejana. Así Catherine tuvo un nuevo motivo para despreciar a su hijastro. Siempre pensó que Daniel había sido el principal instigador de todo.

—¿Es la primera vez que vuelve desde que se instaló en Ushuaia?

—Sí. Casi ocho años, y sigo convencido de que aquella tierra tiene unas posibilidades incalculables. No descarto que volvamos a Inglaterra, pero me he deshecho de todas mis tierras en Ivybridge para seguir invirtiendo en el sur. Sé dónde encontrar oro y... —Miró hacia ambos lados de cubierta y luego se acercó para susurrarle—: He comprado una sofisticada máquina que me ayudará a su extracción.

A Sophie le brillaron los ojos por aquella confidencia. Aquel hombre no solo se estaba mostrando cercano, sino incluso paternal.

—Si todo sale bien, ¡tú lo acabarás disfrutando con mi hijo!

—Espero que podamos dejar la posibilidad del matrimonio para el futuro, señor Summer. Me limitaré a conocerlo, tal como pactamos. Además, llegado el caso, quizás él mismo no desee casarse conmigo.

—¡Oh, Sophie! Eres la muchacha más hermosa que me he encontrado en mucho tiempo, ya te lo he dicho. A Daniel le gustarás. Estoy seguro.

—¿Dónde conoció a su esposa? Quiero decir, ¿quién fue la mujer de su hijo?

Charles Summer se puso en pie, se acercó a la barandilla y apoyó los antebrazos dándole la espalda.

—Dorothy pertenecía a la misión. Era hija de uno de los clérigos que trabajaron para levantar todo aquello.

—¿Y de qué murió?

—Prefiero ni recordarlo, muchacha. Fue un desgraciado accidente. Murió atrapada por el fuego en uno de los establos. Algún día te hablaré de ello, pero lo cierto es que no me gusta recordarlo.

—Lo entiendo.

—Solo puedo decirte que su muerte fue un golpe muy duro y todavía intentamos superarlo. Sobre todo Daniel.

No volvieron a hablar de Dorothy. Ni entonces, ni nunca más. Pero el tiempo comenzó a transcurrir de manera diferente para Sophie. El primer mes se agotó con el Galicia bordeando Sudamérica, sumergiéndose en las latitudes australes, mientras ella recorría una y otra vez la cubierta, desde la proa hasta el castillo de popa, y al revés. La distancia iba vaciando su desánimo. Los días se enfriaban y cada vez pasaba más horas en la sala de lectura, mientras Charles se entretenía fumando y jugando en el salón. Ella jamás había imaginado aquel lujo entre copas, cubiertos de plata y mantelerías impecables, desde que había descubierto que la mayoría del pasaje malvivía en las cubiertas inferiores.

A comienzos de septiembre el barco atracó un par de días en Buenos Aires, un puerto en ebullición sobre un mar chocolate. La capital argentina crecía anclada al Río de la Plata, entre estructuras coloniales y edificios europeos alumbrados con farolas de gas. Se intuía el final del invierno cuando al Galicia todavía le quedaban por surcar más de mil ochocientas millas hacia el sur. Para entonces, Charles le había descrito Ushuaia como si pudiese acariciarla con sus ojos: los yaganes, el poblado, la oscuridad del invierno con solo siete horas de luz al día, las montañas nevadas velando como centinelas sobre una playa gris, el viento del oeste golpeando helado sobre los rostros. Del invierno, Summer le había dicho que era un tiempo lento, de una extraña belleza blanca, donde las ovejas pasaban mucho tiempo en los corrales y los hombres muchas horas cerca del fuego. Todo parecía en letargo, hasta que la primavera lo transformaba y el sol comenzaba a alargarse en los bosques reverdecidos.

Y cuando el vapor alcanzó la desolada costa patagónica, a Sophie Collinwood le costó creer que en verdad existían aquellas tierras de lagos y cordilleras escondidas frente al océano que conducía a la Antártida. Divisó el perfil yermo del sur, mientras él le describía aquellas frías llanuras de ripios, vastísimas extensiones de piedras secas, entre matojos de nervuda hierba marrón y arbustos bajos y espinosos, donde el viento helado barría la vida y hacía estéril una tierra infinita. Pocos animales sobrevivían en aquella inmensidad, solo seres autóctonos como los guanacos, las llamas, los ñandúes y los pumas, mientras bajo el cielo planeaban enormes cóndores, chimangos y horribles carranchas abuitradas. De aquella tierra aterradora, la muchacha solo pudo distinguir los acantilados frente al mar. Y más allá de la bahía de San Julián, donde Magallanes había levantado una horca para colgar a sus amotinados, supo que el temido Estrecho solo estaba a unas tres jornadas. Y el final de su largo viaje también.

—Ven, Sophie —le dijo Charles una noche después de cenar—. Cúbrete con tu

abrigo, vamos a cubierta.

El Galicia había doblado uno de los más terribles vértices del sur: el cabo de las Vírgenes, y se adentraba en el estrecho de Magallanes en una noche inusual. Al norte, la roída costa chilena, y al sur, Tierra del Fuego, que avistarían al amanecer. Entonces comprobaría que se trataba de un paisaje monótono y triste, pero majestuoso a la vez.

—¡Es una noche maravillosa, Sophie! Mira el cielo.

Miles de luces blancas brillaban en la oscura bóveda celeste.

—Observa bien. —Le señaló con el índice—. Canopus, Antares, Aquenar y aquella, la Cruz del Sur.

La hija de Anne Collinwood aspiró esa inmensidad y se sintió en armonía con el mundo. Probablemente su madre la observara desde más allá de aquellos farolillos limpios. Se quedó silenciosa, envuelta por la fría oscuridad de la noche, mientras permitía que las lágrimas entibiaran su rostro.

—¡No es nada usual una noche así en el Estrecho! —insistió él—. ¡Cuántos marinos hubiesen dado toda su fortuna por una noche como esta!

Charles le contó que aquella balsa de aceite fría y gris era tan sorprendente como peligrosa porque viraba a la tempestad en apenas horas, como habían experimentado tantos cascarones que lucharon por mantenerse a flote en sus aguas revueltas. Las velas se hinchaban y las embarcaciones eran zarandeadas hasta que se estrellaban en la costa o eran engullidas por el oleaje. Sin embargo, el Galicia cortaba las aguas tranquilas impulsado por sus hélices sin que Sophie pudiese calcular cuántos marinos habrían sucumbido intentando alcanzar el océano Pacífico. De noche, el horizonte se cerraba a pocas brazas y escapar era cuestión de fortuna o de la valentía de una tripulación que solo podía luchar por mantenerse a flote.

Sophie saboreó el momento como otras tantas noches en el Atlántico, pero se sintió inmensamente lejos de Londres y extrañamente serena. Antes de morir, su madre le había dicho que buscara aquella luz que no podía ver y esa noche lo intentó.

Pero en el cielo encontró otra cosa.

—¿Qué es aquello? —preguntó sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Ahí, señor Summer. —Y señaló hacia arriba.

Los dos observaron una sombra planeando bajo las estrellas como un espectro oscuro.

—Tiene que ser un cóndor —murmuró él—. Pero es muy extraño. Estamos demasiado lejos de la cordillera.

Sophie apenas pudo distinguir su frente arrugada y sus ojillos bajo las espesas cejas, pero comprendió que su ánimo había cambiado.

—¿Sucede algo malo?

—No. Solo estoy sorprendido de que ese bicho haya planeado hasta aquí a estas horas.

El ave se detuvo en algún punto cerca de las chimeneas del vapor, y Sophie sintió el recóndito pellizco del miedo. Sorpresivo y casi absurdo, pero cierto como aquella noche extraña.

Y simplemente intuyó que era una señal que no podía interpretar y, aún menos, evitar.

Desembarcaron en Punta Arenas el 20 de septiembre de 1895. La población más al sur de Chile era una tierra fría, baldía, de montañas planas y nubes grises. Sophie sabía que aquel no era su destino, pero su ánimo se encogió como una nuez. Del Galicia descendió un puñado de hombres y solo tres mujeres, incluida ella misma. Las cajas que Charles Summer transportaba en las bodegas permanecieron en un amarradero cubiertas con lonas hasta el día siguiente, mientras ambos se dirigían al único hostel, donde los hospedaron en dos cuchitriles con techo de metal.

Punta Arenas era un barrio de casitas sobre las que se elevaba una iglesia y la prisión. El movimiento del puerto había contribuido al progreso del poblado, que veía cómo al menos cuatro veces al mes un barco anclaba allí. Fue el primer lugar del sur donde se había nombrado la palabra mágica «oro» y aquel inhóspito enclave escondido en el estrecho de Magallanes se convirtió en el más poblado al sur, tanto de Chile como de Argentina. Más bien, para quienes no conocían los recovecos australes, ese pequeño pueblo de mil almas se trataba de la última región con vida, a casi una semana de travesía hacia el sur del destino final de Sophie, la tierra del fin del mundo: la desconocida Ushuaia.

Contempló desolada las casuchas que cuarenta y siete años atrás el Gobierno chileno había arrinconado de la civilización, rodeadas de altas empalizadas de madera, y entre las que estableció una prisión para seiscientos reclusos que acabaron reduciendo el penal a cenizas y sembrando aquella tierra yerma de cadáveres. Cuando llegó el gobernador, no encontró ni un solo superviviente. Todo había sido saqueado por los presos y los indígenas tehuelches. El Gobierno chileno volvió a construir el penal tal como lo vio Sophie y, aunque hubo nuevas sublevaciones, el nuevo edificio resistió y Puerto Arenas fue creciendo renqueante.

Por fortuna, apenas tuvo tiempo para captar aquella desolación. Al día siguiente, cuando llegaron al puerto ya estaban estibando las pesadas cajas en una goleta de dos palos. Summer abrazó al capitán con camaradería y comenzaron a hablar en español. Sophie no entendió ninguna de aquellas palabras, pero después supo que los esperaba desde hacía un par de días, tal como habían pactado cuando se despidieron a comienzos de enero. Enseguida emprendieron su último tramo hacia el fin del mundo, con el graznido de las gaviotas despidiéndolos al volver a

remontar el Estrecho con su carga bien cubierta por el embalaje.

El San Martín era una goleta pequeña y avanzaba a diez millas por hora con la ayuda de su velamen. Su arboladura era ligera y esbelta y, con sus velas desplegadas en alta mar y su casco pintado de blanco, parecía un gran pájaro rasando sobre las olas. Llevaba sus bodegas repletas de carbón y la proa cubierta de cajas con suministros que llegaban desde Buenos Aires y Valparaíso. Estaba tripulada por el capitán, un piloto, un maestre y cuatro marineros. Su pequeñez la hacía cabecear sobre aquellas aguas verdosas que al atardecer emitían reflejos de acero.

Bajo esos cielos lluviosos y plomizos, Sophie pasó gran parte del tiempo guarecida en la litera de su camarote. Pero al bordear el sur de Tierra del Fuego, fue alargando las horas junto a Charles y el capitán, oyendo los latigazos de la brisa sobre las velas y el crujir de la madera en los palos. El frío se le hizo ameno y, al cuarto día de navegación, el San Martín marcó el rumbo hacia el canal de Beagle durante la noche de un día turbio.

—Mañana atracaremos en Ushuaia, Sophie —le dijo Summer.

Horas antes se había iniciado una nevada y la cubierta había quedado tapizada de un fino manto blanco, pero la goleta parecía conocer aquel territorio. Si hubiese habido luz, habría podido divisar una oscura línea de altos acantilados y playas donde bramaban los lobos marinos. Incluso la veladura de la niebla le habría permitido ver caer la nieve sobre la bahía Sloggett y, más allá, la isla Picton y la gran Navarino, indivisibles todavía. Y, aún más allá de Ushuaia, siguiendo el curso del canal de Beagle, encontraría aquellos ríos de hielo, tal como Summer se los había descrito. Aquellos ventisqueros desembocando en bahías y fiordos, con pequeños témpanos encallando entre los salientes rocosos de las playas, mientras el silencio se resquebrajaba con su estampido expandiéndose entre las montañas. Sin embargo, lo observaba con los ojos de su imaginación, intentando reconstruir aquel mundo ignoto del que tanto le habían hablado, pero guarecida tras un ojo de buey después de un par de horas de tempestad. El vendaval parecía indómito: un fuerte viento elevaba gigantescas olas que esparcían su espuma sobre cubierta. Y el agujijoneo del peligro no era solo una sensación.

—¿Qué sucede? —le preguntó trémula a Charles mientras observaba desde el portillo del pequeño comedor el fanal de proa titilando cada vez más débil en la oscuridad.

—Es una marejada proveniente del sur. Probablemente una de las últimas del invierno. El viento sopla desde los hielos polares. Pero no sufras, conozco al capitán Spinozza desde que llegué aquí. Es un gran navegante y está acostumbrado a estos temporales.

Sophie asintió poco convencida y concentró su oído en el jadeo de las calderas luchando contra las olas.

—Pero será mejor que vayas al camarote, Sophie. Acuéstate, cierra los ojos e intenta descansar. Al amanecer estaremos en casa.

Aunque pudo leer cierta inquietud en los ojos de Summer, decidió obedecerle. Se tendió sobre su estera con el farolillo de gas encendido, mientras el San Martín se revolvía anclado al resguardo de una isleta rocosa esperando a que el peligro amainara.

Pero el temporal empeoró y un viento torrencial azotó la embarcación hasta hacerla escorar. Sophie no se sintió segura en su camarote.

—¿A dónde vas? —la detuvo Charles en la puerta.

—¡Nos vamos a hundir! —le gritó nerviosa.

—Mantén la calma, muchacha. Aquí estás segura. El piloto ya ha levado el ancla e intentaremos escapar de la tormenta bordeando la costa.

El rostro de Summer transmitía la preocupación que sus palabras negaban. Había escuchado al capitán discutiendo con el piloto. Spinozza era consciente del riesgo de acercarse a la costa y pensaba que aquel huracán les arrancaría los mástiles como si Zeus amputara las antenas de un insecto.

—¡Mi pobre hermano! —balbuceó nerviosa.

—No te pasará nada. Confía en mí. —Y por primera vez la abrazó—. No permitiré que te pase nada, ¿me oyes? Debes serenarte. Estás aquí por mí y te prometo que no te sucederá nada.

—No puedo —dijo temblando.

—Yo te protegeré. Te doy mi palabra.

Ella se cobijó entre sus brazos y los minutos pasaron lentos. Media hora después, sintió que la nave se elevaba hasta quedarse dormida durante unos segundos. La goleta había trepado la montaña de una ola, se había quedado apuntando hacia el cielo y, en un instante de pánico, creyeron que iba a voltearse. Pero el casco volvió a estrellarse contra el mar.

—No te muevas —le dijo él al fin—. Volveré lo más rápido que pueda.

Sophie estaba paralizada, temiendo que en cada cabeceo del San Martín llegaría el vuelco definitivo. Se puso a rezar en silencio y cuando escuchó el crujido del casco bajo sus pies, creyó que sería imposible sobrevivir. Sabía que algo definitivo acababa de suceder y el instinto la hizo reaccionar. Se envolvió en su abrigo, sujetó el bolso con las libras que todavía le quedaban y escapó del camarote.

—¡Sophie! —le gritó Summer por el estrecho pasillo—. Hemos encallado.

El barco era zarandeado con violencia, pero inexplicablemente ella no sintió miedo, sino determinación por intentar salvar la vida.

—¡Tenemos que salir a cubierta! —le dijo arrastrándola de un brazo.

Al asomarse, lo primero que vieron fue la agitación de los marinos envueltos en sus gabanes y apiñados en la proa. El estallido de las olas y la ventisca los obligaba a aferrarse a los pasamanos de las paredes, mientras la goleta se escoraba hundiéndose rápidamente. La espesura de la noche no les permitía ver los promontorios de una bahía abierta que acabaría triturando la embarcación con sus poderosas rompientes. Los marineros ya habían comenzado a trepar al bauprés, el cual sobresalía desde la punta de proa como una ridícula espada. Desde allí, se arrojaban al mar para intentar ganar la playa rocosa.

—¡Tendrás que ser valiente! —la animó entre el rugido de las olas que los golpeaban como si fuesen hachazos—. Si esperamos, el barco nos arrastrará con él, ¿lo entiendes?

—¡No sé nadar! —le gritó ella.

El viento helado les entumecía todo el cuerpo. Charles vio un tonel que rodaba por la cubierta como un bolo y se apresuró a inmovilizarlo.

—Esto te ayudará a flotar, el resto lo hará tu instinto. La orilla tiene que estar muy cerca. Solo tenemos que seguir a los marineros, ¿entiendes?

Sophie asintió enajenada, percibiendo cómo la succionaba la muerte. Charles Summer lanzó el tonel al agua espumosa y luego saltó para atraparlo. Como pudo, luchó contra el oleaje y mantuvo el improvisado salvavidas cerca del casco.

—Salta, Sophie —le gritó—. No lo pienses. ¡Salta! ¡Por Dios!

Y ella lo hizo. Cerró los ojos y se precipitó al agua. La goleta se había escorado tanto que apenas necesitó saltar y su cuerpo se estremeció de frío, en medio de un revoltijo de algas, piedras y espuma.

—¡Agárralo y no dejes de moverte! —le insistió Summer cuando vio que alcanzaba el tonel.

Nadó hasta ella para empujarla contracorriente, braceando con dificultad mientras Sophie tragaba agua y procuraba mantenerse a flote. La noche era negra y oían los gritos de los marineros alrededor. En algún instante comprendió que debía mover las piernas para avanzar y no acabar congelada. Entonces pateó con desesperación, sujeta a aquella barrica, bregando para soportar cada ola que la aplastaba, hasta que sus pies chocaron contra las rocas de la costa cercana. El frío acalambraaba sus extremidades.

Una gran masa de agua la envió al fondo, pero ella no soltó el tonel. Emergió y se encontró cerca de un hombre. Pensó que se trataba de Charles Summer, pero él le gritó algo en castellano. Ya apenas sabía cuánto tardaría en rendirse. No había dejado de tragar agua y el marinero la apartó de la barrica para tirar de ella hacia la playa. Sophie sintió la fuerza de sus brazos y con los pies pudo rozar el fondo rocoso.

Una vez más batió sus piernas acalambradas intentando ayudar a su salvador, hasta que sus pies volvieron a tropezar, pero esta vez lograron mantener el equilibrio.

Cuando el marinero la depositó en la orilla estaba exhausta. El viento y la nevisca laceraban su cuerpo y, entre el aturdimiento y el frío, comprendió que alguien le pedía que no dejara de moverse. Pero a Sophie apenas le quedaba aliento y contempló la oscuridad horrorizada. No había ni barco, ni horizonte.

Solo el estruendo de la tormenta. Gritó el nombre de Charles mientras manoteaba las sombras de la orilla como si delirase. Pero pasaron los minutos y él no apareció. Sophie supo que su piel azulada se inflamaría y su boca se torcería en una sonrisa extraña.

Todo era frío y una insuperable soledad.

TIERRA DEL FUEGO

Ushuaia, septiembre de 1895

Eduardo Ariza había cabalgado por el camino que atravesaba el bosque helado de guindos, hayas, ñires y coihues. Las casas de la misión se iban dibujando como un manojo de tejados de zinc a dos aguas, con sus chimeneas difuminando hilillos de humo y la torrecita de la iglesia elevándose como un mástil frente al muelle. Aquella colonia anglicana estaba envuelta en una atmósfera dorada, entre la bruma y el sol, espejándose en el azul acero de la bahía. Y frente a la misión, del otro lado de la ensenada, el tímido caserío de Ushuaia albergaba la casa del gobernador junto a un puñado de confortables cabañas, el muelle y un aserradero con un repelón de troncos muertos y amarillentos.

Esa mañana el canal de Beagle brillaba frío como un cristal, aunque de sobra sabía que cambiaría cuando el viento volviese a limpiar la tierra.

Eduardo solía acercarse a Ushuaia todos los domingos, algunas veces cabalgando, pero otras tantas remando en un chinchorro. El capataz de los Summer se pasaba el día en el almacén de su amigo Luis Fique, bebiendo, charlando y jugando a las cartas. Luis había sido de los primeros en instalarse en el poblado tras la llegada de la Marina argentina y del coronel Laserre. A Eduardo le gustaba encontrarse con los parroquianos del almacén, entre vino, yerba mate y tabaco. Con el buen tiempo, antes de que lo atrapara la noche, se cargaba de víveres y emprendía el regreso hacia la estancia. Pero esa mañana no llegó ni a sentarse. Cuando entró en El Primer Argentino, cuatro hombres rodeaban el billar y otro arrancaba acordes lastimeros de una guitarra.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó Luis Fique en castellano—. ¿Cómo te avisaron tan rápido?

El capataz español lo miró confuso.

—Pero... ¿qué pasó?

—El gobernador estaba a punto de mandar una lancha para la estancia. ¿Es que todavía no te enteraste?

—Decime rápido, Luis. No sé de qué me estás hablando. Hoy vine a caballo y no

me crucé con nadie.

—Es tu patrón —le dijo bajando los ojos—. El San Martín se hundió hace tres días.

Eduardo abrió los ojos y pareció tambalearse dando un pequeño paso hacia atrás.

—¿Qué me estás diciendo, Luis?

—No lo encontraron, Eduardo. Imposible que haya sobrevivido.

El español sintió la boca seca. La primavera alargaba los días y llegaba deseoso de pasar el domingo entre barajas y dominós, bebiendo vino chileno y charlando en su lengua sobre nada en particular. Solo en Ushuaia podía hablar español con los argentinos. Con los Summer y los indígenas lo hacía en inglés, como con los anglicanos. Pero todas sus expectativas se diluyeron con la noticia.

—Se salvaron tres marineros y una muchacha que venía con Summer.

—¿Una muchacha?

—Dicen que es la institutriz del niño.

Su asombro no cesaba y permaneció clavado en la puerta con las dos manos pegadas a la nuca, como si fuesen a detenerlo.

—El gobernador iba a mandar al comisario a la estancia. Si corrés, capaz que lo agarrás todavía.

No le dejó ni acabar. Salió del local chapoteando por la tierra húmeda hasta alcanzar la gobernación. El edificio, de una planta, fue construido con madera y revestido de chapa. La puerta principal estaba enmarcada por dos grandes ventanales y Ariza la golpeó hasta que cayó en la cuenta de que en domingo no iba a encontrar a nadie. Entonces se dirigió al chalé contiguo, donde el comandante Pedro Godoy vivía con su mujer y sus dos hijas y, al poco tiempo de hacer sonar la campanilla, la esposa del gobernador le abrió la puerta. Era la primera vez que Eduardo pisaba aquella estancia decorada con muebles de estilo vienés, lámparas con formas de araña y grandes ventanales a través de los cuales se divisaba el bosque, la bahía y las colinas de la misión. Allí dentro, bien caldeados por la estufa de leña, pocos se hubiesen aventurado a creer que

estaban en los confines de la tierra.

—El comisario y el sargento estaban preparando la lancha —le dijo el gobernador al estrecharle la mano—. ¡Qué suerte que hayas venido!

—Luis me lo acaba de decir. ¿Qué pasó?

La mano del comandante Pedro Godoy descansó suavemente sobre el hombro del español.

—Solo sobrevivieron tres marineros y... —Señaló hacia uno de los sillones acomodados frente al ventanal, desde donde sobresalía una coronilla rubia—. Y esta muchacha.

La aludida permanecía como ausente y solo se puso en pie cuando el gobernador se le acercó y le hizo señas con la mano para que se levantara. Llevaba un vestido blanco que le quedaba enorme y el pelo recogido sin ningún esmero. Su aspecto débil apenas atenuaba su belleza natural.

—Se llama Sophie. Sophie Collinwood. Solo sabe hablar inglés, así que vas a poder ayudarnos.

El capataz de los Summer constató su palidez y agotamiento, pero también el brillo cristalino de sus ojos verdes.

—¿Quién eres? —le preguntó en inglés—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Al escuchar su lengua, Sophie parpadeó y dibujó una mueca de alivio.

—Encallamos. Con el temporal nos acercamos demasiado a la bahía. Fue todo demasiado rápido. El señor Summer... —La voz se le quebró.

—Tranquilízate.

—Estoy bien. Yo... —dijo inspirando profundamente—. Yo vengo por lo del niño.

—¿Por lo del niño?

—El señor Summer quería una institutriz para su nieto. Por eso me ha traído.

El capataz la miró sorprendido y se acarició la barbilla. Luego se volvió nuevamente hacia el gobernador.

—¿Dónde fue, comandante? —le preguntó en castellano.

—En Sloggett. No tuvieron tiempo de nada. Los marineros me dijeron que las corrientes eran demasiado fuertes. Ellos llegaron a la orilla, pero de los otros no supieron más. Al amanecer, el San Martín había desaparecido. Realmente tuvieron suerte. El viento antártico podría haber estado soplando durante días, pero solo duró veinticuatro horas. Los supervivientes encontraron una pequeña cueva donde guarecerse. Por la mañana pudieron hacer fuego y, más tarde, fueron consiguiendo combustible. A la muchacha comenzó a subírle la fiebre y estuvo delirando hasta ayer. Eduardo la miró con compasión. Por su actitud, sabía que no entendía nada de su conversación con el gobernador.

—¿Cómo consiguieron salir de allí?

—Sabían que estaban cerca de la bahía Sloggett y que por allá todavía andan los buscadores de oro. Hace tiempo que se deberían haber cansado, pero quedan unos cuantos con sus tiendas y sus pequeñas cabañas. Dos marineros dieron con ellos, mientras el otro se quedó con la muchacha. Recién ayer por la mañana una lancha los rescató y los trajo para Ushuaia. Ella viajaba con Summer y, según lo que el inglés comentó con el capitán, era la institutriz de su nieto... Y, quizás, la futura esposa de su hijo.

Eduardo se rascó la cabeza y volvió a mirarla.

—¿La esposa de Daniel? —pronunció con asombro.

—Eso dicen ellos. Preguntale.

Pero él no iba a preguntarle nada de eso. Era normal que los Summer buscasen a una inglesa para el pequeño, incluso que no fuese de la misión. Sin embargo, no dejaba de sorprenderle que el mismo Daniel no hubiese viajado para aquel asunto. ¿Acaso no podrían haberle encomendado a él que supervisara los hallazgos del oro en la bahía Yendegaia durante su ausencia? Más aún en invierno, cuando apenas había movimiento por allá. Eduardo sentía que realmente no confiaban en él, y mucho menos para gestionar lo del oro. La familia Summer tenía puestas demasiadas esperanzas en aquella bahía y tanto el padre como el hijo no delegaban su gestión.

—Parece ser que tu patrón traía unas máquinas —continuó el gobernador Pedro Godoy—. La verdad es que he oído que están frecuentando mucho Yendegaia... Pero, en fin, todo ha ido a parar al fondo del canal. Si es verdad que andaban buscando oro, ahora su hijo tendrá que seguir haciéndolo como antes.

—Es difícil imaginar qué traía, comandante —zanjó el capataz.

El gobernador sonrió. Sabía perfectamente que Charles Summer traía maquinaria para facilitar el refinamiento del oro y aquello le hizo pensar que algún día tendría que pasarse por aquella bahía. Era territorio chileno, pero, en definitiva, si allí había oro, Ushuaia necesitaba confirmarlo.

—Como podrás imaginar, la muchacha también lo perdió todo. Hasta tuvimos que darle el vestido que lleva puesto. Es un milagro que siga viva.

Antes de que terminara de hablar, el comisario y el sargento entraron en el cálido comedor y comenzaron a desabrochar los alargados abrigos azules de botones color plata. Saludaron a Eduardo Ariza y se dirigieron a Pedro Godoy:

—En el muelle está la lancha preparada, comandante.

—Pero ya ve quién nos ha caído del cielo, comisario.

—¿Quién le avisó?

—Nuestra fortuna. —El gobernador se volvió hacia el capataz—. Ya no vamos a ir, Eduardo. Tenés que perdonarnos. Vas a tener que encargarte de decírselo vos. Creo que ya no tiene sentido que naveguemos hasta allá. Entendelo.

Eduardo Ariza suspiró ante la perspectiva de comunicarle a Catherine Summer algo semejante. Podía sospechar su reacción. La muerte de Charles sería un golpe letal tanto para la madre como para la hija y, probablemente, cuestionaría su permanencia en Tierra del Fuego.

—¡No me haga esto, comandante! —comentó malhumorado—. Que el sargento Fuentes se encargue. Se lo ruego.

—Nuestra presencia no cambiará las cosas, Eduardo.

—He venido a caballo, ¿no cree que ir hasta allí al trote conmigo no es muy

recomendable para una señorita?

—No creo que a esta muchacha le fuese fácil nadar en las heladas aguas de la bahía, ni quitarse la ropa ante los marineros. Te aseguro que en la estancia de los Summer le espera una vida algo más sacrificada que la que llevan las institutrices inglesas. Creo que soportará cabalgar contigo.

Sophie permanecía de pie, sumisa y callada. Esperaba la sentencia de su destino como se aguarda el incierto veredicto de un juez. Eduardo se acercó hasta ella y le dijo en inglés lo que habían decidido.

—Tengo ganas de llegar —le contestó con tristeza escrutando sus ojos negros y profundos.

Recogió su arrugado abrigo del sillón, la bolsa con el vestido que llevaba durante el naufragio y buscó algo en un bolsillo.

—Le ruego que le pida al gobernador que la envíe a Londres —le dijo extendiéndole una carta—. Él fue muy amable en facilitarme papel y pluma para poder redactar estas líneas. Es urgente que llegue cuanto antes.

—Puede tardar entre dos y tres meses. Dependiendo de cuándo ataque el próximo barco. Como ya es casi primavera, quizás llegue alguno el próximo mes.

El gobernador, que parecía haber entendido los deseos de la muchacha, sujetó el sobre y le aseguró con algunos vocablos en inglés que la depositaría en el poste rojo del muelle.

—Ahora te llevaré a la hacienda de los Summer —le dijo Eduardo.

—De acuerdo.

—Pero si lo prefieres, podemos esperar. Yo no tengo prisa.

—Estoy preparada.

—¿Estás segura?

—No tengo elección. La señora Summer es la única que puede ayudarme.

Ariza no le contestó. Ya acabaría conociéndola.

Con el tiempo, Sophie descubriría que Ushuaia era un enredo de colinas boscosas, pastizales y arbustos entre el mar y una muralla verde de cumbres erizadas. Una región protegida del aullido del viento y preñada de pequeños lagos y arroyos. La muchacha dejó atrás aquella pequeña civilización olvidada del mundo abrazada a la chaqueta de piel del capataz. Entonces tuvo la sensación de que ese lugar era el olvido. Desoladamente verde, hermoso y frío, tal como Summer le había contado, pero mucho más inmenso aún.

El caballo trotó por un sendero frondoso sorteando guijarros. Avanzaron hacia el oeste y a la hija de Anne Collinwood le costó comprender tanta espesura después de haber divisado una Patagonia tan agreste. Al fin y al cabo, más allá de aquel puñado de islas surgía el horizonte helado de la Antártida. Y de nuevo sintió el estruendo de su vida muy dentro, derrumbándose como los cañonazos de los hielos sobre el canal o el estampido de las ballenas escupiendo sus chorros de agua blanca. Lo había perdido todo: a su madre, a su hermano, a su padre y unas cuantas libras. Sin embargo, le pareció más grave aún la desaparición de Charles Summer, su benefactor.

Fueron algo más de quince kilómetros en silencio. Cabalgó exhausta, convencida de que todavía le rondaba la fiebre. La brisa fresca era incesante, pero la temperatura no descendía de los diez grados. Charles ya le había dicho que el clima no era extremo en Ushuaia, que solo bajo el rigor del viento helado y de la casi perpetua oscuridad el termómetro podía arañar unos grados bajo cero.

—Es allí —le dijo el capataz.

Atravesaron un cercado y el caballo trotó a través de unos pastizales empapados y amarillos. Los restos de nieve todavía manchaban algunos árboles. Las ovejas se dispersaban sobre la ladera de una colina que desembocaba en la pequeña bahía donde los Summer tenían un muelle y, junto a él, algunos troncos apilados para ser embarcados. El mar era un espejo plateado y, en la otra orilla del canal de Beagle, temblaron ante sus ojos los picos blancos de las montañas del oeste.

Comenzó a lloviznar. Los días de sol iluminaban la belleza de Ushuaia, pero tarde o temprano el viento empañaba el cielo de nubarrones y el día cambiaba. Ariza apuró el trote y se dirigió hacia la estancia, bien visible por su alargado techo rojo junto a un par de cabañas y un gran establo. El viento se había vuelto

helado y la lluvia amenazaba con empaparlos del todo, pero el español alcanzó rápidamente las cuadras. Entró en uno de los boxes y desensilló el caballo.

—Ya hemos llegado.

—No sé qué le diré —le respondió ella.

Eduardo Ariza manipulaba las riendas dándole la espalda. Sophie permanecía con sus manos juntas sobre el regazo, erguida con indefensión y cansancio.

—¿A quién?

—A Catherine, a su esposa.

—Yo se lo contaré.

Cuando él se volvió, Sophie vio su pelo arremolinado por el viento y una barba oscura, rala y desaliñada que resaltaba unos labios bien formados. Su frente era amplia, su nariz pequeña y sus pómulos marcados.

—Se lo diré yo, no te preocupes. Tú ya tendrás bastante con explicarle quién eres.

El capataz enfiló hacia la intemperie seguido por ella y un border collie correteó hacia él enloquecido, saltándole hasta la cintura.

—Ahora no, Pirata —le dijo sin dejar de avanzar.

El perro tenía una gran mancha de pelaje blanco en torno a su ojo izquierdo y no dejó de seguirlos moviendo la cola feliz bajo la lluvia, mientras atravesaban un jardín que conducía al sendero del muelle. Solo cuando alcanzaron la escalinata del soportal, consiguió tranquilizar al animal, que se sentó jadeando con la boca abierta.

La casa era una robusta construcción de madera de lenga pintada en blanco, pero bajo un rojo techo de zinc. Sobre él, habían colocado un gran tambor que conducía el agua al fregadero de la cocina y a un pequeño baño. En la fachada dos ventanales vigilaban atentos la bahía, como dos ojos enormes intentando absorber la luz del sol.

Eduardo Ariza golpeó la puerta principal y una indígena les abrió. Llevaba un vestido de trapo, como el de cualquier campesina europea. Sin embargo, a Sophie le pareció que le quedaba ridículo. Era la primera vez que veía a una yagana. Sus ojos eran alargados, sus labios gruesos y su piel parda.

—Lakuta, necesito hablar con Catherine.

—¿Y por qué no has entrado por la cocina? —le preguntó en inglés.

—No quiero que la señorita entre por la cocina, ¿me entiendes?

La sirvienta observó a Sophie de arriba abajo.

—¿Quién es?

—La institutriz de Adam.

—¿La institutriz del niño Adam? ¿Qué estás diciendo?

—Necesito hablar con Catherine, Lakuta. Es muy importante.

—¿Qué ha pasado?

—Primero a ella. Luego a ti.

La indígena los hizo pasar a un pequeño porche donde depositaron los abrigos y se aseguraron de que el calzado no estuviese demasiado embarrado. Desde allí accedieron a un amplio pasillo que vertebraba la casa. A la izquierda, un gran comedor bien iluminado por uno de los ventanales y, a la derecha, un salón también orientado hacia el canal. El resto de las habitaciones se abrían a ambos lados hasta llegar a una amplia cocina en el otro extremo, orientada hacia la montaña, con vistas a un huerto bien organizado y cercado. Sin embargo, Sophie solo vislumbró el salón, con una gran chimenea de piedra, mobiliario tallado con madera de haya, una cristalería bien expuesta, una biblioteca y un conjunto de sillones beige cerca del fuego, alrededor de una alfombra de estilo oriental. El paisaje de la bahía presidía el ambiente y Sophie recordó aquel día en Londres, apenas unas semanas atrás, cuando Charles Summer le habló por primera vez de la belleza de su nuevo hogar.

Catherine entró en el salón enhiesta y clavó su mirada en la muchacha. La

escrutó de arriba abajo y Sophie sintió un profundo escalofrío. Las incontables hebras encanecidas de su cabello y su rostro ácido le infundieron miedo.

—¿Quién es esta? —pronunció como si se tratase de la servidumbre. Su aspecto descuidado en nada se parecía al de una dama.

Sophie pudo palpar la tensión mientras el capataz meditaba su respuesta.

—¡Te he hecho una pregunta! —insistió enérgica—. ¿Acaso estás jugando conmigo?

Sophie hubiese querido responderle para así mostrar sus modales y minimizar su imagen de pordiosera, pero prefirió obedecer al capataz.

—Tengo malas noticias, Catherine.

Eduardo la miró fijamente, a la espera de que ella intuyera la desgracia.

Catherine se llevó las manos a la boca como si sufriera un repentino dolor.

—¡Dime lo que ha sucedido sin rodeos! ¡Te lo ordeno!

—Han dado por muerto al señor Summer. El San Martín ha naufragado.

Por primera vez, el capataz percibió una veta en su ánimo, abriéndose frente a él repleta de rabia, desesperación y fragilidad. Catherine se dejó caer vencida en un sillón frente a los rescoldos de la chimenea.

Eduardo Ariza le resumió todo lo que había escuchado, observando a Sophie para corroborar sus palabras, mientras la esposa de Summer giraba la cabeza y la volvía a mirar.

La mujer escuchó el relato sin derramar ni una lágrima.

—¡Ese miserable de Godoy ni siquiera fue capaz de venir él mismo a decírmelo!
—rabió poniéndose en pie.

—Tenía la lancha preparada —se atrevió a decir Ariza—. Pero al llegar yo...

—Cállate. ¡Por Dios!

Parecía más ofuscada que entristecida.

—Y tú ¿quién eres? —le escupió avanzando hacia Sophie. Su rostro avejentado era una tormenta.

—El señor Summer quería una institutriz para el niño y...

—¡La institutriz de Adam! —la interrumpió con ironía—. ¡Maldito destino! ¡Mi esposo por fin cumplió su palabra! ¡La institutriz! —Y soltó una risa sardónica—. ¡Vaya con el destino! Cumplió con lo prometido y lo pagó con la vida.

Sophie estaba rígida, sin saber cómo reaccionar.

—Una fortuna en el fondo del canal de Beagle, el dinero de nuestros terrenos, la maquinaria para la bahía... ¡Pero la institutriz está aquí!

Desde la garganta de la señora Summer, una carcajada histérica se resquebrajó como un trueno.

—¡Una institutriz! —rio furiosa.

Sophie estaba demasiado exhausta y creyó que las piernas ya no la sostendrían.

—¡Charles! ¡Charles! —comenzó a declamar la viuda—. ¡Siempre tan condescendiente! ¡Siempre tan blando!

Catherine Summer volvió a analizar a la recién llegada de arriba abajo y volvió a sonreír con amargura, y con malicia.

—¡Tú no eres ninguna institutriz! —le dijo con una suavidad envenenada—. Tú has venido a casarte con Daniel, tal como hablamos antes de que Charles partiera. ¿Acaso crees que soy estúpida?

Sophie tragó saliva con dificultad.

—Yo he venido a ocuparme de su nieto, señora —declaró—. Mi matrimonio dependerá de muchas cosas, entre ellas de que Daniel quiera... En todo caso, primero debemos conocernos. El señor Summer me prometió que siempre podría regresar a Inglaterra.

—El hijo de mi marido se casará contigo —la interrumpió—. ¡Y tú te casarás con él!

La hija de Anne Collinwood percibió la fuerza del mal en el látigo de aquella lengua.

—Siento la muerte de su marido, pero le repito que yo...

Entonces el temporal estalló definitivamente y Catherine Summer le soltó un bofetón tan violento como inesperado. Sophie perdió el equilibrio y, si no hubiese sido por Eduardo Ariza, habría caído al suelo. El sabor de la sangre empapó su boca y la humillación enrojeció su rostro.

—¡Mi marido acaba de perder su vida por traerte, ingrata! —rabió amenazándola con el dedo—. ¡Tú te casarás con Daniel después del funeral! ¡Por todos los cielos que lo harás! ¡Lo harás! Si no, ya puedes irte por donde has venido.

Sophie sintió el pujo del llanto, pero se aferró a su dignidad y le sostuvo la mirada mientras el capataz todavía la sujetaba por los brazos.

—¡Suéltala! —ordenó la dueña de la casa—. Maldita sea, suéltala ahora mismo. Te lo ordeno.

—Está muy débil, Catherine. Ha estado...

—Te digo que la sueltes. —Y esta vez tironeó de ella—. ¡Y tú la sueltas! ¿Lo entiendes?

Eduardo masticó su cólera, pero liberó a Sophie. Catherine no se atrevió a volverle a pegar. Solo le repitió muy cerca de su rostro:

—¡A ti te buscó para casarte con Daniel! ¡Para eso has venido! ¡Es hora de que lo sepas! —Y sin darle tiempo a ninguna réplica, se dirigió a Ariza—: Envía ahora mismo a Löm hacia la bahía Yendegaia. Daniel debe volver inmediatamente.

La mirada del capataz fue desafiante, pero sumisa.

—Y que se lo diga él.

—¿Qué le diga qué?

—Que su padre ha muerto. ¡Que se entere de una vez!

Y Catherine salió del salón como un torbellino. A Sophie las fuerzas le flaqueaban pero estaba dispuesta a morir de pie. Aunque no en ese momento.

La yagana la condujo a un dormitorio y Sophie se derrumbó sobre la ancha cama de hierro. Tumbada boca arriba, intentó abstraerse con los detalles de las vigas que la protegían de un cielo tan amenazador. Todavía no sabía reconocer en qué madera estaban talladas, pero admiró el color suave y la calidez de la lenga, o haya del sur. Estaba extenuada y el recuerdo de su hermano aguijoneó su ánimo: por un momento, volvió a estar en Greenwich, en casa de los Borrow, a salvo. Pero la indígena regresó cargando un par de mantas y sus recuerdos se evaporaron.

—Está usted enferma, señorita.

—Solo necesito descansar.

—No debe preocuparse. La señora está muy nerviosa... No creo que el señor Summer vaya a volver.

—No, no lo haré.

La yagana suspiró profundamente.

—Su mundo está demasiado lejos. Demasiado camino para morir tan cerca.

Sophie no supo qué contestar. Era verdad. Inglaterra estaba tan lejana que le pareció una quimera poder regresar.

—El señor era bueno —susurró la sirvienta.

—¿Acaso los demás no lo son?

—Cada uno es como es, señorita —le contestó buscando el picaporte de la puerta—. Será mejor que descanse. Aquí tiene unas mantas por si llegara a tener frío. ¿Quiere que la cubra con otra?

—No, no es necesario.

—Nos veremos luego.

—Repítame tu nombre, no recuerdo cómo te ha llamado Eduardo.

—Yo soy Lakuta, señorita.

—Lakuta. ¿Tiene algún significado?

—Es el nombre de un pájaro en mi lengua.

—¿Y quién os ha enseñado a hablar tan bien el inglés?

—Los misioneros, cuando éramos pequeños.

—¿Y el castellano? ¿También lo hablas?

—Un poco, para entendernos con los del poblado. A la larga, cuando vengan más de norte, será la única lengua que se hable, la de los argentinos. Hay que saberla, aunque los misioneros nos enseñaron la que ellos trajeron: el inglés.

Sophie le devolvió una sonrisa.

—Descanse. No tiene buena cara. Hágame caso.

Y la dejó sola.

Sophie durmió varias horas y despertó cuando ya no había luz tras la ventana y un niño la miraba como un búho al pie de su cama.

—Eres muy linda —le dijo.

Ella se incorporó. Distinguía una mirada triste con el tenue reflejo que llegaba desde el pasillo.

—Tú eres Adam, ¿verdad?

—Sí.

—Tu abuelo me habló mucho de ti.

El niño emitía un silbido sordo al respirar por la nariz.

—¿Sabes si volverá?

Sophie tanteó la mesita de noche hasta encontrar unas cerillas con las que

encender la lámpara de keroseno. La penumbra comenzó a extinguirse y pudo contemplar a su visitante: ojos azules, mofletes sonrosados, cabello lacio, negro y bien peinado con la raya al medio. Era un muchachito hermoso. Sophie acarició su carita y se quedó mirándolo.

—No lo sé, Adam. —Y se mordió el labio inferior—. Quizás...

—Lakuta me dijo que está en el cielo —la interrumpió el niño.

—Yo también lo creo. —Y lo miró conmovida.

—Pero yo lo quería aquí. Él es bueno... Es el que más me quiere.

—Él nos está mirando desde allí —le dijo señalando la ventana—. ¿Ves?, desde las estrellas.

Adam miró hacia la ventana y arrugó la frente.

—No debes tener miedo, Adam. Tu abuelo ahora está bien.

El niño no le contestó.

—¿Tienes ganas de llorar?

—Ya he llorado hace un rato.

—Pues ahora debes pensar en algo bueno. Inténtalo y luego pide un deseo.

Adam cerró los ojos y los apretó con fuerza. A ella también le habría gustado pensar un deseo y, de haberlo pedido, habría sido que Thomas estuviese allí.

—¿Has venido para ser mi madre?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Catherine.

—Tu abuela quiere que lo sea, pero eso no solo depende de mí.

—Catherine no es mi abuela.

El discurso de la esposa de Charles Summer había sido tan diferente al que escuchara en Londres que un arrebató de indignación la recorrió entera. Nadie podía obligarla a casarse, pero Sophie Collinwood supo que estaba atrapada. ¿A dónde iría si se enfrentaba a Catherine o rechazaba a Daniel? ¿Cómo iba a alejarse de la estancia Summer si era allí a donde remitirían las cartas de su hermano? ¿Dónde estaría ella cuando Thomas fuese embarcado hacia el sur? Y en el caso de que ella pudiese regresar, ¿qué sucedería si se cruzaban sus caminos? Cuando la angustia casi la asfixiaba, la presencia del niño volvió a serenarla.

—Yo nunca podré ser tu madre, Adam —le dijo acariciándole la frente—. Yo solo podré quererte. Tu madre es Dorothy.

El niño bajó la cabeza hasta mostrarle la coronilla.

—Ella murió también —balbuceó.

—Se ha ido. ¡Es verdad! Pero ha nacido a otra vida, a otra vida invisible para nosotros, pero que está muy cerca si sabes mirar. Lo mismo pasará con tu abuelo.

Los ojos del niño eran dos luceros, pero centelleaban sombríos.

—Tienes que juntar las manos así. —Sophie unió las suyas como si fuese a orar—. Y pensar con el corazón que está a tu lado. Entonces la sentirás. Tú no puedes verla, pero ella a ti sí. Debes creerme. —Entró Lakuta con una bandeja que situó sobre la mesita de noche.

—¡Adam! —le dijo la indígena con una blanda severidad—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a molestar a la señorita?

—Déjalo. Me ha dado una alegría.

—Le he traído un caldo con verduras y cordero. —Y la miró a los ojos por primera vez, como si intentase decirle algo más—. Será mejor que no salga hasta mañana. Si necesita que la acompañe a la letrina, yo lo haré.

—Está bien...

—Mañana vendrá el señor Daniel, ¿entiende?

—Claro —le contestó sin entenderla.

—La señora Catherine y la señorita Victoria están muy nerviosas —pareció disculparse.

—Es lógico.

Lakuta se volvió hacia el pequeño y le puso una mano sobre el hombro derecho.

—Ahora debemos irnos, Adam.

—Déjame un ratito más con ella —insistió el niño.

—No —le dijo enérgica—. Hoy es mejor así.

—Déjalo, Lakuta. Para mí es una gran alegría verlo. He pensado mucho en él durante el viaje.

—¿De verdad? —exclamó el niño.

—¡Claro que sí!

—Hágame caso, señorita. Hoy será mejor así. Ya tendrá tiempo de estar con él.

—Está bien —cedió Sophie—. Tenemos que obedecer a Lakuta, ¿de acuerdo? Nos veremos mañana, Adam.

Pero él no se movió de su lado.

—Yo sí la veo —le dijo.

Sophie arrugó su entrecejo.

—¿A quién?

—Ella a veces viene a verme.

—¿De quién hablas?

—De mamá.

—¡Calla, Adam! —le amonestó la sirvienta—. Deja de decir esas cosas. Asustarás a la señorita.

—Es verdad.

—¡Eso es maravilloso, Adam! —exclamó Sophie, impresionada por la expresión grave del niño—. Es como te decía antes. A veces podemos verlos.

—No es maravilloso. Ella a veces me asusta.

Sophie se estremeció ante sus ojillos temerosos.

—No le haga caso, señorita —le dijo Lakuta sujetándolo de su bracito—. Son solo malos sueños. Bueno, ¡ya está bien, muchachito!

Tironeó de él y Sophie le sonrió para despedirlo. Cuando la puerta se cerró, la soledad volvió a aplastarla. El viento comenzaba a ulular tras la oscuridad de la ventana.

Fue a la mañana siguiente cuando conoció a Daniel y a su hermana Victoria. Sophie salió de su habitación como un prisionero abandona su celda. Su corazón repicaba nervioso. Las últimas horas de descanso la habían recompuesto. Lakuta la condujo a través del pasillo hasta el salón, donde Catherine Summer la había humillado la víspera hasta un límite insostenible. La expectativa de encontrarse con Daniel alentó sus pasos. Esperaba que fuese un hombre noble, tal como lo había intuido mirando su fotografía en blanco y negro en el Galicia.

Sophie se detuvo en el umbral y los vio a los tres juntos. Estaban de pie, cuchicheando con irritación, hasta que Lakuta anunció su presencia y se callaron. Daniel vestía un jersey negro de cuello alto, un grueso pantalón color crudo y unas botas de cuero manchadas de tierra. Su mirada era taciturna, más apagada de lo que había imaginado, en unos ojos redondos, azules y enormes como los de su hijo. A Sophie le cosquilleó la inquietud en el estómago y se ruborizó. Junto a él, Catherine se mantenía erguida y severa, y a su lado, su hija Victoria, con un sencillo vestido de campesina color pastel, cabello oscuro, como sus ojos astutos, y una expresión ceñuda que desentonaba con sus facciones encantadoras.

—Siento lo de ayer —le dijo Catherine a Sophie avanzando hacia ella—. Espero que podamos volver a empezar.

—Así me gustaría.

—Ni siquiera te pregunté tu nombre.

—Mi nombre es Sophie. Sophie Collinwood.

—Ayer fue un momento difícil. No estaba preparada para la noticia que venía contigo. —Su voz era calma, aunque todavía pudo percibir el eco de su rabia.

—Lo entiendo —contestó Sophie con cortesía.

—Y yo agradezco tu comprensión.

Catherine se dirigió a Daniel y colocó una mano sobre su brazo invitándolo a acercarse a Sophie.

—Como imaginarás, este es Daniel, tu futuro esposo.

El calor de la sangre encendió otra vez las mejillas de Sophie y el hijo de Charles Summer extendió su mano derecha. Ella se la estrechó, bajó la cabeza y hasta hizo una leve genuflexión.

—Me alegro mucho de que hayas salvado la vida —intervino él—. A pesar de la terrible desgracia, estoy muy feliz de que estés aquí.

Sophie le dedicó una tímida sonrisa.

—Siento mucho lo de su padre —se atrevió a decirle al fin.

Daniel se mostró imperturbable. Aunque las negras pupilas de sus ojos azules la hicieron temblar por dentro.

—¿De dónde eres? —le preguntó Victoria, que ni siquiera se había presentado.

—¡Vaya modales, hija mía! —intervino Catherine forzando la cordialidad—. Perdóname. Esta es Victoria.

—No se preocupe, se lo ruego —dijo Sophie.

Victoria se adelantó con desgana para ofrecerle su mano a la recién llegada.

—¿De dónde eres? —insistió.

—De Londres. Más bien vivía en Greenwich.

—¿Y por qué te eligió a ti?

Sophie agigantó los ojos ante una pregunta tan incómoda.

—¿A qué viene eso, Victoria? —recriminó Daniel a su hermanastra—. ¡Te ruego que te comportes!

—Porque tú lo digas, ¿verdad?

—¡Por favor! —zanjó Catherine—. ¡No os lo voy a permitir! ¡De ninguna manera!

Su tono se volvió amenazador, y Sophie intentó disolver aquella discusión:

—En realidad, no lo sé muy bien, señorita. Fue la casualidad. El reverendo Buchanan y su esposa conocían a algunos miembros de la misión y fue así como llegaron a saber de las intenciones de su padre. Yo... Mi hermano y yo quedamos huérfanos hace apenas tres meses y el reverendo intentó ayudarnos buscándome algún empleo. Soy hija de una gran institutriz que me educó con esmero. Imagino que fue esto lo que más le agradó al señor Summer de mí. Y las referencias del reverendo Buchanan.

—¿Así que eres una huérfana? —Victoria sonrió con malicia.

—Mi madre murió de una grave enfermedad, no porque nos hubiese abandonado. Llevaba conmigo más de treinta libras, señorita —le contestó manteniendo su dignidad indemne—. Lamentablemente, como sucedió con su padre, lo perdí todo en el naufragio.

El tono áspero de Sophie no borró la mueca de Victoria.

—Mi hermana no ha querido ofenderte. Todos estamos muy afectados por la muerte de nuestro padre —se excusó Daniel y miró a Victoria para acentuar su recriminación—. Quizás demasiado nerviosos.

Sophie tuvo una premonición: su vida con aquella familia no sería fácil y, una vez más, volvió a sentirse engañada.

—¿Has dicho que tienes un hermano? —le preguntó Daniel.

—Sí. Enfermó de sarampión y no le permitieron embarcar. El reverendo Buchanan me dio su palabra de que viajaría con alguna familia de las que se trasladan a la misión. Le dejé el dinero para su viaje y su manutención. —Y miró a Victoria—. Ruego a Dios que pueda volverlo a ver pronto. El señor Summer me dio su palabra de que aquí sería bienvenido.

Los tres Summer se miraron en silencio y ninguno se atrevió a decir nada.

—Doy gracias de que no embarcara con nosotros —continuó Sophie—. Mi madre siempre decía que Dios escribe nuestra vida de una forma extraña, pero de la mejor manera posible para cada uno.

—¡Será la mejor manera para ti! —le increpó Victoria—. Ese Dios tuyo parece ayudarte de la misma manera que hunde nuestro futuro en el fondo del canal.

—¡Por supuesto que no ha querido decir eso, Victoria! Estás demasiado alterada —volvió a mediar Daniel, y se dirigió a Sophie—: No es culpa tuya nuestra mala suerte. Te ruego que la disculpes.

—No hace falta que me excuses, hermanito —le dijo Victoria crispada—. Me irrita que tu futura esposa hable con ese desenfado de las desgracias ajenas.

—Sabes perfectamente que no ha querido ofendernos, Victoria. El dinero y las maquinarias se han hundido junto con nuestro padre, y esto es algo que le afecta a ella también.

—¡Eso no le incumbe a la muchacha, Daniel! —le reprendió Catherine—. ¡No quiero que hablemos de eso ahora! Te lo ordeno.

—Pues no estaría nada mal que se enterase de que esa goleta se llevó gran parte de nuestro capital —dijo Victoria.

—¡Basta ya! —zanjó su madre—. Ya bastante tenemos con lo que tenemos como para que sucumbamos a la desesperación.

Daniel Summer se acercó al ventanal. Y se quedó mirando hacia la isla redonda en medio de las aguas del canal.

—Bueno, tenemos la estancia —dijo finalmente—. Y en el campamento de Yendegaia estoy seguro de que acabaremos encontrando oro.

—Cuando eso suceda, tu bahía estará llena de intrusos —rio Victoria—. Entonces no habrá suficiente para repartir entre todos.

—¡No seas tan sarcástica! —le recriminó Daniel—. Estoy seguro de que nos haremos ricos antes de que se corra la voz en Ushuaia y en la región. Nadie cree que al sur quede algo de oro. ¡Nadie! Pero yo sí.

—Bueno, ya está bien —cortó Catherine—. Ahora debemos organizar el entierro de vuestro padre, e inmediatamente, preparar la boda.

Aquella palabra retumbó en los oídos de Sophie, pero supo que, por el momento,

sería mejor callar.

—Es una muchacha hermosa —añadió Victoria con sarcasmo—. Mucho más que Dorothy, ¿no lo crees?

Sophie vio resplandecer el odio en los ojos de Daniel. Su hermanastra disfrutaba haciéndole sufrir y sospechó que su madre también. Había algo en ellas que no le gustaba. Algo mucho peor que la amargura por la muerte de Charles Summer.

Catherine organizó el funeral de su esposo cinco días después. Para las Summer, la recién llegada se convirtió en una sombra. Sophie solo las veía durante las comidas, que transcurrían en silencio. Era como si la superviviente del naufragio no estuviese allí, como si todavía barruntasen qué hacer con aquel estorbo. Tan solo realizaban algunos comentarios sobre la próxima esquila, el huerto o el talado del bosque.

A Daniel apenas lo había vuelto a ver pues regresó a la bahía Yendegaia para continuar con las pesquisas del oro. Sophie ansiaba conocerlo mejor, hablar con él y sopesar esa precipitada idea del matrimonio. Su ausencia repercutía en su soledad, en aquel silencio impuesto, y el veneno de la nostalgia comenzó a consumirla. Ignoraba cuántos meses tardaría aún Thomas en llegar a su lado.

Por todo ello, Sophie se entregó a la educación de Adam. El niño dejó de pasar las horas junto a Lakuta, entre el fuego y las ollas de la cocina, o bien en la huerta y los establos. Aunque Catherine deseara obviarlo, Adam era el motivo que la había conducido al sur. Durante los primeros días, Sophie descubrió que ese angelito había vivido en la casa como un huérfano, sin más cariño que el de la yagana y la familia de esta, además del capataz, a quien solía acompañar junto a su border collie igual que un corderito más. Su abuela y su tía lo ignoraban, mientras su padre vivía ausente.

—¿Por qué Adam no cena con nosotras? —se atrevió a preguntar la víspera del funeral—. Le haría muy bien.

Madre e hija ni levantaron la cabeza del plato. Parecían cuervos picoteando.

—¿Y por qué habría de ser de otra manera? —le contestó Catherine sin dejar de cortar su cordero—. Adam es feliz en la cocina.

La soledad del niño era tan evidente como la suya, y Sophie creyó que por eso la había llevado Charles Summer hasta allí. El mundo de Adam se había transformado con su presencia y procuraba estar siempre junto a ella. El niño necesitaba afecto del mismo modo que ella necesitaba darlo.

El día del funeral se sentó en la chalupa junto a Sophie. Se aferró a su cintura con los ojos bien abiertos, feliz. El imán del amor siempre funcionaba. La

pequeña embarcación de un palo cimbreaba sobre las aguas grises, mientras Catherine y Victoria seguían ajenas a todo lo que atañese al pequeño. Daniel, que había llegado la tarde anterior, sujetaba el timón al tiempo que Eduardo Ariza desplegab la vela. La chalupa comenzó a deslizarse hacia el este y Sophie cerró los ojos lívida, ante el recuerdo de la noche del naufragio.

—Solo hay que acostumbrarse a estas aguas —le dijo el capataz—. En Ushuaia, las embarcaciones son nuestras piernas.

La dentadura blanca de las cimas de la cordillera apuntaba hacia un cielo ceniciento. El viento agitaba los nubarrones, amenazando un aguacero que, probablemente, no tardaría en dejar paso a un sol primaveral. Entonces la tierra todavía helada despertaría los colores del bosque, las montañas y el azul metálico del mar.

Navegaron durante dos horas y resistieron la inclemencia de una llovizna bajo un toldo. Al llegar a la península que sobresalía de Ushuaia, desembarcaron en el muelle y subieron la colina por un camino ancho y bien conservado. En la cima estaba la misión anglicana. El templo se levantaba junto a la casa del reverendo Lawrence y su familia, embellecida con los primeros brotes de flores y arbustos. Las cabañas de los indios, sus huertas, establos, la escuela, el orfanato y el cementerio completaban la misión.

Era casi el mediodía. En la iglesia estaban ya el gobernador Godoy, el juez de paz, sus respectivas mujeres y Luis Fique. Integraban el resto de la comitiva la familia del reverendo Lawrence y numerosos indígenas, como Lakuta, vestidos con faldas, pantalones y chaquetas, pero con tal desaliño que en Inglaterra hubiese resultado extravagante. El clérigo saludó a los Summer y los invitó a sentarse mientras Catherine se lo llevaba aparte para hablar con él. Al regresar, Lawrence asentía confuso y sorprendido, y Catherine se acercó a Sophie para susurrárselo al oído:

—Al acabar el funeral, te casarás con Daniel.

Ella la miró incrédula y desorientada.

—¿Acaso necesitas que te lo repita?

—Sí, señora —le contestó disgustada.

—Que ahora mismo te casarás con él.

Sophie sintió que los ojos se le desbordaban de las órbitas y se puso en pie para desafiarla.

—¡Siéntate! —le murmuró entre dientes, comprimiendo la rabia.

—¡No lo haré! Tiene que escucharme —insistió Sophie apretando los puños—. No puedo casarme hoy. ¿Acaso no comprende lo que me está pidiendo?

Catherine acercó sus labios a su oído:

—Si no te casas, ni regresarás a la hacienda, ni tendrás familia en el sur que vaya a aceptarte, ¿me entiendes? Acabarás con esos indígenas, entre animales y en una choza. ¡Te juro que soy capaz de todo, Sophie Collinwood!

—¡No puede hacerme esto!

—Puedo lo que me dé la gana, muchacha. Ahora siéntate.

Y la obligó a flexionar las piernas presionando su hombro izquierdo hacia abajo, como si quisiera enterrarla de pie.

La indignación se le encendió dentro como una antorcha y resopló su rabia varias veces. Luego buscó la mirada de Daniel, que asintió a un metro de ella intentando apaciguarla. Y estuvo a punto de salir corriendo de allí, sin pensar en amenazas y consecuencias, pero Adam la estrechó con fuerza, como si pudiese intuir que las palabras de Catherine la habían lastimado. Sophie sintió la ternura de su abrazo mientras repasaba su vestido crispada. Había pertenecido a Dorothy, como todos los que habían colgado en su armario. Era sencillo y anticuado, de terciopelo oscuro, estilo imperio, de mangas ajustadas y largo hasta los tobillos. El grueso abrigo de lana y el sombrero de alas cortas eran de un blanco satén que no combinaba con el resto del atuendo.

Catherine se sentó junto a ella.

—¡No lo haré!... —volvió a decirle, pero sus ojos se vidriaron.

—Basta, ¡por Dios! —le ordenó—. ¿Acaso no ves que estamos en un funeral? Pronto comenzaremos con la esquila y entonces los días serán más complicados.

Es mejor que sea cuanto antes. Ya lo entenderás, fíate de mí.

Daniel se sentó junto a ellas en la primera fila y sonrió lánguidamente. Esta vez estaba afeitado, con su piel blanca y un aspecto encantador, pero taciturno.

A regañadientes, intentando evitar un escándalo en el templo, Sophie soltó al niño y, ofuscada, dio por terminado su conato de rebeldía.

—Todo irá bien —le dijo Daniel—. Ya lo verás.

—No puedo hacerlo. Así no.

—Catherine tiene razón. Luego todo será más complicado.

—Pero tu padre me dijo que...

—Tranquilízate —le dijo sujetándole la mano—. Estás hermosa, y me harás el hombre más afortunado del sur.

Cuando el reverendo Lawrence subió al púlpito, la hija de Anne Collinwood se dedicó a evocar recuerdos que la aturdían. En Londres, las damas se casaban con el caballero de su elección tras acudir a los más refinados sastres y modistas. Ella tendría que hacerlo de luto y con un hombre al que conocía a través de su padre. Mientras el clérigo leía el Evangelio y luego alababa la valentía de Charles Summer al desembarcar en aquellas tierras, Sophie pensó que aquello no era lo que le había vendido la señora Buchanan en el salón de su casa en Hyde Park. Se imaginó huyendo sola de aquel templo orientado hacia el canal de Beagle, alejado de cualquier civilización adecuada para una joven institutriz a la que ya solo le quedaba su enclenque orgullo, y entendió que no iba a ser capaz de hacerlo.

Bajo las vigas de lenga de aquella austera iglesia anglicana, nadie parecía llorar, y ella no iba a ser menos.

Con los acordes del coro de jóvenes indígenas, permitió que al menos su mirada escapase a través de los ventanales, como si su alma pudiese elevarse sobre esa tierra todavía extraña. Pero cuando sus ojos descendieron por los bancos y reclinatorios, volvió a encontrar la sonrisa del pequeño Adam, sentado junto al capataz.

La boda se celebró en cuanto terminó el oficio fúnebre, con el mismo reverendo, sin que nadie se moviera de sus bancos, salvo los novios. Catherine había preparado unas alianzas de plata; la de Sophie encajó mal en su dedo pues era demasiado grande. Daniel la besó por primera vez, mientras la iglesia se alborozaba en silencio. Apenas rozó sus labios, pero ella sintió un escalofrío.

Terminada la ceremonia, el reverendo Lawrence insistió para que los Summer se acercasen a tomar una taza de té en su casa, mientras los asistentes se despedían.

—La muchacha no parecía muy feliz —le comentó el gobernador Pedro Godoy al capataz de los Summer.

—Esto es cosa de ella —replicó Eduardo Ariza.

—¿De quién?

—Todo esto es empeño de Catherine. Usted lo sabe.

—Pero ¿por qué hoy? Ha humillado a esa pobre muchacha. ¡Si acabo de enviarla a la estancia medio enferma! ¿Cómo es posible que Daniel haya accedido a esto?

Ariza se encogió de hombros y entrecerró los ojos.

—¿Qué quiere que le diga? Sin Summer, no sé qué será de esas tierras. Su esposa será quien tome las riendas y Daniel está a su sombra. Créame, no sé cuánto resistiré.

Podría haber añadido que Daniel pasaba más tiempo chupado por el whisky que sobrio. Desde hacía varios meses, vivía aislado de la realidad y obsesionado con el oro.

Los indígenas desfilaron hacia sus cabañas y Eduardo siguió a los Summer hasta la casa del misionero anglicano. El pequeño Adam brincaba junto a Sophie, y esta observaba que Catherine, Victoria y Daniel dialogaban con John Lawrence y su esposa con una cordialidad que desconocía en ellos. Las hijas del pastor se ocuparon del té y de las tostadas con mantequilla en una biblioteca caldeada por una estufa de hierro, con imágenes bíblicas enmarcadas en las paredes y un comfortable mobiliario embarcado en Inglaterra.

—Lo siento —le dijo Eduardo Ariza, que se acercó en silencio a ella.

Sophie se había apartado frente a uno de los ventanales y contemplaba un huerto surcado de centenares de ramilletes verdes. Ya sabía que en Ushuaia plantaban guisantes, nabos, zanahorias, lechugas, coliflores... Aquella tierra engañaba y, aunque un duro invierno podía dejarlos sin nada, la primavera se esforzaba en compensarlo.

—Todo es tan extraño... —acabó diciéndole con voz ajada—. Hace pocos meses jamás hubiese imaginado que existía Tierra del Fuego.

—Cuando llegué, yo también pensé lo mismo. En verano es mucho más hermoso —intentó animarla—. Los cultivos se tiñen con los colores de las fresas, las grosellas y las frambuesas. Con el tiempo todo mejora. Ya lo verás.

—Tengo mis dudas. Y un propósito fundamental: acoger a mi hermano lo antes posible. Esa esperanza es como uno de esos brotes del huerto.

—Fue la misión la que trajo las semillas desde Europa —agregó él aprovechando esa comparación con los cultivos—. Tú también te acabarás adaptando a esta tierra. No te desesperes hoy.

Luego se quedaron callados y Sophie pareció esfumarse de allí, pero el capataz se le acercó casi con su aliento rozando su nuca.

—A veces, hay cosas que no son lo que parecen al principio —susurró Eduardo—. Hay que darles tiempo.

—Lo sé —le contestó ella con la voz rota.

Después se disculpó y se alejó en busca de Adam, que trepó a sus brazos como si ella fuese su madre.

Pero no lo era.

Aquella noche Sophie Collinwood no cambió de dormitorio. Volvieron a cenar en silencio, pero esta vez con Daniel. Su recién estrenado marido parecía ausente, como si nada hubiese sucedido durante esa extraña jornada. Ella sintió un vacío insondable y él solo se atrevió a una tímida sonrisa.

—Mañana tendré que marcharme —les dijo Daniel.

—Haz lo que quieras —le contestó Catherine.

Se puso en pie malhumorado y abandonó el comedor sin despedirse. Catherine intentó decirle algo y apretó el puño sobre la mesa, pero cuando su hija también se puso en pie, ya no se pudo contener.

—¿A dónde crees que vas? —La sujetó del brazo—. Espera.

—Por hoy ya ha sido suficiente. Me voy a mi habitación.

—Quédate un poco más, te lo ruego.

—Ahora ya tienes compañía —le sonrió sarcástica.

—¡Tu padre ha muerto, Victoria! ¿Ni por eso puedes tener compasión de mí esta noche?

Su hija se deshizo del brazo y le dedicó una mirada de desprecio.

—Esta noche estoy demasiado cansada para tener compasión por nadie.

Y se fue.

La viuda y la recién casada se quedaron solas. El semblante de Catherine estaba rígido. Apretó los labios con furia hasta que dirigió sus ojos ásperos a Sophie y la obligó a levantar los suyos. Catherine intentó buscar las palabras adecuadas, como si su mente fuese una gran bolsa de voces que quería acallar.

—Daniel no está bien, ya lo has visto. La muerte de Dorothy lo afectó demasiado y, aunque no te lo diga, la desaparición de Charles ha venido a empeorar mucho su ánimo.

Sophie percibió el temblor de su voz al mencionar a su marido, aunque se recompuso rápidamente, como si no quisiese mostrar ninguna debilidad.

—Eres una mujer hermosa —continuó— y estoy segura de que sabrás conseguir que se fije en ti. Ya me entiendes, ¿verdad?

—No estoy segura de que eso sea lo más importante. Ni siquiera un buen comienzo para un matrimonio —le contestó sin mirarla.

—El tiempo lo pone todo en su sitio y tenerte lo ayudará a superar su vacío. Debes darle tiempo, pero también debes esforzarte.

—No creo que se me pueda exigir más esfuerzo del que estoy haciendo.

—Por supuesto. Y ahora debes entenderlo tú —insistió su suegra con recelo.

Sophie entendió la inutilidad de sus demandas y tuvo la intención de no decirle nada más. Era una noche inimaginablemente triste y desconcertante para ella. Catherine se puso en pie y se dispuso a marcharse también.

—Será mejor que avises a Lakuta para que lo recoja todo.

—Yo lo haré.

—Como quieras. Yo también estoy muy cansada.

—Esta tarde el reverendo Lawrence me ha asegurado que probablemente, hacia finales del verano, quizás en febrero, un nuevo clérigo llegará con su familia. Estoy segura de que mi hermano viajará con ellos. Es un buen chico y será una buena compañía para Adam.

—Si viene a Bahía Viento, tendrá que ayudarnos.

—Desde luego. Seguro que lo hará. Daniel le enseñará lo que deba hacer.

—Ahora eso no debe preocuparte —le dijo a punto de abandonar el comedor—. Recuerda lo que te he dicho. Sé dócil. El hijo de mi marido solo necesita una mujer... Y olvidar.

Sophie se quedó clavada en su silla mirando el vacío y dejando pasar el tiempo.

Se sentía despreciada y sin saber qué hacer.

—Será mejor que se vaya a descansar, señorita.

Lakuta había irrumpido en el comedor sin que la percibiera.

—No. Quiero ayudarte.

—Sabe que no tiene que hacerlo. Es mi trabajo.

—Juntas lo terminaremos en nada. No estoy cansada.

En pocos minutos dejaron el comedor limpio y acomodado. Apagaron la lámpara de keroseno y se retiraron a la cocina. Lakuta sumergió los utensilios en una artesa con agua y se puso a organizar las ollas, las cacerolas y otros enseres que estaban por en medio.

—Mañana a primera hora acabaré de limpiarlo —dijo observando el lavadero.—
¿Me dejas acompañarte a tu cabaña?

—La noche está fría para usted, señorita.

—No importa. Me vendrá muy bien un paseo antes de dormir. Créeme, lo necesito. ¿El niño duerme?

—El niño duerme —le contestó seria—. El niño Adam duerme y sueña con usted.

—Lo sé. Pobrecillo. Es un ángel. ¡Tengo tantas preguntas que hacerte! No entiendo cómo puede estar tan abandonado.

—Ahora la tiene a usted.

—¿Y si no hubiese venido?

—Pero ha venido, señorita —le dijo abriendo la puerta de la cocina.

Sophie se envolvió en su abrigo y se asomó a la noche detrás de ella.

—Cuando vuelva, debe cerrar la puerta con el pestillo, ¿me entiende? —le dijo la sirvienta—. No lo olvide.

—¿Acaso hay algo que temer, Lakuta? ¿Acaso hay alguien que se acuerde de nosotros en este fin del mundo?

La indígena meditó su respuesta:

—Nunca estamos solos, señorita. Aunque parezca que lo estemos.

La brisa era helada. Las siluetas de las montañas eran manchas de azul oscuro tintadas del blanco de la luna creciente. La bahía dormía apacible. Como le había sucedido dos semanas antes en el estrecho de Magallanes, Sophie volvió a comprender lo insignificante que era en aquella creación y lo inmensamente cerca que podía sentirse de su madre.

Las dos ascendieron la colina por un sendero hasta alcanzar la cabaña de Lakuta. Dentro la esperaba Ílan, su marido, y sus tres hijos: Löm, el mayor, con ya catorce años, Ítar de once y la pequeña Síma, de apenas siete. La luz de la lumbre y una ráfaga de olor a pan recién horneado le provocaron envidia de esa calidez hogareña.

—Necesito saber, Lakuta.

—Es mejor que vuelva, señorita. Ya habrá tiempo para preguntas —le dijo apoyando la mano derecha en su hombro.

Sophie no quiso retrasar el encuentro de Lakuta con su familia.

—Ya verá que mañana todo se ve con otros ojos.

Sophie desanduvo el camino. Bajó la colina, se coló por el huerto y llegó hasta la puerta de la cocina, desde donde agitó una mano para que Lakuta se quedara tranquila. Sin embargo, después de accionar el picaporte, su corazón vibró de curiosidad y, como si la inmensidad de la noche fuese oxígeno para su espíritu, decidió descender en dirección a la bahía.

Ya en la orilla, se detuvo a disfrutar el velo níveo de la luna sobre el agua, el oscuro muro de las montañas y, envolviéndola, el suave silbido del viento. Luego miró hacia arriba y pronunció una plegaria. Por su madre, por su padrastro David, a quien también había sorprendido la muerte antes de tiempo, incluso por el reverendo Buchanan, y deseó algún día volverse a reencontrar con él. Su alma se serenó de tal manera que se sintió transportada lejos de allí.

Pero, de pronto, la armonía de esa quietud se desafinó. Tuvo la sensación de ser observada. Un escalofrío trepó hasta llegar hasta su nuca, y se volvió. Un perfil oscuro y vigoroso se erguía a apenas unos pasos de ella. Era Daniel.

—¿Qué haces aquí? —farfulló su marido.

Su voz era pesada y negra. A Sophie se le erizó la piel.

—Necesitaba salir.

Él se acercó aún más y ella captó su aliento ebrio y sus ojos enturbiados.

—Mi padre siempre tuvo buen ojo para las mujeres —le dijo ciñéndole la cintura como no se había atrevido hasta entonces.

A Sophie el olor a whisky le causó repulsión, pero se dejó retener.

—¡Y acabó eligiendo a Catherine! —Daniel soltó una carcajada que sonaba a lamento.

Por segunda vez en aquel día, buscó sus labios, pero esta vez con lascivia, forzando su boca para que se abriera a la humedad de su lengua. Y la abrazó con fuerza contra él.

—Eres muy bella —le jadeó en la oreja, sin soltarla.

Sophie se sintió incómoda, y aun así le acarició el cabello con sus dedos intentando calmarlo.

—Será mejor que entremos —le pidió ella.

Él rezongó algo incomprensible y luego se separó de su cuerpo, aunque sujetándole una mano. Comenzó a andar en dirección opuesta a la de la casa, hacia la sombra de los establos. Sophie se dejó llevar con un nudo en el estómago, sin atreverse a contrariarlo, y al abrir el portón de madera, pudo respirar aquel vaho espeso de los animales y escuchar el rumor sordo de las ovejas. Pero Daniel Summer se adentró en la penumbra de los boxes, donde sonaba el relincho de los dos caballos. No encendió ninguna lámpara, se movía con la destreza de quien conocía el recinto de memoria.

—Llévame a la casa —le suplicó ella mientras la arrastraba.

Pero él continuó guiándola a través de la oscuridad hasta que se detuvo. Entonces la besó con violencia, y esta vez le fue desabrochando el abrigo con ímpetu, zarandeándola como a un cordero a punto de ser esquilado.

—¡Daniel! —le rogó con su voz quebrada—. ¡Aquí no! ¡Por lo que más quieras! ¡Aquí no!

—¡Eres mi esposa! —le resopló mientras le arrancaba el abrigo del que se había caído algún botón.

Uno de los caballos relinchó inquieto y Daniel rechistó para tranquilizarlo. Luego empujó a Sophie sobre la tierra alfombrada de finas briznas de heno y se arrodilló frente a ella abriéndole las piernas. Ella no tuvo fuerza para resistirse y continuó suplicando que se detuviese. Pero él le bajó las medias desbocado y tironeó decidido de su ropa interior. Luego se desabrochó el pantalón y la embistió con brío. Sophie profirió un grito y uno de los caballos encajonado cerca de ellos se alborotó, pero Daniel no cesó. Estaba poseído y con la mano izquierda oprimió su boca mientras la sometía como quien cabalga sobre una tierra desconocida.

Cuando se agotó, Sophie notó el fuego del dolor en su vientre. Él apenas estuvo unos instantes tumbado a su lado. Se puso en pie y se alejó en silencio, mientras ella intentaba soportar su vergüenza.

Jamás pudo olvidar esa noche. Su tímido anhelo por Daniel se esfumó como las hojas de las hayas durante el otoño. Aquel rostro sepia que Sophie había escrutado una y otra vez en el Galicia ya no pertenecía al hombre que ella había imaginado, y las débiles raíces de ese amor en ciernes habían sido arrancadas de cuajo. Tardó una semana en volver a verlo. El hijo de Charles Summer había regresado a la bahía Yendegaia en su obstinado afán de extraer el oro que escondía la tierra y, tras su vuelta, Sophie se enfrentó al hombre callado y sereno con el que había navegado hasta la misión el día del funeral.

—¿Cómo está el niño? —La sorprendió en el muelle.

—Está con el capataz —contestó sin mirarlo—. ¿Quieres que lo busque?

—No.

Él no se acercó más y Sophie siguió observando una chalana que mordisqueaba los guijarros con su sonido hueco. Las turbulentas olas del canal se amansaban al entrar en la bahía y morían en las piedras. En la orilla oeste, se adivinaba una franja de arena gruesa bajo las hojas y líquenes de un verde negruzco. Detrás nacía un bosque umbroso y húmedo, poblado de aleteos y rumores vibrantes que cruzaban de una orilla a otra.

—Pronto aprenderá a leer —comentó ella—. Es un niño muy listo.

Él asintió, pero ella no pudo verlo.

—Pero necesita un padre —agregó.

—Y lo tiene. Cuando encontremos el oro, pasaré más horas con él. El campamento no es un lugar para Adam.

—Si yo no hubiese venido, no sé qué sería de él.

—Por eso fuimos a buscarte. Por eso murió mi padre.

De pronto, le asaltó la rabia. Las promesas de Charles Summer se enredaron con su decepción y hubiese lanzado un grito que habría atravesado el canal y

recorrido las montañas nevadas, nítidas después de la lluvia. Sophie imaginó la progresión de esa cordillera atravesando Tierra del Fuego hasta la isla de los Estados, como las vértebras de la alargada cola de un reptil.

—Él necesita que le digas que lo quieres, que alguna vez hagáis algo juntos.

—Tal vez.

Daniel la sujetó de los hombros con sus manos fuertes, que esta vez eran tímidas y compasivas.

—Déjame, por favor.

Se revolvió para deshacer el contacto y deseó que la volviese a dejar sola.

—Siento lo de la otra noche. Perdí la cabeza, Sophie. Te ruego que me perdones.

Daniel solo veía la rigidez de su espalda y su cabello recogido vibrando con la brisa.

—No quiero hablar de eso. Será mejor olvidarlo. —Se volvió con determinación—. Ahora, si me disculpas, iré a ayudar a Lakuta a preparar la cena.

—Como quieras.

—Cuando veas a Adam, pregúntale por su dibujo. Quería mostrártelo. Ha dibujado a tu padre.

Él asintió con docilidad.

—Creo que siempre intenta comunicar algo a través de sus dibujos —agregó ella.

—Prefiero que escriba. Le será más útil, tanto aquí como en Inglaterra.

—¡Tiene cuatro años, Daniel!

—Pero tendrá más.

Sophie se mordió el labio inferior. Quería irse, pero tenía que decirle algo más.

—¿Te ha mostrado sus dibujos de...?

Sophie tanteó los ojos de Daniel y confirmó que él sabía a qué se refería sin nombrarlo.

—¡Esas son tonterías! Ya le he dicho que tiene que romperlos.

—No sé por qué dibuja a su madre de esa manera, pero lo hace.

—Ya le he dicho que no la dibuje —rabió nervioso—. Hasta se lo he prohibido, pero es un terco. No me gusta que dibuje a Dorothy de esa manera. ¡No me gusta!

—La teme —susurró ella—. Me ha dicho que...

—¡Basta! —zanjó él—. No quiero hablar de eso. Lo siento.

Por fin la abandonó y se dirigió hacia la casa. Tenía el andar plomizo, como el cielo cuando llegaba la tormenta.

Después de aquel encuentro, volvió a instalarse el silencio entre ellos y durante los dos días que Daniel permaneció entre Bahía Viento y Ushuaia, apenas volvieron a hablar. Ella continuó siendo una sombra en la casa, aislada en el dormitorio cercano a la cocina. Para Daniel, parecía invisible; para Victoria, un estorbo, y para Catherine, simplemente un desafío: intentaba aceptar su presencia con una desgana que le era difícil disimular.

Sin embargo, Sophie no dejó de luchar por aprender a vivir en su nuevo mundo y, mientras noviembre asomaba la primavera definitivamente, no solo se ocupó de ser la institutriz de Adam, sino que comenzó a colaborar en la hacienda de la mejor manera que supo. Su madre jamás habría imaginado que sus desvelos con la gramática, las matemáticas o la geografía la acabarían conduciendo a labrar un huerto de Ushuaia, a alimentar gallinas o a ordeñar vacas. Pero con la ayuda de Lakuta, Sophie fue aprendiendo a ser útil, al mismo tiempo que Victoria Summer se burlaba de sus modales delicados con una acritud que no auguraba ninguna amistad verdadera.

—Es una mujer extraña Victoria —le dijo un día el capataz—. Será mejor que la ignores.

—Vivimos bajo el mismo techo y es ella la que me ignora. Más bien, no sé si me ignora o me odia. Todo aquí es extraño como ella.

—Debes acostumbrarte. Evítala.

—Me gustaría que las cosas fuesen de otra manera.

Eduardo Ariza sonrió.

—Intentaron casarla con el hijo mayor del reverendo Bridges, pero cuando el muchacho vino a la hacienda la primavera pasada, Victoria bajó al muelle, le dio un beso en los labios y, según rumorean en Ushuaia, le juró que, si lo volvía a ver por aquí, le volaría la cabeza con su rifle.

—Y el señor Summer ¿qué dijo?

—¿El señor Summer? Charles callaba, disimulaba todo lo que podía y escapaba de la casa con cualquier excusa. Jamás pudo domar a su hija. Ni siquiera Catherine pudo hacerlo. Victoria rechazaba a los ingleses y pasaba los días junto al hermano de Lakuta.

—¡Con un indígena! —se asombró Sophie.

—Ese Jem estuvo un tiempo con nosotros, pero no era como la hermana. Él odiaba a los blancos... Menos a Victoria.

—Y ahora, ¿dónde está?

—No lo sé —contestó él—. Imagino que con su pueblo... Lakuta nunca habla de él, pero te aseguro que es mejor tenerlo lejos. Muy lejos. Nunca me gustó.

Sophie pronto descubrió que podía confiar en Eduardo Ariza. El capataz parecía escapar del ambiente complicado y arisco de los Summer. Además, nada más acabar las clases con ella, Adam corría por el prado en busca del español y, algunos días, Sophie lo seguía. Eduardo Ariza se paseaba junto al rebaño, controlaba los cercados o simplemente se dedicaba a revisar cada zona de la hacienda. Aquel hombre de aspecto sombrío, no solo la trataba con amabilidad y respeto, sino que también la iba instruyendo sobre el entorno.

Por él supo que cuando los Summer llegaron al sur de Tierra del Fuego, en

aquella bahía no había nada más que colinas y bosques. Aquello había sido por el 1887 y, aunque Eduardo Ariza no lo había visto, sabía que Charles Summer había elegido aquellas tierras con la ayuda de los misioneros. Fue talando los árboles para ganarle terreno al bosque con la ayuda de algunos indígenas civilizados por los anglicanos. Con ellos y con Daniel, levantó la estancia a bajo coste, pagándoles con ropa europea, galletas, algunos dulces y un puñado de utensilios. Y cuando acabó de cercar el terreno, transportó el primer ganado desde las islas Malvinas. Catherine y Victoria llegaron dos años después en una goleta, cuando Bahía Viento era una de las escasas estancias funcionando al sur de Tierra del Fuego, junto con la de Haberton, dirigida por Thomas Bridges, uno de los principales artífices de la civilización de los yaganes y del éxito de la misión.

El capataz, además, le contó que Lakuta e Ílan fueron evangelizados por el mismo Thomas Bridges hacía ya más de veinte años. De niños, les enseñaron a leer y a escribir. Sus padres pasaron de una choza en los bosques a una cabaña con huerta en la misión anglicana. Eran de esos yaganes que abrazaron la civilización, como otros tantos. Algunos iban muriendo por las enfermedades de los europeos y otros decidían vivir en humildes bohíos como desde el principio de los tiempos, echando una mano a los ingleses cuando lo necesitaban, bien a cambio de alimentos o de cualquier artilugio.

Un caso aparte era el de Jem, el hermano de Lakuta, quien simuló asumir la nueva vida que sus padres habían decidido para él. Eduardo podía dar fe de que aquel yagán odiaba a los europeos y no quiso aceptar que los hijos de Lakuta hubiesen nacido ya arraigados a una tierra diferente a la de sus antepasados. Ílan y Lakuta, sin embargo, no eran como Jem. Ellos se habían adaptado y para Charles Summer fue una fortuna que el reverendo Lawrence se los recomendará para su hacienda, porque gracias a ellos consiguió hacerla prosperar.

—Pero ¿qué obtienen ellos a cambio? —le preguntó sentada junto a él y bajo un coihue.

Desde la colina se divisaba la bahía, las cabañas, el establo y los ramilletes de ovejas que se arracimaban alrededor de las hayas que les servían de alimento. Los pastizales enfangados por pequeñas nevadas todavía no eran apetecibles para el rebaño.

—¿Quiénes?

—La familia de Lakuta.

—Los Summer les pagan con pesos, la moneda argentina. Es una miseria, pero a ellos les basta porque su ambición no es otra que vivir tranquilos. Todo lo que necesitan lo pueden obtener de la tierra y, lo que no, les llega para comprarlo en Ushuaia. Sin embargo, no creo que permanezcan aquí para siempre. Charles Summer era bueno con ellos pero, ahora que ya no está, no estoy muy seguro de lo que pueda suceder.

—¿Acaso crees que se irán?

Eduardo la miró a los ojos. Parecían dos esmeraldas deslumbrando en su tez de nieve. Su cabello rubio se sujetaba bajo una cofia blanca, pero algunos mechones ensortijados se le escapaban y bailaban por su frente. Aquella mujercita parecía resplandecer más hermosa a medida que se alargaban los días en el sur.

—No lo sé. Imagino que tendrán que traer a otros. Todos acabamos haciendo nuestro camino. —Y bajó los párpados—. Ellos también lo harán. Es cuestión de tiempo.

Sophie sintió la punzada de aquella premonición. Cualquiera de ellos podría abandonar aquel lugar cuando quisiera, en cambio ella se había casado con Daniel y eso podría anclarla a la estancia el resto de su vida. Tarde o temprano, con amor o sin amor, Daniel le daría hijos y en esas tierras se arraigarían si no acababan volviendo a Inglaterra.

Su mirada se quedó suspendida vigilando a Adam, que andaba cerca tallando un trozo de madera con una navajita.

—¿Crees que encontrará oro?

—¿Daniel? Imagino que sí, pero yo no pondría todas mis esperanzas en hacerme rico con ello. Lo que han encontrado hasta ahora es esperanzador, pero apenas nada.

—¿Cuándo crees que volverá?

—No lo sé, Sophie. Si te soy sincero, imagino que lo hará cuando no lo soporte más. Aquella es una vida demasiado dura. Créeme.

Sophie alargó su mirada hasta la casa, diminuta desde allí y acurrucada frente a la bahía sobrevolada por cientos de albatros. El rojo techo de zinc resplandecía como las perlas que los yaganes buscaban en las profundidades del canal. El huerto se prolongaba detrás como la estela que dejaban los botes y, alrededor de los muros, habían comenzado a florecer los brotes anaranjados de los arbustos de Michay y las pequeñas margaritas blancas de la Mata Negra.

—A veces me cuesta entender qué fue lo que trajo al señor Summer a esta tierra olvidada del mundo —le dijo después de un largo silencio.

—Este lugar engaña. Tiene muchas más posibilidades de las que puedas imaginar. Adquirió estas tierras simplemente pidiendo establecerse en ellas y las pagó con un puñado de monedas. Y aunque no lo parezca, es la región más apropiada para la cría de ovejas. Los corderos se desarrollan mucho mejor que en el continente, dan más lana y no sufren de enfermedades como la sarna. Además, la lana es limpia y seca y, con la que vendió el año pasado, obtuvo entre siete y ocho peniques la libra. Estoy convencido de que cuando lleguen las vacas, los rendimientos de la estancia serán mucho mejores, al margen de las quimeras del oro.

—¿Y por qué no las han traído todavía? —preguntó con interés.

—El señor Summer fue aprendiendo a domar esta tierra y a tantear sus resultados. Aquí, en el canal de Beagle, él y el reverendo Bridges fueron los primeros en desembarcar corderos. Sin embargo, desde hace un par de años, los Bridges están demostrando que los bueyes y las vacas también se adaptan al sur. Me consta que Summer quería traer algunas reses de Malvinas.

—¿Dónde está esa estancia de los Bridges?

—Haberton está a treinta kilómetros al este de Ushuaia.

—¿Y no hay nadie más en la región?

—Cuando llegó Summer, José Romero estableció un aserradero al oeste, en Lapatia. La madera también da buen rendimiento y se vende muy bien en Chile y Argentina, por eso nosotros también talamos y, a veces, también la enviamos al aserradero.

—¿Y ya está?

—Ya está ¿qué? ¿Qué quieres decir?

—¿No hay nadie más por aquí?

—Tierra del Fuego cada día suma más estancieros y buscadores de oro. Pero en la zona del canal solo estamos nosotros, algunos indígenas civilizados diseminados en pequeñas granjas, los habitantes de la pequeña Ushuaia y una recua de aventureros en busca de focas, pingüinos y ballenas. En medio de esta inmensidad somos muy pocos, pero te acabarás acostumbrando.

—Tú también viniste por el oro, ¿no es verdad?

—Así es. Cuando llegué, había muchos más. Fue por eso que la Subprefectura argentina se instaló en la isla de los Estados y en la bahía del Buen Suceso, aunque también al norte, en Río Gallegos. El descubrimiento del oro trajo conflictos y a hombres desesperados por hacerse ricos aun a costa de perder la vida. Por eso lo dejé.

—¡Realmente es el fin del mundo! —suspiró con una sombra de desolación en el gesto, y él se dio cuenta.

—El último censo en la región habla de algo más de trescientos habitantes, contando a los de la misión. Imaginé que lo sabías cuando Summer te trajo hacia aquí.

Ella se quedó un instante ensimismada, intentando encajarlo todo.

—Tengo que ir guardando el rebaño. —Y se puso en pie de un salto—. Lo siento, Sophie.

—¿Puedo ayudarte? —Se le acercó risueño el niño.

—De ninguna manera, muchachito —le dijo Sophie—. Sabes que tu abuela quiere que cenes temprano.

Adam hizo un puchero y resopló.

—¡Todavía hay mucha luz, Sophie!

—Pero pronto se irá apagando.

—¡Haz caso, torero! —intervino Eduardo agitando sus brazos como si sacudiera un capote a uno y otro lado del cuerpo.

Sophie observó cómo el pequeño corría hacia el capataz con sus deditos en la cabeza apuntando como pequeños cuernos. Eduardo lo esquivó varias veces y luego lo pilló desprevenido y lo levantó en brazos haciéndole cosquillas.

—Me gustaría que me enseñaras a hablar el español —le pidió Sophie—. Quiero que me entiendan en Ushuaia. Si quiero hablar con los del poblado, tendré que aprender. Es verdad que en la hacienda y la misión con mi lengua es suficiente, pero si he de permanecer en esta tierra tengo que aprender la lengua de los argentinos.

—Yo no sé enseñar.

—Yo te enseñaré a que me enseñes. Solo hay que saber y querer hacerlo.

—¿Estás segura?

—Seré buena alumna. Ya lo verás.

Eduardo forzó una pantomima de incredulidad.

—Lo intentaré.

El rostro de Sophie se iluminó y el brillo de su belleza alteró al capataz. Sin quererlo, su mirada vagó por el talle de su cintura y, como si hubiese cometido un sacrilegio, la desvió antes de que ella pudiese darse cuenta.

—¡Gracias, Eduardo! —le agradeció exhibiendo su dentadura como pocas veces le había visto desde su llegada—. Ese será tu regalo.

—¿Regalo de qué?

—Hoy he cumplido dieciocho años.

Él agrandó los ojos y luego parpadeó. Por fin estiró el brazo para estrechar su mano como si fuese un muchacho.

—¡Felicidades!

—Espero que cumplas tu regalo.

—Lo haré, descuida.

Ella agarró al niño de la mano y comenzó a descender la colina. Pero después de unos cuantos pasos, se volvió.

—Al principio pensé que eras como ellos, ¿sabes?

Eduardo se volvió enseñándole una mueca parecida a una sonrisa. Luego comenzó a agitar el cayado para llamar la atención de las ovejas. A varios centenares de metros, Ílan ya había comenzado a guiarlas también.

Eduardo Ariza ya había aprendido que no se pueden matar los recuerdos, ni siquiera podarlos con saña para que no crezcan más. La memoria permanece como un aura y solo se puede aprender a ignorarla o acostumbrarse a su afilado aguijón. Hacía cuatro años que había desembarcado en Ushuaia y, a veces, cuando se tumbaba en su catre sin estar suficientemente cansado, incluso podía saborear la embaucadora voz de la nostalgia, que le evocaba un mundo extinguido, pero en el que había sido feliz.

Hasta que su paraíso estalló bajo sus pies, se creyó afortunado y heredero del sacrificio de sus progenitores. Su padre había abandonado el campo y había llegado a Madrid pobre, pero con el delirio de los emprendedores. Cuando se casó con su madre, trabajaba en un telar por diez pesetas, hasta que su habilidad inflamó su sueño y alquiló un local en el barrio de San Ginés y comenzó a trabajar por encargo con un par de bastidores artesanales. El negocio funcionó y compró máquinas inglesas para ser el mejor y, cuando Eduardo tenía diez años, la pequeña fábrica Ariza ya contaba con una docena de trabajadores.

Fue el brío de sus padres el que le permitió ir a la escuela y crecer ajeno a las penurias que habían conocido ellos. En aquel Madrid del 1878, la ciudad era una colmena de artesanos y pequeños propietarios, donde la aristocracia observaba con perplejidad las nuevas oportunidades de los pobres. Entonces la ciudad era una mixtura de corte y poblachón manchego, con sus calles irregulares y mal empedradas, donde se levantaba el estrépito de carros, animales y gritos que a veces amenazaban con una lluvia de desperdicios desde los balcones. El único hijo de los Ariza sabía que más allá de Cuatro Caminos empezaba una ciudad bronca y mísera, pero él jamás tendría que moverse por aquel mundo de espesas barbas amarillentas y mujeres de cabellos desgreñados, envejecidas por el sufrimiento y sin edad. Aquellos eran suburbios de mozas sin juventud ni ternura, de hombres fornidos, escuálidos y brunos; de niños morenos que se entretenían matando gatos y perros; de mendigos, tullidos y truhanes. Las orillas de aquella ciudad industrializada era un magma que Eduardo no pisaría jamás.

El muchacho aprendió el oficio de su padre y siguió la estela de un sueño heredado con la intención de hacerlo crecer. Por una redención en metálico de mil quinientas pesetas, fue un privilegiado que consiguió esquivar el servicio militar. Inteligente, educado y con el mismo ímpetu que su padre, decidió viajar

a Inglaterra, donde atrajo a clientes extranjeros que incrementaron aún más el negocio. La red ferroviaria a Santander le facilitó los trayectos que completaba con navíos hacia Plymouth. Así aprendió el inglés y comprendió ya entonces que el mundo no tenía horizontes.

Sin embargo, a finales de 1889, aunque su vida funcionaba afinada como uno de aquellos bastidores bien engrasados del telar familiar, algo comenzó a desencajarse sin que Eduardo Ariza apenas se diera cuenta de que estaba sucediendo.

—Voy a casarme con Carmen —le dijo a su amigo Jaime Arrieta.

Él frunció el ceño y apuró su coñac en el Café de Fornos. Luego se recostó sobre su silla y echó un vistazo a la calle de Alcalá.

—¿Casarte tú?

—¡Nunca podré encontrar una mujer igual!

—¡Eres demasiado sentimental, Eduardo! Y demasiado joven.

—¿Acaso tú no quieres casarte?

Siempre pensó que Jaime no había meditado muy bien aquellas palabras y que, cuando se arrimó a la mesa para susurrárselas, se le precipitaron de sus labios como si escupiera plomo.

—Esa mujer no es para ti.

Los ojos de Eduardo se inyectaron de rabia.

—¿A qué viene esto? —elevó la voz.

Su amigo se encogió y volvió a reclinarse sobre la silla.

—Carmen no es de esas mujeres que puedan darte una vida tranquila —le dijo con tono lastimero, con el desdén del que provoca la bronca intentando esquivarla.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó exaltado.

—No me lo tomes a mal. Si no tuviera confianza, no te lo diría.

—¿Y cómo quieres que me lo tome?

—Fue un error entonces —le dijo Jaime Arrieta poniéndose en pie—. Perdóname y olvídate de lo que te dije.

Pero Ariza estaba colérico y no le permitió marcharse. Se levantó, lo empujó sobre la silla y la mesa tembló. El café y las cucharillas tintinearón mientras los clientes del local los miraban.

—Tranquilízate —le pidió su amigo—. Creo que estás exagerando las cosas.

—¡Dime lo que tengas que decirme a la cara!

—Olvídalo —le dijo volviéndose a poner en pie, decidido a marcharse.

Jaime se fue sin mirar atrás, como si se hubiese quebrado algo entre los dos. Se esfumó durante semanas y Eduardo tampoco fue a buscarlo. Simplemente continuó con su vida, disfrutándola como pocos, paseando a Carmen Morales por teatros, verbenas y la plaza de toros. Eduardo la exhibía como un trofeo, con aquella delgadez de formas exuberantes que volteaba la voluntad de los hombres como un hechizo. Eduardo la sujetaba del brazo y se sentía envidiado, ya fuese en las plateas del Teatro Real, en la Zarzuela o en el Lara. Allí rebosaban las damas descotadas y poco importaba si se trataba de una obra de Galdós, de Echegaray o del mismísimo Don Juan de Zorrilla. El joven Ariza sabía que su prometida no pasaba desapercibida con apenas dieciocho años.

—Hace muchas semanas que no veo a Jaime —le dijo Carmen un domingo de toros a comienzos del otoño.

La calle de Alcalá estaba llena de colorido y euforia. En un confuso tropel avanzaban tartanas y diligencias en dirección a la plaza de Goya. Entre el chasquido de los látigos, se escuchaban piropos, relinchos y pregones, y los picadores trotaban sobre los rucios conducidos a la muerte, mientras la jardinera de los toreros cascabeleaba con ellos deslumbrando entre lentejuelas. Casi todas las mujeres lucían vestidos claros, mantillas blancas y claveles.

—Hace tiempo que no lo veo —le contestó sin inmutarse.

—Cuando venía con nosotros, lo pasábamos bien.

—Ya sabes que andaba detrás del negocio de los carteles. Estará liado con eso.

—¿Os habéis peleado?

—¿A qué santo me iba a pelear yo con Jaime?

Eduardo desvió la conversación, pero el rostro de Carmen se ensombreció. Él apenas se dio cuenta entonces, pero en el sur había tenido mucho tiempo para recordar aquellos detalles del pasado. Sin embargo, en aquel tiempo solo estuvo pendiente de admirarla bajo su mantilla negra, con su coqueto jubón anaranjado, recreándose en el chispeo delicioso de sus ojos cuando los toros de Miura saltaron a la arena de la plaza de Goya. Entonces Eduardo sintió la fruición de la multitud seducida por la bravura y la crueldad. Los rejoneadores perseguían a los toros mansos que intentaban escapar de la muerte cortándoles los tendones de las patas traseras con una lanza acabada en media luna, hasta poderlos rematar de un puntillazo, o bien lanzándoles aquellos perros de presa que les desgarraban las orejas, el morrillo y el vientre. La res bramaba rabiosa corneando a los canes, volteándolos a gran altura hasta que, al caer, se arrastraban destripados por la arena.

Años después intentó explicar a Ílan aquel espectáculo en el que los caballos también morían a cientos mientras los rejoneadores intentaban banderillar al toro sin protección, y el marido de Lakuta negaba con la cabeza, sin entender el sentido de aquella crueldad. Los yaganes cazaban para sobrevivir, pero los españoles se ensañaban con los animales mientras en las gradas gritaban «Fuego, fuego, fuego» y los banderilleros salían al ruedo para clavarles aquellos rehiletos hinchados de cohetes, que eran encendidos cuando ya habían penetrado bajo la piel del toro. Entonces la pólvora estallaba en detonaciones que lo obligaban a brincar y bramar babeando.

Para Eduardo era difícil recordar a Carmen sin evocar aquellas tardes de toros, de teatro o de verbenas. Aquel Madrid festivo no solo era su pasado, sino que era ella. Ella, Carmen Morales, quien parecía tañer como unas castañuelas cuando él la paseaba bajo su sombrilla como a un ángel dorado. Hasta que un día todo cesó de golpe, como si el reloj de arena de la felicidad se hubiese agotado, y lo que su padre había construido durante toda una vida comenzó a derrumbarse en pocas horas. Fue el sábado de Carnaval de 1890, cuando decidió seguirlos calle abajo,

a los dos bien felices, Carmen y Jaime, como si fuesen ellos dos los que se fuesen a casar el año venidero.

Aquel recuerdo era un purasangre que cuando se desbocaba terminaba galopando por sus venas y retumbando en su corazón. Pero él callaba. No habló con nadie de lo que sucedió en Madrid y, por supuesto, tampoco con Sophie Collinwood. No al menos durante esas primeras semanas de la primavera de 1895, cuando Sophie se sentaba junto a él con su libretita en mano. Eduardo le decía las cosas en la lengua de los argentinos y ella lo repetía sin cansarse, intentando aprender pronto. Por las tardes, nada más verlo junto a los animales, Adam corría a su encuentro y la muchacha seguía su estela ondeando la falda de algún vestido que había pertenecido a la madre del pequeño. Al principio, no estaba convencida del decoro de aquella circunstancia que su madre hubiese intentado evitar, pero la necesidad de no naufragar en su soledad iba diluyendo algunos valores que había asumido en Inglaterra.

—El niño sufriría mucho si usted se fuera —le dijo Lakuta una tarde, antes de que Sophie saliese detrás de Adam en busca del capataz.

—¿Por qué dices eso?

La yagana se asomó por la ventana de la cocina. Eduardo conducía el rebaño hacia el establo cabalgando junto a Ílan y sus dos muchachos.

—No es fácil este lugar, ni esta casa... Yo bien lo sé.

—No te entiendo, Lakuta.

—Es usted muy joven, señorita. Tenga cuidado.

Sophie sintió que su cara ardía como un rescoldo. Le gustaba la compañía del capataz, también la del niño o la de esa indígena, pero creyó no necesitar sus consejos.

—Tus ojos ven más de lo que pueden ver.

—Como usted diga, señorita.

A veces, Sophie tenía la sensación de que Lakuta parecía controlarla como si fuese una sombra. La víspera Sophie se había alejado de la casa hasta adentrarse

en el bosque. El verde oscuro de las lenguas se elevaba como un gigante y el dulce aroma de los ñires la envolvía suavemente. La fronda de aquellos árboles parecía mantener el equilibrio sobre sus delgados troncos, a veces hachados para leña o raídos por los castores. Sophie andaba con cuidado, intentando no tropezar ni engancharse entre los espinosos arbustos del calafate con sus bayas ya de un azul negruzco, hasta que unas ramas la obligaron a levantar la cabeza y se quedó petrificada.

No esperaba encontrarse con nadie. Pero estaban allí.

Eran tres hombres, observándola amenazantes. Iban desnudos, eran flacos, con el pelo apelmazado y oscuro; sobre sus hombros, una piel de foca apenas más grande que un pañuelo de mano; sus caras, pintadas de negro y recorridas por dos líneas blancas paralelas, una a la altura del labio superior, de oreja a oreja y, otra encima de los párpados, de una sien a otra.

Le temblaron las piernas como las patas de un insecto. Ellos tampoco se movían.

—Wáko* —oyó una voz desde detrás.

Al volverse, vio que era ella, Lakuta, agitando los brazos hacia los intrusos. Estos recularon para regresar al bosque con sus pies enormes y chatos, acostumbrados al filo de las piedras y a las quemaduras del hielo.

—¡Por Dios! —exclamó Sophie—. ¡Cómo me alegro de verte! ¿Quiénes eran?

—No vuelva a alejarse sola, señorita. Nunca crea que estamos solos. Nunca.

—¿Quiénes eran? —insistió.

Lakuta se acercó.

—Usted no sabe de ellos, pero ellos sí de usted. Es mejor que nunca vuelva por aquí sola. Ellos son los yosi.

—¿Los yosi? —repitió confusa—. ¿Y quiénes son los yosi?

—Nadie sabe de dónde vienen, solo sabemos que hay que temerles. Las mujeres que se llevan ya nunca vuelven, señorita. Debe tener cuidado con ellos, porque no pertenecen a nuestro mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos no son como nosotros y tienen un poder muy superior al de cualquier hombre. Hoy ha tenido suerte, pero nunca debe volver sola a los bosques.

—No te entiendo. ¿Acaso quieres decir que no son humanos?

La yagana asintió.

—Son espíritus visibles, señorita. Espíritus que mi pueblo siempre ha temido.

Sophie no quiso discutir sobre las tradiciones de un pueblo al que todavía no conocía. Regresaron a la casa juntas, como si nada hubiese sucedido, y Lakuta tampoco lo volvió a mencionar. Sophie sabía que la observaba con la misma profundidad que callaba y que siempre estaba pendiente de ella.

Por eso no le molestaban sus consejos, porque los sentía bien intencionados. Quizás se equivocaba cuando la prevenía sobre el capataz, pero sabía que lo hacía por su bien. Pasaban mucho tiempo juntas. Sophie no solo la acompañaba en el huerto, sino que ordeñaba, revisaba el corral de las gallinas, la ayudaba en la cocina y en lo que fuese menester. Para todo ponía el mismo esmero con el que intentaba instruir a Adam. Era su nueva vida y, aunque no deseaba pensarlo, quizás lo fuese para siempre. Debía acostumbrarse y el comienzo de la esquila fue una nueva oportunidad.

Aquel año ya venía con retraso. Fue a principios de diciembre. La muerte del señor Summer, la obsesión de Daniel por la bahía Yendegaia y la falta de indígenas para ayudar fueron postergando el trabajo y poniendo en riesgo la calidad de la lana.

—Tenemos que empezar como sea —le dijo Eduardo a Sophie—. Algunas ovejas ya han comenzado a parir.

—Y eso ¿qué significa?

—Intentamos esquila antes de los partos. La calidad de la lana mejora sensiblemente. La dureza del invierno estrangula las fibras, pero si se esquila antes del parto, el corte se hace cerca del nudo. Además, hay que intentar que el vellón no crezca más, para que se ensucie menos. De esa manera conseguimos dos cosas: que la lana tenga mayor consistencia y mejor precio, y que la oveja

coma más, beneficiando a la cría antes de nacer.

—¿Y cómo puede beneficiar la esquila a una cría?

—Muy sencillo: el cordero esquilado buscará comer más para fortalecerse y resguardarse. Te aseguro que las ovejas que nazcan serán mucho más fuertes. Lo tenemos comprobado.

—¿Y por qué no habéis comenzado ya entonces?

—Daniel parece estar más entretenido con el oro que con la hacienda. Necesitamos todas las manos posibles y Catherine no se decide. Esa mujer parece no entender nada de cómo funciona todo esto. Además, los argentinos que nos ayudaron el año pasado ahora están allí, en la bahía Yendegaia.

Sophie dibujó un mohín extraño y su rostro suave y armónico dejó translucir los matices del valor.

—Lo haré yo.

—¿Qué es lo que harás?

—Enséñame a esquilar y os ayudaré.

El capataz soltó una carcajada.

—Tú no servirás para esto, jovencita. Esto es cosa de hombres.

—Enséñame —le exigió con determinación en sus ojos verdes—. Enséñame y verás.

—No insistas. No es un juego. Son más de dos mil cabezas.

—¡Te pido que me enseñes! No creo que pierdas mucho intentándolo.

Eduardo Ariza se dirigió al establo, buscó una cuchilla y una tijera y luego tumbó a una oveja delante de Sophie y de Adam. Primero le rasuró el vientre, luego las patas hasta llegar al lomo. Los vellones caían sobre la hierba enredándose como nieve terrosa y en cinco minutos había acabado.

—No creo que fueses capaz ni de retener al cordero —la retó—. Esto no es un

juego. Espero que lo entiendas.

—Tráeme otro animal —le pidió ella.

Le arrimó un cordero, le enseñó cómo tumbarlo y Sophie pasó la tijera con una habilidad que lo desconcertó.

—Parece que lo estuvieras peinando, Sophie. Hace falta una velocidad que no tienes.

—Pásame otro.

—Déjalo, te lo ruego. Acabarás lastimándote.

Esta vez fue ella misma quien buscó el animal y repitió la operación con mucha más agilidad.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Me aceptas entre tus hombres?

—¡Mira que eres terca!

—Pero ¿me aceptarás?

Ariza fue ese mismo día a hablar con Catherine Summer. La encontró malhumorada. Para el capataz era evidente que ella comenzaba a odiar Ushuaia. Probablemente, cinco años atrás había seguido a su marido a regañadientes, y sin él, la estancia la sobrepasaba. Nada la ataba a aquella tierra. Desde que la conocía, solo la había visto relacionarse con la esposa del reverendo Lawrence; su existencia se reducía a Victoria, a su marido y, por supuesto, a la desgraciada Dorothy. La muerte de Charles Summer y la distante relación que mantenía con Daniel parecían hacer zozobrar su futuro. La actitud que Catherine mantenía hacia la esquila era un claro ejemplo. Ariza sabía que le preocupaban los ahorros que se habían perdido en el naufragio y las dudosas expectativas de hallar oro en Yendegaia, pero esa ineptitud para tomar decisiones podía acabar haciéndole perder muchas más libras.

—No podemos esperar más para la esquila —le dijo—. Con Daniel o sin él, debemos empezar.

Catherine se acunaba en una mecedora junto a la chimenea y observaba los

rasgados nubarrones que empañaban la bahía.

—Es necesario que nos pongamos en marcha —insistió Ariza—. Además, creo que Sophie podrá ayudar.

Catherine detuvo su balanceo y se lo quedó mirando boquiabierta.

—¡No lo dirás en serio!

—Creo que puede hacerlo. Irá más lenta que los hombres, pero podrá echarnos una mano.

—Será para rellenar tinteros —se burló Victoria sentada en uno de los sillones.

—Sophie es más fuerte de lo que parece.

—No confundas encanto con fuerza, español.

—Yo no confundo nada.

—Yo no estaría tan segura...

—¡Basta, Victoria! —intervino su madre—. Probablemente Ariza tenga razón. Necesitaremos toda la ayuda posible. Y la tuya también.

—Tenemos el verano encima y debemos comenzar cuanto antes —repitió él.

—En cuanto regrese Daniel, comenzaremos. Te lo prometo. El oro puede esperar, y esperará. Enviaré a buscarlo.

Daniel Summer regresó dos días después. Estaba eufórico. Habían encontrado varias pepitas de oro y no tardó en ponerse de acuerdo con Eduardo Ariza para iniciar la esquila con toda rapidez. Había pasado dos semanas en Yendegaia y, cuando Sophie lo volvió a ver, descubrió un nuevo brillo en sus ojos, pero no supo discernir de qué se trataba. Su marido continuaba siendo un desconocido y un nudo de sentimientos se le atascó dentro del pecho. Esa noche la cena entre los cuatro fue sepulcral, como todas las que habían compartido desde el principio. Pero esta vez Sophie lo oyó gritar por primera vez.

—¡Es Adam! —exclamó poniéndose en pie.

Ninguno de los Summer se inmutó. Fue como si ya estuviesen acostumbrados o como si simplemente no les importara. Pero ella salió del comedor hacia la habitación del niño, donde lo encontró sentado en la cama, mirando sudoroso hacia la ventana. Estaba pálido.

—Está ahí —dijo señalando los cristales.

Sophie sintió un escalofrío y dirigió su mirada hacia el ventanal. Recordaba perfectamente a aquellos yosi semidesnudos que había visto en el bosque. Pero esa noche no había nada allí fuera. Lo abrazó para apaciguarlo, mientras él temblaba como las hojas de los coihues zarandeadas por el viento.

—Escúchame, Adam —le dijo con suavidad—. Solo son sueños.

—Está ahí fuera —tartamudeó.

Sophie decidió llevarlo hasta el exterior. No se le ocurrió mejor forma de tranquilizarlo. Lo cubrió con la manta, lo cargó hasta el huerto y se detuvo justo bajo su ventana.

—No hay nadie. ¿Lo ves? —le dijo poniéndolo de pie sobre la tierra.

Los ojos azules del niño eran dos enormes luces aterradas.

—Sí que está.

—No está, Adam. Fíjate bien.

—Tú no la puedes ver —le dijo gimoteando—, pero yo sí.

Sophie sintió miedo, pero este se desvaneció con la voz de Daniel a su espalda:

—¿Qué hacéis aquí afuera?

Su voz era turbia y oscura, como aquella otra noche.

—Adam ha vuelto a tener esa pesadilla. Lo he traído aquí para que compruebe que no hay nadie.

Pero el niño volvió a levantar su bracito y apuntó hacia la ventana. Entonces Sophie vio avanzar a Daniel desbocado, rugiendo con su respiración y pisando

como un gigante. No atinó a protegerlo de la garra de su padre antes de que, como si se tratase de un cordero al que fuese a esquilar comenzando por su vientre, lo tumbara sobre la tierra, y en lugar de una cuchilla, afiló su mano para cachetearle la cara mientras lo inmovilizaba con una rodilla sobre el pecho.

—Si vuelves a inventar esa patraña, te juro que te daré una paliza que no olvidarás en tu vida. ¿Lo has entendido?

Adam asintió indefenso, intentando tragarse el llanto.

Daniel se puso en pie y miró a Sophie.

—¡No debes malcriarlo! Esas tonterías se las acabará creyendo.

Ella estaba horrorizada. Apenas podía asimilar sus bruscos cambios de comportamiento.

—¡Tu hijo tiene apenas cuatro años!

—Razón de más para cortar por lo sano estas tonterías. ¿Lo has entendido, Sophie? Y tráete tus cosas a mi habitación —acabó diciéndole mientras se dirigía hacia la puerta de la cocina—. Eres mi esposa y no dormirás sola.

Antes de obedecer, Sophie distinguió la silueta de Eduardo en la penumbra, más allá del vallado del huerto. Daniel no llegó a verlo y ella abrazó al niño y siguió a su esposo.

Los recuerdos del capataz se desbocaron de nuevo y, por primera vez, la rabia le revolvió el estómago. Apretó los puños, como aquel sábado de Carnaval cinco años atrás, cuando vio a Carmen del brazo de Jaime Arrieta.

Para Eduardo Ariza fue como si no hubiesen pasado los años y volvió a sentir la misma impotencia que aquel día. El recuerdo de Carmen Morales se inflamó en su mente y recuperó el sinsabor de aquel invierno en Madrid.

Ella llevaba algunas tardes sin dar sus paseos de costumbre por el barrio de la Concepción. Ya durante las últimas semanas la había encontrado pálida, distante, subyugada por las convulsiones de una extraña gripe, mientras él echaba horas entre telares y oficina, organizando pedidos y pensando en ella. Como aquel sábado de Carnaval en el que decidió ir a verla, aunque supiese que estaba aturdida por una congestión insoportable, aunque se lo hubiese dicho ella misma aquella mañana, aunque se lo viniese diciendo durante toda la semana en la que apenas se levantaba de la cama por aquel fatigoso decaimiento. Pero él vivía para ella y esa tarde volvió a arrimarse a su casa para decirle que la quería y que contaba los meses para verla entrar de blanco en la iglesia de San Ginés de Arlés.

Y Eduardo la vio desde la esquina, tan débil como estaba aquellos días, tan enclenque, pero corriendo envuelta en su abrigo y con una máscara bajo el brazo. Entonces fue cuando recibió la primera estocada y el golpe lo frenó en seco, bamboleándose como los animales en la arena, desorientados, comenzando a sentir los rasguños de una rabia que no reconocía. Porque con apenas veinticuatro años, todavía no entendía, solo la veía correr para agarrarse de la mano de un enmascarado que la arrastraba a través de una maraña de calles, mientras su corazón redoblaba como un tambor y sus piernas se movían por instinto. La gente desfilaba feliz, desde Recoletos hasta el Hipódromo, en vistosas carrozas, disfrazados, enmascarados, algunos a caballo, otros a pie, bailando tarantelas y agitando las panderetas con aire napolitano. Carmen Morales se dirigía al teatro de Colón, aunque todavía no pudo identificar al enmascarado.

Eduardo compró su entrada y también se zambulló en aquella batalla de confetis y serpentinas. Le costó descubrirla en aquel enjambre de parejas, antifaces y galanes de frac. Con el filo de la traición hiriendo su garganta, esperó a que la fiesta avanzase, cuando algunas chisteras ya estuviesen abolladas, algunos fraques del revés y hasta damiselas ligeritas de ropa. Entonces fue cuando las caretas comenzaron a caer, arrancadas por el mismísimo Baco, pero las de ellos

no; la de ellos persistió hasta las doce de la noche, cuando él decidió envolverla en su abrigo y empujarla hacia la calle. Eduardo no necesitó elucubrar más, porque ya podía reconocer a su amigo Jaime abrazándola, a su Carmen, como si fuera él mismo.

La noche era fría. Los fogonazos de la luz eléctrica del teatro parecían brillar más que algunas farolas todavía ardiendo con gas. El carruaje los condujo por los callejones de Madrid y a Eduardo el peso de la realidad le resultó tan insoportable que se arrastró hacia el barrio de San Ginés como si estuviese a punto de ser sacrificado, babeando su suerte, dispuesto a que la estocada fuese certera. Pero no lo fue.

Eduardo enfiló la calle San Martín como hacía de costumbre, pero aquella noche apareció deslumbrada por el fuego que flameaba desde el Taller Ariza y corrió hasta detenerse justo enfrente de toda su vida en llamas. Un gentío se arremolinaba en el exterior, señalando hacia el primer piso donde Eduardo vivía con sus padres y desde donde el calor golpeaba con su aliento hirviendo. La impotencia lo arrodilló en la calle y lo dobló. Dio puñetazos contra el suelo y lloró a gritos mientras los vecinos lo sujetaban de las axilas para alejarlo de la zona donde el incendio escupía sus escombros.

Cuando llegaron dos carros de bomberos tirados por caballos, del taller solo quedaban rescoldos negros, entre el humo que aún salía de la estructura derrumbada donde sus padres dormían. Con decenas de cubos de agua y algo de suerte los bomberos lograron frenar el contagio a los edificios adjuntos, pero Eduardo Ariza lo había perdido todo, incluida a su familia. Sabía que la Sociedad de Seguros de Incendios cubriría la propiedad que su padre había alquilado, pero no los telares, ni el pequeño botín que habían ahorrado y escondido en un rincón de su vivienda.

—Ven conmigo —le dijo con tono lastimero uno de los trabajadores del taller—. Aquí ya no puedes hacer nada.

Su mente estaba adormecida después de dos horas de espectáculo y por un instante, deseó haberse quedado atrapado allí dentro él también.

—Hazme caso, Eduardo.

Él se negó, como si intuyese que todo podía ser peor todavía, y, desbocado por la rabia, corrió hasta el piso de Jaime en una madrugada negra, casi a punto de

amanecer, y se coló en su portal después de identificarse como el hermano de Jaime Arrieta ante el sereno, quien se creyó que había perdido las llaves entre el jolgorio del Carnaval. El hijo único de los Ariza trepó por las escaleras hasta el segundo piso, enfermo de odio, desesperado y enrabiado. Golpeó la puerta con fuerza y esperó. Volvió a llamar, hasta que por fin Jaime se dejó ver.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó entreabriendo la puerta sujeta por una cadena interior.

—¡Lo he perdido todo! —le rugió.

—Pero ¿de qué estás hablando, Eduardo? —le dijo algo nervioso—. Será mejor que vengas mañana. Ahora es muy tarde.

—No voy a venir mañana, Jaime. —En su voz todavía quedaba fuego—. Esta noche han muerto mis padres y lo he perdido todo.

—¿Tus padres?

—Ábreme, Jaime.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ábreme, por favor.

Jaime titubeó, pero descorrió la cadena. Estaba descalzo y cubierto apenas por una manta.

—Ven —le dijo señalándole las sillas de la mesa del comedor—. Siéntate aquí, cuéntame lo que ha pasado.

Sin embargo, Eduardo avanzó hacia el dormitorio de su amigo como quien se decide a adentrarse en los infiernos.

—¿A dónde vas? —le dijo con un nudo en la garganta—. ¿Qué haces?

Los ojos de Eduardo ya podían distinguirla con claridad. La lámpara de keroseno estaba encendida y el rostro de Carmen emergía desde debajo de la colcha. Sus ojos negros estaban trémulos, vidriados por el miedo y la vergüenza.

—¡Te has reído de mí, Carmen! —le dijo domando su rabia—. ¡Cuánta razón tenía este infeliz!

La muchacha estaba tan ofuscada que, aunque tenía la boca abierta para intentar defenderse, las palabras parecían muertas.

—Será mejor que te vayas, Eduardo —oyó a Jaime a su espalda.

Pero él avanzó hacia la cama y estiró la colcha hasta descubrirla desnuda, tal como él la había ansiado tantas veces. Su piel joven estaba erizada por el frío.

—¡Qué fácil es entregarte a otros! —le dijo con desprecio.

—¡Déjalo ya! —le gritó Jaime sujetándolo del hombro.

Eduardo se volvió rápidamente, cargó su puño y lo estampó contra su cara sin que el otro apenas pudiese reaccionar. Jaime perdió el equilibrio desplomándose hacia atrás, hasta golpearse con el afilado vértice de la cómoda. Su amigo lo vio revolverse en el suelo, casi desnudo, con los ojos en blanco, mientras un charco oscuro y espeso nacía en su nuca y se extendía sobre el entarimado.

El agresor observó la escena inmóvil, como si aquello también formara parte de su noche nefasta, y Carmen corrió hacia Jaime envuelta en la sábana y se arrodilló ante él.

—¿Qué le has hecho? —le dijo ella gimoteando mientras intentaba taponarle aquella brecha letal y le tomaba un pulso ya imperceptible—. ¿Te has vuelto loco? ¡Lo has matado, Eduardo! ¡Lo has matado!

Entonces su conciencia se fue iluminando lentamente y la ira dejó de obstruir su razón hasta que comprendió lo que acababa de suceder. Todavía no habrían rescatado los cuerpos de sus padres y él acababa de matar a su amigo. Todo era infortunio y estupidez.

—¡No quería hacerlo! —se lamentó apretando los puños—. Ha sido un accidente. Tú lo has visto.

—¡Eres un animal! —le dijo Carmen.

—Espera con él —le suplicó—. Iré a buscar un médico. Seguro...

—¡No respira! ¡Lo has matado! —le dijo poniéndose en pie temblorosa—. Es mejor que te vayas, Eduardo. Es mejor que nos vayamos los dos ahora mismo.

Había comenzado a serenarse y la tristeza bulló por sus venas. Carmen le dio la espalda y comenzó a encajarse su ropa interior y el vestido azul que había llevado en el baile.

—Salgamos de aquí cuanto antes —le instó con decisión.

La siguió escaleras abajo y, al salir, se aseguraron de hacerlo cuando no pasara el sereno. Desanduvieron la calle Silva tensos, mirando hacia todas partes, tan silenciosos como dos desconocidos. Al alcanzar la plaza de Santo Domingo, se detuvieron. Ya estaba amaneciendo.

—¡Lo siento, Eduardo! —le dijo con sus ojos hinchados como ciruelas—. Todo ha salido mal.

Y tan mal. No solo cargaba con la muerte de Jaime, sino que con la luz del día debería escarbar entre los escombros para encontrar los restos de sus padres.

Su mundo se había astillado en mil pedazos, y Carmen era uno de ellos.

—No quise hacerlo —le dijo él—. Tú lo sabes.

—No diré nada. Ninguno de los dos dirá nada.

Y Eduardo Ariza sonrió con amargura. Luego se dio media vuelta y se perdió por la calle Veneras. Sabía que no la iba a volver a ver.

Durante aquellos años en Madrid, Eduardo Ariza jamás podría haber imaginado que acabaría esquilando ovejas en los confines del mundo. Sin embargo, en apenas un lustro su pasado parecía haberse convertido en un espejismo que a veces se desvanecía. Había ayudado a Charles Summer a hacer crecer Bahía Viento y a traer aquellas ovejas desde Puerto Stanley. Las Lincoln se adaptaban perfectamente a aquellas tierras. Las tenían al este, en Haberton, en Gable y en las estancias chilenas al norte de Tierra del Fuego, más allá de las montañas. Aquellos animales eran robustos, fuertes, limpios de escabro y, cuando llegaba el tiempo de la esquila, daban la mejor lana.

—¿Ahora lo entiendes? —le dijo a Sophie al acabar de acomodar el último fardo en el cobertizo con la ayuda de Ílan.

Ella estaba detrás de los dos, sentada sobre un taburete. Estaba extenuada.

—No sé lo que quieres decir —le contestó.

—La lana, Sophie. ¿Acaso alguna vez has visto una lana más limpia y más gruesa?

Ella apoyó los codos sobre las piernas para sostener su cabeza con las manos.

—En realidad, nunca había visto la lana recién esquilada, solo ya en madejas y en prendas confeccionadas —dijo con un hilo de voz.

Sophie había trabajado duro esa semana. Bien era verdad que, cuando llegó Daniel, amo y capataz habían desestimado que ella esquilase, pero la pusieron a separar la lana, que tampoco era una tarea ligera. Junto a Victoria, Lakuta y su pequeña hija Síma, se dedicó a extender los vellones sobre tablones, organizando las guedejas según perteneciesen a las patas y al vientre, o bien a los flancos y el lomo, de mayor calidad. Entre las cuatro mujeres, las compactaron en fardos y luego la almacenaron en el cobertizo hasta el verano, cuando sería transportada a Buenos Aires o Valparaíso. Y mientras tanto, Daniel, Eduardo, Ílan y su hijo Löm habían esquilado con habilidad una oveja tras otra, a medida que el pequeño Ítar les traía a los animales desde el establo. Entre ellos parecían competir a una velocidad endiablada, extrayendo el vellón de una sola pieza y sin lastimar al animal.

—¡Te has ganado un buen descanso, muchacha! —le dijo el capataz.

—¡Nunca había trabajado tanto!

—Lo has hecho muy bien. Ahora entiendo por qué sobreviviste al naufragio. Eres una mujer fuerte.

—¡Será mejor que vaya a casa! —le dijo poniéndose en pie—. ¿Cómo se dice I'm exhausted en español?

Eduardo se lo tradujo.

—Estoy agotada —repitió con dificultad.

La risa de Eduardo se quebró al percatarse de sus muñecas amoratadas.

—¿Cómo te has hecho eso?

Ella se bajó las mangas de la blusa e intentó ocultarlas.

—No tiene importancia.

La tomó de la mano y, sin resistencia, la remangó hasta dejar al descubierto su antebrazo con visibles cardenales y algunos arañazos salpicando su piel nacarada.

—¿Ha sido él?

Sophie volvió a cubrirse el brazo e intentó abrirse paso hacia el portón de madera.

—Tengo que irme.

Pero él le obstruyó el camino y la sujetó de los hombros. Él se los quedó mirando.

—¿Ha sido él? —insistió—. Dímelo. Ha sido Daniel, ¿verdad?

Los ojos de Sophie se humedecieron y su belleza tembló frente a Eduardo, y aunque él intentó sujetar las bridas de su ánimo, no pudo callarse.

—¡Es un borracho! Acabará haciéndote una infeliz como lo hizo con Dorothy.

Ella agrandó los ojos, miró a Ílan e intentó buscar la salida. Pero Eduardo no la soltó.

—No permitas que te haga daño. Tú no tienes la culpa.

—Necesito descansar —le contestó liberándose de sus manos—. Ha sido una jornada agotadora.

Salió del establo con el corazón temblando. De ninguna manera podía contárselo. Ni a él ni a nadie. Se negaba a vomitarle sus noches y cómo la tumbaba sobre su cama bajo su aliento embriagado y espeso. Ella le suplicaba que no, que de aquella manera no, pero él insistía, como si fuese su deber labrar aquella tierra tierna con la dureza del que desea arar el hielo. La primera noche Sophie había intentado resistirse, incluso le había susurrado que intentaría amarlo. Pero Daniel no la escuchó. Sophie ya había descubierto cómo se transformaba. Era como si el whisky lo cegara, cada noche igual, y la última, cuando la había forzado sujetándole las manos con violencia, placer y odio al mismo tiempo.

¿Cómo iba a hablarle de aquello? ¿A quién podría contárselo?

—No debes entrometerte con la mujer del señor Daniel —le dijo Ílan cuando ella se alejó.

—No puede hacerle eso.

—Es el dueño de la tierra.

—¡Voy a irme de aquí, Ílan! ¡Y tú también lo harás! Daniel no es Charles, ni Catherine tampoco. Él no hubiese consentido semejante barbaridad.

Ílan le soportó la mirada y Eduardo repasó su nariz ancha, sus labios gruesos y esos ojos alargados en un semblante firme y pardo. La herencia de su tribu estaba en esa expresión temible que el capataz conocía muy bien.

—El señor Summer la trajo de tu mundo. No fue otro más que él. No lo olvides. No debes entrometerte. No es asunto tuyo.

—Lo sé. —El capataz bajó la cabeza y apretó los puños—. ¡Pero ese hombre es un borracho, Ílan!

—Daniel es un hombre atormentado —le dijo el yagán—. Solo eso.

—¿Por qué lo defiendes?

Ílan se dirigió hacia la salida del establo.

—Será mejor que lo olvides, Eduardo.

—Dímelo.

—Es mejor no remover el pasado.

—Dime lo que callas, Ílan.

—Olvídalo.

El border collie del capataz entró en el cobertizo moviendo la cola y él se arrodilló sobre la tierra para abrazarlo. Desde luego, cuando abandonase Tierra del Fuego, aquel animal lo seguiría. Lo había criado desde que lo separaron de su camada y en nada se parecía a los perros salvajes que atacaban los rebaños. Lo había acompañado en su soledad muchas veces y no quería irse sin él. Pero ¿qué sería de esa pobre muchacha? Él no podía cargar con su destino. Al fin y al cabo, ya era una Summer y debería aprender a soportar el viento como los ñires, aunque rugiese del sur. Nada podía hacer por Sophie, ni tampoco por Adam. Ellos no tenían elección. Era el destino de los hombres. Cada uno tenía el suyo y por ello él había navegado hacia el sur, buscando no sabía bien qué. Quizás solo olvidar. Olvidar y, sin saberlo, encontrarla a ella.

De su existencia anterior solo quedaron cenizas. Nunca resolvieron la causa del incendio, pero él imaginó que una lámpara de keroseno en contacto con telares y maderas era una combinación tan peligrosa como probable. Aquel día, mientras una pequeña comitiva lo acompañó al cementerio de San Isidro, Eduardo intentó mantener el equilibrio mientras el mundo temblaba bajo sus pies. En el Banco de España no le quedaban más que cinco mil pesetas. Sus padres siempre desconfiaron de aquellos edificios que guardaban un dinero que no les pertenecía y prefirieron esconderlo en un hueco de la pared que acabó lleno de hollín. Sin embargo, para Eduardo fue suficiente y, antes de salir de Madrid, aún reunió a los trabajadores para repartir lo que les debía. Ellos le suplicaron que se quedara, que con los contactos que tenían, un préstamo y unas viejas máquinas podían resucitar el negocio. Pero Ariza se negó. Estaba convencido de que el tiempo corría en su contra y que, en cualquier momento, la Policía podría encontrarlo. Había sido un accidente, pero él había matado a su amigo y no podía correr riesgos. No solo lo había visto subir el sereno, sino que ya tampoco podía confiar en Carmen.

Huyó de la ciudad una mañana de sol helado. Debía repetir el camino que ya había hecho dos veces y en la estación del Mediodía subió a un tren que lo condujo hasta Santander. Había planeado que Inglaterra sería su nuevo mundo, hasta que en una taberna cercana al puerto oyó hablar de un navío que partiría hacia un recóndito lugar de Sudamérica, en Tierra del Fuego, donde la fiebre del oro comenzaba a atraer a aventureros, campesinos que se enterraban en el vientre de una calurosa embarcación, hacinados en literas, con hambre durante más de un mes, tal como Sophie había descubierto en su viaje hacia el sur de Chile. Eduardo pensó que el sur, al fin y al cabo, era un buen lugar donde ir a morir y volver a nacer. Tenía un crimen que expiar, unos padres que recordar y una mujer para olvidar.

Desembarcó en Punta Arenas débil, después de atravesar el mundo con una pobreza que él nunca había conocido, pero con su dinero escondido en el doble forro de los pantalones. Fue allí donde oyó hablar de Ushuaia por primera vez. Para muchos, el oro estaba escondido al sur de Tierra del Fuego, desde donde comenzaban a llegar noticias de fortuna. Sin embargo, el puñado de aventureros españoles que viajaron con él prefirió mantenerse en la zona del Estrecho, donde hablaban castellano. Pero Eduardo había aprendido inglés en sus viajes a

Plymouth y rápidamente comprendió que en Punta Arenas se multiplicaban mucho más las historias de fracasos que las de hombres cargados de oro.

—Si querer hacerte rico —intentó explicarle un dálmata—, tener que ir sur. Aquí ya no haber nada. Un hombre con nombre Popper estar ganando aquella tierra. Tener lavadero, hombres, armas y mucho fuerza, pero cerca de Ushuaia ya no mucho. Muchos buscar en bahías cerca de allá.

No fue el único que hablaba del poder del rumano Julio Popper en Tierra del Fuego y de la protección que tenía del Gobierno argentino, pero muchos aseguraban que lo importante era establecerse en grupos, por su cuenta, para evitar que los hombres de Popper los incordiasen. Eduardo Ariza decidió embarcarse hacia Ushuaia por ese motivo.

Cuando llegó allí, aquel desolado poblado frente a la península de la misión todavía estaba naciendo alrededor de la Casa de Gobierno. Sin embargo, Eduardo ya había imaginado aquella soledad y no le importó. Había llegado allí por el oro y poco le afectaba el tamaño de aquel caserío olvidado. Junto a los cinco dálmatas que lo habían acompañado desde Punta Arenas, se trasladaron en un par de botes hasta la bahía Sloggett, muy cerca de donde Sophie había naufragado. Aquellos dálmatas eran estoicos marinos acostumbrados a un régimen de pan negro, tomates, cebollas, aceitunas y algo de vino. Montaron las tiendas y le enseñaron a trabajar. Lo hacían entre los pedruscos, donde las olas rompían y el océano ya había hecho parte del lavado. Entre el frío y la humedad, luchando contra el escorbuto, buscaban los depósitos de ripio y arena, en las profundidades de los lechos de las rocas. Allí el milagro del oro se mezclaba con el negro polvo de hierro. Doblados, con las manos heladas, escarbaban cuidadosamente todas las cavidades y hendiduras. Muy raras veces hallaban pequeñas pepitas, pero la mayor parte del oro se presentaba en laminillas como escamas de sardina y, con un centenar apenas llegaban a un chelín. En otras ocasiones, la cubierta de ripio suelto era tan profunda que les era casi imposible alcanzar el lecho de aquellas vetas. Entonces insistían antes de que subiese la marea y arruinase su trabajo, hasta acabar completamente empapados y desalentados.

Durante aquellos meses, Eduardo Ariza vio cómo se le hinchaban las manos hasta sangrar, con el cuerpo rígido por el agua helada y el filo del viento. Durante la primavera y el verano, resistió aquella brega contra la naturaleza. Aquella actividad apenas le dejaba tiempo para recordar que solo unos meses

antes se paseaba con una mujer hermosa por el Madrid de los privilegiados, durmiendo sobre un futuro próspero y con sus manos limpias. Cada tanto emergían los recuerdos, pero el agotamiento los extinguía con rapidez. Purgar su pasado no era fácil, pero la vida en Sloggett lo ayudaba. Solo tenía que levantar la mirada y divisar el suplicio de decenas de cuadrillas arañando las rocas o resguardándose de los vientos cargados de mochilas y palas.

En agosto de 1891, casi nueve meses después de haber desembarcado en la bahía, Eduardo descubrió a su lado a uno de los dálmatas frío como una piedra. Todos sabían que el escorbuto iba a matarlo, pero algo se conmovió en su interior. Apenas les quedaban unos trozos de carne salada, habas, cebollas y varias rebanadas de pan negro para pasar varios días. Las inclemencias del canal en invierno no podían predecir cuándo llegarían aquellos víveres que compraban a precios injustos y, por primera vez, temió por su vida desde que se había instalado en aquella bahía infernal.

—Estar muerto —le dijo un compañero encendiendo una lámpara.

—Lo sé —contestó él.

—Poder repartir lo suyo entre más —intentó decir mientras los otros tres dálmatas rodeaban pálidos aquel cadáver.

Eduardo arrastró el cuerpo fuera de la tienda y, cuando comenzó a amanecer, también empujó hacia fuera el cajón de sus tesoros. Bajo una luz plomiza lo abrió y observó las semillas de oro en el fondo. Allí no habría más de doscientos gramos. Era una miseria para repartir entre cinco. Aquello solo tenía el valor de la esperanza. Los dálmatas estaban convencidos de que tarde o temprano hallarían grandes trozos, lo mismo que ansiaría Daniel Summer cuatro años después en Yendegaia. Sin embargo, a Eduardo ya no le quedaba aliento y creyó que no le valía la pena. Si quería olvidar, debería intentarlo de otra manera y, si quería morir, podía insistir hasta reventar como su compañero.

Decidió irse. Lo hizo con una chalupa que llegó diez días después cargada de provisiones. Estaban desfallecidos y muertos de hambre. El español se despidió y no tocó el cajón. Al menos, él tenía el dinero que había salvado de sus padres, pero aquellos desgraciados tenían toda su fortuna en el escuálido fondo de aquel arcón de madera.

—Español, tú trabajar aquí —insistieron—. Tú llevar lo tuyo.

Pero Eduardo se negó. Luego subió a la embarcación sin mirar atrás. Las aguas estaban grises, espesas y revueltas, pero no soplaba el viento del sur.

Al llegar a Ushuaia bajo el manto de la noche oscura, el marino lo condujo hacia su almacén. Aquel hombre había abandonado la prefectura y se había establecido en aquel repelón del sur para provisionar a los que vivían en la región. Exiliarse a aquel aislado confín de la tierra era de delirantes o iluminados y el dueño del Primer Argentino estaba más cerca de lo segundo. Se llamaba Luis Figue y con los años su local se convertiría en un lugar de reunión.

—¡No creas que soy el único que ha venido a quedarse! —le dijo aquella noche junto a la estufa y una taza de té caliente—. Ahí está Thomas Bridges en Haberton o Charles Summer, que acaba de instalarse. Cada año esto crece un poco más.

Fue la primera vez que oyó hablar de Summer y de que andaba buscando gente para levantar la estancia. Tenía trabajando a algunos yaganes, pero con ellos no podía contar para todo.

—Anda buscando gente civilizada, ¿me entendés? Seguro que te interesa.

Eduardo Ariza levantó exhausto los hombros y suspiró. No tenía dónde ir y ya poco le importaba quedarse o marcharse. Solo sabía que no quería buscar más oro y que durante el invierno pocos navíos circularían por el canal.

—El único problema es que apenas entiende el castellano, pero al hombre se lo ve cumplidor.

—Para mí el inglés no es un problema.

—Si querés, mañana te llevo a verlo.

Y así fue como su vida se acabaría ligando a aquella hacienda.

Catherine Summer había escuchado más de una vez las súplicas y resistencias de Sophie. Su dormitorio estaba contiguo al de su hijastro. Ella sabía que aquello no era amor, pero estaba convencida de que podría llegar con el tiempo. Sophie era hermosa, pero también decidida. Su hija Victoria se equivocaba si creía que era una pusilánime incapaz de soportar el sur. Charles había hecho una elección magnífica, debía reconocerlo. Daniel necesitaba una mujer y la había traído, tal como le había prometido. Al fin y al cabo, había sido él quien los había arrastrado hacia el sur, donde las ovejas engordaban bien, pero escaseaban las mujeres, y mucho más las inglesas. Él también habría imaginado que Daniel acabaría enamorado de ella. Estaba segura.

Sin embargo, Catherine también sabía que la lógica no siempre congeniaba con las pasiones. ¡Bien sabía ella que no! Daniel era imprevisible. Siempre lo había sido y mucho más después de todo lo que había sucedido. Desde luego, ella no era capaz de poner la mano en el fuego por él. ¡Cuántas veces había deseado volver al condado de Devon! ¡Cuántas veces había ansiado instalarse cerca de sus hermanas! Poco le importaba que Charles estuviese obsesionado con su estancia. Ella hubiese embarcado hacia la civilización cuando comenzó todo y se lo había repetido a su marido cientos de veces. Sin embargo, Victoria no era de la misma opinión. Ella se negaba a alejarse de Ushuaia, y Catherine jamás partiría de allí sin su hija. Así que había tenido que imponer sus condiciones. ¡Y lo había hecho! ¡Claro que lo había hecho! Continuaría allí, desde luego, y así se lo había dicho a Charles, pero no de cualquier manera. Antes tendrían que pasar sobre su cadáver.

—La situación en que nos ha dejado tu padre es más que preocupante —le dijo a Victoria—. He escrito al Banco de Inglaterra, pero estoy segura de que no recibiremos noticias antes de que pase el próximo invierno.

—¿Cuánto nos queda aquí?

—No quieras ni imaginarlo. Necesitamos vender la lana y la madera para no ponerlo en riesgo todo. Cualquier contratiempo sería terrible.

—Daniel encontrará oro. Estoy segura.

—No pienso lo mismo. Tú padre y él siempre han sido de ideas muy románticas.

Dudo que en Yendegaia haya el oro que él espera encontrar, y menos aún sin la maquinaria que necesitábamos. Tengo casi sesenta años y no quiero morir aquí, Victoria.

—Haz lo que quieras, pero yo no iré contigo.

—Aquí estás malgastando tu vida —le sujetó las manos suplicante—. Esta tierra perdida no es para nosotras.

—¡Para mí sí! —le dijo con su voz afilada—. Yo no me iré. Ya te he obedecido y no...

—No quiero que volvamos a hablar de aquello, Victoria.

—¡Como si a los muertos se los pudiese olvidar con facilidad! —Sonrió sarcástica.

—Basta.

—No me iré y dudo que Daniel lo haga.

—¡Lo que haga tu hermanastro me da igual! —se enardeció—. Yo solo quiero irme contigo, solo contigo, y casarte. ¡Como es debido!

Victoria volvió a reírse, pero esta vez con una carcajada cínica. Su expresión perversa hizo retroceder a Catherine. Durante los años en Tierra del Fuego había comprendido que su hija tenía la astucia de los zorros colorados, lo mismo dispuestos a conformarse con huevos y con aves que con las ovejas y los corderos que encontraban al bajar de los bosques.

—No te reconozco. Este lugar te ha trastornado.

Victoria se dio media vuelta y atravesó furiosa el pasillo de la casa para escapar por la cocina. Cerró de un portazo y sus pasos la condujeron hasta la parte trasera del establo. Desde allí estaba oculta la visión de la casa y de la bahía, escondida detrás de la espesura de los árboles. Se arrodilló sobre el herbaje, bajo la sombra de un coihue que se erguía como un mástil, y apoyó los puños en tierra, sobre las florecillas rojas que se desprendían de sus ramas. Hasta que los chasquidos de unas pisadas rápidas la obligaron a volverse. Era su sobrino.

—¿Qué haces aquí? —casi le escupió—. ¿Te he dicho mil veces que no me sigas?

—Estaba jugando —contestó Adam, cohibido.

—¡Pues juega donde yo no pueda verte!

—Yo, yo... Yo no quería —balbuceó retrocediendo unos pasitos hasta caer al suelo.

—¡No sé por qué tu padre no te lleva con él! —le gritó poniéndose en pie—. Eres como tu madre, un fisgón, un maldito fisgón.

Victoria llegó hasta él y le soltó un bofetón. El llanto brotó contenido y el pequeño comenzó a arrastrarse hacia atrás.

—Tu madre también tenía la lágrima fácil —le dijo su tía con una mueca de satisfacción—. ¡Vaya si la tenía!

—Yo no quería —insistió entre hipidos e intentando alejarse de ella.

Pero Victoria continuó amenazándolo hasta que tropezó y cayó.

—¡Deja a Adam en paz! —le gritó Catherine avanzando hacia ella—. ¿Acaso te has vuelto loca?

—Vete —le contestó a su madre. Su expresión era violenta y dolorida, como si hubiese sido traspasada por uno de aquellos arpones de hueso con los que cazaban los yaganes.

—Y tú —le dijo Catherine a su nieto—, ¿qué haces aquí? Levántate de una vez, entrometido.

Adam estaba paralizado, aún en el suelo.

—Corre con ella, maldita sea —le gritó su abuela levantándolo de un tirón de orejas—. Vete con Sophie.

El niño se levantó y echó a correr como si lo persiguiese un demonio.

—Acabarás volviéndote loca, Victoria.

—¿Qué sabrás tú?

—Deberías olvidarlo. Ya es hora de que lo olvides.

Los ojos de Victoria lagrimearon y se hundieron en la hierba, sobre la pequeña cruz de lenga que talló Ílan y que ella colocó junto al montículo. Pensó que su cuerpo ya sería solo huesos, apenas nada, como si no hubiese existido.

—¿Cómo quieres que lo olvide? —le dijo a su madre—. Nunca podré hacerlo. ¿Es que no lo entiendes?

—Tenemos que volver a Inglaterra, Victoria. Acabarás volviéndote loca. Es por tu bien.

Pero ella ya no podía soportar más esa cantinela. Solo miraba la tierra, recordaba y sentía que nunca debería haberlo hecho.

—Fue por tu culpa —le gritó llorando—. ¡Tu culpa!

El mes de noviembre de 1895 se agotó. El telón de la noche bajaba cada vez con más lentitud. Cuando no llovía y el aliento del sol alcanzaba su cénit, Sophie sentía arder su rostro y se ajustaba el sombrero en sus paseos vespertinos. El sur de Tierra del Fuego se incendiaba de colores insospechados en aquellas latitudes, desde las cimas hasta las orillas, y al atardecer, las colinas se reflejaban sobre el distorsionado espejo del mar con un dédalo dorado tiñendo el ancho canal. Entonces era difícil no admirar la belleza de Bahía Viento y el embeleso de aquella inmensidad que se tornaba desolada y salvaje hacia el oeste, donde nacían los glaciares tras las cimas nevadas.

Durante esos días el viento limpiaba la tierra y barría su soledad. Sophie admiraba cada vez más aquel paisaje exótico que descubrió junto a Lakuta. En varias ocasiones la yagana la condujo hacia el norte, atravesando la espesura del bosque junto a su hijo Ítar, la pequeña Síma y un Adam risueño y feliz. Desde el mediodía, iban en busca de fresas silvestres, las cuales tenían un aspecto muy similar a las frambuesas que ella conocía. Entonces los espíritus del bosque parecían no existir y los niños avanzaban atentos, solo cuidadosos de no pisar los racimos color grana que nacían entre los musgos, casi inadvertidos, pero con sus florecillas orientadas hacia el sol. El ojal que asomaba de su tallo se doblaba con el peso de las fresas y los niños las arrancaban para llevárselas a la boca con deleite. Sus rostros se pintaban graciosamente de escarlata y Sophie arrancaba las bayas de los árboles hasta extasiarse con el aroma de aquellas flores amarillas, como rosas en miniatura.

Fueron días inolvidables que acabaron en la cocina, con los canastos llenos y los pequeños saboreando aquellos manjares con azúcar y crema. Sophie ayudaba a Lakuta preparando los vinos y mermeladas que durarían todo el invierno, u horneando budines. Y otras veces iban hacia los arroyos que caían desde las laderas, donde Adam y Síma se inclinaban sobre el agua transparente para intentar capturar a los pececillos con sus manos, mientras Ítar y Lakuta extendían redes de arpillera que después vaciaban en los canastos. Los niños volvían a casa con su botín de peces, huevos y escarabajos, y Sophie los obligaba a bañarse en una artesa de madera que llenaban en la cocina.

Sin embargo, esa felicidad parecía efímera cuando Thomas rondaba sus pensamientos. Todavía le costaba comprender de dónde había arrancado el valor

para abandonar a su hermanito en el puerto londinense y rogaba a diario para que el reverendo Buchanan cumpliera su palabra y pronto pudiese volver a reunirse con él, y con cada chalupa que llegaba de Ushuaia, su corazón se estremecía. ¡Cómo habría cambiado su vida con una carta suya! No habría necesitado mucho más para aceptar definitivamente aquel mundo extraño. Pero el verano estaba en ciernes e Inglaterra era un silencioso recuerdo que mitigaba escribiéndole cada semana.

—Tranquilízate —le dijo Eduardo—. Ya verás cómo pronto lo tienes aquí. Ese reverendo no te traicionará.

—Lo sé.

—¿Y por qué te castigas?

—Me da miedo el viaje. Yo ya sé lo duro que es.

—Todo irá bien.

Solo el rugido del viento y el balido de algunas ovejas alteraban el silencio sobre la bahía.

—Me gustaría ir contigo —dijo Sophie.

—¿A dónde?

—A Ushuaia, el próximo domingo. Quiero hablar con el abuelo del niño. A Adam le gustará verlo.

—A Catherine quizás no le guste que vengas conmigo. Será mejor que se lo digas.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que por qué no espero a que vuelva Daniel de Yendegaia. Pero yo le he recordado que él ya lleva dos semanas fuera y nadie puede prever cuándo regresará. Así que le he advertido que iría de todos modos, con quien nos llevase al niño y a mí.

—¿Y le pareció bien?

—No puede parecerle ni bien ni mal. Simplemente quiero ir y ella puede acompañarme si quiere. Yo no soy como Victoria ni como ella. Yo necesito salir de esta estancia.

El español sonrió y, con un pequeño lápiz, escribió sobre la libretita una palabra. Luego se la pasó y Sophie la repitió en voz alta.

—¿Qué significa? —preguntó ella.

—Que eres fuerte, muy fuerte. Más de lo que había creído la primera vez que te vi. Ya te lo he dicho.

Ella también sonrió.

—¿Acaso Dorothy no lo era?

—Dorothy era una mujer triste.

—¿Por qué?

Tras su pregunta, Sophie sintió el vigor de sus ojos oscuros y volvió a observar el horizonte.

—¿Acaso necesitas que te lo explique? —le preguntó él.

—Daniel la quería.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Catherine.

Eduardo dejó que el viento lo inundase todo durante unos segundos.

—Daniel tiene una manera muy especial de querer. Tú lo sabes.

—No quiero hablar de eso.

—Fuiste tú quien lo mencionó.

—Yo solo quiero saber de Dorothy. Nadie quiere hablarme de ella. Ni siquiera Lakuta, que parece temblar al hablar de los muertos. Dice que a su pueblo no le gusta mentar a los que se han ido.

—¿Y Catherine o Victoria? ¿Ellas tampoco te han explicado qué le sucedió?

—¡Victoria! —exclamó Sophie—. Victoria apenas me habla y, cuando se digna, sería mejor que no lo hiciera. Mi cuñada me odia y Catherine creo que solo me soporta. Recuerdo que, cuando le pregunté, me dijo que fue un accidente, un desgraciado accidente, y que tampoco querían recordarlo.

—¡No sé cuánto más podré soportarlas! —exclamó el capataz—. Con ellas debes andarte con mucho cuidado.

Sophie no quiso decirle que ya había recibido ese mismo consejo de Lakuta.

—Fue una madrugada de invierno —continuó Eduardo—. Una de las vacas estaba a punto de parir y, al parecer, aquella noche Dorothy fue al cobertizo donde estaba apartada. Imagino que se quedaría dormida y que el animal tumbaría la lámpara de keroseno que ella dejó en el suelo. No lo sé. Nadie lo sabrá nunca. Lo cierto es que se vio rodeada por el fuego, y cuando acudimos, el cobertizo era una tea.

—¡Qué muerte más terrible!

—Sí lo fue. Ílan sacó su cuerpo. Yo no pude ni mirarlo.

—Pero ¿estás seguro de que era ella?

—¡Por supuesto que era ella! ¿A qué viene esa tontería?

—¿Dónde la enterrasteis?

—En la misión, como quiso su padre.

—¿Y Adam?

—Era demasiado pequeño. No asistió al funeral. Se quedó con Lakuta.

—Pero ¿él sabe algo de cómo murió?

—Yo jamás se lo he dicho y él nunca me lo ha preguntado. Imagino que no lo sabrá.

—O quizás sí.

—¿Por qué lo dices?

—Por las pesadillas que tiene. ¿Te ha hablado alguna vez de ellas?

—Son cosas de niños, Sophie. No debes enredarte con fantasmas que no existen.

—Daniel piensa lo mismo. Todos pensáis lo mismo. Sin embargo, Adam sufre demasiado.

El domingo de la visita a Ushuaia, Sophie quiso visitar la misión por muchos motivos, pero especialmente por conocer al reverendo Whaits, el padre de Dorothy. En el funeral de Charles Summer lo había visto sentado en el último banco del templo, pero después de su inusitado enlace ya apenas habló con nadie y aquel hombre se perdió por la avenida de huertos y cabañas.

—Aprovecharemos para rezar una oración por tu madre —le dijo Sophie al niño.

Eduardo había querido hacer el viaje en chinchorro, pero ella insistió en ir a caballo. Las aguas podían ser tan serenas como turbulentas y el azul del mar tornarse gris y espeso a la misma velocidad que el temor nacido en ella en el canal de Beagle. Sophie sujetaba las riendas con firmeza, con Adam encajonado entre su cuerpo y la cabeza del animal, y seguía el rastro del capataz que trotaba flanqueado por su perro.

—Nos acompañará tu abuelo —insistió ante su silencio—. ¿Qué te parece?

—Mi padre no quiere que hable de ella.

—Será nuestro secreto —le dijo abrazando su cuerpecillo con su mano izquierda—. No se lo diremos, ¿de acuerdo?

Sophie estaba convencida de que Adam veía a Dorothy tan real como a ella misma.

—Estoy seguro de que vela por ti desde el cielo, Adam. Como la mía.

El sonido de los trotes por el sendero solitario repicaba en el bosque. Sophie lo sintió frágil, muy frágil, y pudo intuir la tibieza de sus lágrimas surcando su carita.

—Ojalá tú fueses mi madre, Sophie.

—Yo siempre estaré a tu lado, Adam. Pero nunca seré tu madre.

El trote del caballo de Eduardo resonó lento y acabó junto al de ella.

—Nunca me abandonarás, ¿verdad?

Sophie se volvió hacia el capataz. Ya no era como aquel día en que lo vio por primera vez. De su rostro endurecido nacían los mismos ojos negros, pero ahora suaves y compasivos.

—No lo haré, Adam. Te lo prometo.

Un poco más adelante, los rectángulos de los huertos comenzaron a trazarse sobre la pequeña península de la misión. El cielo estaba plomizo y en cualquier momento descargaría la lluvia.

—Ojalá hubieses venido para casarte con él —le dijo Adam.

Sophie se sonrojó y no tuvo tiempo de reaccionar cuando su hijastro insistió con su vocecita:

—Eduardo te quiere más que mi padre.

Ella se tambaleó en la montura y se quedó observando al capataz, que apretaba a su alazán y lo obligaba a galopar en busca de la senda de la misión.

Llegaron a la misión a tiempo para la celebración dominical, pero Eduardo siguió trotando hacia el poblado. Sophie encontró el templo colmado de indígenas entonando a Mendelssohn bajo el sostenido suspiro del armonio. Esas voces hinchieron su alma como si el pecho se le llenara de nubes blancas, y al acabar el servicio, se acercó a felicitar al reverendo Lawrence, con quien habló muy poco tiempo, pero el suficiente para saber que nada podía decirle sobre la próxima llegada del clérigo enviado por la Sociedad Misionera Patagónica, con quien supuestamente viajaría su hermano Thomas. Luego, tal y como había previsto, dejó que el niño siguiera a su abuelo hasta la carpintería, donde Adam se entretuvo con un puñado de tachones y un martillo.

—¿Cuánto hace que está aquí, señor Whaits?

—A mí me parece que fue ayer —le dijo bebiéndose una taza de café—. Pero en realidad fue hace mucho tiempo. Más del que nunca hubiese imaginado.

— ¿Y por qué aquí?

—Es una larga historia. Las cosas no fueron como parecen ahora. Nada de esto hubiese sido posible sin el valor de Allen Gardiner.

—¿La goleta?

—Sí, muchacha. El que dio nombre a la famosa goleta. Pero, antes, Ushuaia fue el sueño de un hombre.

El reverendo Robert Whaits le contó a Sophie el comienzo de todo, y no exactamente desde hacía siglos, sino de solo apenas cuarenta años atrás, cuando Allen Gardiner se adentró en aquellas oscuras aguas del fin del mundo. Bien era verdad que el comandante Robert Fitz Roy y el naturista Charles Darwin habían sondeado la región en el año 1831 y que ese vicealmirante de la Marina británica incluso trasladó a Inglaterra a cuatro indígenas a bordo de la nave Beagle. Sin embargo, el padre de Dorothy le explicó a Sophie que ellos fueron los primeros en establecerse allí, los de la Sociedad Misionera Patagónica. A ella le asombraba el valor que los empujó a adentrarse en aquellas tierras inhóspitas, desconocidas y teñidas de leyendas terribles al sur del estrecho de Magallanes. Al fin y al cabo, la Prefectura argentina, los buscadores de oro y los primeros

colonos, como Charles Summer, llegaron al abrigo de un asentamiento desentrañado por los misioneros. Pero ellos no. Los anglicanos descendieron a Tierra del Fuego ungidos por un Dios invencible, dispuesto a doblegar un mundo frío, ventoso y deshabitado, donde terminaba la Tierra y comenzaba su desafío.

Allen Gardiner había sido el primero de aquellos iluminados que decidieron zambullirse en el sur. Él fue el promotor de la Sociedad Misionera Patagónica tras la muerte de su esposa. Gardiner sirvió en la Real Armada británica e intentó convertir primero a los indios onas al norte de la isla y, después de aquel fracaso, a los quechuas y a los aimaras, entre Bolivia y Perú, hasta acabar vendiendo biblias en inglés en el norte argentino. El reverendo Robert Whaits estaba convencido de que cuando Gardiner llegó al canal de Beagle enviado por los anglicanos instalados en Malvinas, ya poco le importaba vivir o morir, sino alcanzar una salvación que parecía escurrírsele entre los dedos. Ese fue el intento de la primera misión en Tierra del Fuego.

Aquel misionero perseverante llegó acompañado por otro colega, un médico y cuatro ayudantes. Un barco los dejó en la isla Picton, al este del canal de Beagle, con provisiones para seis meses, un par de botes, armas y municiones. Sin embargo, nada fue como habían esperado. Aquella tierra salvaje los albergó con hambre y desdén porque, mientras intentaban crear algún vínculo con los indígenas, los yaganes los despojaron de gran parte de sus víveres, sin importarles que aquellos hombres blancos fuesen todavía incapaces de cazar o pescar. Tuvieron que trasladarse hacia una zona menos ventosa, pero demasiado remota para ser encontrados. Allen Gardiner atravesó el peligroso canal en dos barquichuelos y se cobijó con sus hombres en Bahía Aguirre, casi en el extremo este de Tierra del Fuego, donde pudieran pedir socorro a algún navío. Varios meses después, solo encontraron de ellos una carta y sus cadáveres. Habían muerto de hambre.

Pero la Sociedad Misionera Patagónica no se rindió. Tres años después, en 1854, zarpó una goleta de cien toneladas hacia el sur de Argentina: primero para fundar una misión en las Malvinas, en la isla Vigía, y luego para continuar con las incursiones por el canal de Beagle. La expedición del Allen Gardiner, como bautizaron a la embarcación, inspeccionó con insistencia aquellas turbulentas aguas sembradas de islas boscosas, estableció contactos pacíficos con los yaganes y comenzó a trazar un mapa de su lengua. Los indígenas parecían confiar en aquellos invasores y un puñado fue conducido para ser civilizado en Malvinas. Allí no solo fueron catequizados, sino que también aprendieron a

hablar inglés y a sobrevivir plantando patatas, cortando turba para combustible o recogiendo huevos de pingüino. Y aquello fue un gran progreso. Al menos hasta 1859, cuando el destino volvería a torcerse, porque al oeste de la gran isla Navarino, en Bahía Wualaia, la confiada tripulación del Allen Gardiner sería atacada y asesinada en tierra, a excepción de un cocinero que se escondió en la goleta.

—Cualquiera hubiese desistido —le dijo Robert Whaits a Sophie—. Cualquiera, pero nosotros no. Sabíamos que ellos también eran hijos de Dios y que todo era fruto del miedo a lo desconocido.

Sophie se asomó por la ventana de la carpintería para dejar volar su imaginación por el canal que brillaba como la plata. Desde allí no podía ver la casa del reverendo Lawrence, aquella que había sido el origen de todo, y pensó que solo una abnegada fe pudo subyugar el miedo de aquellos hombres. Una fe como la del reverendo Waite Hockin Stirling, quien en 1869 abandonó la desolada tranquilidad de las Malvinas para establecerse en la primera misión de los confines del mundo. Bien era verdad que durante los últimos años se había pergeñado la confianza de los yaganes, ya acostumbrados a la benevolencia de sus visitantes, pero también era cierto que cuando fundaron la casa Stirling, la primera vivienda europea en aquellas latitudes, nada podía asegurarles un destino diferente al de sus predecesores.

—¿Por qué eligieron este lugar? —le preguntó Sophie.

—Los indígenas llamaban a esta zona Bahía Profunda. Eso es lo que significa Ushuaia. No solo está protegida de los pavorosos vientos del sudoeste, sino que es apta para la agricultura y con fácil acceso a la salida del canal de Beagle. Además, no debes olvidar que estamos en el centro de la tierra de los yaganes, el único motivo por el que llegamos hasta aquí.

Sophie observó su expresión serena, pero preñada de aflicción.

—Dios nos lo da todo... —añadió con una sonrisa—. Y a veces nos somete a pruebas.

—¿Y cuándo llegó usted?

—Cuatro años después de que esto ya estuviera en marcha, cuando el reverendo Bridges y el reverendo Lawrence ya habían comenzado a organizarlo todo.

Robert Whaits le contó que el reverendo Stirling solo estuvo seis meses en Ushuaia y que luego fueron Thomas Bridges y John Lawrence quienes desarrollaron aquella pequeña colonia, ampliando la casa, construyendo una pequeña iglesia, la escuela, un asilo para huérfanos y los ranchos para las familias indígenas que se habían unido a ellos. Los yaganes aprendían inglés a una velocidad pasmosa. Su capacidad era mimética. Copiaban el idioma como se copian los gestos y aprendían con rapidez todas aquellas actitudes necesarias para la vida que llevaban ellos. Una inmensa mayoría continuó resistiéndose a los invasores y seguía atravesando el canal en canoas, cargados con los niños y los perros, armados con sus arpones de hueso y bebiendo en sus caracolas de mar. Aquellos indígenas encendían grandes fuegos en la noche para anestesiar el frío sentados todos alrededor y podían permanecer desnudos bajo la lluvia helada o sumergirse en el gélido mar. De poco servía invitarlos a asentarse entre huertos cuando ellos vivían cazando, mariscando o descubriendo nidos de cormoranes en los acantilados. Tenían una vista asombrosa y, armados con hondas, eran capaces de permanecer inmóviles hasta que la circunstancia les fuese favorable. Entonces su puntería era tan certera como su instinto para distinguir cuáles eran los pingüinos malos para comer o dónde podían encontrar agua dulce.

Para Thomas Bridges y John Lawrence no fue fácil atraerlos, pero la misión fue creciendo y la colonia se fue ordenando con aquellas hileras de viviendas y huertos que Sophie podía ver entonces: unas con techos de ripia, otras de zinc y hasta con ventanas acristaladas. Aquella raza fuerte aprendía con rapidez, aunque necesitaban vigilancia, porque no bastaba con decirles cómo debían realizar las tareas, sino que había que enseñarles hasta el menor detalle y hacérselo repetir una y otra vez. Al principio trabajaban a cambio de ropa, cuchillos, sartenes, galletas, azúcar o porotos, pero con los años aprendieron a llevar sus parcelas y sus animales, como si hubiesen perdido sus raíces.

Echando la mirada atrás, Robert Whaits se asombraba del gran trabajo que hicieron solo predicando la palabra de Dios. Aquellos indígenas, permaneciesen o no en la misión, comenzaron a respetarlos e, incluso cuando fueron cayendo como insectos por las fiebres que habían importado los nuevos pobladores, jamás dudaron de la buena voluntad de los misioneros. Sophie casi podía imaginarlos madrugar para apretarse en la iglesia leyendo la Biblia, hasta que la campana los llamaba al desayuno previo a sus trabajos. Unos con las ovejas, otros con las vacas y algunos con las huertas o los cercados. Mientras tanto, a los niños les instruían en la escuela, además de aprender costura, cocina y otros

menesteres domésticos. Luego, con los años, los hijos de los misioneros también se unieron a los indígenas como alumnos de Clara, la esposa de John Lawrence, igual que hizo su hija Dorothy. Los niños ingleses fueron aumentando con los seis de los Bridges, los cuatro de los Lawrence y la hija de Robert Whaits. Entonces la misión ya no fue un rincón tan inhóspito y, mucho menos, cuando llegó la Prefectura por primera vez.

—Cuando llegaron los argentinos, llevábamos catorce años trabajando con los yaganes —le resumió Robert Whaits—. Habíamos hecho posible el sueño imposible de Allen Gardiner.

—Pero ¿acaso no les molestó que viniesen a arrebatarnos lo que les había costado tanto esfuerzo?

—De ninguna manera —El reverendo acarició su barba encanecida—. Aquellos hombres venían a facilitarnos el contacto con el mundo, y así fue. Además, no te engañes. No creas que para nosotros no hubo dificultades durante aquellos años. El mal es inherente a la condición humana y algunos indígenas daban muchos problemas. No exactamente a nosotros, sino a la colonia en general. Ya me entiendes: reyertas, hurtos y hasta a veces asesinatos. Nos vino muy bien la figura de una autoridad.

En septiembre de 1884 una pequeña flotilla escoltada por una cañonera fondeó en la bahía. El Gobierno presidido por Julio Argentino Roca había comprendido algo que los ingleses hacía siglos habían asimilado: para apoderarse de un territorio no bastaba con ganarlo, sino también con poblarlo. La vasta Patagonia que Sophie había divisado solo como un horizonte desde el Galicia, era un territorio olvidado, pero que había que apuntalar antes de que los chilenos engullesen la región. Fue por eso que la División Expedicionaria del Atlántico Sur comandada por el coronel Augusto Lasserre decidió hacer patria siguiendo la estela de los anglicanos, que en ningún caso se convirtieron en sus enemigos, sino en bondadosos aliados que aceptaron la bandera celeste y blanca ondeando en la bahía, mientras los yaganes no llegaban a comprender que aquella incursión traería una pírrica civilización, pero también a patanes e indeseables, deseosos de riquezas, contaminados de infecciones que ellos desconocían y vicios que algunos no tardaron en saborear.

Al fin y al cabo, el proyecto del Gobierno argentino era poblar aquel territorio olvidado con malhechores, tal como habían hecho los chilenos al norte, en la

prisión de Punta Arenas. Por eso, además de Ushuaia, fijaron una Subprefectura en la isla de los Estados, donde establecerían un desolado presidio.

—¿Y por qué los argentinos no se instalaron junto a la misión?

—¿Acaso no ves lo grande que es todo esto? —le replicó él—. Ellos nos respetaron y prefirieron no mezclarse con nuestras costumbres. Pero también es cierto que optaron por estar más cerca del bosque y de los arroyos de agua cristalina, en el poblado. Allí edificaron la Subprefectura nada más llegar y, al año siguiente, en 1885, comenzaron a construir la Casa de la Gobernación.

Sophie la recordaba muy bien. Fue adonde la llevaron después del naufragio y donde vio a Ariza por primera vez. Como si hubiese podido divisarla por la ventana, oteó la bahía y se quedó observando a Adam, que había salido de la carpintería para corretear junto a unos niños indígenas, y pensó cuánto bien le haría al pequeño vivir en la misión junto a su abuelo.

—Me gustaría pedirle un favor, señor Whaits.

—Por supuesto.

—¿Podría llevarnos hasta su hija?

El reverendo abrió los ojos con atención, como si le hubiesen atizado.

—Creo que para Adam es importante —insistió Sophie.

—Desde luego.

—¿Alguna vez lo ha llevado?

—No.

—Pues creo que debiera hacerlo.

—No estoy tan seguro.

—Señor Whaits, su nieto me preocupa. Es solo un niño, y no es feliz.

—Sé perfectamente que el único que quería a mi nieto era Charles Summer, señorita.

—No. No es eso. Me preocupa qué tipo de relación mantuvo con su madre. A veces creo...

—Dorothy amaba a Adam —la interrumpió con serenidad—. Era lo que más amaba en el mundo.

Sophie bajó la cabeza, nerviosa, haciéndose cargo de la delicada situación.

—El niño la recuerda con temor, señor Whaits. Incluso dice que a veces la ve en sus sueños... Y que la teme.

—Le habrán llenado la cabeza de maldades. Adam adoraba a su madre.

—No lo dudo y por ello me gustaría que nos acercáramos hasta su tumba. Rezar los tres juntos y que usted la recuerde, creo que será bueno para él.

El reverendo Whaits asintió y Sophie llamó a Adam. Los condujo hasta el final de la misión, donde racimos de lápidas dormían lamidas por la soledad. Sorteó los montículos y se detuvo en una piedra áspera y oscura con el nombre de Dorothy Whaits grabado. Los tres guardaron silencio ante los musgos que alfombraban la tumba. Sophie observó de soslayo al niño y pudo intuir el terror que brillaba en sus ojos. Su cuerpecito estaba temblando.

—Aquí descansa su cuerpo —le dijo agarrándole de la mano—, pero su alma está en el cielo, Adam. Ella siempre cuidará de ti.

—Vámonos, Sophie —le suplicó el niño entre hipidos de llanto.

—Aquí no hay nada que temer, Adam —le dijo su abuelo—. Pero nos iremos si es lo que quieres. Es hora de comer, así que vamos a preparar un buen guiso, ¿de acuerdo?

Adam asintió secándose sus ojos húmedos.

—Ahora corre —lo animó—. Corre como el viento y espéranos en casa.

El niño comenzó a trotar entre los pastos que le llegaban por la cintura y se fue alejando en dirección a la cabaña.

—Puede que le hayan hablado de la forma en que murió —comentó el reverendo

Whaits volviéndose hacia Sophie—. Desde luego, eso atormentaría a cualquiera.

—No creo que nadie se lo haya contado.

—Mi Dorothy adoraba a ese niño. Nunca lo dudes.

—No se trata de eso.

—Es normal que tenga pesadillas. Allí está muy solo. Aquí no las tendría. Estoy convencido de que aquí sería feliz.

—Yo también lo creo. Con el buen tiempo vendremos todas las semanas, se lo prometo.

Robert Whaits continuó avanzando hacia la calle de tierra donde se situaba su casa. Solo abrió la boca para saludar a algunos yaganes que se cruzaban en su camino en dirección a sus cabañas.

—Reverendo, me gustaría que me hablara de su hija —le pidió Sophie por fin.

Casi estaban en la puerta de la casa, bordeando el pequeño huerto de su propiedad. El techo tenía el color del óxido, con un par de pináculos de madera en la cumbre. Las paredes, en cambio, lucían blancas, como si hubiesen sido recién pintadas.

—¿Qué quieres saber de ella?

—En realidad, tenía mucho interés en hablar con usted. Dorothy para mí es una desconocida y nadie quiere hablarme de ella. Es como si quisieran enterrarla otra vez.

—Mi hija era una buena mujer que se casó enamorada, pero... ¿Por qué tanto interés, muchacha?

—Es la madre de Adam, que ahora es mi hijastro... ¿Tan malo es que quiera saber de ella?

—Por supuesto que no. Pero tú ahora eres la esposa de Daniel. —Los ojos envejecidos de Robert Whaits escrutaban con cuidado los de la joven.

—Él tampoco me quiere. Creo que imagino cómo se pudo sentir Dorothy.

El abuelo metió las manos en los bolsillos del pantalón, hinchó los pulmones de aire y finalmente se sinceró:

—Pareces buena, Sophie, y le doy gracias al cielo de que hayas venido para cuidar a mi nieto. Se nota que él te quiere y eso para mí es lo más importante. Pero apenas nos conocemos. Te hablaré de mi hija, por supuesto, pero a los Summer los irás conociendo sola. Nada te diré de ellos, solo que Dorothy no era feliz junto a Daniel.

—Ni junto a Catherine, ni a su hermanastra, ¿verdad?

Él tragó saliva y se dirigió hacia la puerta de la casa.

—Será mejor que prepare la comida. No quiero decir nada de lo que me pueda arrepentir.

—Necesito saberlo, reverendo. —Lo detuvo poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Saber qué? —le preguntó.

—Todo. Ellos son muy extraños.

Entonces Robert Whaits sonrió con amargura.

—Creo que lo has descubierto demasiado tarde.

El lunes Sophie volvió a subir la colina, pero esa vez lo hizo sin el niño. El capataz estaba tumbado boca arriba observando los nubarrones y ni siquiera se movió cuando ella se sentó a su lado. El rebaño se extendía por el terreno. Eran manojos blancos sobre un tapiz verde. Desde allí volvió a divisar la casa, la bahía y la inmensidad del canal.

Los dos se mantuvieron en silencio. El viento barría sus vidas.

—¿Y el niño? —le preguntó Eduardo.

—Con Ítar y Síma.

—El día que me vaya lo echaré de menos.

Ella se sobresaltó y lo observó con las manos acunando su nuca.

—¿Cuándo te irás?

—No lo sé.

—Pero ¿por qué?

—No siempre hay un porqué para todo.

Él ladeó la cabeza. Cuando observaba a Sophie, el español confirmaba que Carmen Morales era un cadáver en su memoria. No había estado seguro de ello hasta entonces.

—Las cosas ya no son como antes y yo no puedo cambiarlas —agregó él.

—Lo sé —reconoció ella con tristeza—. Yo tampoco puedo cambiarlas.

El sol rasgó el cielo y él se incorporó para evitar que lo deslumbrara con su nitidez blanquecina.

—¿Y cuándo te irás?

—No estoy seguro. Quizás cuando pase el verano. Tú también deberías irte.

Intentó acomodar su cuerpo y su mano rozó la de Sophie al apoyarse sobre la hierba. Ella no la apartó y dejó que sus dedos reptasen hasta volver a encontrarse con los del capataz. Eduardo no estuvo seguro de lo que significaba aquello, pero un ramalazo de deseo cimbrió bajo su pecho.

—Mi vida es la que es, Eduardo. No como quisiese que fuera.

Lo miró de reojo y él sintió que la tierra vibraba debajo de los dos. Sophie sacó su libretita y comenzó a garabatear en ella.

—Desearía cambiarlo todo.

—El pasado nunca puede cambiarse —dijo él—. Y cuesta demasiado olvidarlo.

—Yo no quiero olvidar.

—Porque todavía no lo necesitas, pero yo sí que tuve que hacerlo.

—¿También me olvidarás a mí?

En su garganta se calentaron las palabras, pero él las sujetó como si domase a un caballo desbocado.

—No podría seguir viendo cómo te trata, Sophie.

La mano de ella acarició la suya sin rodeos. Amasó sus dedos como hacía con las manitas de Adam, y Eduardo bajó la cabeza.

—Ni yo tampoco.

Daniel Summer ya no sabía muy bien de lo que huía, pero apenas se daba tregua ni para pensarlo. Durante el día se castigaba rascando el saledizo de las rocas, soñando que entre los tamices brillaban pepitas de oro, mientras que por las noches se tumbaba tan ebrio que a veces hasta se olvidaba de dónde estaba. La bahía Yendegaia ya no era la quimera de su padre, sino la suya propia. Charles Summer fue quien halló los primeros rastros del metal en la costa oeste de la bahía y por ello aprovechó su viaje a Inglaterra para traer máquinas de lavado como las que Julio Popper utilizaba al norte. Cuando Daniel llenaba las bolsas de polvo de hierro después de enjuagar el ripio y la arena, no podía dejar de mentar su mala suerte. No solo había perdido a su padre, sino la posibilidad de fructificar su fortuna con rapidez. Apenas unas semanas atrás su esperanza se había encendido cuando los hombres arrancaron varias pepitas de oro de pocos gramos. Pero desde entonces, el sacrificio sin recompensa parecía augurarle un futuro demasiado incierto.

Solo durante algunos momentos de lucidez se planteaba la posibilidad de acabar con aquella vida y volver a la estancia. Llevaba revolviendo lodo y raspando las piedras durante casi un año y apenas había conseguido cubrir los gastos de sus hombres. Pero Daniel no estaba demasiado seguro de poder afrontar de nuevo su vida en la hacienda. Antes necesitaba olvidar, pero el recelo le impedía abandonar aquella búsqueda agotadora. Era por eso que no solo se inflamaba de alcohol, sino también de valor, fustigándose con el recuerdo de su padre, intentando emular su ahínco y repitiéndose que él no habría desistido, no lo habría hecho nunca. Daniel no era un hombre efusivo, pero había digerido solo y en silencio la muerte de su padre, sin que nadie imaginase su dolor.

A veces echaba la vista atrás e intentaba comprender cuándo había comenzado todo. Quizás fuese con la muerte de su madre, de la que él no tenía recuerdos, o bien con el matrimonio de Charles con Catherine, o cuando su padre claudicó ante ella para alejarlo a un hospicio. Mientras se criaba en Plymouth olvidado por su padre, entre huérfanos y desheredados, su familia se le iba desvaneciendo. De nada servía que Charles Summer quisiese compensar su ausencia con soldaditos de plomo y trenes en miniatura, porque nada acallaba aquella soledad que lo hacía titiritar bajo un uniforme gris y con el pelo cortado al ras. Y cuando Charles lo llevaba a su casa, cada vez más esporádicamente, Daniel sabía que Catherine lo despreciaba y que su padre intentaba no disgustarla. Era ella quien

alimentaba aquella lejanía para que se hiciese un hombre, para que aprendiese a mamar los rigores de la vida desde pequeño. ¡Y vaya si lo hizo! Sin apenas recuerdos de su madre, con un padre ausente y con una hermanastra que se convirtió en una desconocida. Charles Summer vivía ofuscado entre sus tierras, sin comprender que estaba forjando una desgracia y emponzoñando su vida.

El zarpazo de aquella locura había comenzado a infectarse poco tiempo después de que regresase a la granja de Devon, cuando ya era un jovencuelo, y tuvo la sensación de que aquella familia no era la suya y que lo que sentía ya no podía reprimirlo por más que lo hubiese intentado. Luego todo fue peor y, cuando Catherine y Victoria llegaron a Tierra del Fuego, aquel virus que había ido envenenándolo en Inglaterra, acabó consumiéndolo. Aquella infección parecía haberlo trastornado y no tuvo las fuerzas suficientes para rebelarse y luchar. Comenzó a beber y a entregarse a su instinto desbocado, como si se hubiese acostumbrado a desfogar su frustración cuando no podía soportarlo más, y su mente era un enjambre que durante las últimas semanas intentaba anestesiar en Yendegaia.

Pero ya hacía varios días que la realidad iba desvaneciéndole esa terca ceguera: su perseverancia en la bahía sería inútil. Hasta el gobernador Godoy había dado media vuelta y los había dejado en paz. Ya bastante trabajo le suponía mantener la vigilancia en un territorio tan amplio y siempre preñado de buscadores de oro y cazadores. El sur de Tierra del Fuego era un laberinto de canales, pasos, bahías y ensenadas por las que merodeaban goletas que explotaban la región para luego vender sus productos en Chile. El gobernador estaba harto de encontrar playas diezmadas de cadáveres de focas despellejadas y cazadas a golpes de estaca, o bullas entre tiroteos a causa del oro. Godoy poco podía hacer en Yendegaia. No solo era territorio chileno, sino que presumía que pocos problemas les iban a llegar desde allí, más todavía cuando los mismos hombres comenzaban a renegar de su mala suerte y de aquella actividad que cada día los hacía más pobres.

—Esto no da para más, patrón —le había dicho en los últimos días uno de sus hombres en castellano—. No vamos a pasar otro invierno acá. Se lo aseguro.

—Pronto tendremos un golpe de suerte, Jonás. Deben tener paciencia.

—Las pepitas que encontramos desde hace algunas semanas no son nada. Tiene que convencerse. Solo eran unas cuantas más de las pocas que fuimos encontrando durante estos meses. Nada suficiente para seguir insistiendo.

Aquellos hombres eran argentinos. La mayoría de ellos habían llegado a Ushuaia hacía más de dos años. Lo habían intentado en costas más australes, como en isla Grande, en Lennox o Navarino. Estaban hartos de aquellas playas pedregosas y acorraladas por la selva, donde el ripio que cubría el lecho de las rocas era tan resbaladizo que debían redoblarse para mantener las paredes de los pozos que iban cavando y que casi siempre eran estériles. Bien era verdad que, desde la llegada de la primavera, Yendegaia se embellecía. Pero ellos estaban allí para hacerse ricos.

—Además, debe andarse con cuidado, patrón. Ese yagán se la tiene jurada, y usted lo sabe. En cuanto tenga la oportunidad, volverá para matarlo.

—Esos salvajes le temen más a mi rifle que a su honor, Jonás.

—Siempre hay una oportunidad estando tan solos. Y ese hombre lo conoce muy bien.

Daniel subestimaba a Jem. Había trabajado en la hacienda y, durante la primavera anterior, el hermano de Lakuta aceptó ayudarlo en Yendegaia durante algunas semanas. Regresó a los bosques con los suyos, pero se había acostumbrado al azúcar, a los dulces y al ropaje de los ingleses. Fue por ello que volvió a talar árboles y a levantar aquellas cabañas en la bahía.

Jem vivía en una choza, se movía en canoa y cazaba como sus ancestros para sobrevivir. Pero Charles y Daniel pensaron que ya no era como los otros yaganes, aquellos que la misión no había logrado cambiar. Aquellos salvajes semidesnudos eran inestables para el trabajo y acabarían lanzándose a las aguas en cuanto se cansasen de aquella rutina. Por eso se llevaron a los argentinos, porque en los indígenas no se podía confiar. Pero Jem era distinto. A él lo conocía. Había disfrutado la vida de los blancos, aunque la odiara.

El conflicto se precipitó unos meses atrás. Fue durante otra noche de borrachera. Daniel Summer no estaba seguro de por qué salió de la cabaña aquella noche, borracho, solo recordaba que entre la penumbra se topó con la mujer de Jem. Era una hembra joven, de facciones agradables y pechos abundantes. Su instinto rugió en su estómago y su cabeza no razonó. Se lanzó encima de ella y la arrastró hasta su cabaña. Allí la sometió salvajemente, mientras la muchacha intentaba resistirse. Pero Daniel insistió hasta caer rendido.

Jem no lo supo hasta un par de días después. El yagán se había ido a ayudar a

cazar guanacos con otros hombres y, al regresar, comprendió su deshonra. Daniel Summer pensó que su bajeza se diluiría. Aquel yagán no dejaba de ser un salvaje y muchas veces también a ellos los había visto borrachos y yaciendo con diferentes mujeres. Daniel estuvo seguro de que el incidente sería olvidado, pero aquel día descubrió que los yaganes tenían dignidad y, si no hubiese sido por Jonás, Jem lo habría tumbado como a un guanaco con el tiro certero de una flecha. Pero el grito del argentino atravesó la bahía y Daniel se movió lo suficiente como para salvar la vida.

Jem desapareció del campamento y Daniel bajó a la playa armado con su winchester durante varios días. Él sabía que los yaganes se mantendrían al acecho durante algún tiempo, porque Jem había huido amenazándolo con su lanza, agitándola como la de un guerrero. Pero bien por el rifle, bien por cansancio, el hermano de Lakuta se perdió en el bosque.

Pasó aquel verano, pasó aquel invierno y durante aquella última primavera Daniel llegó a estar convencido de que no lo volvería a ver.

Pero no fue así.

Tan solo una semana atrás había vuelto. Su canoa surcó las revueltas aguas de la bahía con tres hombres más a bordo. Venían desnudos, con el rostro pintado con rayas negras y las lanzas apuntando hacia el cielo. Daniel y los trabajadores los controlaron expectantes y atemorizados. Jem se aproximó para lanzar algo sobre la orilla donde se detuvieron, a más de cien metros de ellos.

—Jem no olvida —le gritó en inglés y señalándolo con su lanza—. Nunca.

Su grito retumbó en la bahía como un trueno. Luego volvió a subir a la canoa y se alejaron en dirección a la otra ribera.

Daniel soltó las herramientas, caminó hasta donde había desembarcado Jem y lo vio: era un cuerpecillo pequeño, de piel blanca ensangrentada y con el pelo oscuro. Parecía un títere desmadejado, inerte como un juguete abandonado sobre las piedras. Abrió los ojos horrorizado y dio un par de pasos hacia atrás.

—Debe tener cuidado, patrón —le dijo Jonás a su espalda—. Ese salvaje es muy peligroso.

Echó una última mirada al niño y se encaminó hacia su cabaña en busca de una

botella.

Una semana después de su primera visita Sophie regresó a la misión. Le había prometido al reverendo Whaits que volvería con su nieto lo antes posible. Repitieron el mismo trayecto a través del bosque y, cuando llegaron a la cabaña, en esta ocasión Sophie prefirió dejar a Adam solo con su abuelo.

—Vendremos por la tarde a recogerlo, reverendo —le dijo ella—. Aprovecharé para ir al pueblo y cargar algunos víveres.

Adam se quedó feliz y Sophie siguió al capataz al trote, con el corazón encendido. Se adentraron en una senda boscosa y ella no le pidió ninguna explicación, ni siquiera al detenerse bajo la ombría y atar los animales a un ñire.

—Sígueme —le dijo tomándole la mano.

Ella sintió sus dedos ásperos y un imperceptible rubor entibió todo su cuerpo.

Bordearon un arroyo que se desovillaba sobre piedrecitas redondeadas, entre el oro de los musgos y el esmeralda de las yerbas acuáticas. Sus pasos esquivaron florecillas blancas, rojas y violetas, así como espinos de una fruta negra, redonda y agria. A medida que subían, la selva se hacía más espesa y algunas hayas parecían muertas en pie, como si tuviesen su interior corroído por la humedad. Los pajarillos taladraban troncos y pequeños loros verde claro gorjeaban con algarabía, y si Sophie hubiese podido reconocerlos, habría descubierto a su alrededor tordos, estorninos y algunos papamoscas de pico negro y copete escarlata. Se detuvieron en un claro lleno de sol y se sentaron sobre una mullida alfombra de musgo.

Él se había afeitado y su piel bruñida y morena brillaba como la de un niño. Sophie nunca lo había visto así y, en ese momento, supo que el abismo que se hundía en su pecho la atraía y lo alejaba de él a la vez. Ella llevaba el pelo suelto, con algunos mechones rubios desordenados en la frente y un sencillo vestido blanco adornado de encajes.

—Sabes que no me iré sin ti.

Sophie alargó una mano hasta alcanzar la de Eduardo nuevamente. La melodía del arroyuelo adormecía sus sentidos. Era como si no fuese necesario hablar,

como si todo hubiese sido dicho alguna vez, aunque no lo recordara.

—Nunca debiste venir —le dijo él—. Nunca debiste hacerlo.

Eduardo se le acercó lentamente, sin atreverse siquiera a rozarla, pero fue Sophie quien acabó ofreciendo sus labios torpes cerrando los ojos. Ella sintió la humedad de su boca en la suya, la fuerza de unos brazos rodeándola en una prisión, y el deseo acabó bulléndole por las entrañas.

—Te llevaré conmigo —le susurró acariciando sus cabellos.

La tormenta de la mañana había disipado las nubes y aquel claro parecía el centro del mundo.

—Sabes que no puedo —le dijo todavía cerca de su boca—. Sabes que no puedo hacerlo.

—Sí que puedes. Yo te ayudaré.

—¿Y a dónde iremos?

—Lejos de los Summer, donde podamos comenzar de nuevo, como si Ushuaia no hubiera existido.

Como un alfarero, recorrió su silueta con habilidad, como quien descubre una región nueva y se sorprende de la belleza de su horizonte. Luego besó su rostro, su cuello y se sumergió en sus labios con más sed.

—Te equivocas si crees que él cambiará. Aún estás a tiempo.

—¿Y Adam? ¿Qué será de ese pobre niño?

El grito de un pájaro vibró en el aire. Saltó por las ramas con su plumaje oscuro y ascendió hasta las copas de las hayas entre el zumbido de las abejas.

—Su abuelo se ocupará de él. Whaits lo quiere y a Daniel no le importará.

—Le prometí que no lo abandonaría. Me necesita —le dijo angustiada—. Y mi hermano... Mi hermano pronto estará aquí.

—Pues cuando llegue planearemos la partida.

Ella suspiró confusa.

—¡Debes pensar más en ti, Sophie!

—Adam me necesita, Eduardo. Y lo que es peor, teme a su madre.

—Son solo sueños. Los sueños de un niño. Pronto la olvidará, y a ti también.

La mirada de Sophie se ensombreció y el capataz acarició sus mejillas con ternura.

—Pronto me iré y quiero que tú vengas conmigo. Pero no puedo obligarte. Dorothy jamás fue feliz con ellos y tú tampoco lo serás.

—No puedo dejar al niño. Ni irme sin mi hermano.

—Buscaremos alguna solución que ahora no puedes ver. Incluso, quizás, hasta Adam pueda irse contigo.

—No puedo llevarme al niño —balbuceó—. Y lo sabes.

Pero esta vez él no le contestó.

Los golpes retumbaron en toda la cabaña e Ílan abrió la puerta con cautela.

—¿Qué es lo que pretende? —rugió nerviosa—. ¿Dónde está? ¡Que salga ahora mismo!

—¡Señorita Victoria! —le dijo el marido de Lakuta—. Tranquilícese, por favor.

Ya había oscurecido. La luz de una lámpara de keroseno iluminaba lánguidamente la estancia. Löm, Ítar y Síma permanecían sentados alrededor de una mesa, pero su madre ya se había puesto en pie. En los platos de madera había restos de los caparzones de las centollas y algo de róbalo.

—¿Qué es lo que quiere, señorita? —preguntó la yagana avanzando decidida hacia la puerta.

—¡Tú sabes muy bien lo que quiero! —le gritó furiosa Victoria Summer—. Conmigo no juegues como haces con el niño.

—Vamos fuera, señorita. No sé de qué está hablando.

Lakuta le impidió que diera un paso más y, sin darle opción a avanzar, la arrastró hacia fuera con suavidad.

—Será mejor que cierres la puerta —le dijo a Ílan—. Estaré bien.

La mirada precavida del yagán no le impidió obedecer y la puerta se cerró lentamente.

—¡Fuiste tú! —le dijo Victoria mostrándole un medallón que pendía de un collar.

El viento esparcía los cabellos oscuros de Lakuta como si fuesen finas ramas y extendió la mano abierta para que depositase el colgante en ella. Una luna liviana e intermitente le permitió reconocerlo: era de plata, con un ángel pintado en porcelana. Había pertenecido a la madre de Dorothy y su hija lo llevaba en vida. Tras su muerte, la yagana lo había guardado en el joyero de la madre del niño, junto a broches, anillos y una tiara y, como todas las demás pertenencias de

la fallecida, las había guardado en el arcón del dormitorio de Dorothy. A nadie le importaban sus cosas, por eso lo cerró con una llave que guardaba ella.

—¿Dónde lo encontré, señorita Victoria?

—Tú lo sabes perfectamente.

—Se equivoca —le dijo—. Es la primera vez que lo veo después de...

Y se detuvo. Era mejor no mentar aquel día, ni siquiera recordarlo. A los muertos había que dejarlos descansar en paz.

—¡A mí no podrás volverme loca! Te equivocas. ¡Conmigo no podrás!

—No sé de qué me habla, señorita.

—Sí que lo sabes, estúpida. —Y le dio un empujón que la obligó a dar un paso atrás.

—Está demasiado nerviosa. Será mejor que se tranquilice.

—¡Tú dejaste ese medallón extendido sobre mi cama! Lo sé.

—Yo nunca haría una cosa así, señorita. ¡Por mis hijos! —le dijo santiguándose tal como le habían enseñado los anglicanos.

El rostro de Victoria Summer se turbó de un miedo casi imperceptible.

—¡Tienes que haber sido tú! —insistió con menos convicción—. Eres la única que revuelve entre sus cosas.

—Los muertos van más allá de las estrellas, usted debería saberlo, donde habita el de allá arriba, Watauinewa, el creador de todo, tanto de lo bueno como de lo malo. Pero hay otros que permanecen, señorita, hay otros que no se van, por ello es mejor no nombrarlos y ahuyentarlos. Usted debería saberlo.

—No vas a asustarme. —Y dio unos pasos hacia atrás negando con la cabeza—. No me importan las fantasías de tu pueblo. ¡Ella está muerta!

—Así es, señorita. Así es. Y debe olvidarla.

La expresión ofuscada de Victoria era cada vez más rígida y, de pronto, se llevó la mano derecha a la boca.

—¡Se lo has dicho!

—¿Qué está diciendo, señorita?

—Se lo has contado todo a Sophie. ¡Tiene que haber sido ella!

—No sabe nada. Se lo juro. —Y volvió a santiguarse.

—¡Mientes! —rugió Victoria enloquecida.

—No miento. Debería bastarle con mi palabra.

—A mí no me basta. —Sus ojos centelleaban amenazantes—. ¡A mí no me basta! Deshazte de ese medallón. ¡No lo quiero volver a ver en mi vida!

Y se dio media vuelta y descendió por el camino que conducía a la casa. Lakuta la vio balancearse con odio, atrapada por el pasado.

La yagana volvió a recordar aquellas llamaradas iluminando la bahía mientras Dorothy se consumía entre alaridos desgarradores, aprisionada en aquella antorcha. Quizás debería haberse ido entonces, quizás tendría que haber escuchado a su hermano Jem. Él odiaba a los ingleses y siempre le había reprochado el olvido de su pueblo. Poco importaba que Ílan hubiese enseñado a sus hijos a tirar con arco y a navegar en canoa. Aquello para Jem era una estupidez. Para ser un verdadero yagán había que vivir como su pueblo, junto al fuego oscilante dentro de la choza, jugándose la vida en las frías aguas del canal o evitando despeñarse cazando cormoranes. Pero ella no quería eso. No. Para eso sus padres se habían acercado a la misión, para intentar una vida mejor, como también la había querido Jem, hasta que Victoria Summer lo rechazó y todo cambió. Así eran las cosas. Lakuta lo sabía muy bien, por más furioso que su hermano se pusiese.

—¿La ha visto?

La yagana se volvió y vio a Ílan acercándose hacia ella.

—No. Ella no cree en los muertos.

—¿Y el niño?

—Si Adam la ha vuelto a ver, ya no lo dice. Pero temo que algo va a suceder. Lo presiento.

—¿Y tú?

Lakuta miró a su marido con sus ojos alargados. Su expresión era triste y fría.

—¿Tú la has visto?

—Vamos dentro, Ílan.

—La has visto, ¿verdad?

La yagana intentó esquivarlo.

—Dímelo.

—Sí, la he visto. Todos notarán su presencia. Está llena de odio.

El sur de Tierra del Fuego se fue deslizándose hacia el verano de la misma forma en la que Sophie descubría la felicidad. Las jornadas eran largas y templadas. El sol comenzaba a entibiar la tierra desde las tres de la madrugada hasta morir tras la cordillera una hora antes de agotarse la jornada. Ella disfrutaba el latido de los colores, el de las aguas culebreando entre los bosques y el del viento incesante del oeste, a veces suspirando, a veces rugiendo, pero siempre limpiando con su aliento frío. Era inútil que le advirtieran que el invierno era muy diferente. El escenario de aquella región parecía iluminar ante sus ojos la belleza de un amor también inabarcable e inesperado. Su vida cambió. Ni las Summer parecían inquietarla. Sophie comenzó a resplandecer como el verano, y Catherine comprobaba expectante cómo agitaba su felicidad como el perro del capataz sacudía su cola.

Lakuta a duras penas contenía su recriminación. Sophie lo sabía, aunque ya no le importara. Por la noche, se levantaba sigilosa, salía por la puerta de la cocina y corría hacia la cabaña del capataz escabulléndose como un ladronzuelo por la oscuridad. Sus primeros encuentros habían sido en el bosque. Eduardo la guiaba a parajes apartados pero a ella no le gustaba que la amara donde los yaganes se movían entre las sombras.

La primera noche que se entregó al capataz no sintió ningún remordimiento. Se había acostumbrado a someterse a Daniel boca arriba, apretando su rabia entre los dientes. Pero con Eduardo era diferente. Se sentía libre, como los pinzones que sobrevolaban la hacienda, acurrucada bajo su cuerpo recio y dorado e imaginando su vida junto a él. Entonces la felicidad ronroneaba bajo su pecho y sufría porque el amanecer llegara tan pronto.

—Te sacaré de aquí. Te lo prometo —le susurraba al oído.

—No puedo dejar al niño. No ahora.

—Si quieres ser feliz, tendrás que hacerlo. Los Summer y el reverendo Whaits son su familia, y eso tú no puedes cambiarlo.

—Adam me quiere.

—¿Acaso piensas que podrías llevártelo?

—A Daniel no le importará.

—Claro que sí. No creas que no quiere a su hijo. Lo quiere a su manera y no permitirá que te lo lleves sin más.

—No lo sabrá.

—No te obstines, Sophie. Hablaremos con el reverendo Whaits y se ocupará de él. Estoy seguro. Los Lawrence lo ayudarán. Los Summer no quieren ningún problema con los anglicanos.

Eduardo acarició su cabeza y se sentó frente al fuego. Temía regresar a Madrid y embarcarse a Inglaterra no entraba en sus planes. En su mente chasqueaban las ideas, estaba convencido de poder construir una hacienda mucho más al norte, en la Patagonia, algo más cerca de Buenos Aires, donde sabía que se estaban instalando otros europeos.

—Cuando tu hermano llegue a la misión, organizaré nuestra partida.

—¿Hacia dónde?

—Donde nadie sepa quiénes somos.

—Quizás podríamos ir a España, allí tú...

—Allí no me quedan más que recuerdos y penas, Sophie.

Ella se revolvió entre sus brazos y buscó nuevamente su boca para besarlo.

—Quizás Dorothy alguna vez pensó lo mismo. Quizás alguna vez ella también deseó volver a la misión.

—Olvida a esa mujer. Por lo que más quieras. ¡Estás obsesionada con ella!

—Es cierto.

—Así no podrás ayudar al niño. Debes olvidarla. Fue un accidente. Un desgraciado accidente y ahora está muerta, sin más.

—No es así, Eduardo.

—Pero... pero ¿qué estás diciendo?

—Yo también he sentido su presencia.

El capataz aflojó sus brazos.

—¡No puedes decir esas cosas! Más bien, no deberías.

—¿Acaso no me crees? Hace unos días me desperté sin saber por qué. La noche estaba calma y ni siquiera podía percibir el viento golpeando los cristales. Sentí un frío repentino en mi rostro. Era como un aliento helado que lastimaba mi piel, y comprobé que la ventana estaba cerrada. No tenía miedo, pero mi corazón palpitaba acelerado y mis ojos fueron repasando la habitación con cuidado. Hasta que la vi.

—¿Qué estás diciendo?

—Fue solo un instante, pero la vi. Estaba tan cerca de mí que me costó encontrarla. Era ella. Me observaba muy cerca del cabezal, pero rápidamente desapareció.

—Tú no conoces a Dorothy. Nunca podrías haberla reconocido.

—No llegué a ver su rostro, y quizás tú jamás habrías llegado a verla. Pero yo supe que era ella, la que visitaba a Adam en la oscuridad.

—Estás obsesionada. Solo es eso. Hasta puedes verla en el fuego si te lo propones.

—No importa que lo creas o no. Algunas personas tienen una sensibilidad especial para asomarse a donde habitan los muertos.

Eduardo se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la cabaña.

—¡Por Dios! Solo se trata de sueños. ¡Solo es eso! No me gusta escucharte hablar así.

—Hay algo más de lo que tú imaginas tras la muerte de Dorothy.

—¡Basta, Sophie! —le gritó por primera vez.

La mirada de ella se cobijó entre los rescoldos de la chimenea.

—Pronto nos iremos —le dijo él—. Entonces tus fantasmas desaparecerán.

—No me iré sin saber la verdad.

—No hay ninguna verdad. La verdad es solo lo que ves. Triste y hermosa a la vez.

Con el paso de los años, Sophie recordaría aquellos días del verano de 1896 como uno de los periodos más felices de su vida. Las noches en la pequeña cabaña se detenían mientras se amaban en silencio, con las lámparas apagadas y el susurro del viento tras las ventanas. Era como si navegasen a la deriva, insignificantes, perdidos donde la civilización cesaba sus pasos.

Sus destinos eran tan frágiles como las canoas que los yaganes fabricaban con las cortezas de las hayas. Dependían de la voluntad con la que afinaba las cuerdas de su existencia. A Sophie solo le quedaba esperar a su hermano y frecuentaba Ushuaia impaciente. Tuvo que ir superando sus miedos y volvió a subirse a una chalana. A veces navegaba junto a Eduardo y Adam, otras junto a Lakuta y las Summer, y en días como los de la última Navidad, todos juntos para asistir a los oficios anglicanos.

Su corazón retumbaba nervioso cuando oteaba alguna embarcación fondeando en la bahía. Durante el estío, bergantines y goletas frecuentaban Ushuaia desde Punta Arenas o Puerto Stanley y un ajeteo de cazadores y aventureros pululaban por las calles del poblado en busca de aprovisionamiento en el almacén. Sophie sabía que la misión poseía el Allen Gardiner y que Thomas habría de llegar en aquel barco muy probablemente desde Malvinas. Al fin y al cabo, aquellas embarcaciones eran su cordón umbilical con el mundo, y en aquella espera pasaba los días: enseñando a leer a Adam, junto a Ítar y a Síma, y ayudando a Lakuta.

—No es bueno observar tanto los barcos, señorita —le dijo un día Lakuta después de embarcar en Ushuaia—. A veces el corazón viaja con ellos y puede hacerse daño.

Habían ido para abastecerse de azúcar, harina, papel y algunas conservas. Aquel puñado de casas pintadas de colores cada día le parecía menos triste. Sus calles apagadas dormían junto a un muelle donde se mecía un vapor que izaba los troncos flotando en una jangada desde la orilla. Sophie había aprovechado para saludar al gobernador y a su esposa y demostrarles sus progresos con el castellano. Mientras tanto, Adam permanecía con su abuelo en la misión.

—Espero a mi hermano y eso me hace feliz. ¿Qué tiene de malo?

—¿Y qué sucederá cuando él llegue?

—No habrá dicha más grande para mí, Lakuta.

—¿Y después?

—Después todo será distinto.

La yagana desplegó las velas de la chalana y comenzó a avanzar hacia la península de la misión. Era a finales de enero, antes de que todo comenzara a derrumbarse.

—Si se marcha, el niño se quedará solo, señorita —insistió en el amarre de los anglicanos—. Se lo dije antes de que todo esto empezara.

Sophie se envolvió en su abrigo de lana. El viento helado del sur balanceaba la chalana.

—No sé por qué me hablas de esa manera.

—No es bueno que él se vaya —continuó—, pero tampoco que se quede solo.

—Habla claro, mujer. ¡Por Dios! Alguna vez, habla claro.

—El niño la necesita. Se lo he dicho muchas veces.

—Yo no lo abandonaré.

—Entonces será peor, porque su abuelo sufriría como lo hubiese hecho ella. Él no debe alejarse de esta tierra. Es la de su madre.

—Es por ella, ¿verdad?

La yagana parpadeó y asintió, y un escalofrío recorrió el cuerpo de Sophie.

—Por ella también, señorita.

—¿Acaso tú también la ves?

—Eso no importa.

—A mí me importa. ¡Necesito saberlo!

Oyeron el rugido del viento y la tarde de verano ardiendo fría. Ushuaia parecía una pequeña mancha junto a la bahía, rodeada por el inmenso abrazo de las montañas reverdecidas.

—No es bueno hablar de los muertos y usted parece estar empeñada en ello. Los yaganes lo sabemos muy bien.

—Pero Dorothy no es una alucinación, ¿verdad?

La chalana se batía golpeando contra los guijarros de la orilla, pero ninguna de las dos se atrevía a moverse.

—Tenemos que recoger al niño —le dijo al fin la indígena.

—¿Qué sucedió para que no nos deje en paz, Lakuta? —le suplicó Sophie—. ¿Qué sucedió con ella?

—Déjelo. Se lo suplico, señorita.

—¡Has sido tú la que me ha hablado de ella!

—Yo solo le he dicho que el niño no debe irse.

—Pero ¿por qué?

—Por su abuelo. Adam también lo quiere.

—Si yo no estuviera, quizás podría trasladarse con él. Con él sería feliz...

—Adam la necesita, señorita. No sé cómo decírselo. De verdad que no lo sé.

Luego Lakuta descendió de la chalana y comenzó a alejarse hacia la colonia.

Aquel día navegaron de vuelta silenciosas. Adam también iba callado, como si presintiese algo. Aquella misma noche ningún miedo la maniató y volvió a la cabaña de Eduardo cuando solo el silbido del viento recorría la tierra. Fue la última vez que se amaron. Sophie recordaría cada detalle de ese encuentro, y tendría mucho tiempo para hacerlo. El velo del amor era engañoso. Entonces no podía sospechar que la felicidad era endeble, pero comenzó a intuirlo cerca del

amanecer. Eduardo la besó al salir y ella descendió la colina como si también fuese viento. Y en aquel momento la vio. Aquella vez la distinguió con claridad. Su figura oscura parecía una sombra pálida, inerte junto a la casa.

Pudo distinguir su perfil, su cuerpo ancho, su cabello recogido y su rostro amargado.

Era ella: la esposa de Charles Summer.

La caza de los guanacos debe ser sigilosa. El hombre se adentra en el bosque deslizándose como una sombra. Esos mamíferos con rostro de camello levantan las orejas tímidos y vigilantes y sus gritos parecen risas sarcásticas que retumban entre los árboles. Los yaganes los ven recorrer las montañas apiñados en manadas de cuellos largos, atentos a la presencia de unos seres que los persiguen desde que Watauinewa lo creó todo, aunque alguno de ellos se desorienta y acabe derrumbado por una flecha certera. Entonces ya todo es inútil y el guanaco se retuerce con su pelaje rojizo brillando bermellón, pataleando por sobrevivir. El animal todavía no acaba de comprender que está vencido.

Catherine Summer también se movía entre las sombras y, al guardar silencio sobre esa noche, no fue porque no la hubiese visto con suma claridad, sino simplemente porque estaba midiendo su disparo, afinándolo como los yaganes antes de derribar a su presa. Pero no habría de pasar mucho tiempo para que Sophie comprendiera el arcano entramado de las cosas, porque fue la enfermedad de Adam lo que acabó precipitándolo todo.

Esa mañana la fiebre no le permitió ni levantarse. Sophie lo había visto algo callado la víspera, y durante la madrugada el pequeño comenzó a temblar entre convulsiones, atacado por una tos espasmódica y seca. Sophie se sentó en la cama cerca de sus ojos azules inexpresivos y su carita de dolor. Lakuta había empapado su frente con paños húmedos y lo observaba preocupada.

—No me dejes, Sophie —susurró Adam.

—Voy a buscar ayuda, mi amor. Ahora vuelvo.

Fue a hablar con Catherine, decidida como nunca desde su llegada al sur.

—Adam no está bien y cada hora que pasa empeora. Creo que deberíamos ir a Ushuaia a buscar ayuda.

—¡No seas tan exagerada! —le dijo su suegra—. No vamos a correr por una fiebre, muchacha.

—No es solo fiebre. Ese niño necesita ayuda.

—Tú haz lo que te dé la gana, pero quiero a toda la gente trabajando. ¡Faltaba más! Incluida Lakuta, que lleva toda la mañana sin hacer nada.

—Le estoy diciendo que Adam no está bien —le repitió con autoridad.

Catherine echó un vistazo a la cama donde yacía el niño y lo vio respirar agitado y nervioso.

—¡Dios sabe lo que habrá comido! Déjate de tonterías.

Cuando se esfumó de la habitación, Sophie masticó su rabia en silencio. Sabía que en Ushuaia no había médico, tan solo un pequeño dispensario y un belga llamado Polidoro Saggars, que ni siquiera había acabado Medicina. Pero no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados.

Cuando Eduardo Ariza se enteró, llamó a Löm y le ensilló un caballo para que cabalara en busca de Saggars. Un vapor había anclado en las grises aguas de la bahía y estaban cargando los fardos de lana guardados en los cobertizos desde la esquila. Los depositaban en balsas y luego, ya cerca del barco, estibaban la carga en las bodegas. Aquella venta mantendría a flote a los Summer y todas las manos eran necesarias. Sin embargo, el capataz no dudó en prescindir del hijo mayor de Lakuta esa mañana, y cuando Sophie vio que Victoria presenciaba su partida al galope con una sonrisa torcida, supo que su madre pronto estaría al corriente.

—Veo que no te importa lo más mínimo lo que te digo —le dijo Catherine en el umbral de la habitación del niño—. Te estás acostumbrando a hacer lo que te da la gana. Pero eso va a cambiar. Te lo aseguro.

Sophie estaba sentada junto a Adam, que cada vez tosía más desesperadamente. Su carita era una grana sudorosa y una mueca de dolor lo desfiguraba tristemente. Al escuchar tan frías palabras en boca de su abuela, Sophie sintió un inmenso amor por aquel pequeño y le agarró una de las manitas con fuerza. Era evidente que con los paños fríos no mejoraba y que un importante mal se estaba arraigando en su interior.

—¿Me has escuchado, Sophie? —oyó que insistía a su espalda.

—Deberíamos llamar a Daniel.

—¡A Daniel! —Se rio sardónica—. ¿Acaso quieres que la hacienda se paralice y tu marido abandone su deber por unas fiebres? ¡No tienes bastante con retrasar la venta de la lana!

—¡Esto no es solo una fiebre, Catherine! Ya se lo he dicho.

—A mí no me importan tus suposiciones —afiló la voz—. No olvides que esta tierra es mía y aquí mando yo. ¿Lo has entendido?

Sophie calló y continuó acariciando a Adam.

—Ten cuidado, muchacha —le dijo con tono amenazante—. El que juega con fuego acaba quemándose.

Löm volvió por la tarde con la noticia de que Polidoro Saggars se había dirigido a la Prefectura Marítima de San Juan de Salvamento, en la isla de los Estados, un desolado promontorio al sudeste de Tierra del Fuego, sobre el Atlántico y a más de diez horas de navegación desde Ushuaia. Allí, el Gobierno argentino mantenía las cuadras de una prisión militar junto al último faro que existía en el mundo. Al parecer, el belga se había ido para atender a un gendarme enfermo.

—¿Y no hay nadie que pueda ayudarnos? —le gritó Sophie desesperada—. ¿Qué sucede aquí cuando alguien cae enfermo?

El hijo mayor de Lakuta le extendió un frasco. Sophie leyó «Miss Winslows» en la etiqueta y supo que se trataba de un jarabe muy conocido por los niños de Inglaterra que, entre otras sustancias, contenía sulfato de morfina, cloroformo y heroína.

—La esposa del doctor Saggars me ha dicho que esto lo calmará y que, si tenemos suerte, en un par de días él estará de vuelta.

Sophie miró el rostro afiebrado del niño. Estaba peor. Aquello no era un trance normal de temperatura. Lo sabía incluso Lakuta, que había comenzado a aplicarle la medicina heredada de sus ancestros y rodeó a Adam de piedras que calentaba constantemente, obligándolo a sudar y a ingerir agua fría. La yagana sabía preparar brebajes que administraban los hechiceros de su pueblo y en un armario de su cabaña guardaba hierbas de las que Sophie nunca había oído hablar: ciruelillo, canelo, cadillo, calafate, barba de palo, canchalagua, chaura, apio nativo, romaza, michay, ortiga, mata negra, huiro... Ella sabía cómo aliviar

el estómago, la vista, las heridas y las fiebres comunes, pero esos síntomas la desorientaban y prefirió esperar al médico administrándole líquidos y calor.

Sophie le acarició la mejilla y Adam entreabrió los ojos con una débil sonrisa.

—No me dejarás, ¿verdad?

—Nunca, mi amor —le dijo con un nudo en la garganta.

El hijo de Dorothy era un niño bueno, dulce como un amanecer en la bahía, y Sophie no podía comprender cómo no despertaba la piedad de su abuela y de su tía. ¿Qué culpa tenía él de sus odios?

—Te voy a dar una medicina que te aliviará.

La miró cansado, con sus ojos azules algo oscurecidos. Lakuta volvió de la cocina con una cuchara y Sophie vertió dos dosis en su boca.

—Muy bien —le sonrió—. Esto te ayudará.

—Me duele todo el cuerpo, Sophie.

—Pasará.

—Mi madre quiere llevarme con ella.

—No digas esas cosas, Adam. Te pondrás bien.

—Yo sé que ella me quiere... —le susurró—. Pero yo tengo miedo.

Sophie humedeció un paño y se lo colocó en la frente.

—Debes descansar y olvidarte de ella. Tu madre está en el cielo para cuidarte. Ya lo hemos hablado.

—Quiero que estés conmigo.

—No te dejaré. Estaré por aquí hasta que te duermas.

Cuando por fin lo hizo, Sophie se reunió en el salón con Catherine y Victoria y las puso al tanto del estado del niño. Su evidente preocupación consiguió apagar

el desdén de las Summer y, por primera vez, las encontró algo más receptivas.

—Deberíamos llamar a Daniel —volvió a proponerle a Catherine.

—Realmente es admirable tu preocupación por Adam, pero no olvides que no es tu hijo —le comentó casi indiferente—. Todos los niños enferman, todos los niños tienen fiebre.

—¡No es eso, Catherine! Es algo más.

—Tú no eres médico —le espetó Victoria—. Será mejor que esperes hasta mañana para alarmarte. Con el jarabe que le has dado probablemente mejore.

—Mi hija tiene razón. Si mañana está peor, avisaremos a Daniel. Te doy mi palabra.

Era inútil insistir. Pero Catherine constató que la preocupación de Sophie estaba fundada cuando acudió de nuevo al cuarto de su nieto. Pero Adam no era su nieto, como Daniel no había sido su hijo. La abuela mantuvo su frialdad y apenas permaneció unos minutos junto a su cama.

Sophie no se separó de él durante el resto del día y lo acompañó por su afección delirante, sufriendo como un pequeño guerrero. A cada tanto, ella le agarraba una manita y acariciaba su rostro acalorado y, con las horas, fue constatando que el calmante de Miss Winslows lo aplacaba, pero no lo mejoraba. Fue por eso que no dudó en ayudarlo a ingerir los brebajes que le preparaba la yagana y rezó para que al día siguiente ya estuviese de regreso Polidoro Saggars. Sentada en una mecedora junto a él, recordó a su madre languideciendo en la casa de los Borrow, y sintió las punzadas de la angustia evocando a su hermano enfermo en el puerto de Londres. Esa pena todavía le pesaba como una gran piedra oscilando de su cuello.

Pero ella siempre había sabido mantener la calma. Su madre le había dicho que llevaba una luz que otros no tenían. Y era verdad. Desde sus entrañas brotaba una profunda serenidad, como cuando la llevaba de niña a la catedral de Saint Paul y ella se sentaba en el último banco para pensar en Dios, como le había enseñado.

Entonces intentó hacer lo mismo. Oró en silencio por Adam e intentó que su inmenso amor inundase el espíritu del niño. Estuvo así más de una hora,

convencida de que serenaría su dolor, y cuando Eduardo entró en la habitación, la encontró con las manos juntas, implorante, con sus mechones rubios casi rozando el vientre del niño.

—¿Cómo está? —le dijo poniendo una mano sobre su hombro.

Ella se sobresaltó, como si el universo por el que merodeaba se hubiese pinchado de golpe.

—Mal —le susurró—. Será mejor que te vayas.

—¿No quieres que te acompañe?

Con los dedos, Sophie le rozó la mano en su hombro.

—Catherine me vio salir de tu cabaña.

—¿Estás segura?

—Será mejor que te vayas. Te lo ruego.

—Pronto todo cambiará. No te preocupes.

Eduardo la besó en la frente y salió de la habitación. Sophie permaneció con el niño hasta que comenzó a oscurecer y Lakuta le insistió para que fuese a cenar a la cocina. Las Summer se habían retirado a sus dormitorios y ella se sentó en un taburete con algo de pan y queso, mirando por la ventana el huerto en penumbras. Apenas tenía hambre y estuvo masticando ida durante un largo rato. Luego se preparó un té y echó algo de leña en la estufa. Hasta que los gritos de Adam la sobresaltaron.

Sophie se lanzó al pasillo y corrió hasta el cuarto del niño. Lakuta abrió la puerta y la tranquilizó.

—Solo ha sido un sueño, señorita. Vaya a descansar. Yo me quedaré.

—No, Lakuta. Lo haré yo.

—Mañana se quedará todo el día con él —insistió—. Intente descansar.

—No estoy tranquila. Prefiero quedarme esta noche. Tú ve con los tuyos. Yo lo

mantendré caliente, como me has enseñado.

—Como quiera —le dijo apartándose sin convencimiento—. Como quiera.

Sophie comprendió que no le gustaba la idea, pero entró en el cuarto, cerró la puerta y se sentó en la mecedora junto a la cama. No había ninguna lámpara encendida y Adam estiró la mano intentando tocarla.

—Ya estoy aquí, mi amor —le susurró y comprobó que tenía la cara cubierta de sudor y el cuerpo empapado.

—Ella está aquí —pronunció con dificultad.

Sophie paseó la mirada por la penumbra, sacó del bolsillo un pañuelo de algodón arrugado y comenzó a secar el rostro de Adam con movimientos lentos.

—Tienes mucha fiebre, amor mío.

Pero él negó con la cabeza. Estaba exhausto. Su respiración era pesada y en muchos momentos zarandeada por la tos.

—No tiene rostro, Sophie —se atrevió a decirle.

El aullido del viento hizo traquetear el marco de las ventanas. Acababa de iniciarse una tormenta y la lluvia arreciaba contra los cristales. Las gotas trepidaban furiosas sobre el techo de zinc y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Aquí no hay nadie más. Solo estamos tú y yo.

Entonces Adam señaló hacia la ventana. Su bracito se elevó tambaleante. Sophie se levantó inquieta. La ventana tenía el seguro echado y, sin poder racionalizarlo, sintió un gran alivio.

—Ella está aquí —repitió Adam desde la cama.

Sophie palpó su frente hirviendo. La fiebre era un yugo que estaba aplastándolo y comenzó a temer seriamente por su vida.

—Debes descansar.

—Ella está aquí.

Y entonces Sophie sintió que algo se estremecía en su interior y, como un aroma conocido irrumpe sorpresivamente en el olfato, intuyó su presencia invisible y se dio la vuelta despacio. No quiso encender la lámpara. Solo podía distinguir con claridad la ventana y el espejo del ropero a solo dos metros de ella. Todo estaba en quietud y apagado. Pero Sophie ya podía también sentirla retumbar dentro de ella.

—Es ella.

Adam ya no parecía saber lo que repetía, y Sophie avanzó hacia una de las esquinas de la habitación, como si ya pudiese entrever su aura blanca y su piel emborronada. Muy despacio, estiró los dedos como el que va a introducir la mano en una laguna negra, como si pudiese palpar lo intangible, y de pronto el mundo se detuvo y aquel cuarto se convirtió en una oscuridad absoluta.

Y no pudo recordar nada más.

Lakuta también la veía entre las sombras. Dorothy había sido su amiga desde mucho antes de que llegara a Bahía Viento. Cuando Robert Whaits desembarcó en la misión junto a su esposa, Dorothy apenas tenía seis años. La yagana lo recordaba muy bien porque ella tenía solo dos más. Habían crecido juntas y, no solo porque las dos estuvieran en la misión anglicana, sino porque a Lakuta le gustaba pasar las horas en la herrería junto al reverendo Whaits. Este no solo era un buen carpintero, sino que también se ocupaba de las chapas de las casas y, Lakuta, Jem, Dorothy, los hijos del reverendo Bridges y del reverendo Lawrence pasaban el tiempo hipnotizados con el martilleo y las chispas de la fragua. En aquel tiempo eran felices, muy felices. Lakuta no se sentía diferente a los ingleses, aunque hubiese nacido en el bosque. Sus padres habían escuchado la prédica del reverendo Thomas Bridges y habían construido una choza junto a la de otros yaganes en la explanada que el reverendo Stirling había elegido para fundar aquella misión. En 1869 aquel anglicano estuvo convencido de que los yaganes ya no los iban ni a matar ni a robar, ni a perseguir y los misioneros se granjearon una confianza que cimentaría Bridges, quien lo sustituyó al poco tiempo.

Durante el invierno los indígenas comenzaron a acercarse como las abejas a la miel. Los misioneros les repartieron pan, azúcar, café, alcohol, ropajes y luego les enseñaron a trabajar. A trabajar como ellos, rezándole al Dios de los ingleses y despertándoles una piedad que llevaban guardada en lo más profundo de su corazón. Fue durante aquellos años que sus padres construyeron su propia cabaña y su propio huerto y, al llegar Dorothy a Ushuaia, Lakuta ya era lo que nunca habían sido sus padres, ni sus abuelos ni sus antepasados, porque ella creció entre blancos, aunque para los británicos continuara siendo una indígena.

Pero Lakuta no era igual que ellos. Desde luego que no era inglesa, siempre supo que no vivía como lo habían hecho sus padres. Ella vivía en ese limbo de los desterrados del bosque que jamás pisarían el mundo civilizado. Gruesa, de piel parda y miembros pequeños, nunca se había amontonado alrededor del fuego en cuclillas, entre niños y perros acurrucados para darse calor bajo la lluvia y entre las ramas empapadas. Ella no había conocido aquello. Los de su pueblo subían a las canoas y el fuego iba con ellos en pequeños rescoldos mientras remaban sigilosos como sombras y el resplandor de las llamas parecía surgir del agua o de cadenas rojizas que advertían de la presencia de embarcaciones extrañas.

Ella nunca hubiese podido adaptarse a aquella vida tan dura de sus ancestros. Los yaganes eran los hombres más australes del mundo. Su centro estaba al sur de Tierra del Fuego, entre aquel archipiélago de islas que se desgranaban del continente. Vivían cabalgando en sus canoas, al contrario de los alacalufes, los indígenas que habitaban hacia el norte de la gran isla, mucho más que los onas, temidos por los yaganes y que se movían entre las montañas extendiéndose hasta el oeste y el sureste, donde los llamaban aush. Pero los yaganes eran diferentes a todos ellos, porque vivían bien cerca de las orillas y, aunque eran audaces escaladores, se sabían mejores marinos y temían adentrarse tierra adentro, entre cimas nevadas y valles pantanosos.

Su madre le había contado a Lakuta que no solo era por los onas, sino por las extrañas criaturas que habitaban en ella, seres monstruosos que Lakuta había aprendido a reconocer muy bien. A los yosi solo podía verlos cuando ellos se dejaban y siempre era mejor no estar sola. Era por ello que, cuando se adentraban para la caza de zorros, nutrias o guanacos, siempre se acompañaban de sus perros pequeños, pero fuertes y feroces. En las costas poco abruptas, cuando las canoas podían navegar cerca de ellas durante el invierno, lanzaban a los animales a las playas para intentar capturar algún guanaco que acababa atascado en la nieve. Entonces los perros no se tomaban el trabajo de matarlo y la hambrienta jauría lo devoraba vivo hasta que los yaganes les daban alcance. Y en la isla de Navarino, entre la selva espesa tapizando las laderas de las montañas, donde descendían hasta cerca de la costa intentando alejarse de la nieve para alimentarse, los indígenas también solían acorralarlos con sus animales persiguiéndolos hasta los acantilados, donde las presas acababan saltando al agua que burbujeaba de canoas desbordadas de arpones.

Sin embargo, los yaganes solían alimentarse de peces y moluscos, y por ello capturaban tan pocas pieles para cubrir su cuerpo. Las de foca eran escasas y, cuando las conseguían, cortaban su carne a tiras y los cazadores de pájaros las descendían por los despeñaderos para capturar a sus presas. Ese era el trabajo de los hombres, como el de juntar combustible, buscar agua, remar y pescar con arpones de hueso. Ellos también vigilaban el fuego, fabricaban y remendaban las canoas. Mientras, la vida de ellas no era menos áspera. Su labor no solo era cocinar y cargar a sus críos, sino estar en contacto con las heladas aguas del canal. Era extraño encontrar a un indígena que supiese nadar. Ellas eran adiestradas desde niñas para zambullirse y ayudar a los suyos, bien buscando perlas, bien acomodando las canoas. Cuando la tribu se cobijaba a varios kilómetros de una playa donde se pudieran guardar las embarcaciones, las

yaganas las descargaban y remaban algunas brazas mar adentro entre las espesas algas que acababan formando improvisados rompeolas. Entonces juntaban un haz de ramas y, como si fuesen cuerdas, aseguraban las canoas que quedaban firmemente ligadas a sus raíces. Después nadaban hacia la orilla como perros, avanzando con dificultad entre las algas y corriendo en busca del fuego de la choza. Y durante el invierno, cuando aquellas plantas estaban cubiertas de nieve, las crías dificultaban el avance de sus madres ya que intentaban trepar a sus cabezas para evitar el agua helada.

A Lakuta su madre nunca le enseñó a nadar, sino tan solo a mantener las hogueras encendidas día y noche. Para ellos el fuego siempre había sido muy importante, incluso dentro de las canoas, donde se situaba sobre una base de arena y hierba, de modo que la humedad que se filtraba por las costuras evitara un incendio. Era así como el fuego nunca cesaba, fuesen donde fuesen, y las hogueras se convertían en un sistema de comunicación que salpicaba el archipiélago, tal como habían observado los primeros europeos que deambularon por aquella región.

Sin embargo, los padres de Lakuta se habían dejado seducir por una vida más tranquila. Otros indígenas iban y venían, reacios a renunciar a sus ancestros, y cuando llegaba el buen tiempo se adentraban en el canal de Beagle hasta el invierno. Pero ellos decidieron formar parte de aquellas cuarenta familias acomodadas en casitas de madera, bien ordenadas en línea recta y en ocho manzanas, viviendo entre los jardines y los huertos, y acudiendo al templo y a la escuela a diario.

Y en aquel rincón olvidado del mundo, Lakuta creció a la vera de Dorothy y ella se convirtió en su mejor amiga. Casi al mismo tiempo aprendieron a leer, a coser, a cocinar, como si fueran hermanas. Su infancia fue una época de felicidad que solo comenzó a empañarse cuando llegaron las enfermedades y los yaganas fueron muriendo de neumonía, escrófulas o tuberculosis. Pero aún no imaginaban que se debía al contagio de aquellos intrusos protectores y jamás llegaron a odiarlos. Ni siquiera después de que llegaran los argentinos y la región se preñara de cazadores y aventureros. Algunos foqueros y balleneros violaban a las niñas porque podían atraparlas como a las focas y luego desfogarse con ellas hasta matarlas. Sin embargo, a las mujeres no. Ellas sí se defendían con las agallas de los hombres.

Los indígenas de la colonia sabían que con los misioneros estaban a salvo y que

los ingleses hubiesen dado su vida por apartarlos de aquellas enfermedades. Pero cuando Lakuta se convirtió en mujer ya intuyó que los blancos les robarían la tierra y la vida, aunque los anglicanos se resistiesen.

—Todo esto es culpa nuestra —le dijo un día Dorothy.

Fue cinco años antes, cuando un marinero argentino los infectó de viruela después de que pasaran el tifus. El padre de Lakuta murió en una cama del orfanato, como le sucedió a un tercio de la población y a la esposa del reverendo Whaits.

—Tú no tienes culpa de nada —le respondió severa a su amiga—. Ni tú ni tu padre, ni el reverendo Bridges ni el reverendo Lawrence. Vosotros solo vinisteis a traernos una vida nueva.

Ambas sabían que la riada de la civilización era inevitable y que los misioneros habían instruido a los yaganes para defenderse de los de fuera, pero con su trabajo y su forma de vivir. Y por ello muchos indígenas comenzaron a instalarse en granjas propias, al tiempo que llegaba Charles Summer para arraigarse en la región. Por aquel entonces Lakuta ya se había casado y, junto a Ílan, decidieron ir a probar fortuna con él. El reverendo Lawrence les había dicho que aquel inglés sería una buena oportunidad para ellos y que podrían comenzar a ganar algún dinero. Al fin y al cabo, los dos se habían criado como ingleses y, con los años, también comenzaron a ansiar sus vidas. Fue entonces cuando Lakuta se separó de Dorothy por primera vez, aunque por poco tiempo, hasta que Daniel Summer comenzó a visitarla con frecuencia y ella acabó aceptando su matrimonio.

Una vez más, el destino volvía a unirlos, y Lakuta pensó que la llegada de su amiga a Bahía Viento sería un nuevo capítulo de felicidad. Sin embargo, pronto constató su error y la desdicha comenzó a precipitarse sobre Dorothy como las avalanchas durante la primavera.

Dorothy le había contado a Lakuta cómo Daniel Summer la había embelesado con sus ojos transparentes. Pero luego, con el tiempo, descubrió que nunca la había amado y algunas otras cosas que su amiga todavía no podía entender.

Y la verdad era que su hermano se lo había advertido varias veces, que ni los ingleses ni los Summer eran de fiar. Jem supo advertirlo antes que ella y abandonó aquella vida para volver a las canoas. Jem, el que una vez había

deseado a Victoria Summer y que, desde entonces, vagaba por los bosques tramando su venganza contra Daniel, ese odioso inglés que había ultrajado a su mujer.

Cuando Sophie abrió los ojos, se encontró con el rostro pardo y lleno de Lakuta. La miraba con tristeza y ternura a la vez, muy serena. Ya había amanecido y le costó situarse. Lakuta la había tumbado en el suelo, sobre la alfombra de piel de guanaco, apoyando su cabeza sobre un almohadón. Ahora la habitación se balanceaba y le costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Qué ha sucedido? —dijo llevándose una mano a la cabeza.

—Se ha golpeado en la oscuridad, señorita. La lámpara estaba apagada.

Sophie intentó encajar sus pensamientos y los recuerdos comenzaron a llegarle a borbotones. Entonces repasó la habitación: la ventana, el rincón con el perchero, el armario y el espejo. Todo tenía más nitidez al amanecer.

—Creo que por la noche ha estado aquí, Lakuta.

—Tiene que haber sido el golpe. Deje de insistir.

Se palpó la frente y sintió dolor. Tenía una hinchazón en la línea del nacimiento de sus cabellos rubios.

—Probablemente se haya golpeado contra el armario, señorita. O simplemente se desmayó por su obsesión de querer ver lo que no existe.

Ella intentó incorporarse.

—¿Cómo está Adam?

—Creo que está peor, señorita. Los demonios tironean de él.

—¡No digas esas cosas! —le dijo arrodillándose junto al lecho—. Dios está con él.

El pequeño seguía acalorado y sudoroso y espasmos de frío lo hacían temblar. Con sus ojitos cerrados, el angelito apretaba los puños sin fuerza, como si ya no pudiese luchar.

—Tienes que hacer algo, Lakuta —gimió Sophie.

—No sé cómo ayudarlo. Lo he intentado todo, señorita.

—¿Cómo enfermaban los de tu pueblo?

—Ellos enfermaban de otras cosas. No sabemos enfrentarnos a las enfermedades de los blancos. Yo ya le he dado todo lo que conozco. Ahora solo nos queda esperar.

Sophie recuperó su aplomo y se puso en pie. En el espejo del armario se alarmó ante su frente entumecida. El hematoma se había vuelto violáceo y algo enrojecido por los rastros de la sangre. Una hendidura surcaba la herida, como si la hubiesen marcado con un cuchillo. Sin embargo, no se detuvo. Salió de la casa y apuró su paso hacia la cabaña de Eduardo. El cielo nacía plomizo y el viento helado rasgaba la soledad de la tierra. Aporreó la puerta nerviosa y, cuando el capataz la vio, se quedó boquiabierto por su aspecto.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó arrastrándola hacia el interior.

—No hay tiempo para explicar lo inexplicable. Debes ir a buscar a Daniel, te lo ruego.

—Pero...

—El niño no está bien y quiero que lo traigas de cualquier forma.

—¿Tan mal está?

Los ojos verdes de Sophie temblaban de angustia.

—No estoy segura... —Y el llanto no la dejó terminar.

Aquella madrugada, con el sol ya calentando el fin del mundo, Eduardo Ariza zarpó del muelle hinchando las velas de la chalupa. Las aguas estaban espesas y negras, pero no tan frías como durante el invierno. A media mañana desembarcó en Yendegaia, junto a dos botes más. Daniel Summer lo vio acercarse y se apartó de las rocas para salir a su encuentro. Como si el mensaje le quemara en la boca, el capataz le escupió la noticia sin siquiera desembarcar:

—Adam está mal, muy mal. Y Sophie teme por su vida.

—Pero ¿qué tiene?

—Nadie puede saberlo. El médico está en la isla de los Estados y el niño empeora desde ayer.

El hijo de Charles Summer recibió la noticia como si lo hubiese atravesado un rayo. Había crecido en el orfanato de Plymouth sufriendo la distancia y el desapego, pero su instinto paternal le dijo que Adam era su hijo, su único hijo, y en aquel envite pudo comprender mejor sus sentimientos. Un temor desconocido fue emergiendo y, al contrario de lo que había imaginado el capataz, Daniel se preparó para embarcar con él lo antes posible.

Llegaron a Bahía Viento al caer la tarde. Daniel Summer encontró al niño pálido y débil. Sophie lo cuidaba resignada, humedeciendo su frente entre lamentos apagados. El padre se sentó en la cama y se lo quedó mirando en silencio. Entonces, por primera vez, ella percibió algo parecido al cariño brillando en sus ojos. Apenas fue capaz de acariciarlo, pero parecía profundamente preocupado. Estaba sobrio.

—¿Qué crees que le ha pasado, Sophie?

—Llevo preguntándomelo desde ayer y no lo sé. No lo sé.

—Es un niño fuerte.

—Ya no lo es tanto, Daniel. Está muy mal.

Ese día él se quedó cuidándolo. Lakuta y Sophie iban y venían, pero fue Daniel quien se mantuvo junto a él. Ya no escarbaba entre el saledizo de las rocas, sino entre los huecos de sus sentimientos. Sin embargo, nada pudo hacer por su hijo. Lo vio consumirse narcotizado por la fiebre y el dolor, cada vez más débil y macilento, aferrándose a la vida con los delgados hilos de su voluntad.

Al amanecer del tercer día, Adam entreabrió los ojos vencido y su boca suspiró una palabra quebrada:

—So-phia...

Pronunció su nombre con dificultad, pero lo escuchó con claridad. Solo estaba ella en el cuarto en ese momento y solo ella lo vería morir.

—Estoy aquí, amor mío —le susurró al oído abrazando su cuerpecillo.

Adam ya no dijo nada más. Sophie vigiló su respiración tenue y entrecortada e intentó serenarse como cuando sucedió con su madre. Sin embargo, esta vez le costó demasiado domar su angustia. Era tan pequeño, bueno e inteligente que le costaba comprender los trazos del creador. Todo aquel sufrimiento le pareció injusto.

—Que el Señor te bendiga y te guarde —balbuceó mecánicamente—. Corre hacia él, Adam.

Al niño se le fue apagando la respiración lentamente, hasta que su boca dibujó una mueca de serenidad definitiva. Sophie juntó sus manos y oró con toda la fuerza que halló en su corazón, mientras una inexplicable paz iba amansando su espíritu. Estuvo así durante mucho tiempo, hasta que el sol comenzó a caldear el día y Daniel entró en la habitación circunspecto.

—Se ha ido —le dijo ella.

Él la miró con desconcierto, maniatado por la rabia y la desesperación.

—¿Por qué no me has avisado? —le tembló la voz.

—Cuando me di cuenta, ya había sucedido —le respondió gimiendo—. Lo siento, Daniel.

El padre se derrumbó junto a su hijo, y lo atrajo hacia sí para abrazarlo como no recordaba haberlo hecho en vida. Sophie pudo ver el fino surco de sus lágrimas.

—Lo enterraremos en la misión —dijo al fin con voz entrecortada—. Junto a su madre.

Y ella asintió.

—¿Sabe algo el reverendo Whaits?

—No le he avisado. Solo pensé en ti.

—Está bien. Entonces será mejor que Löm cabalgue hasta allí para prepararlo.

Sophie imaginó el profundo dolor que supondría la noticia para su abuelo y deseó ir a consolarlo. Pero no podía moverse de allí. Ni Catherine ni Victoria se ocuparían del niño. De hecho, ya se habían esfumado, quizás avergonzadas por su actitud hacia Adam, quizás indiferentes ante el dolor ajeno. Debía velarlo con todo el cuidado del que fuese capaz.

Lakuta y ella asearon su cuerpo delgadito y frío y lo vistieron con una camisa blanca, chaqueta azul, pantalón de pana oscuro y sus botas nuevas. Estaba pálido como un muñeco de porcelana y la última imagen que Sophie tuvo fue la de un hombrecito con sus manos juntas sobre el vientre y tumbado sobre el lecho donde murió.

Ese mismo día peregrinaron hacia Ushuaia en dos chalupas. Adam fue en los brazos de Sophie, envuelto en una manta, como si fuese a tener frío bajo aquel cielo rasgado de nubes blanquecinas. Daniel iba absorto, con los ojos vacíos. Cuando llegaron, su abuelo había improvisado un pequeño féretro. El reverendo Whaits parecía un anciano, casi sin poder sostenerse, nuevamente vencido por la tragedia. El funeral lo presidió John Lawrence, mientras los yaganes entonaban como nunca junto al armonio de la capilla. Luego lo enterraron con su madre.

Robert Whaits estuvo mudo y cabizbajo y, nada más acabar la ceremonia, cuando los Summer se acercaron para ofrecerle sus condolencias, el viejo se escabulló de la iglesia intentando esquivar su aprecio. Pero Sophie corrió tras él y, en medio de la ancha calle, lo abrazó como si todavía pudiese hacerlo con el niño.

—Dios lo quiso así —le dijo.

—Cuídate, Sophie.

Luego caminó hacia su cabaña resignado, deshecho de dolor, como ella, con sus ojos hinchados de tanto llorar, como lo haría durante mucho tiempo, porque, pasada esa noche, todo comenzaría a resquebrajarse bajo sus pies.

Sin apenas una tregua para su dolor, a la mañana siguiente Catherine convocó a Eduardo al salón. Cuando lo vio avanzar por el pasillo desde la habitación de Adam, doblando su ropita como si el niño fuese a volver, fue como si hubiese presentido su futuro.

—Te pago para que cumplas mis órdenes y no para que obedezcas a esa

muchacha. No me gustan los desafíos, ¿lo entiendes?

—¿No sé de qué me habla? —le contestó altanero—. Creo que elige mal los días para los reproches.

—¡No me faltes el respeto, Ariza! No eres nadie. No me importó que fueses a buscar a Daniel, sino que no me lo dijeras.

—El niño se moría. No había tiempo y sabía que Sophie se lo diría.

—¡Esa mequetrefe tampoco es nadie!

Escondida tras la puerta del salón entrecerrada, Sophie pudo imaginar los ojos encendidos del capataz, pero no se atrevió ni a respirar.

—Aquí las órdenes las doy yo y tú lo sabes. Y no me gusta que mis hombres hagan lo que les dé la gana.

—Hice lo que debía hacer —le contestó—. Su marido lo habría entendido.

—A mi marido siempre le faltó vista, Eduardo, pero a mí me sobra. Por el día... y por la noche —pronunció la última palabra con una mueca de astucia.

Venía guardando su disparo desde que vio salir a Sophie de su cabaña como a un guanaco indefenso a punto de caer.

—Recoge tus cosas. Tu tiempo en mis tierras se ha acabado. Hoy mismo te pagaré lo que te debo.

Cuando Eduardo Ariza abandonó el salón, se topó con una Sophie desolada.

—Pronto vendrás conmigo —le dijo agarrándola del brazo y arrastrándola para que Catherine no los encontrase juntos—. Pero debes callar. Niégalo y calla. Será lo mejor para que todo salga bien, ¿entendido?

—Ha sido mi culpa. He sido muy torpe.

—No ha sido culpa de nadie. Pensaba irme de todas formas. Esto no cambia nada.

Y desapareció por la puerta del huerto como una exhalación. Sophie se quedó tan aturrida que volvió a entrar en el dormitorio del niño y se dejó caer sobre la cama. Se sentía vencida. Apenas podía creer cómo se tambaleaba de nuevo su vida en tan poco tiempo. Un vahído comenzó a apoderarse de ella y tuvo que tumbarse y cerrar los ojos. Aquel camastro de hierro forjado se mecía sobre las aguas e intentó sujetarse con las dos manos para no caer. Entonces intentó dominarse, controlar la respiración y abrir los ojos.

Desde allí podía ver la ventana tal como la observaba Adam con sus miedos. Algo extraño había sucedido entre aquellas paredes y nada parecía tener sentido, ni siquiera la misteriosa enfermedad que lo había arrancado del mundo.

—¿Qué le sucede, señorita? —oyó la voz de Lakuta desde la puerta.

Sophie se incorporó y cuando puso los pies en el suelo comprendió que su mareo no había cesado.

—Acaba de echar a Eduardo.

—Lo sé. Hace ya mucho tiempo que supe que iba a suceder. Intenté decírselo.

Sophie se puso en pie y se esforzó por mantener el equilibrio, pero la yagana se percató de cómo tanteaba con las manos a su alrededor como un pájaro aleteando sin alzar el vuelo.

—Usted no está bien —le dijo sujetándola y ayudándola a sentarse de nuevo

sobre la cama.

—Es solo un mareo. Nada más.

—Será mejor que ese médico le eche un vistazo. Acaba de desembarcar y está hablando con su esposo.

—¡Ha venido! —exclamó sorprendida.

Lakuta asintió.

—Hubiese preferido verlo mucho después. Ahora ya es inútil.

—Él no tuvo la culpa, señorita.

—Lo sé.

—Nadie tuvo la culpa.

—Yo ya no entiendo nada, Lakuta. Quizás el niño tuviese razón, quizás su madre...

—Eso no es verdad. Ella jamás le hubiese hecho daño, ni viva ni muerta. Adam veía sin ver.

—De eso yo no estaría muy segura, Lakuta.

—Yo creo que necesita descansar, señorita. No es fácil entender las cosas cansada.

Entonces Sophie volvió a repasar el dormitorio con la mirada: el armario abierto, la ropita del niño doblada, la mecedora sobre la alfombra de guanaco, las figurillas de madera que le había tallado su abuelo junto a la lámpara de keroseno en la mesita de noche. Su mirada ida y débil estaba manchada de sospechas irresolubles.

—Le diré a Daniel que acompañe hasta aquí al señor Sagers.

—No hace falta. Yo iré a reunirme con él.

Intentó volverse a poner en pie, pero una gran arcada fue creciendo en su interior

hasta sentir el regusto ácido en su garganta.

—¿Qué le pasa?

—Creo que voy a vomitar.

Con gran agilidad, Lakuta salió de la habitación y volvió con un recipiente de hojalata sobre el que Sophie se dobló con dolorosas arcadas.

—No quiero que se mueva, señorita. Le diré al señor Sagers que venga.

Aquel hombre entró en la habitación de Adam poco tiempo después. Era joven, pelirrojo y de rostro limpio y bien rasurado. Se quitó el sombrero y la chaqueta oscura y colgó las dos prendas en el perchero del rincón. Daniel y Lakuta entraron tras él, pero el belga les hizo una señal para que esperasen fuera. Cuando estuvo la puerta cerrada, dejó el maletín sobre la cama y se sentó en un taburete junto a ella.

—Siento lo del pequeño. Daniel me dijo que la quería como a su madre.

Sophie cerró los ojos tumbada boca arriba y las lágrimas volvieron a supurar de sus ojos.

—La indígena me ha dicho que has vomitado y que estás algo mareada.

—No me duele nada —susurró—. Solo es malestar. Adam ardía de fiebre. Yo no tengo más que pena.

—Lo sé —le dijo poniendo una mano sobre su frente—. Por lo que me comentó tu esposo, es muy posible que el niño muriese por algún tipo de infección. Recuerdo el caso de un indígena que bebió agua contaminada por el cadáver de un perro sin darse cuenta y estuvo al borde de la muerte. Lamentablemente ya nunca podremos saberlo.

—En cualquier ciudad habría sobrevivido —pronunció con voz entrecortada—. En Londres lo habría hecho.

Sagers abrió su maletín, sacó un auscultador y le desabrochó un par de botones de la camisa para situarlo sobre su pecho. Luego la incorporó, le levantó la prenda por detrás y sondeó su espalda mientras le pedía que respirara

profundamente.

—Entonces, no te duele nada en especial, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza mientras se acomodaba la ropa e intentaba volverse a sentar sobre la cama.

—Fue Lakuta la que insistió en llamarlo. Lo mío solo es... Ese niño... —Y la emoción quebró sus palabras.

—Lo imagino —le dijo sonriéndole—. ¿Cuándo has menstruado por última vez, muchacha?

Sophie agrandó sus ojos verdes como si la realidad se le hubiese materializado allí mismo.

—No lo recuerdo exactamente —le dijo algo avergonzada—. Pero ya debería haber sucedido.

—¿Cuándo?

—Quizás un par de semanas, quizás tres.

—Pues creo que ya sabemos lo que te sucede. Lo normal en las primerizas como tú.

Lo miró boquiabierta. Nunca había llegado a hablar de aquello con nadie, ni siquiera con Lakuta. No había nada excepcional en lo que le sucedía, más bien era de esperar y se sintió algo estúpida.

—Te recomiendo que guardes reposo hasta que te encuentres mejor y, en lo sucesivo, no hagas grandes esfuerzos.

Ella estaba estupefacta, sin poder encajar la sorpresa.

—Dios ha visto tu aflicción. Es un gran rayo de luz en medio de la oscuridad que sientes ahora.

—Nadie podrá sustituir a Adam —murmuró emocionada.

—Pero sí mitigar el dolor.

Sophie se quedó mirando las tablas de madera de lenga barnizadas en el techo.

—Le ruego que no le diga nada a mi marido todavía. Prefiero hacerlo yo misma.

—Desde luego. No te preocupes.

Sophie Collinwood continuó tumbada un par de horas más y se disculpó ante Daniel cuando la vino a buscar para la comida. Fue amable con ella, como si la amase de verdad, como si no hubiesen existido aquellas noches en que la sometía con un deseo oscuro. Realmente lo vio afectado por la muerte de su hijo, y aquello la conmovió. Pero durante la cena, estuvieron los cuatro juntos y en silencio, como de costumbre. Entonces Catherine mencionó que el capataz los dejaría, que Ílan se encargaría de la estancia y que pronto intentaría conseguir alguna ayuda. Y al decirlo, miró a Sophie con aspereza, como el destello de un cuchillo deslumbra por un momento. Daniel pareció no percibirlo y se enzarzó en una discusión con su madrastra, cuestionando su decisión y evidenciando ante Sophie que ella no le había contado nada sobre lo que había visto aquella noche. Sin embargo, Catherine Summer zanjó el asunto acusando a su empleado de desobediencias e insolencias con ella, y que si Daniel no estaba de acuerdo, bien podía dejar ya esa bahía en la que parecían estar perdiendo dinero.

—Se irá hoy mismo —dijo al fin volviendo a desafiarla con la mirada—. ¡Es un ingrato!

Sophie aguantó aquella provocación en silencio. Estaba desesperada por hablar con Eduardo. Ignoraba sus planes, pero estaba decidida a partir con él. Sentía que las raíces que habían comenzado a enredarse en las tierras de esa estancia ya habían sido arrancadas de cuajo y que ese mismo día se alejaría de allí para siempre. Solo debía disimular y callar. Solo se le ocurrió la posibilidad de refugiarse en la misión y así, cuando su hermano llegase en las próximas semanas, embarcarían en el navío de los anglicanos hacia Malvinas, desde donde partirían a Buenos Aires. Aquel malabarismo de ideas la mantuvo callada y ajena a cualquier pulla de su suegra. Era como si Sophie ya no estuviese allí, como si su espíritu ya hubiese comenzado a elevarse de esa casa y ya nada le importase más que organizar algunas pertenencias para llevarse consigo.

Al acabar la comida, Daniel le preguntó si se encontraba bien. Sophie asintió mientras Victoria abandonaba el comedor mascullando ironías y flojeras, como si se burlara de ella, pero ni las atenciones de Daniel ni la acidez de su

hermanastra detendrían sus pasos.

Luego abandonó el comedor y atravesó el pasillo hasta llegar a la cocina, donde encontró a Lakuta con la pequeña Síma.

—Necesito que me ayudes —le dijo a la yagana—. Necesito que le envíes un mensaje a Eduardo.

Lakuta dejó los platos en el banco de madera y abrió la llave del conducto que trasladaba el agua desde un acumulador situado en el techo. Lo hizo parsimoniosamente, sin prisa, como si no la hubiese escuchado.

—Me iré, Lakuta. Ya no quiero estar aquí.

La otra continuó con su faena, sin inmutarse.

—Te lo escribiré y se lo llevarás.

—¿Acaso cree que tardarían mucho en darse cuenta de que se ha ido, señorita?

—Ni lo sé, ni me importa. Lo único que me duele es que tú...

—No se apure, señorita —le dijo acercándose a ella y sujetando con sus manos las de Sophie—. Debe tranquilizarse.

—Me voy, Lakuta —insistió emocionada.

Entonces la yagana la atrajo hacia ella y la abrazó como lo hubiese hecho su madre. Su cuerpo era ancho y pequeño, pero su cariño parecía ser el mismo.

—Usted no se irá. Lo sé yo.

—Lo siento, Lakuta. Lo he decidido.

—Más lo siento yo por usted, señorita.

Se separó de ella y el vacío comenzó a aumentar en su interior sin apenas poderlo explicar.

—¿Qué estás diciendo?

Lakuta metió una mano en el bolsillo del delantal y sacó un papel doblado.

—Eduardo ya se ha ido, Sophie —le dijo entregándole el mensaje—. Sabía que iba a hacerle daño.

Mi querida Sophie:

Pronto nos reuniremos. Ten paciencia. No hay otro camino. Cállalo todo y niégalo todo. No podrías permanecer en la misión si Daniel se opone a ello, y venir conmigo pondría en riesgo nuestra partida. Espera y soporta. Cuando tu hermano esté aquí, partiremos. Debes confiar en mí.

Te quiere,

EDUARDO

A Sophie le tembló el papel entre los dedos y tuvo que apoyarse sobre la mesa de la cocina. La letra del capataz se apretaba nerviosa en líneas manchadas de tachones. Estaba escrita con tinta negra sobre un grueso papel de color crudo. Tuvo que releer algunas palabras para entenderlas, porque muchas de ellas eran ilegibles o estaban mal escritas.

Un amargo regusto le inundó el paladar. Se dejó caer vencida sobre un taburete.

—Todo irá bien, señorita —le dijo Lakuta.

Pero Sophie no tuvo fuerzas ni para contestarle.

La soledad y la tristeza la postraron en cama y Sophie supo que aquel estado inánime no era a causa del embarazo. Desde el lecho, veía su futuro como una bandera izada bajo un viento furioso, deshilachada de infortunios. Solo la nueva vida que latía en su vientre endulzaba su pena. Eduardo todavía no podía imaginarlo y Daniel no debía saberlo. Este no debía tener ningún motivo para retenerla. Nada debía entorpecer su huida. Ni siquiera la nueva templanza del carácter de su marido, que desde la muerte de Adam ya no era el mismo. Ni bebía ni se había esfumado a Yendegaia. Había permanecido allí, junto a ella.

La noche en que Eduardo partió se lo susurró tendido sobre la cama junto a ella.

—Ya no me iré, Sophie. Aquella bahía ya no tiene sentido. No te dejaré.

Sophie tembló y calló. Podía sentir el silbido sordo de su respiración en la nuca. Pero Daniel ni la rozó.

—No me he portado bien con él —bisbiseó—. Lo sé.

—Él te quería —le dijo ella y sintió el cuerpo de su marido latiendo tibio, dispuesto en cualquier momento a abalanzarse sobre ella.

—No me he portado bien con él... Ni tampoco contigo. Ahora tengo que ocuparme de todo esto. Ahora tendré que estar aquí. Ya no voy a huir, ya no voy a hacerlo. Los fantasmas desaparecerán, todo pasará... Todo, y volveré a empezar.

Ella respiró profundamente, cerró los ojos y dejó que el cansancio y la pena inundaran su cabeza.

Cuando despertó de madrugada, él ya no estaba allí. Sus párpados se abrieron de golpe, desvelados y, con el velo de la penumbra, repasó la habitación mientras se ponía en pie y esperaba que el suspiro del silencio le desvelara algo.

Pero no sucedió nada. Solo el remolino de una incomprensible inquietud.

Sin pensar se envolvió con una chaqueta de lana, abrió la puerta y avanzó sobre las tablas de madera con el sigilo de un zorro atravesando el bosque. Se detuvo

frente a la habitación del niño. Un anhelo inexplicable la succionó hacia esa boca negra. No sabía qué estaba sucediendo, pero sintió su presencia una vez más. El miedo le erizó la piel y apenas fue capaz de inspeccionar el cuarto, dispuesta a encontrarse con aquel espectro que la había visitado tantas noches.

Siguió hasta la cocina, nerviosa. Ese peso en su pecho era tan real que apenas la dejaba respirar. Podía sentirla. Muchas veces en el futuro recordaría ese momento, pero nunca podría explicarse por qué lo hizo. Solo supo que salió y atravesó el huerto maduro de grosellas, uvas y ruibarbos. Lo había hecho varias noches para trepar la colina en busca del capataz, pero esta vez fue diferente. El viento ululaba mientras Sophie se envolvía en su chaqueta sin hacerse preguntas.

La luna iluminó la tierra entre las sombras de los nubarrones, y pensó en Daniel. Pero no esperó encontrarlo cuando avanzó hacia la orilla. En realidad no era a él a quien buscaba. En su interior latía aquel misterio que se le ocultaba, y lo hacía con ímpetu. Quería llegar al muelle y que el rumor del mar meciese su insomnio.

Caminó deslizándose como un espectro... Hasta que oyó un quejido sordo, un desgarró en la noche.

Sophie se detuvo con la mirada fija en el establo y los recuerdos de aquella noche la aturdieron. Dejó que el viento susurrara, como si le advirtiese que debía esperar, y volvió a oír el resuello de voces.

Su inquietud fue más poderosa que el miedo y avanzó hacia allá. La puerta estaba entreabierta, como la oscura noche en que Daniel la forzó entre el relincho de los caballos, y también esta vez pudo oler aquel vaho espeso de los animales y el rumor sordo de las ovejas. Pero ella esquivó el corral. El murmullo se elevaba desde las caballerizas. Cuando se acostumbró a la tenue luz que se filtraba por las grandes aberturas laterales, al acercarse a los boxes, descubrió la suave claridad de un candil oculto en una de las cuadras. Sophie respiró hondo y se dejó deslizar por aquella locura. Sus pasos se detuvieron en el umbral de las caballerizas. El resoplido ahogado le llegaba lastimero y tuvo que avanzar un poco más, solo apenas algo más antes de ahogar un alarido. Se tapó la boca y corrió espantada.

Sophie todavía no lo sabía, pero Jem había estado en aquel establo varias veces. Él también lo había visto. El hermano de Lakuta sabía muchas cosas y, durante esos años, no temió más a los yosi que a aquello. Por eso había perdido la cabeza y por eso, quizás, Maepi se desvanecía de aquel mundo. Aquel era su castigo y, junto al cadáver de su mujer iluminado por el fuego, no pudo espantar la culpa de su mente.

En el cuello le había dejado puesto el collar de delicadas conchillas pulidas y enhebradas por ella misma, con los huesecillos de las aves trenzados con sus tendones. Fue lo último que ensartó. Habían cazado aquellos corverones en medio de la noche. Los hombres habían trepado al acantilado y, cuando ellas destaparon pequeñas fogatas en las canoas, las aves despertaron de súbito y cayeron encandiladas al mar. Allí, Maepi y las otras mujeres aporrearon todas las que pudieron, hasta llenar las embarcaciones de sus plumajes negros. Pero aquel día su mujer ya estaba enferma, infectada por el mal de los ingleses. Ellos los habían diezmado con sus fiebres y los iban exterminando como pueblo. Su padre, su madre y su hermana siempre habían querido a los misioneros, pero Jem sabía que ellos eran los causantes de que su tierra ya no les perteneciese y de que los extranjeros se ensañasen con sus hembras como si fuesen animales.

—Buscaremos un buen lugar —le dijo el yacamush.

—Ya se ha ido —repitieron a coro todos los que rodeaban el cuerpo de Maepi.

Jem se arrodilló ante el hechicero y le ofreció el cuchillo de piedra. Debía demostrar su dolor en público y permitir que él le hiciese aquella tonsura en el cráneo. El hermano de Lakuta no quería que su pueblo dudara de él. Jem era como ellos y no como sus padres habían intentado que fuera. Desde que había abandonado la hacienda de los Summer, se había esforzado en justificarse, como si tuviese que pedir perdón por el camino que habían escogido sus progenitores y algunos otros.

—El mal de los blancos la ha matado, Jem —le repetía el hechicero mientras afeitaba dolorosamente su coronilla—. Ha sufrido mucho. Nunca la deberías haber llevado a Yendegaia contigo.

—Me vengaré. Por mi pueblo. Lo haré.

El yacamush parecía querer humillarlo ante Maepi. Era como si lo hiciera responsable de su muerte, como si él también fuese como los ingleses. Pero Jem ya había abandonado aquella vida. Ya lo había hecho.

Había ido a Yendegaia en invierno, cuando Tierra del Fuego se apagaba helada y la vida era más dura entre las aguas y los bosques. Le gustaba el alcohol, los dulces, el azúcar y aquella ropa extraña con la que le pagaban en la estación fría, pero el hechicero no debía saberlo. ¿Qué importaba? Jem no había renunciado ni a su pueblo ni a aquella vida. Pero entonces sucedió aquello. Jem jamás podría olvidar lo que Daniel Summer le había hecho a Maepi. La había humillado. De nada sirvió la palabrería indignada de Lakuta. Se mostró furiosa cuando lo supo. Pero ella continuó allí, trabajando para aquel hombre que habría de pagar por su mal.

—Será mejor que los olvides —le dijo haciéndole sangrar la cabeza—. Ya nada la hará regresar. Ya no se puede volver atrás. Será mejor que vivamos en paz, Jem.

Pero el yagán rabiaba por vengarse. Hubiese deseado borrar su pasado con ellos, junto a los Summer. Por eso había renegado de ellos y se adentró en los bosques. Sin embargo, Lakuta decía que había sido por aquella mujer, que había sido Victoria Summer quien lo había buscado. Él no se hubiese atrevido ni a mirarla, pero una noche lo arrastró al establo y yacieron como animales sobre el heno. A los Summer nunca les gustó que frecuentara a un indígena, pero a la inglesa parecía gustarle que los viesan juntos, como si fuera poco más que un juego. Para ella lo era y, cuando menos se lo esperaba Jem, Victoria buscaba la oportunidad para entregarse a él a hurtadillas, siempre en el sigilo de la noche, casi siempre en la penumbra del establo. Hasta que un día fue él quien la buscó y quiso seguir aquel juego que había comenzado a gustarle. Pero la inglesa lo rechazó a empujones y se rio de él.

—Tú nunca serás como nosotros —le escupió a la cara—. Tú eres como las bestias. Se las utiliza cuando es necesario, pero nada más.

Jem no comprendió cómo había podido estar tan ciego y, el desprecio que sentía hacia los Summer y todos los invasores de sus tierras se concentró en aquella muchacha. La hubiese matado en el bosque aquel día, pero no pudo. Jem no se atrevía a admitir que la quería. Por ello la odió. Odió a Victoria, buscó a su pueblo y se juró renegar de los ingleses. Y vengarse de los Summer.

Y esa noche, al ver el cuerpo de su mujer inerte junto al fuego, supo que había llegado el tiempo de la venganza. El pueblo rodeaba el cadáver entre cantos, apretados entre los niños y los perros con las orejas puntiagudas. Ella había muerto entre lamentos, delirando por el mismo mal que había matado a sus padres y a otros indígenas de su clan. Durante la penumbra estaría con ella, recordando lo que habían vivido juntos, y al amanecer la abandonarían envuelta con sus pieles. El bosque se encargaría de engullirla y olvidarla. Pero Jem no olvidaría y la próxima jornada descendería hasta Bahía Viento. Ya sabía que él estaba allí. Él y sus mujeres, y era el turno de que el dolor también lloviese sobre ellos.

Sophie supo que esa noche no había caminado sola hasta allí. Estaba segura de que había sido Dorothy quien la había deslizado hacia el establo y selló sus labios. Nadie la creería, como había sucedido con el niño, y por eso se lo calló.

Solo eran sombras, solo el aliento de cuerpos invisibles... Pero para ella no.

Permaneció en la cama como si estuviese enferma y solo abrió los ojos cuando Daniel se alejó de la casa para hacerse cargo del rebaño. Sophie nunca sintió tanto miedo como ese día. Intentó serenarse y respirar profundamente. Pronto huiría de aquella hacienda y conseguiría ponerse a salvo. Y aquella idea consiguió apaciguarla.

—¿Qué le sucede, señorita?

Lakuta se había asomado a la habitación preocupada. Ella sabría. Ella también vería.

—Solo es el mareo.

—Le traeré algo de comer. Necesita alimentarse. Debe cuidar a ese niño.

Temblaba al darse cuenta de que todo se había transformado, de que ya no debía confiar en la indígena tampoco.

Lakuta volvió con un tazón de leche tibia, queso y pan recién horneado.

—Cómaselo.

Sophie se sentó sobre la cama y titubeó antes de llevarse el tazón de cerámica a los labios.

—¿Qué le pasa?

Ella sacudió la cabeza con temor. Parecía un niño pusilánime.

—Coma, señorita. Hágalo.

Sin dejar de mirar a la yagana, Sophie engulló lo que había en la bandeja. Casi

no sentía apetito.

—Descanse, señorita —le dijo Lakuta cuando le retiró el servicio—. La señora ya sabe que está indispuesta.

Estuvo encerrada hasta la tarde. El desvelo de la noche la había ayudado a descansar. Se sentía muy débil y volvió a recordar a Adam. Él también había comenzado igual. Él también se había ido deslizado lentamente hacia aquella otra realidad, hacia aquel otro lugar, el mundo donde habitaba ella. En su cabeza se zarandeaban demasiados temores y no supo muy bien cómo iba a conseguir dominarlos.

—La señora Catherine quiere hablar con usted —le dijo Lakuta con tono sombrío al servirle un refrigerio.

—¿Qué sucede?

—El reverendo Lawrence ha enviado un mensaje para usted.

Sophie sintió el vértigo de la noticia y se puso en pie de un salto. Pero empezó a tambalearse y se volvió a sentar.

—Tranquílcese, señorita. Tómese su tiempo.

—Sí puedo —insistió obstinada—. ¿Acaso sabes de qué se trata?

—No. No lo sé.

Respiró hondamente, fue despacio hasta el armario, se puso un abrigo sobre el camisón y siguió a Lakuta por el pasillo. El pinchazo de la decepción comenzó a hierirla antes de entrar en el salón. Un terrible presentimiento se apoderó de ella. Tierra del Fuego parecía abrir sus fauces para devorarla como un gorrión lo haría con los insectos.

Catherine y Victoria Summer la esperaban de pie junto a la chimenea sin lumbre. El ventanal hacia la bahía parecía una acuarela en tonos verdes, azules y grises. Su suegra estaba elegante, como solía, con un vestido gris de ruedo ancho, encaje ajustado y cuello alto. Su cuñada, a diferencia de otras tantas ocasiones, también lucía una prenda algo airosa de terciopelo azul. Parecía feliz. Feliz como nunca la había visto. Era como si estuviesen en Inglaterra a punto de asistir a

cualquier reunión social.

Un miedo irracional dobló su cuerpo ya demasiado endeble.

—Necesito hablar con Sophie —se dirigió Catherine hacia su hija—. Déjanos solas, por favor.

Victoria sonrió mordaz y abandonó el salón sin decir una palabra. Sophie creyó que no se sostendría en pie y tuvo que sentarse en uno de los sillones.

—El reverendo Lawrence quiere verte.

—¿De qué se trata?

—El mensaje solo ponía que quería verte. Nada más. Sin embargo, imagino que en tu estado...

—Estoy bien. Iré. Mi hermano Tom...

—¿Estás segura?

—Desde luego. Él ya estará aquí.

—¿Y por qué no lo ha enviado? —le dijo su suegra forzando una sonrisa oscura.

—No lo sé. —Y le tembló la voz.

Sophie inspiró pero su ánimo se deshinchó aún más. Catherine se detuvo frente al ventanal y le dio la espalda.

—Pero no era solo por eso que quería verte. Me entiendes, ¿verdad?

—No, no la entiendo.

—No te hagas la tonta, Sophie. Claro que me entiendes. ¡Sabes perfectamente de qué te hablo!

Sophie supo que estaba intentando jugar con ella y se rearmó para oponer la resistencia justa que no arruinara sus planes.

—Creo que es hora de que te ocupes de tu marido como es debido, Sophie.

Debes darle hijos y olvidarte de otras cosas.

La ironía sonó evidente en aquellas últimas palabras y ella apretó sus pequeños puños.

—Ya me entiendes. No me obligues a mencionarlo. Ya es hora de que olvides cualquier aventura que solo puede conducirte a un sufrimiento inútil.

—No sé de qué me habla —volvió a repetir Sophie.

—¡Lo sabes perfectamente! —elevó la voz al tiempo que la encaraba—. Claro que lo sabes, pero crees que me puedes tomar por imbécil. ¡Ese héroe tuyo no va a volver! ¿Lo entiendes? Gente de su calaña no está destinada para cortejar a damas de cierta posición, Sophie. Parece mentira que tu madre ni siquiera te enseñara eso. ¡Solo las mujerzuelas se arrastran así!

La rabia se licuó en finas lágrimas y el veneno se le inyectó en la boca. No supo lo que decía y se lo vomitó sin poder remediarlo:

—¡Debería dejarme ir, Catherine! Nunca debería haber venido. Nunca debería haberme casado con él. Tarde o temprano, sabe que me iré.

—¡Oh! No lo harás. Tú harás feliz a Daniel y aprenderás a quererlo. Ese español te ha llenado la cabeza de mentiras, pero ya es hora de que despiertes.

—Haré lo que tenga que hacer.

—Pero no con ese truhan que se ha largado.

—¡No lo ha hecho! —le contestó desatada—. Fue usted quien lo alejó de aquí.

Una carcajada histérica explotó en Catherine.

—¡Mira que eres inocente! Ese galán de ovejas no ha tardado en embarcarse más que unas horas. Tu capataz no volverá y tú procurarás que Daniel no se entere de esto, ¿me entiendes?

—¡Solo quiere hacerme daño! —le dijo balbuceando e intentando ponerse en pie—. Todos queréis hacerme daño. Todo esto es una mentira y yo ya lo he visto, Catherine. ¡Ya lo he visto!

—No sé a qué viene la sarta de tonterías que te estás inventando, pero puedes preguntárselo a Lakuta. El mensajero de Lawrence también nos lo contó. Todo el mundo sabe en Ushuaia que tu héroe ya navega en un barco inglés.

—¡Mentira!

—Mentiras las que te contó ese mal agradecido. Ariza es como todos los demás. Primero piensan en ellos y, si tienen algún interés, después en sus mujeres. Con las queridas no cuentan. Las queridas nunca han contado.

Sophie estaba pálida, con la cabeza inclinada, como si no pudiese soportar más aquella escena. Entonces perdió el sentido y se derrumbó como una muñeca enclenque.

Eduardo había abandonado Bahía Viento sin mirar atrás, como en Madrid. Se despidió de los indígenas, guardó su ropa en la maleta de cuero, se ató los ahorros a una faja en la cintura y cabalgó hacia Ushuaia decidido. Catherine debía entender que no necesitaba ni quería nada más de aquella hacienda, ni siquiera a Sophie.

En la bahía, una goleta fondeaba solitaria y, nada más verla, tuvo una premonición. El goteo de naves era más asiduo en verano, pero sobre aquel frío manto azulado siempre era una novedad. Sin embargo, la curiosidad no desvió sus pasos y dejó que su caballo trotara hasta el almacén El Primer Argentino, donde ató al animal y lo dejó en compañía de su perro tendido sobre la humedad de la tierra. El negocio estaba tranquilo. Más tarde se animaría con alguna guitarreada y con los asiduos al billar, pero entonces solo observó al gobernador Godoy y a un desconocido.

—¡Qué sorpresa verte por acá hoy! —le dijo su amigo Luis Fique.

Eduardo saludó al gobernador y a su acompañante con un «Buen día» fugaz y dos dedos de la mano derecha rozando su sien. Luego se acomodó en un taburete y meditó un momento lo que le iba a decir al almacenero.

—He dejado a los Summer, Luis. Hace cinco años me mandaste para allá y hoy hasta aquí llegó nuestra historia.

—Tarde o temprano iba a terminar pasando. Nunca soportaste a la mujer de Summer y me imagino que ella a vos tampoco. No estarás tan loco de volverte al oro, ¿no?

—¡Sería lo último que volvería a hacer en esta vida! —le contestó.

—¿Pensás volverte para allá? Digo para España.

El capataz levantó los hombros y entrecerró los ojos.

—No sé lo que haré, Luis. Pero la hacienda ya no es lo mismo sin Charles Summer.

—Yo ya me lo imaginé el día que te llevaste a la muchachita inglesa. ¿Te acordás?

—¿Cómo no voy a acordarme? ¡Eso lo cambió todo!

—¡Lo peor es que se murió cerca de la orilla! ¡Eso fue mucha mala suerte, che!

—Ahora ya no importa nada de aquello, Luis. Para mí ya pasó. De momento, solo necesito una habitación. ¿Me podrás alquilar una?

—¡Claro! Además, ni te voy a cobrar.

—De eso nada, Luis. Está este sur como para que regales la plata.

—¡Yo se la regalo a quien quiero! ¿O no?

—Imagino que me iré cuando venga el último bergantín hacia Punta Arenas. Quizás me instale más cerca de Buenos Aires.

El almacenero comenzó a llenar el vaso de un vino oscuro y espeso y después apoyó la botella de vidrio verde sobre el mostrador.

—Si te digo la verdad, deberías comprar algunos acres y tener tu propia estancia, Eduardo. Esta es una tierra de oportunidades, y vos ya la conocés.

—De sobra —casi le completó—. Pero voy a irme, Luis. Está decidido.

—¿Discutiste con Daniel?

Eduardo Ariza apuró la copa de vino de un trago. Prefería que nadie supiese nada. Era lo mejor para Sophie y para él. Entonces se volvió hacia la mesa del gobernador y este le hizo una señal.

—Mi inglés no es tan bueno como el tuyo, Ariza, pero lo suficiente como para entender que estos hombres tienen un gran problema —le dijo Luis en castellano.

Eduardo se levantó y se acercó ellos. Godoy se desenvolvía muy bien en inglés: la misión anglicana, los buscadores de oro, los balleneros, los foqueros..., en aquel fin del mundo ellos eran los intrusos y no les bastaba solo con el

castellano. Por eso supo que el gobernador solo quería llamar su atención y no un traductor.

—Este es el capitán George How —le dijo Godoy mientras Eduardo le estrechaba la mano—. ¿Viste la goleta?

—Claro. ¿Qué ha pasado, comandante?

—La viruela, amigo, la viruela. Dos marineros se contagiaron y por eso fondearon en Ushuaia. Los acaban de llevar a la misión.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A la Antártida. Se trata de una expedición científica. Es que ni te lo podés imaginar: quieren instalar una casa por allá abajo y pasar el invierno.

Eduardo Ariza miró a Fique intentando constatar que no era una mofa.

— ¿No querías un lugar? ¡Allá podés irte! —le dijo el almacenero soltando una carcajada.

—A vos te va la broma, Luis —le amonestó Godoy—, pero el capitán se está volviendo loco para encontrar al menos un hombre que embarque con ellos.

—¿Y quién va a querer seguirlos a aquel infierno, comandante?

—En esa estamos, Fique. En esa estamos.

—Andrés, el hijo del herrero, el que sobrevivió junto a Sophie Collinwood en el naufragio —les dijo Eduardo—. Es un buen hombre de mar.

—Ya lo pensamos —le dijo el gobernador—. Pero embarcó hacia Punta Arenas hace algunas semanas.

El capitán parecía un marino veterano. Pequeño, de hombros anchos, barba blanca y espesa, frente amplia y entradas profundas en su cabeza cana. Miraba a los parroquianos con el ceño fruncido, quizás por no entenderlos, quizás por el contratiempo. Muy probablemente ya había comprendido que en aquel escondrijo habitado poco podría resolver. Eduardo imaginaba su vistazo rápido a Ushuaia y la decepción de aquel marino anclado en una bahía sin barcos, con

ochenta habitantes estables bostezando aislados a más de tres mil kilómetros de Buenos Aires, Santiago de Chile o Valparaíso.

—Dicen que al sur el invierno es insoportable, señor —se dirigió al capitán en inglés y se sentó junto a él—. Aquí solo viven un puñado de granjeros con sus familias y nos visitan esporádicamente buscadores de oro y cazadores de focas. Casi puedo enumerarle los que pasan el año en este poblado: el gobernador, su familia, la cocinera, una sirvienta, dos asistentes y ahora mismo siete gendarmes; el jefe de Policía, el sargento, dos cabos, un par de ordenanzas, un ingeniero agrónomo... Déjeme pensar, sí, a ver: el peluquero, el carpintero, un par de escribientes, el médico, su esposa y este buen hombre que nos sirve el vino. Difícil se me hace su empresa.

El gobernador asintió malhumorado y se reclinó en su silla.

—Esa es la verdad, capitán.

—Hemos tenido muy mala suerte —habló el capitán How por primera vez desde que Eduardo se acercara a su mesa—. Los marineros comenzaron a manifestar los síntomas cuando ya estábamos demasiado lejos de Buenos Aires. Allí hubiese sido fácil remplazarlos, pero habiendo pasado el estrecho de Magallanes, Ushuaia era nuestra única esperanza.

—¿Cuánto tiempo tienen?

—Realmente muy poco —confesó preocupado—. Debemos intentar regresar de la Antártida antes del otoño y zarparemos de aquí con hombres o sin hombres. La misión no puede posponerse.

El capitán George How les contó los detalles de una expedición pionera en la historia de los exploradores. La Antártida venía siendo curioseada y temida por aventureros y balleneros durante el siglo XIX. Sin embargo, nadie se había atrevido a superar la blanca lengua que emergía del inmenso continente helado. El mar de Weddell era un abismo que ningún barco se había atrevido a surcar. Aquel infierno de hielo fue un reto que siempre consideraron remoto y estéril. Sin embargo, la curiosidad del mundo científico había cambiado en los últimos años y el interés por la Antártida emergía en los congresos con el mismo anhelo que el almirantazgo inglés había recorrido los mares del sur, desde la India hasta Australia, Nueva Zelanda o Sudamérica. La expedición del White Sea era hija de ese afán dirigido por el expedicionario Evans Blaker. El patrocinador de aquella

empresa, más allá de algún capital privado, era el mismísimo Gobierno británico. Tenía como objetivo la creación de un observatorio meteorológico y magnético en una latitud lo más próxima posible al círculo polar antártico y sentar las bases para una futura incursión hacia el Polo Sur. Para ello debían construir las casetas del observatorio junto a una confortable vivienda de madera donde tres o cuatro hombres pasarían el invierno con todo lo necesario para sobrevivir.

—Desde aquí, solo serían unas tres semanas para quien nos acompañase — continuó George How—. Realmente, nuestra expedición carece de riesgos. En ningún caso esperaremos la llegada del otoño en la Antártida. Solo necesitamos unas buenas manos que nos ayuden a construir la vivienda, y por supuesto, pagaríamos muy bien.

Eduardo Ariza inspiró y echó un vistazo al almacenero, que permanecía atento, enmarcado por una estantería cubierta de botellas, paquetes y conservas, casi recostado sobre la balanza del mostrador. Era evidente que no había entendido los detalles en inglés, pero sí lo suficiente como para comprender lo que su amigo estaba barruntando.

—Vos sos el hombre —le dijo Fique.

El gobernador Godoy miró al almacenero confuso, mientras el capitán inútilmente intentaba adivinar lo que había dicho.

—Sí, comandante. Eduardo me acaba de contar que dejó a los Summer.

—¿Es eso verdad?

Eduardo asintió.

—¿Cuánto pagan, capitán? —le preguntó Godoy al capitán How.

—Tendría que hablarlo con el señor Blaker. Pero podríamos llegar hasta las treinta libras esterlinas.

El gobernador agigantó los ojos y miró a Eduardo con avidez.

—¡Estoy seguro de que ni en dos años ganaste eso con los Summer! ¡Es una pequeña fortuna!

Eduardo se puso en pie y fue hasta el mostrador alargando el vaso. Los dos hombres sentados a la mesa lo miraban expectantes. El almacenero vertió el vino y el español lo apuró en silencio.

—Explíqueme —le pidió George How al gobernador—. ¿Qué pasa?

En cuando el comandante Godoy le detalló la situación del español, How se puso en pie. Sus ojillos bailaban inquietos, como si hubiese descubierto un tesoro.

—¿Ha construido una cabaña alguna vez?

Eduardo Ariza asintió de nuevo.

—Si viene con nosotros, será bien recompensado. Le doy mi palabra.

—No puedo. Lo siento.

—¿Por qué?

Se rascó la cabeza y se recordó a sí mismo que no debía explicar a nadie que en cuestión de días se alejaría de aquellas tierras junto a Sophie y su hermano.

—Usted no puede entenderlo, capitán —le dijo al fin—. Tengo que viajar a Buenos Aires. Aunque pudiese...

—El White Sea pasará allí el invierno. Podrá venir con nosotros y gratuitamente. Ese no será un problema.

Eduardo lo miró con sorpresa y agrandó los ojos.

—¿Está seguro?

—Se lo garantizo.

De pronto, aquella idea se iluminó en su cabeza. La vida se precipitaba a la velocidad de un bofetón y podía cambiar en un instante, como aquella noche de Carnaval en Madrid, cuando perdió su trabajo, a sus padres y a la mujer que creía haber amado. Hacía tiempo que había comprendido que existían momentos insignificantes que podían cambiarlo todo, aunque uno solo pudiese comprenderlo después. Y en ese instante intuyó que estaba delante de uno de

ellos y que quizás mereciese la pena arriesgarse. Había cabalgado a Ushuaia mascando su futuro entre dudas, intentando confiar en la callada huida de Sophie tras la llegada de su hermano, y comenzaba a creer que aquel ofrecimiento era la respuesta a toda su zozobra. Alguien estaba trazando un sendero inesperado y en su pecho sintió retumbar la certeza de que acababa de encontrar lo que no sabía que andaba buscando.

—¿Podemos hablar fuera, señor How? —le preguntó al capitán.

—Por supuesto.

El inglés siguió a Eduardo al exterior. Al verlo, el border collie revoloteó feliz junto a su amo, pero él lo amansó con el chasquido de su lengua y su mano apuntándole el suelo.

—En el caso de que acepte, ¿cuándo tiene previsto partir?

—En horas. A más tardar, mañana al amanecer. El tiempo juega en nuestra contra.

—¿Tan pronto?

—No deberíamos haber perdido tanto tiempo. Las aguas hacia donde nos dirigimos se congelan con rapidez.

—Entiendo.

—¿Qué me dice entonces? ¿Cuento con usted?

—No es solo cuestión de dinero. Hay algo más.

—¿Qué necesita?

—Quisiera que al volver me embarcara hacia Buenos Aires junto a una muchacha y un niño, pero sin preguntas y con discreción. Solo entre usted y yo. Solo con esa condición embarcaré mañana.

—Una muchacha y un niño —repitió el capitán.

—Es todo lo que me quiero llevar de esta tierra.

—Entiendo.

—¿Qué me dice?

—Tiene mi palabra —le contestó estrechándole la mano—. A nuestra vuelta, vendrán con nosotros, delo por hecho. Pero ahora el señor Blaker debe aprobar su embarque.

Esa noche Eduardo se revolvió nervioso en un catre del almacén. Acababa de tomar una decisión arriesgada y temía regresar a la hacienda para explicársela a Sophie. Debía domar sus miedos y actuar. No era momento de estropearlo. Casi pudo vislumbrar su rostro trémulo, lánguida como una hoja de papel al conocer la noticia. Pero no le quedaba otra opción. Aquel guion era casi perfecto y solo requería de tiempo y paciencia. Ella lo entendería. A veces el sufrimiento es el abono necesario para ser feliz, como le había sucedido a él mismo. Al fin y al cabo, había tenido que drenar el olvido durante cinco años para saber que aquella muchacha era su tierra y su destino, y solo necesitaba una pizca de valor.

Por la mañana, Eduardo cargó su maleta y confió su perro al almacenero. Al descender hasta el muelle, el border collie aulló como un lobo, pero el español no miró hacia atrás y siguió el curso del arroyo que nacía en el bosque y moría en el canal. Llevaba la maleta en una mano y una gruesa chaqueta de piel en la otra. Una pequeña comitiva formada por el capitán, el gobernador, el jefe de Policía, el sargento y Evans Blaker esperaban su llegada para embarcar en un bote. Por un instante, tuvo la sensación de que era uno de aquellos penados que vivían en la isla de los Estados.

—Te pido que guardes esto también, Luis —le dijo extendiéndole un sobre con el nombre de Sophie Collinwood—. Quiero que se lo entregues a Lakuta, a Ílan, a cualquiera de sus hijos o a ella misma. Tarde o temprano vendrán a buscar víveres al almacén. Solo a ellos, Luis. A nadie más. ¿Lo has entendido bien?

—Andá tranquilo.

—Júramelo.

—Te lo juro. Pero no hace falta. Andá tranquilo, te digo.

La goleta inglesa se mecía mansa sobre la bahía plateada. El cielo estaba encapotado de nubarrones como lana negra. Eran las cinco de la mañana y

apenas superarían los diez grados con un viento suavemente frío. Los hombres que lo esperaban parlotearon con él entre chanzas y palmearon sus hombros mientras se acomodaba en el bote que lo conduciría al White Sea.

—No olvides lo que te dije —le insistió al almacenero desde la pequeña embarcación.

Luego él mismo se encargó de remar en dirección a la goleta. Las aguas parecían negras, como la base de las montañas nevadas que se dibujaban en el otro extremo de la bahía de Ushuaia. Y fue entonces cuando lo vio. Se acercaba desde el este en dirección al poblado. Al principio tuvo dudas, pero al trepar a bordo y observarlo detenidamente desde cubierta estuvo seguro. Era el bergantín de la misión, el Allen Gardiner III, el vapor de cabotaje que pertenecía a la Sociedad Misionera Patagónica, aquel que Sophie llevaba esperando desde que había llegado a Ushuaia: el que transportaría a su hermano Thomas.

Entonces supo que su destino estaba en marcha. Ya solo necesitaba volver para poder partir.

Daniel Summer se empeñó en acompañarla a Ushuaia. Lo hicieron al día siguiente, como días antes lo habían hecho con el cuerpecillo de Adam. Solo ellos dos. Sophie se tumbó en la chalupa, vencida. Era como si el mundo fuese un gran limbo. En su espíritu solo titilaba la esperanza de volverse a reencontrar con su hermano.

Su marido desplegó las velas y dejó que el viento los empujara hacia el este. Mientras algunos gaviotines picoteaban pececillos y langostinos, se mantuvieron callados largo rato, hasta que Daniel se sentó junto a su mujer, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él. Luego la cubrió con una manta.

—La mañana está fría —le dijo—. Debes tener cuidado.

Sophie lo miró de soslayo. Aquel hombre no era el que ella conocía. Algo también se había quebrado en él.

—Todo irá bien. Ya lo verás.

Desde que ella llegó, nunca había tenido un gesto de cariño como aquel. Ya no olía a alcohol, ni se acercaba a ella para someterla como si fuese una mujercuela. Bien era verdad que no hablaban, pero era como si Adam se hubiese llevado a la tumba aquel veneno que lo desbocaba.

Su mirada se perdió en el canal de Beagle. De las bahías brotaban los árboles como diminutas hebras verdes, trepando cada vez más débiles hasta ser aplastados por las nieves. El mar gris se agitaba templado y atravesado por el sol, como si el peligroso invierno fuese solo un espejismo imposible. El agua se estrellaba espumosa sobre los acantilados, pero en las playas moría mansamente. Y si forzaba la vista, a veces podía distinguir alfombras de hierbas y flores, donde brillaban las fresas como diminutas joyas rojas, igual que las perlas negras del calafate y el amarillo de esas flores que no olían a nada. Sophie hinchó los pulmones y dejó que el aire salobre la inundara.

—Solo volveré a Yendegaia para despedir a mis hombres —le dijo él un rato después.

—Me lo has dicho.

El oleaje mecía la embarcación con fuerza.

—Ya no abandonaré la hacienda —continuó Daniel—. Ahora todo será diferente.

Sophie calló. Sus ojos se entretuvieron con un par de aves negras que flotaban como pequeños patos. Eran shags. Y en los acantilados, bandadas de blancas y pardas avutardas brillaban como gotitas de agua pescando sobre las peñas. Los dos advirtieron una pesada nube negra en el horizonte. Era una cortina de agua enturbiando el paisaje.

Comenzó a llover cuando ya divisaban la bahía de la misión. Desde debajo de una lona, Sophie vio una embarcación meciéndose a un centenar de metros de la orilla. Repasó ansiosa aquel vapor con sus tres mástiles pelados de velas.

—Es el barco de los misioneros —le dijo Daniel.

—¿Estás seguro?

—Sí, es el Allen Gardiner III.

Sophie se tensó como la cuerda de un instrumento bien afinado y ya no pudo evitar que su corazón galopara nervioso hacia el reencuentro. Los recuerdos de Londres acribillaron su mente, mientras los gotones golpeaban sobre el toldo que Daniel había desplegado sobre ella. Habían sucedido tantas cosas desde que se habían despedido que tuvo la sensación de que el tiempo se había dilatado durante aquellos meses.

Daniel Summer amarró la chalupa al embarcadero y los dos corrieron por el camino bajo la lluvia hasta alcanzar la cabaña de los Lawrence. Una joven indígena les advirtió que el reverendo y su esposa estaban en la escuelita de la misión. Con el vestido empapado y el cabello chorreando bajo el sombrero, Sophie cruzó la avenida embarrada seguida por su marido. Exhausta, alcanzó el soportal de aquella construcción de madera. Los nervios la agitaron, como si allí dentro pudiese descubrir algo espantoso. El reverendo Whaits le había contado que, cinco años antes, aquella cabaña había quedado apretada de cuerpos infectados por la epidemia de la tos convulsa.

Sophie empujó la puerta y la imagen de una veintena de niños tarareando frente a una pequeña pizarra ocupó toda su atención. Sabía que aquellos aborígenes

aprendían con rapidez e imitaban las palabras y los sonidos vocálicos con gran facilidad. Incluso se preguntó si la docena de niños argentinos que asistían a la escuela del poblado serían tan espabilados como aquellos yaganes.

—¡Señorita Summer! —le dijo Emma Luisa, la hija mayor de Clara y John Lawrence—. Bienvenida.

Sophie dibujó una sonrisa insípida. Los pequeños indígenas se volvieron hacia ella y la observaron atentos.

—Buscaba a tu padre, Emma.

La maestra entrecerró los ojos avanzando hacia la recién llegada y le sujetó las dos manos con cariño.

—Mi padre está en el orfanato, junto al reverendo Smith, que acaba de llegar de Inglaterra.

—¿Ha venido mi hermano con él?

La hija del reverendo Lawrence revoloteó los ojos por las tablas del suelo.

—Será mejor que hables con mi padre. Él te lo explicará.

Sophie sintió el calor de la decepción hormigueando desde el estómago hasta la cabeza y un vahído de temor la obligó a apoyarse en la pared.

—¿Mi hermano no ha venido con él? —le preguntó angustiada.

—Señor Summer, le ruego que acompañe a su esposa hasta el orfanato. Allí mi padre le explicará lo que sabe. Y tú —le dijo mirando a Sophie—, no pierdas la calma. Habla con él primero.

—Así lo haremos, Emma —se apuró a contestar Daniel.

Sophie había empalidecido y tuvo que sujetarse del brazo de su esposo para recorrer el camino embarrado y cubiertos por una tenue llovizna. La puerta del orfanato estaba abierta. Entraron en una gran sala con algunas mesas, organizada alrededor de una estufa de hierro. Los clérigos no estaban allí y Daniel echó un vistazo en los dos dormitorios donde los niños tenían sus literas. Luego hizo lo

mismo en la cocina y, finalmente, con un galpón anexo. Sophie se había quedado petrificada en medio de la sala, como si un rayo la hubiese fulminado. Ya no quería saber. No quería. Pero no iba a detenerse hasta conocer la verdad.

—Oigo voces, Sophie. Están por aquí.

Daniel apuntó hacia el albergue, una gran sala contigua que eventualmente se había utilizado para cobijar a náufragos, pero que en ese momento contaba con mesas cubiertas de prendas de vestir y algunas máquinas de coser con las que Clara Lawrence dirigía el taller de costura y confección.

Allí encontraron a Lawrence hablando frente al recién llegado y a su esposa Clara. La visita de Sophie interrumpió su conversación y, nada más verla, la mujer avanzó hacia ella para abrazarla. Sophie estaba aturdida, pero nada más sentir el abrazo de la esposa del reverendo Lawrence, se echó a llorar desconsoladamente sobre su hombro.

—¿Qué ha sucedido, Clara? —balbuceó—. ¿Por qué no ha venido?

—Siéntate, Sophie. Tranquilízate.

Entonces John Lawrence le acercó una silla y ella se sentó junto a una mesa llena de retazos de telas y un costurero de madera.

—Escúchame, Sophie —le dijo suavemente el clérigo anglicano—. Este es el reverendo Smith. Embarcó en Londres hace un par de meses. Es miembro de la Sociedad Misionera Patagónica. Ha venido a ayudarnos, pero como ya te imaginas, sin tu hermano.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella entre hipidos.

Peter Smith se acercó y se sentó frente a ella. Era un hombre mayor, algo más joven que el reverendo Whaits. Había enviudado un año atrás, lo que le había impulsado a tomar la decisión de viajar al sur.

—Muchacha, el reverendo Buchanan contactó conmigo nada más saber que viajaría a Ushuaia. —Su voz era serena y dulce, pero sus palabras desgarraban el ánimo de su interlocutora—. Siempre estuvo en su deseo embarcar a ese niño conmigo, puedo asegurártelo.

—¿Y por qué no lo hizo? —le preguntó con rabia.

—Sophie, poco antes de embarcar... —El clérigo tragó saliva e inspiró hondamente—. Siento decírtelo, pero al reverendo Buchanan lo sorprendió la muerte.

El semblante de Sophie se desencajó y abrió la boca incrédula.

—¡No puedo creerlo!

—Fue algo terrible y, por supuesto, inesperado. Su esposa me dijo que sucedió mientras dormía. Probablemente un infarto.

Nadie allí sabía que aquel hombre era su padre. El aguijón del dolor volvió a herirla.

—¿Y mi hermano? —tartamudeó—. ¿Qué ha sido de él?

—No puedo explicártelo bien. Siempre creí que vendría conmigo. Sin embargo, cuando contacté con la esposa del reverendo Buchanan por última vez, ella me dijo que el niño había sido enviado a un orfanato a las afueras de la ciudad y que no pensaba poner ni un chelín para pagar aquel largo viaje.

El recuerdo de Emma Buchanan la llenó de indignación y comprendió rápidamente que lo que decía aquel clérigo era una verdad meridiana. Casi podía imaginarla diciéndoselo a la cara.

—¡Yo había dejado el dinero para su viaje!

—Debes saber que yo vivía en Oxford y que solo cuando me desplazé a Londres para embarcar, supe lo de tu hermano. Apenas tuve tiempo de resolver aquel asunto tal como William Buchanan hubiese querido y solo atiné a tomar nota del hospicio al que fue enviado. Allí podrás escribirle.

—No es justo.

Él bajó la cabeza avergonzado.

—Lo sé.

—Debería haberlo intentado. ¡Es un niño!

—Lo siento, muchacha.

—Yo mucho más, reverendo Smith. —Y se puso en pie indignada—. Quizás mi hermano lo necesitase tanto o igual que los niños de esta misión.

Luego se aferró a Daniel, como si él fuese lo último que le quedaba en aquel infierno, y le pidió que se la llevara de allí.

Quizás si Eduardo Ariza hubiese esperado algunas horas más para embarcar en el White Sea, habría sabido que el hermano de Sophie no había llegado al sur y, en esas circunstancias, él jamás se habría lanzado a esa peligrosa aventura. Pero cuando superó el primer día de travesía, su futuro se le antojó un océano oscuro.

—En cuanto quieras darte cuenta ya habrás regresado, español —le dijo Evans Blaker.

El expedicionario era un irlandés de pelo castaño, algo rojizo, como su barba bien rasurada. Tenía complexión de gigante y rostro de guerrero, aunque su gesto era cálido y su mirada serena.

—Ojalá no se equivoque, señor Blaker —le contestó él.

Blaker había sido primer oficial en la marina mercante y los últimos años lo había pasado navegando por los mares del norte. Nunca había estado en el hemisferio sur, pero cuando el Gobierno británico le propuso aquella expedición, no lo dudó. Conocía a George How, un marino inglés que había capitaneado numerosos buques hacia las Indias Orientales para la East India Company, y había participado como segundo oficial en una expedición que atravesó el canal entre Groenlandia y la isla de Elleswere, hasta llegar al mar de Lincoln en busca de una expedición perdida a la que nunca encontraron.

Evans Blaker parecía ensancharse cuando explicaba que la civilización llevaba casi cincuenta años olvidando y temiendo a la Antártida, y que su misión era tan pionera como extraordinaria. Aquella Terra Australis Incognita solo había sido merodeada por algún ballenero en el siglo XVIII y hasta el siglo XIX no se había emprendido el desafío del sur descubriendo mares e islas desconocidos para el hombre. Blaker sabía que su expedición sería diferente, porque se trataba del primer cimientito para la conquista antártica.

El White Sea se adentró en el Pasaje de Drake con quinientas millas náuticas por delante. Se trataba de una goleta de tres palos, trescientas toneladas y cincuenta metros de eslora. Estaba construida con planchas de roble de ochenta centímetros de espesor y recubiertas de ocote, una madera que se asemejaba al hierro. Aquel casco era pesado y lento, pero flexible para la presión y las embestidas del hielo. Su tripulación era de veintitrés hombres: tres oficiales, un

fogonero, un cocinero, un carpintero, un biólogo y dieciséis marineros.

Eduardo Ariza se mostró bien dispuesto para el trabajo. Se levantaba a las seis de la mañana y el ritmo a bordo no cesaba. Arrizaban y aferraban velas en la arboladura, halaban los cabos en cubierta; carboneaban, movían parte de la carga, pintaban, lavaban y achicaban agua con bombas cuando el viento arreciaba y el casco acababa inundado con olas que parecían montañas. Entonces solo la compacta tela de las chaquetas Burberry los protegía del agua. En la cubierta una docena de perros aguantaban las tormentas enjaulados, aullando de frío, encajados junto a los trineos. Solo con los primeros icebergs resplandeciendo bajo el sol, el océano pareció dormirse. Aquellos fueron los primeros avistamientos de las islas antárticas.

En el interior, el gruñido de la madera era sereno y el calor de la estufa acunaba una placidez que olía a cantos, risas y tabaco. Extendían un mapa sobre la mesa y distinguían los desconocidos perfiles de aquel continente helado e inabarcable, desde donde se alargaba una enorme península como si aquella tierra blanca extendiese su lengua. Hacia el sureste surgía el enorme mar de Weddell y, coronando aquel territorio, un piélagos de islas de todos los tamaños que parecían haberse desprendido de aquella masa de hielo. El capitán How había pensado esquivar aquel archipiélago y fondear a 65° latitud sur, cerca de alguna orilla abierta en la que pudiese asentar la cabaña.

El día anterior a la llegada a su destino, Eduardo pudo ver las primeras manchas blancas y grises de las Shetland del Sur. El día era diáfano y los hielos flotaban como islas de un blanco añil. La mañana que observaron los dientes de la Antártida, los témpanos brillaban y las heladas cimas se extendían bajo una mortaja blanca. El White Sea recorrió aquella superficie espectral y Eduardo tuvo la sensación de haber entrado en un mundo sublime, sombrío y hostil. La goleta inspeccionó aquellas escarpadas costas durante horas y, hacia las diez de la noche, el capitán How y Evans Blaker escogieron una pequeña bahía que parecía bien protegida de los vientos del sur para fondear. Desde la cubierta todos pudieron divisar aquella playa negra y pedregosa, rodeada de nieves y hielos, pero no bajaron los botes hasta el amanecer de la jornada siguiente.

El desembarco se produjo bajo una fuerte tormenta de aguanieve. Era una playa desnuda y rodeada de hielo. Envueltos en sus ropas de lana y sintiendo el afilado golpe del frío remarón en los botes hasta llegar a la orilla. La ventisca azotaba aquella tierra baldía y su rugido doloroso desgastaba los rostros, pero él se

entregó al trabajo pensando en Sophie, cargando, martilleando o empujando con aquella esperanza. Los días se acortaban lentamente y el 12 de marzo de 1896 habían conseguido levantar la cabaña. Eduardo había trabajado más de dieciséis horas diarias junto a George Bell, un veterano carpintero, quien con Thompson, Aubrey, Lekker y el biólogo Eric Wheler permanecería allí durante la estación oscura, rodeados de hielo y vientos huracanados.

Luego descargaron el avituallamiento: dos trineos, tiendas de campaña, sacos de reno, edredones, cuerdas Alpine, lámparas, cuchillos, arneses, esquís, picos, materiales de cocina, keroseno, fósforos, papel higiénico, velas, alcohol, material médico, galletas, carne desecada, mantequilla, sal, té, avena, sopas, tortas de linaza, salvado, cacao, queso... La cabaña había quedado enclavada al pie de una pequeña colina, sobre un largo trecho de arena negra, parapetada por las toneladas de cajas con suministros ordenados en bloques y, detrás de ella, el biólogo había instalado su barómetro. Más allá, cerca del helado collado, se instalaron los instrumentos meteorológicos, al abrigo de los ventisqueros, por donde los hombres de Blaker cavaron dos cuevas: la primera, para la carne congelada, y la segunda, para el material de las investigaciones magnéticas.

Aquella primera vivienda antártica tenía un par de plantas, techo a dos aguas, veintitrés metros cuadrados, doble madera en las paredes y estaba forrada en el interior con papel alquitranado y fieltro. Las ventanas tenían doble hoja. El suelo era de linóleo alfombrado y se distribuía en un vestíbulo, un comedor, tres camarotes con literas dobles y la cocina. En la planta alta, el desván y entretecho, destinados para bultos y víveres, y en una de las paredes instalaron una pequeña biblioteca. Además, junto a la vivienda, también habían levantado un pequeño cobertizo para los perros.

Eduardo fue uno de los que pasó la última noche en la cabaña. Un velo de luz mortecina iluminaba la tierra tras los cristales. La nieve había tamizado toda la playa y aquella vivienda era una mancha difusa en ninguna parte. Solo aquella goleta era su conexión con el mundo y, cuando partiesen, aquellos hombres quedarían aislados.

—No podemos demorar la partida —le confesó aquella noche Blaker—. Las placas de hielo pronto pueden ser un problema.

—¿Acaso teme algo? —le preguntó Eduardo tumbado junto a él.

—No, temer no. Pero ansío que amanezca cuanto antes para alejarnos de aquí.

El casco del White Sea estaba preparado para esquivar los pequeños témpanos, pero no para quedar atrapado en su fría telaraña. Sin embargo, el otoño acababa de comenzar y para eso faltaban algunas semanas.

A las seis, Evans Blaker dio la orden de embarcar. El irlandés abrazó a sus hombres y se despidió de ellos hasta la siguiente primavera. Luego los acompañaron a la playa y empujaron dos botes hacia el agua.

El White Sea navegó a sotavento, cabeceando y serpenteando a merced de las olas. Se dirigieron hacia el norte para atravesar el estrecho de Bransfield, en dirección al archipiélago de las Shetland del Sur y, cerca del mediodía, el mar era una alfombra azul salpicada de placas de hielo suficientemente abiertas como para alejarse sin contratiempos de esa tierra que comenzaba a congelarse. Sin embargo, esa medianoche una tempestad los azotó despiadadamente. Esta vez el viento era del este.

Comenzó a oscurecer y la mayoría permaneció en las literas, pero el oficial de guardia los arrancó del sueño gritando para que subieran a cubierta. La goleta se movía con violencia y Eduardo presintió que algo no iba bien y decidió vestirse con calma.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo uno de los marineros ya saliendo del camarote—. ¿No has oído que debemos subir?

—Ya voy, ya voy —le contestó sin dejar de buscar en el armario—. Quiero abrigarme bien.

—¡Se te va a empapar con la tormenta, español! Ponte el jersey y cúbrete con tu impermeable. Con eso será suficiente.

—No sabemos cuánto tiempo podemos estar ahí fuera.

—¿Es que acaso crees que nos hundiremos por otra tormenta? —se enfureció su compañero.

—Solo quiero abrigarme bien. Nada más.

—¡Date prisa!

Y se largó de allí. Eduardo se forró lo mejor que pudo con su ropa interior de lana, borceguíes de piel de reno, botas, doble jersey, los guantes, un pasamontañas y su abrigo Burberry. Cuando se asomó a cubierta, el lametazo de una ola lo tumbó. Sus compañeros estaban arriando las gavias, el foque y la vela del estay. Eduardo se unió a ellos y comenzó a trabar amarras de refuerzo y a sujetar el cargamento, que comenzaba a soltarse de la proa. El mar anegaba la cubierta y al cabo de una hora se sintió empapado. Las olas eran gigantes, aplastándolos y zarandeando la carga de un lado a otro como si fuesen peonzas. Lo que sujetaban se volvía a soltar y los zarpazos que rompían sobre ellos los obligaban a sujetarse bien para no atravesar la barandilla y caer al agua.

En medio de la lucha contra el océano se percataron de que había fuego bajo las juntas de la bodega, en el pañol de popa. La bodega estaba llena de carbón y briquetas y desde el acceso a la sala de máquinas era imposible sofocarlo. Los cubos de hierro cargados de agua no dieron abasto y el infierno fue creciendo.

—¡Hay que abrir la escotilla de cubierta! —ordenó George How desencajando las mandíbulas desde el puente—. ¡Debemos inundar la bodega!

—Corremos el riesgo de hundirnos, capitán —advirtió el timonel.

—No hay otra alternativa. Inundemos. Es una orden.

Los hombres se lanzaron sobre la escotilla, intentando desajustarla y abrirla, pero el agua que azotaba la cubierta retrasó la operación casi veinte minutos. Eduardo formaba parte de una cadena que intentaba sofocar el fuego con cubos, pero cuando por fin comenzó a llover agua sobre la bodega, el incendio había devorado el mamparo que lo separaba de la sala de máquinas y avanzaba decidido hacia arriba.

—Abrid todas las escotillas. El agua debe circular por el comedor, los camarotes, la sala de oficiales —rugió el capitán How—. Debemos detener el fuego de cualquier manera.

—¡Nos hundiremos! —se azoró el explorador irlandés.

—¿Y cómo quiere detenerlo, señor Blaker? —se enardeció el capitán—. ¡Dígame! El fuego ya está en la sala de máquinas y vamos a perder el motor.

—Debemos insistir con los cubos.

—¡Con los cubos insistiremos para sacar el agua! —sentenció—. Ahora hay que inundar.

Abrieron la goleta a la tormenta y el agua comenzó a entrar a borbotones. Tazas, ceniceros, platos, vajilla, paquetes, todo comenzó a estrellarse y a chocar contra las paredes, y media hora después la goleta comenzó a escorarse. El agua iba sofocando el fuego, pero las hélices habían dejado de batir y el White Sea se ladeaba levemente, a la espera del zarpazo de alguna ola que acabaría por hacerlo volcar.

Eduardo estaba entumecido por el frío y comenzó a moverse sin parar. Casi entre tinieblas, se topó con Evans Blaker cerca del puente de mando.

—Hay que lanzar los botes al agua —le dijo el español al explorador.

—No resistiremos en los botes —le contestó aturdido—. Todavía podemos apagar el fuego.

—¿Es que acaso no lo ve? —se desesperó Eduardo—. Cuando consigamos apagarlo, el barco tendrá tanta agua que será presa fácil de cualquier ola.

—Es el capitán How quien debe...

—¡Me prometieron que volvería! —le gritó furioso y sacudiéndolo de la solapa—. ¡Hicimos un trato y no quiero morir aquí!

—Cállate —le pidió él con un empujón—. Cállate y no pierdas la calma.

El explorador se alejó furioso y entró en el puente de mando. Eduardo pudo ver la discusión con el capitán a través de los cristales mientras la goleta agonizaba en el vientre de aquella oscuridad. Los faroles tintineaban sobre la cubierta iluminando los golpes de la espuma.

—Tenemos que lanzar un bote —le gritó Eduardo a uno de los marineros que luchaba por mantenerse en pie—. Nos hundimos.

Se dirigieron hacia la embarcación de babor y comenzaron a desamarrarla. Algunos hombres acudieron en su ayuda mientras escuchaban las amenazas del capitán desde cubierta. Todos podían constatar que los golpes del agua helada cada vez eran más certeros pero, en pocos minutos, el bote había tocado el mar.

El White Sea gruñía y cada nueva ola lo sepultaba aún más.

Eduardo saltó a la embarcación y otros marineros lo siguieron. Tenía cinco metros de eslora, un palo y una vela, un par de remos y una lona. Todos achicaron agua con las manos y esperaron para soltar amarras. Eran siete. La furia del mar amenazaba con hundirlos nada más alejarse del cobijo del White Sea.

—Suéltala —gritó Eduardo a uno de los marineros—. Suelta esa maldita cuerda de una vez.

Entonces vio a Evans Blaker gritando desde la barandilla y lanzándoles una bolsa dentro del bote. Luego se tiró él.

En pocos minutos, el oleaje los alejó del navío y todos lo observaron ladearse, brillando como una lámpara opaca, llameando en su interior. Sin embargo, apenas pudieron sentir alivio o desasosiego. La furia de las olas los encumbraba y los estrellaba en el agua helada y, una y otra vez, una montaña los aplastó como si fuese a hundirlos definitivamente. Entonces Eduardo pensó que sería imposible sobrevivir así, vaciando el agua con tazas mientras intentaban sujetarse para que el mar no los arrastrase entre la espuma.

Y en aquel momento llegó el golpe definitivo, y todo fue oscuridad.

El almacenero le entregó a Ílan la carta una semana después de la partida del White Sea. Fue durante el primer viaje que el marido de Lakuta hizo a Ushuaia. Cuando se la puso a Sophie en las manos, percibió cómo le temblaban.

—Volverá pronto —se apresuró a decirle el yagán—. Confía en él.

Sentada en la cama, repasó la letra atropellada de Eduardo y la angustia presionó de nuevo su pecho. Su huida ya no dependía ni de Adam ni de su hermano, ni siquiera de que Eduardo regresase a tiempo de la Antártida. Si el embarazo continuaba con tantas indisposiciones, dudaba de sus fuerzas para emprender un viaje hacia Buenos Aires. Más bien, ese plan le pareció una quimera.

—Me iré —susurró varias veces—. Lo haré.

Repetirlo era como un conjuro. Postrada y débil, solo su rabia y su coraje podían hacerla sobrevivir. Poco le importaba que Daniel ya no bebiera. Poco le importaba que él hubiese vuelto a la hacienda. Sophie sabía perfectamente por qué había regresado. Dorothy también lo supo y había intentado que ella lo llegara a comprender.

Por eso decidió ocultar su preñez todo el tiempo que pudo. Lo había intentado deseando que ese malestar se desvaneciese de un día para otro y así poder embarcar en cualquier momento. Pero ya casi no podía levantarse. Habían sido demasiados empujones, demasiados hachazos para un tronco tan débil, y la inexplicable desaparición de Eduardo Ariza fue el golpe definitivo.

Y cuando Daniel la vio delirar entre vómitos y espasmos, se asustó de tal forma que navegó hacia el poblado en busca de aquel boticario que ejercía de médico. Fue así como se enteró de su embarazo y recibió extremas advertencias sobre su debilidad. Polidoro Sagggers determinó que debía guardar reposo y que, si no lo hacía, corría un serio riesgo de perder al niño.

Daniel pasó varias horas sentado junto a ella, observándola mientras dormía, como si la velara. Pero ella lo temía, convencida de que en aquella hacienda su vida acabaría esfumándose como la de Adam.

El miedo se había convertido en un veneno que avanzaba poco a poco.

Debía callar... Y escapar de allí.

Ese último día de febrero de 1896, Sophie arrugó el mensaje de Eduardo en su puño y lo quemó con el candil. Nadie debía intuir el rastro del capataz. Luego buscó pluma y papel y se sentó frente al pequeño escritorio de su habitación. Ya había llorado todo lo que podía y se disponía a ajustar cuentas. Antes, debía ayudar a su hermano. Ya luego cargaría su tinta y dispararía su pluma contra Emma Buchanan y le contaría la verdad, como si por fin Anne Collinwood pudiese desahogarse después de tantos años. La esposa de su padre era un ser egoísta y despreciable, y pensó que ese odio también la ayudaría a sobrevivir.

Sin embargo, primero debía esperar a que alguien pusiese aquella misiva llena de amor y esperanza en manos de Thomas, y volvió a jurarse que lo rescataría del orfanato londinense. Sophie se envolvió en su abrigo y salió de casa por primera vez desde que había vuelto con Daniel de la misión anglicana.

—¿Qué hace levantada, señorita? —le preguntó Lakuta cuando la encontró de regreso por el huerto—. ¿Acaso no oyó lo que le dijo el médico? ¡No vaya a volver a desmayarse!

—No puedo encerrarme para siempre. El señor Saggors me dijo que, en la medida en que me vaya encontrando mejor, haga paseos y fortalezca los músculos.

La indígena tenía las manos sucias de revolver la tierra. El huerto era un cercado de algo menos de una hectárea. Sophie sabía lo que era doblarse sobre los surcos y arrancar los rojos frutos de las grosellas para preparar pasteles y mermeladas, el mismo esfuerzo que requerían las frambuesas, los nabos, las coliflores, los tomates y las uvas. Lakuta estaba preparando la tierra para cuando llegase el tiempo de la acelga, la lechuga, las zanahorias, los guisantes, los hinojos y los pimientos. Y la pequeña Síma se paseaba por los bancales.

—Ílan me ha dicho que él volverá —le dijo—. Y me alegro por usted.

—Lo sé.

—Ahora debe cuidarse.

—Más que nunca.

Sophie soportó el desafío de aquellos ojillos alargados. Ella también lo sabía. La yagana siempre lo había sabido.

—Será mejor que no haga locuras, señorita.

—En cuanto pueda me iré, Lakuta.

Esta se sacudió las manos, llamó a la pequeña Síma y le dijo algo en yagán. A Sophie le gustaba su lengua. Le parecía suave, agradable, sonora, fecunda de sonidos vocálicos ricos en matices. Las sílabas a veces eran largas, pero otras tan breves que a ella se le hacían imposibles de pronunciar.

Madre e hija buscaron el sendero hacia su cabaña y Sophie decidió descender al muelle. El verano se iba consumiendo y la zarpa del viento parecía empujar las noches y su rugido callado arrastraba nubarrones y rasgaba el cielo para que se asomase el sol. Esa era la tierra del viento, donde nunca cesaba. Sophie se sentó en el muelle y se quedó con los ojos fijos en el sur, hacia donde ya no podía ver, hacia donde estaba Eduardo.

—¿Crees que no me doy cuenta?

Se volvió turbada y la vio allí, erguida y llena de ira.

—Me has asustado —le dijo a su cuñada.

—¿A qué estás jugando, Sophie?

—¿Jugar, yo? No te entiendo.

—Me entiendes muy bien. Más de lo que yo había imaginado —replicó Victoria.

Sophie ya había estado detrás del establo, frente a aquel montículo dormido entre los árboles, limpio de hierbas y líquenes y con una pequeñísima cruz sobre él.

—No sé de qué me hablas, Victoria —le dijo poniéndose en pie.

—Sé que lo sabes. —Su rostro desencajado y su sonrisa enajenada le erizaron la piel.

—Te equivocas. Estás imaginando algo que no es verdad —le contestó amable pero con firmeza.

—¿Crees que puedes jugar a los fantasmas conmigo? ¿De verdad lo crees?

Sophie arrugó la frente y trató de descifrar aquel galimatías demente.

—Más te vale que mantengas la boca cerrada, ¿lo entiendes? Daniel no imagina lo del capataz. ¡Siempre ha sido tan cándido...! ¡Tan vulnerable! —Y volvió a sonreír como una loca—. Siempre ha necesitado lo que tú no le puedes dar.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes. Y será mejor que mantengas la boca cerrada. ¿Lo entiendes?

Ella asintió despacio, a la defensiva.

—Fue Lakuta quien te lo dijo, ¿verdad? Ya ajustaré cuentas con esa salvaje. ¡Pero contigo también! —le escupió—. ¡Conmigo no podréis!

Victoria se le acercó más y ella dio un paso hacia atrás.

—Ni me gustaba Dorothy ni me gustas tú. Así que procura no jugar conmigo. ¿Acaso crees que no sé quién puso aquel medallón sobre mi cama?

Sophie la miraba temerosa y estupefacta a la vez.

—¿Y esos ruidos que haces para despertarme?

Su cuñada negó con la cabeza, pero Victoria ni siquiera lo percibió.

—¿Crees que puedes jugar a fantasmas como le hiciste creer al niño? ¡Conmigo no podrás! Así que más te vale que mantengas tu boquita cerrada. Solo así nos llevaremos bien. ¿Me has entendido?

Y volvió a asentir como una autómatas.

Victoria sonrió triunfante y se alejó.

Había ido a amedrentarla y lo había conseguido.

Una semana y media después, a mediados de marzo de 1896, la existencia de Eduardo Ariza se perdería en la deriva de una noche de tormenta. Cuando la gigantesca ola los soltó de su puño, el bote se mantuvo a flote con dificultad. De sus ocho ocupantes, solo la mitad permanecía a bordo: Eduardo Ariza, el ucraniano Gonik, Evans Blaker y Collins, el joven fogonero que había detectado el fuego en la bodega. En la oscuridad oyeron los gritos de sus compañeros en las gélidas aguas del estrecho de Bransfield, pero ni pudieron verlos ni intentar socorrerlos. Estaban condenados, como el White Sea, al que la tormenta y el oleaje habían borrado para siempre del horizonte.

—No podemos hacer nada por ellos —dijo Evans Blaker—. No sé ni si por nosotros.

Los cuatro presintieron la muerte. Su sombra lo venía rastreando desde hacía muchos años, desde que aquella madrugada Eduardo había abandonado el cadáver de Jaime Arrieta en Madrid. Le había llegado la hora. Y se resistía. Quizás hubiese sido mejor lanzarse al mar antártico y que lo enguliese alguna ballena como a Jonás intentando huir de Nínive. Pero no lo haría. Un hilillo de brío prolongaba su agonía, e imaginó a Sophie esperándolo para siempre. La angustia lo ayudó a hinchar los pulmones de aire helado y a continuar achicando agua con el cubo. El frío se clavaba sobre su piel como cuchillos, moverse era la única alternativa para mantenerse vivo.

Organizaron turnos para que una pareja se guareciera bajo la lona mientras los otros dos achicaban sin parar. Eran como un corcho a la deriva, subiendo y bajando entre moles espumeantes, esperando estrellarse contra algún témpano, ansiando el madrugador amanecer del sur.

Ya solo tiritaban y se quejaban lastimeramente esperando el final. Sin fe.

Y fue entonces cuando ansió con su corazón ardiendo que hubiese algo más. Hacía muchos años que no lo hacía. De pequeño había frecuentado San Ginés de Arlés, pero aquella liturgia lóbrega no le decía nada y, como su padre, cuando fue un adolescente decidió evitar los velones, los púrpuras y las sotanas. La religión era un ancla para disfrutar la vida, una anestesia para las penurias de la desesperación, ya fuese en Madrid o entre los indígenas de Tierra del Fuego. Pero aquella noche supo que iba a morir y, como nunca le había sucedido, quiso

recordar aquella fe de su madre arrodillada con su mantilla negra, y ansió no desaparecer, ni convertirse en espuma y hielo.

—Quiero vivir —susurró con los labios ya amoratados.

Y entonces sintió un calor sobre los hombros, como si alguien lo abrazara y cubriese su espalda. Eduardo abrió bien los ojos y se volvió, como si esperase encontrar a alguien junto a él. Pero no había nada, solo aquella inexplicable tibieza, como si ya no le importase vivir o morir, sino aquel alivio.

—Está amaneciendo —murmuró Blaker señalando hacia el oriente.

Eduardo distinguió un crepúsculo blanco. El aguanieve había dejado de golpear contra su cara y el oleaje era un espeso manto que cada vez los balanceaba con menos violencia. Blaker y Collins dormitaban bajo la lona y solo reaccionaron cuando el sol desgarró con fuerza el horizonte brumoso. El frío aún era afilado, estaban empapados y dos de ellos tosían con el rostro lívido.

—Deberíamos haber muerto —dijo Collins, el fogonero—. Deberíamos habernos quedado en el barco. Ahora nuestra agonía será más lenta.

El mar antártico era una inmensidad gris y desoladora.

—Podemos sobrevivir —le contestó Evans Blaker revolviendo en su bolsa.

Enseguida les mostró una brújula, un sextante, un cronómetro, un lápiz, un libro de mano y unas cartas náuticas.

—Nadie sabe dónde está la cabaña. Pero yo sí.

Los otros tres lo miraban mudos, deseosos de aferrarse a cualquier esperanza. El fondo de la barca todavía estaba húmedo y por ello le pidió a Eduardo que sostuviese las cartas náuticas desplegadas sobre la lona. El explorador se pegó el sextante al pecho y comenzó a hacer anotaciones sobre las hojas de un libro empapado.

—Estoy seguro de que no estamos lejos de la costa de la cabaña —dijo al fin—. La tormenta nos ha empujado hacia el sur. Solo tenemos que insistir.

Todos quisieron creerle. Subieron el mástil, desplegaron la vela y Blaker se sentó

en la popa, junto al timón. La embarcación comenzó a avanzar decidida, con la vela hinchada como un pulmón blanco. Comprendían su velocidad cuando esquivaban los azulados icebergs y sentían latir una ilusión que solo desentonaba con su debilidad. Collins y Gonik tenían fiebre y tiritaban sin cesar. Ellos también se desnudaron y ataron sus ropas al mástil. Aunque jamás se secan del todo, mientras aquel milagroso sol los entibiara podrían evitar el contacto del agua helada sobre la piel. Solo Blaker conservó los pantalones apoyado en el timón, con el viento afilándose sobre ellos.

El cielo era una bóveda celeste con nubes blancas y la tormenta parecía un sueño incomprensible.

—Nadie sabe dónde estamos —lloró el marinero ucraniano—. ¡Ni siquiera podremos sobrevivir a esta noche!

Eduardo se tumbó junto a él.

—Creo que te equivocas, Gonik. —Y sacudió su cuerpo vencido—. Creo que lo conseguiremos. Este cielo es más que una oportunidad, es como un regalo.

Gonik y Collins acabaron acurrucados uno junto al otro bajo la lona, y Eduardo y Blaker se pusieron al mando del pequeño velero. El aire se había vuelto seco y tonificante, el mar estaba en calma y el sol sobre las islas de hielo era de una belleza sobrenatural. Aquella tierra inhóspita se burlaba de ellos.

Los dos hombres pudieron divisar un géiser que nacía del horizonte azul e intuyeron la gigantesca forma de una ballena. Sabían que, si uno de aquellos mamíferos los rozaba, volcarían. Sin embargo, Eduardo Ariza no sintió miedo. Había comprendido que siempre había un motivo por el que vivir, incluso en las peores circunstancias, cuando todo estaba perdido. Algo había cambiado en él durante esa noche. Algo más que el White Sea se había hundido en medio de la tormenta.

Por su parte, Evans Blaker sujetaba el timón desanimado. Su semblante había perdido la serenidad y el optimismo con los que Eduardo lo había conocido. Estaba cansado y sufriendo con el frío, pero no se quejó ni una sola vez. El irlandés se había vuelto un hombre hosco que solo se dedicaba a otear el mar, a medir con el sextante y a orientarse con la brújula.

—La tormenta nos acercó mucho más de lo que pensaba —le dijo a Eduardo

hacia las nueve de la noche.

El sol todavía brillaba, pero los cuatro hombres se habían vuelto a forrar con la ropa húmeda, aunque ya no empapada. Eduardo mantuvo en el mástil un jersey, los guantes y el pasamontañas. Surcaban estrechos pasillos formados por grandes placas de hielo que invitaban a caminar sobre ellas y el explorador sabía que estaban cerca de la costa. Desde la tarde, los nubarrones negros comenzaron a oscurecer parcialmente aquel mar níveo, pero el sol fisgoneaba entre ellos. Las bandejas de hielo parecían inmensos campos espejados de blanco y, otras veces, escarpadas montañas azuladas. El bote avanzaba con estabilidad y firmeza, algo ralentizado por los choques contra el hielo.

Gonik y Collins parecían dormir.

—¿A qué distancia cree que estamos entonces?

Blaker elevó un dedo hacia el horizonte.

—¿Ves aquellas pequeñas manchas negras?

Eduardo pudo distinguir los picos de las montañas que habían dejado el día anterior. Las máculas oscuras eran las rocas todavía sin nevar. El corazón se le aceleró nervioso.

—Puede ser cualquier orilla —se atrevió a decir.

—Esa es nuestra bahía —afirmó Blaker rotundo—. Te lo aseguro.

El rostro del español se transformó y amagó con despertar a los otros dos, pero el explorador le apretó el brazo.

—No lo hagas todavía. Espera a que nos acerquemos. En un par de horas volverá a oscurecer.

—¿Acaso volveremos a pasar la noche aquí?

El irlandés no contestó y Eduardo alargó uno de los remos para alejarse de un pequeño témpano, y luego de otro y de otro.

Una hora después la forma de la bahía se les dibujó como conocida. Era

imposible divisar la cabaña, pero sabían que estaba allí, en tierra, con calor, provisiones y todo lo necesario para sobrevivir durante el invierno y mucho tiempo más.

—¡Estaba seguro de que lo conseguiríamos! —exclamó Eduardo.

Blaker parecía exhausto.

—Hemos hecho algo asombroso —le dijo.

—Apenas sé cómo logramos lo imposible. Anoche deberíamos haber muerto, como los demás. No sé cómo lo hemos conseguido.

—Quizás en verdad estemos muertos, Ariza. Quizás lo estemos sin darnos cuenta. Nadie sabe dónde estamos. Solo yo —pronunció el irlandés—. Nunca podremos escapar de esta tumba con vida. Debes saberlo.

—No deberíamos haber sobrevivido, y lo hicimos —le dijo Eduardo—. Creo que alguien más que nosotros cuatro viaja en este bote. Él nos ayudará. Creo que hoy estoy convencido de ello.

El mes de marzo ya alargaba las noches cuando una madrugada Daniel Summer abrió los ojos como si hubiese llegado el amanecer. Aún con el velo del sueño, miró a su alrededor nervioso y raspó una cerilla para encender la lámpara. Estaba solo. Volvió a inspeccionar cada rincón ya iluminado. Sophie dormía en la habitación de Dorothy. Ella no tenía nada que ver con su desvelo, pero pensó en ella, y en Adam también. ¿Cuántas veces le habría sucedido aquello a su hijo? ¿Cuántas veces se habría despertado sobresaltado con la sensación de no estar solo? Pero él todavía no podía comprenderlo. Los sueños eran así y, en ocasiones, parecían tan reales como indescifrables. Adam había muerto atormentado por ellos y Daniel había tenido que perderlo para comprender cuánto lo echaba de menos.

Y, por primera vez en muchos años, no le importó llorar.

La fachada ennegrecida del orfanato y el rótulo de bronce con su nombre se iluminaron en su memoria como si todo volviera a suceder. Casi podía oír los gritos del limpiabotas desde el enrejado de su habitación o divisar en la acera de enfrente la pequeña tienda de juguetes donde sonaba una melodía apagada y pobre. Desde luego, aquel orfanato de Plymouth no era como Harrow, Rugby o Eton. De haber estado allí, recordaría los rosales, las yedras y madre selvas trepando por las paredes, o las ricas praderas con olmos gigantescos cerca de un río tranquilo. Pero él no salía a remar ni a jugar al cricket, más bien creció como un pequeño esclavo de los internos más veteranos, barriendo las habitaciones, compartiendo su pan a la fuerza o sufriendo puñetazos a hurtadillas. Con diez años había creído tener la suficiente fuerza para rebelarse, pero unos chicos mayores lo arrastraron hasta la primera planta y lo lanzaron sobre un hogar con las brasas todavía encendidas.

Daniel Summer recordó la humillación con tanto dolor que ansió tener una botella a mano. Resistió la tentación porque se lo había prometido a Sophie, como se lo debería haber prometido a Adam. Pero no había sabido hacerlo y parecía repetirse la historia, igual que había sucedido con su padre, que lo había arrinconado en Plymouth. Sin embargo, al recordarlo, aquello ya había cicatrizado. Con los años había comprendido que todo había sido por Catherine. Su padre había sido responsable, por supuesto que sí, pero él necesitaba una mujer. Todos los hombres necesitan una mujer, y Catherine había sido muy suya.

Ella solo había mirado por su hija. Su madrastra había conseguido olvidar sus abortos mimando a una niña que fue creciendo bajo su sobreprotección hasta convertirla en una veleidosa. ¿Y a él? A él jamás lo había querido, y nunca se lo había ocultado. Y cuando lo recibió en la granja siendo ya un adolescente fue porque le había llegado la hora de abandonar aquel hospicio gris y porque su padre se empeñó contra viento y marea en llevárselo a casa.

Pero Catherine no cambió, e incluso lo había hecho culpable de todo, y había llegado a decir que si Daniel jamás se había sentido parte de aquella familia, no había sido por su destierro entre huérfanos y bastardos, sino por él mismo y su carácter. Pero la verdad era otra. ¡Muy otra! Él había crecido como un extraño, con el rechazo que Catherine le había impuesto. Su redención se fraguó cuando se instaló en el condado de Devon. Fue entonces cuando aprendió todo lo que sabía sobre los animales, entre corderos y bosques que su hermana Victoria apreciaba mucho más que las clases de una vieja institutriz.

Su hermanastra era una niña consentida y rebelde que tenía trece años. Le gustaba trotar junto a él y su padre, buscando cualquier excusa para alejarse de Catherine. Ella comenzó a intuir que la niña de sus ojos estaba más cerca de convertirse en una tosca granjera que de conseguir un improbable acuerdo matrimonial por el que no manifestaba ni el más mínimo interés. Y si Catherine hubiese podido acusarlo de su descarriado carácter, también lo hubiese hecho.

Fue por ello que cuando Charles Summer emprendió el desafío de Tierra del Fuego, Catherine creyó que un rayo de luz iluminaba sus planes. El desafío que la Sociedad Misionera Patagónica había incubado en su marido le pareció un prodigio que ella jamás hubiese podido tramar mejor. El fin del mundo fue la oportunidad para olvidarse de Daniel durante dos años en los que Catherine intentó encauzar la educación de su hija en Inglaterra y algún noviazgo. Sin embargo, Victoria esperaba las largas cartas de su padre y de su hermanastro como Ushuaia ansiaba el verano. Y cuando Charles Summer les propuso sumarse a la aventura del sur Victoria no dudó en preparar su baúl, mientras Catherine maldecía aquella locura.

A Daniel le daban ganas de reír a carcajadas. Sabía perfectamente que Catherine había atravesado el mundo por ella, por su hija, y a regañadientes, porque no pudo oponerse a la voluntad de su esposo y, aún peor, a la de la propia Victoria. Y seis años después de su llegada, a su madrastra parecía darle igual que la niña de sus ojos se aferrara a Tierra del Fuego como un náufrago a los restos de un

tronco flotando por mera fortuna. Y su obstinación la desquiciaba.

Entonces deseó como nunca desprenderse de aquellas dos mujeres. Quizás había llegado el momento de convencer a Victoria. Ella se resistiría, pero Daniel debía ser firme, como nunca lo había sido. Lo mejor sería que madre e hija regresasen a Inglaterra, y debía decírselo, por el bien de ellas y por el suyo también. Sería la única oportunidad de ser feliz con Sophie y de honrar la memoria de Adam. Sophie había demostrado que sería una buena madre, como había intuido su padre.

Daniel se sentó sobre el colchón y se cruzó de brazos. Deseaba espantar esos pensamientos a manotazos. Ya estaba suficientemente desvelado como para seguir azuzando el dolor. En tan solo tres horas debería volver a estar en pie y, además, quería enterrar su pasado.

Acercó la boca a la lámpara, sopló y, mientras intentaba volver a dormirse, una ráfaga de viento abofeteó la ventana y un manto de oscuridad cegó la luna. Fueron solo unos instantes, pero los suficientes como para que Daniel se sintiese atraído por la ventana. Avanzó sobrecogido hacia ella, convencido no sabía muy bien de qué, y se fijó en la oscuridad del exterior.

Fue entonces cuando la vio.

Su piel se erizó al distinguirla erguida a unos veinte metros, como si levitara. Su cuerpo brillaba con un blanco resplandeciente y su rostro era irreconocible. Daniel se quedó petrificado, esperando a que aquel ser avanzara hacia él. Pero no lo hizo. Solo lo observó de una manera sobrenatural, mientras él le echaba valor y corría fuera de la casa en busca de respuestas.

A Victoria Summer la despertó el viento fresco sobre la cara y el vuelo de las cortinas flameando hacia adentro. Revisó el dormitorio, se levantó aún aletargada y cerró las hojas de la ventana. Estaba segura de que estaban jugando con ella y encendió la lámpara furiosa, dispuesta a que alguien respondiese de esa estupidez. Con sigilo, salió al pasillo con la lumbre y accionó el picaporte de la última habitación. Apenas con una rendija le fue suficiente. Sophie parecía dormir profundamente, aunque eso no significaba nada. La habría zarandeado hasta despertarla, pero esa floja sería bien capaz de gritar y alertar a Daniel, y no quería desenmascararla así. Él creería que estaba loca y Sophie cada día crecería un poco más entre aquellas paredes, hasta que a Victoria ya no le quedase espacio para respirar. Y no podía permitirselo.

Entonces se dirigió hacia la cocina. Abrió uno de los armarios y sujetó el rifle. Luego apagó el candil y se adentró en la oscuridad de la noche. Fuese quien fuese, no iba a jugar con ella sin más. No lo permitiría.

Rodeó la casa deslizándose como un espectro, con el dedo sobre el gatillo y sus ojos desnudando las sombras. Pero no vio nada. Solo podía oler la humedad y su miedo, y tuvo la sensación de que no estaba sola, de que en cada uno de sus pasos podía sentir el aliento de esa zorra que no podía dejarla en paz ni después de muerta. Había escuchado a Jem hablar de los yosi y ella se había reído de las estupideces de su pueblo. Ellos no eran humanos, pero se movían como los hombres; no estaban vivos, pero se asomaban desde la otra vida para acecharlos en los bosques. Victoria cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente. ¿Acaso se estaba volviendo loca? Era eso lo que pretendían, pero no lo iban a conseguir. No iban a hacerlo.

Sus ojos brillaban como luciérnagas y se fijaron en el establo. Hacía tiempo que el pánico no le endurecía los músculos de esa manera. El portón estaba entreabierto. Como otras veces, pero esa noche se estremeció. Ya dentro, solo pudo oír el relincho de los caballos, porque las ovejas durante el verano pernoctaban a la intemperie. Conocía aquella penumbra perfectamente y se encaminó hacia los boxes con cautela. Palpó en busca de la lámpara que colgaba en la pared. Sujetó el rifle bajo el brazo, buscó una cerilla y encendió la mecha del farol hasta alumbrar aquel rincón. Al volverse pudo verlo con toda claridad: estaba de pie y fuera del box. Iba desnudo, bruñido por el sol, solo cubierto por

un taparrabos y su rostro rayado de blanco. Parecía una araña quieta, sujeta a la red, esperando a que su víctima se enredara en su tejido. Victoria sujetó el rifle e intentó prepararlo para el disparo, pero él fue mucho más rápido y la desarmó de un manotazo.

—¿Acaso me ibas a disparar?

Victoria se tranquilizó y bajó el arma.

—No te había reconocido. Has cambiado mucho.

—Tú estás igual.

Su expresión era adusta y los caballos comenzaron a relinchar nerviosos.

—¿A qué has venido?

Él hizo una mueca y continuó mirándola fijamente, tensando su amenaza, y cuando Victoria pensó que tendría alguna oportunidad de correr, saltó sobre ella extendiendo el brazo como la lengua de un reptil capturando a un insecto. Intentó gritar, pero Jem le tapó la boca y luego la alejó para propinarle varios cachetazos. La fuerza del yagán la dejó aturdida, tumbada sobre el heno. Sintió el sabor de la sangre en el paladar y, cuando se dio cuenta, los botones habían cedido y le había arrancado el camisón de un tirón. Volvió a revolverse agitando los puños, y esta vez el yagán la golpeó hasta dejarla inconsciente. Solo emergió de aquel colapso cuando sintió su embestida entre las piernas y, todavía confundida, intentó gritar, pero él la volvió a abofetear hasta amansarla. Luego apoyó una mano sobre su rostro y Victoria sintió que su peso iba a desencajarle la cabeza. El yagán hizo un último esfuerzo hasta que Victoria sintió que cesaba su trote.

—Ahora ¿quién ríe? —pronunció Jem en un inglés bastante claro apartándose de ella.

Victoria no lloraba. Masticaba su dignidad y escupía sangre sobre la hierba.

—Calla si no quieres que te mate —la amenazó.

Y le permitió incorporarse lentamente, aún dolorida.

—Vete —le exigió ella.

—Lo esperaré a él.

—¿Acaso te has vuelto loco?

—Vendrá. Yo lo haré venir. Sé cómo hacerlo.

—Maldita bestia, ¿qué pretendes?

Entonces Jem le soltó un puñetazo en la sien y Victoria se desplomó. La arrastró dentro del box y dejó que la lámpara siguiese alumbrando el rincón. El veneno del odio lo había enloquecido.

Daniel Summer podría haber entrado en cualquier momento, apuntarle con un rifle y matarlo como a un perro. Sin embargo, aquella oportunidad resarcía su ira y no quiso desaprovecharla. Una negra fruición lo invadió al imaginarlo descubriendo aquella humillación. Él sentiría su misma rabia y solo entonces acabaría con él. Solo tenía que acercarse otra vez a su ventana y obligarlo a salir. La lumbre del establo haría el resto y la caza sería completa.

Esa noche era la noche. Esa noche todo sería posible y ni siquiera tuvo que moverse de allí. Sintió el gruñido de la puerta del establo y supo que era él. Entonces se sumergió en la oscuridad y dejó que los caballos relincharan mientras Daniel avanzaba sigilosamente, alertado por la luz del candil en las cuadras, hasta que llegó al cubil iluminado y vio el cuerpo de su hermanastra sobre el heno.

—¡Victoria! —exclamó intentando incorporarla entre sus brazos.

Daniel estaba confuso e intentó comprobar que estaba viva. Tenía el rostro manchado de sangre y golpes, pero respiraba. Su cabeza latía atolondrada, intentando comprender, pero no tuvo mucho tiempo más porque supo que tenía a alguien detrás de él, y se volvió. Apenas le costó reconocerlo y mucho menos hilvanar por qué estaba allí. El yagán lo apuntaba con una flecha y Daniel se puso en pie muy despacio.

—Ahora entenderás mejor lo que hiciste —le dijo Jem.

Daniel tragó saliva y sintió un sudor frío recorriendo todo su cuerpo.

—No debiste hacerlo —desató su lengua con rabia—. Ella no tenía la culpa.

—Mi mujer tampoco.

Y sin darle tiempo a comprender, el yagán soltó la cuerda del arco y la flecha le atravesó el pecho cerca del hombro. Daniel sintió el impacto y dio un grito de dolor, pero sin perder el equilibrio. Entonces se movió por instinto y avanzó hacia Jem, que intentaba cargar otro astil. Dio un salto hacia atrás y esquivó el contacto, a la vez que volvía a tensar el arma. Daniel supo que se exponía indefenso ante la muerte y se revolvió con rapidez, preparado para correr hacia la casa. Pero el hermano de Lakuta no perdió el aplomo y, como si apuntase a un guanaco, soltó una segunda flecha que se hundió en la penumbra. Jem oyó un grito y un cuerpo desplomarse, y supo que había acertado.

Se acercó a él y lo vio tumbado boca abajo, con el proyectil clavado en la espalda, cerca de la nuca. Estaba inerte y pensó que así moriría más lentamente. De eso se trataba, de dilatar su sufrimiento, como le había sucedido a ella, a su Maepi, ya para siempre en el bosque.

Jem oyó el susurro del silencio y, al levantar su cabeza como los perros ante el peligro, observó que no estaba solo: había un cuerpo refulgente, iluminado por la luna que se colaba por los ventanucos.

Estaba allí, de pie, irreconocible, espectral, y Jem lo observó con temor.

LA TIERRA OCULTA

La cuarta semana de marzo había enfriado la tierra. Las lenguas incendiaron de rojo y oro las colinas y los ñires, y los coihues salpicaron los verdes de manchas anaranjadas. Inexplicablemente, el viento fue dando tregua a la región y el canal se espesó. Entonces Sophie supo que ya no bastaba con mirar hacia el mar para que Eduardo volviera. Las probabilidades de su regreso antes del invierno eran tan escasas que ya le costaba engañarse. Cada día que pasaba la navegación por las negras aguas se tornaba más arriesgada. Su cabeza se embarulló de temores y, cada tanto, espantaba la idea de que el navío inglés hubiese acabado devorado por los hielos del sur.

Sin embargo, Sophie sabía de la inutilidad de la desesperación. No existía peor enemigo que el miedo para tomar decisiones. Solo debía pensar en su hijo, un niño que llegaría como un rayo de sol atravesando los densos nubarrones en la estación invernal.

—Si quiere tenerlo, tiene que cuidarse, señorita.

—Necesitaba respirar, Lakuta —le dijo ella.

Estaba sentada en una silla, en el soportal de la casa. La yagana, de pie, en el marco de la puerta del porche. Sophie ya echaba de menos el verano y transitar el sendero que conducía hasta el embarcadero, flanqueado por las flores rojas del notro, las violetas amarillas o las orquídeas abiertas como aves dispuestas al vuelo.

—Lo siento mucho, señorita.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo. Lo del señor Daniel, también.

—¿Por qué nunca me hablaste de Jem?

—Ese hombre ya no es mi hermano. Hace tiempo que me desprecia por vivir con los ingleses.

—¿Por eso intentó matarlo?

—El señor Daniel tuvo problemas con él.

—¿De qué tipo de problemas hablas?

Lakuta calló y miró hacia el canal.

—¿Por qué te empeñas en ocultármelo todo?

—Siempre quise protegerla, señorita.

—Pues ya no quiero que me protejas más. Te lo ruego. Dime qué fue lo que sucedió entre Jem y Daniel.

—El señor Daniel forzó a su mujer, señorita, y Maepi acabó dando a luz un niño blanco.

Sophie dibujó una expresión de asombro, pero acabó asintiendo, como si lo hubiese esperado.

—Juró matarlo, y él lo sabía.

Ya había pasado casi un mes desde que Ílan y Löm lo cargaran hasta su habitación. Lo tendieron sobre el lecho, ensangrentado y moribundo. Fue Lakuta la que le extrajo la flecha del pecho y la de debajo de la nuca. Luego lo desinfectó y lo cosió. Daniel no soltó ni un gruñido. Parecía muerto en vida y, cuando el boticario belga lo vio, les aseguró que debían prepararse para lo peor. El proyectil no solo había perforado las cervicales, sino que podría haber alcanzado el cerebelo y, si era así, Daniel Summer no se volvería a levantar, ni a hablar, ni a despegar los párpados. Sin embargo, un par de días después acabó abriéndolos. Sus ojos estaban vacíos, ausentes, y movía la boca como un bebé al que había que empujar el puré para que pudiese comer.

Todos supieron que Daniel Summer no volvería a ser el de antes, pero también que lo que había hecho Jem nada tenía que ver con la voluntad de Ílan y Lakuta.

—Él ya nunca se levantará —le dijo Sophie.

—Por eso le he dicho que lo siento, señorita.

—No lo sientas entonces. Sabes que me iré.

—Cuando el embarazo avance, ya no se podrá ni mover de la cama —le recordó la yagana.

—Cuando nazca el niño, me iré.

—Ellas también lo harán, señorita. Las cosas han cambiado, y mucho.

—Pero yo no me iré con ellas. Yo me iré con Eduardo.

El viento soplaba a rachas y Sophie se envolvió en su abrigo.

—Debe estar preparada para todo.

—El volverá. Me lo ha prometido.

—Debe prepararse para su primer invierno, señorita. Debe aceptarlo.

—Volverá —insistió obstinada.

Las primeras nevadas de abril empalidecieron el paisaje. Su corazón era un nudo y cada vez le costaba más levantarse de la cama. No podía ayudar en la casa y de Daniel solo se ocupaban Victoria y la indígena. Su esposo parecía un muñeco y ella imaginó que Jem no podía haber tramado una venganza más cruel. Bahía Viento se apagaba y, sin Eduardo ni Daniel, fue necesario contar con los buscadores de oro de Yendegaia, aunque solo uno de ellos decidiese permanecer en la hacienda. Sophie intuía que el mantenimiento de la tierra se haría inasumible para las Summer y que se verían obligadas a venderla.

A finales de abril, el reverendo Lawrence y su esposa Clara fueron a la hacienda Summer acompañados de un terrateniente escocés. La visita no solo se debía al interés por vender aquellas tierras, sino a la preocupación por el estado de Daniel. Catherine los recibió exultante y se encargó de mostrarles las tierras. Se embarró hasta las rodillas y no dejó ni un momento de bendecir cada rincón de aquel lugar

—Es un placer conocerla —le dijo el escocés al encontrarse con Sophie a la hora de comer—. Siento mucho lo de su esposo.

—Le agradezco su interés. Fue un terrible infortunio.

Se sentaron a la mesa los seis, mientras la yagana los servía. Victoria había puesto un candelabro, cubertería de plata y las servilletas en forma de abanico sobre los platos de porcelana. Lakuta había guisado conejo al vino blanco y una tarta de ruibarbo acompañada de un dulce de pera.

—He visto el gran trabajo que está realizando la misión con los indígenas —comentó Carroll—. Sin embargo, después de lo sucedido aquí, confieso que estoy algo más preocupado.

Catherine Summer se removió nerviosa en la silla.

—No debe darle más importancia —intervino el reverendo Lawrence saliendo al paso—. Actualmente el problema en Tierra del Fuego lo tienen los indígenas, perseguidos y asesinados por cazadores y buscadores de oro. Le aseguro que lo sucedido en esta hacienda no es lo habitual. Más bien hemos sabido que se trató de un ajuste de cuentas con el señor Summer. Varios testigos aseguraron que el indígena lo había amenazado tiempo atrás.

—No debe tener en cuenta nuestra desgracia —agregó Catherine con rapidez—. Observe a nuestros criados y los años que llevamos conviviendo sin conflictos.

—Desalmados hay en todo el mundo —comentó Carroll—. Eso es cierto.

—Puede preguntar al gobernador Pedro Godoy sobre nuestros indígenas —intervino Clara Lawrence—. Él puede darle cuenta de nuestra labor en este territorio.

—Desde luego —contestó el escocés—. Jamás podría ponerlo en duda.

—Ese yagán lo tendrá difícil para acercarse por aquí o por Ushuaia —le dijo el reverendo—. Sabe que el comisario nos ha alertado a todos.

—¿Lo conocéis? —preguntó Carroll.

Los ojos de Clara Lawrence buscaron los de Catherine y volvieron a desviarse hacia su interlocutor.

—Estuvo en la misión durante muchos años —le dijo al fin—. Tarde o temprano necesitará de nosotros y deberá pagar por lo que ha hecho.

—¡Es un indeseable! —agregó Victoria con desprecio—. Ha traído la desgracia a esta casa y a esta joven muchacha, que llora todos los días por él.

Las miradas de ambas se cruzaron y Sophie sintió el azote de su ironía despellejando su desamparo.

—No solo atacó a mi marido, señor Carroll, sino a Victoria también —desató Sophie su lengua, y esta vez con mordacidad.

Un silencio sorpresivo invadió el comedor y Catherine se hinchó de estupor. Sus ojos parecían querer saltar de las órbitas.

—Lo siento mucho, señorita Summer —expresó Lawrence—. Desde luego, no sabíamos nada de esto.

Victoria miró con odio a Sophie y forzó una sonrisa para responder:

—Ese yagán venía buscando a mi hermano y por eso salvé mi vida.

—Entiendo.

—Fue algo fortuito —se anticipó nerviosa Catherine—. Los dos salieron al oír ruidos en el exterior. Ese salvaje solo esperaba a mi hijastro, señor Carroll. No debe preocuparse por él, porque no volverá.

Las llamas de la chimenea menguaron y Catherine se puso en pie para arrastrar un par de troncos hacia los rescoldos. Con una pinza alargada movió los leños y se agachó para atizar las llamas con un fuelle. Y sin ni siquiera incorporarse, lanzó su disparo, como si lo hubiese estado preparando durante todo el día:

—Yo también siento mucho lo de Ariza, señor Lawrence —comentó sin volverse.

—Pues sí. Otra desgracia.

Al escuchar el apellido del capataz, Sophie dejó de masticar.

—Mi pequeña Sophie todavía no lo sabe, reverendo —continuó Catherine con cinismo mientras volvía a sentarse a la mesa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó temerosa ella.

—Lamentablemente, nada bueno. El capitán del White Sea había prevenido al gobernador, pero...

Sophie sintió que las piernas le temblaban aun estando sentada.

—¿Qué fue lo que le dijo, reverendo?

—El capitán How le aseguró que volverían para fondear en Ushuaia no más allá de marzo y que, si no lo conseguían, debía enviar un mensaje urgente a Buenos Aires.

—¡Qué muerte tan terrible, reverendo! —lamentó Victoria, pero dirigiéndose a su cuñada.

El rostro de Sophie parecía de nieve. Se sentía como un árbol al que habían hachado para no levantarse nunca más.

El invierno durmió el paisaje y el bulto en su vientre fue creciendo. Pasaba las horas en soledad, tumbada sobre el lecho, merodeando por la cocina y esquivando a las Summer. Volvía a ser una intrusa, alguien que las importunaba cada día más.

Pero pronto se irían.

Habían cerrado la venta de la hacienda con éxito y ya planeaban el viaje hacia Malvinas durante la primavera. Pero Sophie no partiría para cargar con Daniel y vivir junto a las Summer. No tenía idea de cómo habría de llegar a Inglaterra para hacerse cargo de su hermano, pero no viajaría con ellas. Se lo había jurado a sí misma. Intentaría refugiarse en la misión fuese como fuese. La semana anterior el reverendo Lawrence y Robert Whaits habían vuelto a Bahía Viento y había podido hablar aparte con el padre de Dorothy. Así se enteró de que habían escrito a miembros de la Sociedad Misionera Patagónica en Londres para que se hiciesen cargo de Thomas hasta que ella pudiese reunirse con él.

—¡Es usted muy bueno! —le dijo Sophie apretando su mano con fuerza.

—Es muy injusto lo que ha sucedido contigo. El reverendo Smith está muy afectado por no haberse implicado más con tu hermano.

—Nunca lo podré entender. Usted no lo hubiese dejado, y el reverendo Buchanan tampoco.

Robert Whaits la escuchaba desde la mecedora junto a su cama.

—Contactarás con él cuando llegues a Londres. Ya no hará falta un viaje tan largo para él.

—Yo no iré con ellas, reverendo. No puedo hacerlo. Usted más que nadie puede entenderme.

Él meditó su respuesta y luego contestó como si se aliviara:

—Así es.

—Debe ayudarme. Solo le pido que convenza al reverendo Lawrence para que me pueda dar cobijo. Me ocuparé de la escuela hasta que usted consiga traer a mi hermano.

—Eso no depende de mí, pequeña.

—Se lo ruego.

—Te prometo que lo hablaré con él. No puedo asegurarte nada más.

Sophie sabía que nadie la obligaría a embarcar contra su voluntad. Si era necesario, contaría la verdad. Y las Summer no se interpondrían. Masticarían su rabia y, quizás, hasta se alegrarían de perderla de vista. Pero no le harían la vida imposible. Ya no. Podía imaginarse frente a los pequeños indígenas dibujando sus primeras letras sobre sus tablillas.

—Daniel ya nunca despertará —le aseguró a Whaits.

—¿Has hablado con Catherine?

—¡No! Se lo ruego —se anticipó con rapidez—. Ellas no deben saberlo hasta que llegue el momento.

El viejo pastor observó su expresión aterrada y le sujetó una mano con cariño.

—¿Qué es lo que sucede?

—Ellas no deben saberlo todavía. Solo es eso.

—Pero ¿por qué?

Entonces Lakuta entró en la habitación y les dijo que el reverendo Lawrence estaba preparado para partir.

—Será mejor que no los haga esperar —acabó diciéndole Sophie.

—Piensa bien las cosas, muchacha.

Ella ya tenía la decisión tomada. Iría en busca de su hermano, pero sin ellas.

Durante las siguientes semanas, Sophie escuchó el rugido del viento y las

tormentas con apenas siete horas de luz. Nevaba asiduamente y los fuertes temporales del sur soplaban desde los hielos polares. Todavía se aferraba a la quimera de que el White Sea hubiese atracado en Puerto Stanley poco antes de la estación oscura, cuando Ushuaia permanecía aislada del mundo. Otras veces creía que iba perdiendo a Eduardo poco a poco, como había sucedido con su madre y con Adam. Aun tan joven, había aprendido que la muerte puede ser lenta porque perdura en las cosas, hasta que comienza a esfumarse de ellas también, y desaparece para siempre.

Una bóveda plomiza cubría la tierra y las espesas aguas se preñaban de amenazadoras barbas blancas. Un tul blanquecino desvanecía las montañas y las playas hasta que parecían levitar sobre las nubes. Solo entonces, cuando el frío lo permitía, los corderos salían del establo para mordisquear las hayas.

El tiempo lo cicatriza todo. Lo sabía. Pero a ella le costaba cerrar tantas heridas.

—Deje eso, señorita. Se lo he dicho cientos de veces. ¿Acaso quiere que ese niño no nazca?

Sophie se había subido a un taburete y parecía tambalearse para alcanzar el eucalipto acomodado entre los frascos de porotos, garbanzos y harina. La redondez de su vientre era una colina imposible de ocultar.

—Me he convertido en una inútil, Lakuta.

Con la ayuda de la yagana, puso los pies en el suelo. Lakuta hirvió el eucalipto con azúcar y preparó ese almíbar sólido que aclaraba la garganta. A Ítar y a Síma les gustaba tanto como navegar en chalupa envueltos en sacos de hierba seca para evitar el frío, igual que resbalar en los estanques donde el viento barría la nieve y los convertía en una pista de patinaje.

—La vida tiene momentos para muchas cosas. Ahora, su momento es el de cuidarse, esperar y callar.

—¿Callar?

—Usted lo sabe, señorita. Yo ya sé que usted ya lo sabe. Pero ellas no deben saberlo.

Hacía tiempo que las dos apenas hablaban. Hacía tiempo que Sophie ya no le

preguntaba.

Desde que lo entendía todo.

Casi todo.

—No sé lo que quieres decir.

— Hace tiempo que me fijo. Hace tiempo que me doy cuenta cómo los observa.

Ella se volvió y le dio la espalda.

—No sé cómo lo ha comprendido. Solo sé que teme a Victoria como habría debido temerle siempre. Lo sabe y está bien así.

Pero Sophie calló.

—Si ellas lo supiesen, su vida y la del niño estarían en peligro.

—Ya lo he comprendido, Lakuta.

—Pero todo no.

—Dorothy también lo descubrió, ¿verdad?—y se volvió nuevamente hacia la yagana

Lakuta se sentó junto a la redonda estufa de hierro cargada de leña. Desde allí podía ver la mancha blanca tras el ventanal. Los árboles se doblaban con el peso de la nieve, el hielo atascaba los caminos y las aguas del canal se mostraban negras y turbulentas. El aullido del viento era afilado e insoportable y la yagana admiraba el valor de su pueblo enfrentándose al frío.

—Sí, ella también lo supo.

—¿Por eso la mataron?

En los ojos siempre duros e impenetrables de Lakuta ese día de agosto de 1896 Sophie descubrió una fisura.

—Dímelo de una vez —le exigió con determinación—. ¿Por eso la mataron?

Con un susurro, la yagana por fin respondió:

—Sí, señorita.

El látigo del viento azotó la ventana.

—El incendio no fue un accidente, ¿verdad?

—No lo fue, señorita.

Agarró las dos manos de la yagana y las oprimió con fuerza. Estaban tibias.

—Ella siempre quiso que lo supiera —insistió Sophie—. Por eso me ha buscado y aquella noche me llevó para que lo viera.

Esta vez Lakuta calló.

—¿Acaso le tienes miedo? Ella era tu amiga.

—No, señorita. A ella no la temo. A Dorothy nunca la he temido.

Sophie pudo sentir su complicidad.

—Debe cuidarse. Victoria nunca quiso a Adam y jamás querrá a su hijo. Ni ella ni Catherine permitirán que se sepa la verdad. Solo nosotras la sabemos. Nosotras e Ílan.

—¿Y tu hermano? ¿Acaso nunca lo supo?

—No, señorita. Jem ni siquiera supo que Victoria llegó a parir un niño.

Había sucedido cinco años antes, cuando Eduardo Ariza tenía las manos ulceradas de escarbar entre las piedras buscando oro. Él nunca llegó a ver el vientre hinchado de Victoria Summer. Cuando Catherine lo supo, su hija ya estaba de cinco meses y fue la primera vez que le estampó un bofetón. Ni Charles ni su mujer habían querido que su hija malgastara su vida en esa tierra perdida. Aquella jovencita rebelde tenía la edad de Sophie cuando llegó a Tierra del Fuego y su madre le procuró lo mismo que había intentado en Inglaterra: un matrimonio adecuado para su condición, y el hijo mayor de Thomas Bridges fue su oportunidad. En aquella soledad, a una semana de navegación de los puertos más prósperos al sur del mundo, aquel noviazgo era una fortuna inimaginable para Victoria. El padre del muchacho se había convertido en el principal hacendado de la región porque el mismo presidente Julio Argentino Roca le había cedido las tierras de Haberton. En 1886 se había instalado allí con su esposa y sus hijos después de abandonar la dirección de la misión anglicana. Y Haberton comenzó a prosperar al este de Ushuaia y el rumor de que Thomas Bridges había hecho fortuna con ayuda de los indígenas se extendió por el pueblo, e incluso llegó a Inglaterra. Catherine despreció aquellas envidias y obligó a Victoria a recibirlo en la estancia. Pero fue un día vergonzoso. Thomas Despard Bridges no pasó del muelle y se alejó por donde había venido, despreciado y ofendido después de que Victoria lo echase con el descaro de un beso en los labios.

Cuando comenzó a atar cabos, Catherine comprendió que Jem había tenido algo que ver con semejante desprecio. Ni a Charles ni a Catherine jamás les gustó aquel flirteo con el hermano de Lakuta, pero jamás pudieron imaginar que su hija llegara a tanto. El vientre de Victoria pronto se hizo visible y su madre la obligó a recluirse del mundo, algo bastante asumible en Bahía Viento. La noticia de su preñez alcanzaría la misión y luego se expandiría allende los mares. Pero Catherine no lo permitiría. ¿Acaso no había concebido la esposa de Abraham ya siendo una anciana? ¿Acaso no había sucedido lo mismo con Raquel, la esposa de Jacob? Si en la Biblia había sucedido, al sur del mundo también, y ella se recluyó durante cuatro meses con su hija, procurando dejarse ver en contadas ocasiones con vestidos anchos y un vientre de almohadón. Por entonces, Jem ya había abandonado a los Summer pero Catherine le hizo jurar a Lakuta que jamás le diría la verdad a su hermano.

—Imagino que los misioneros te enseñaron lo que es un juramento, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Jamás debe saberlo.

—No lo sabrá.

—No se lo perdonaré. Es un salvaje y abusó de mi hija.

—Lo siento, señora.

—Ese niño no debería nacer, ¿lo entiendes?

Catherine sabía que el pequeño llevaría el estigma de los yaganes en sus facciones y que su deshonor sería inasumible. Había rumiado aquello durante todo el invierno, furiosa, sin saber muy bien sobre quién descargar su ira. Fue entonces cuando comenzó a despreciar Ushuaia y deseó no haber aceptado nunca aquel destino de salvajes.

El niño nació durante la primavera de 1890. Victoria se aferró a un cabezal de hierro y aguantó el parto mordiendo las sábanas. Lakuta la ayudó pero Catherine se negó a estar presente. Deambulaba histérica por el salón, mientras su marido intentaba serenarla y Daniel parecía ausente con los corderos. Aquel día Victoria supo que estaba sola y cuando lo oyó llorar, estuvo convencida de que su hijo también lo estaría.

Fue la yagana la primera en tenerlo en brazos. Cortó el cordón umbilical, limpió su cuerpecillo y lo envolvió en una sábana para pegarlo al pecho de Victoria. El bebé era grande y berreó hasta que encajó su boquita en el pezón.

—Iré a llamar a la señora.

—No vayas —le dijo Victoria—. Déjame un poco con él. Te lo ruego.

Lakuta acarició la cabecita del niño.

—Tengo que limpiar todo esto, señorita.

Las sábanas estaban manchadas de sangre y restos de placenta. Sobre la mesita

de lenga descansaba un cubo desbordado de paños húmedos y enrojecidos.

—Hazlo más tarde, por favor.

—Como quiera.

La yagana fue a la cocina, se limpió las manos, puso a calentar agua en el fogón y, sin poder controlar los nervios, volvió a entrar en el dormitorio. El niño ya no lloraba. Estaba inerte, casi pálido, con los ojitos abiertos y tendido junto a su madre. Las lágrimas de Victoria eran como las de los velones de la iglesia de la misión.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó tapándose la boca.

—Ve a llamarla ahora.

—No debería haberlo hecho. No debería.

—Ve a llamarla de una vez —le gritó.

Cuando Catherine entró, observó la escena con una expresión de horror, pero no de sorpresa.

—Debía nacer muerto —le dijo Victoria sollozando.

Su madre la tomó de la mano, pero Victoria la rechazó. El niño estaba sobre su regazo, boca abajo.

—¿Qué has hecho? —le preguntó horrorizada.

—¿Acaso no es lo que querías? —aulló entre lágrimas—. ¿Acaso no lo era?

—¡Victoria!

—Es tu nieto, mamá. —Y lo elevó en sus brazos, como si fuese una ofrenda—. Tómalo.

Los bracitos del niño colgaban como flecos y su cuello se doblaba como si lo hubiesen degollado. Lakuta jamás olvidaría aquella imagen, ni el rostro de espanto de Catherine cuando lo sujetó como a un muñeco y lo observó con calma. Era un niño blanco, de ojos claros y redondos, muy semejante a muchos

ingleses cuando se asomaban al mundo.

Catherine Summer se miró al espejo e intentó reconocerse. ¿Qué quedaba de aquella mujer de veinte años atrás? El tiempo era arena entre los dedos y sentía que lo había malgastado. Sus ojos no se entretuvieron en su cabello manchado de hebras blancas, ni en las arrugas que habían afeado su belleza, sino que intentó ver más allá y, como si pudiese asomarse por una ventana, se vio en Ivybridge. Entonces era una joven bien desarrollada, con mejillas encendidas y brazos níveos modelados como la cera. Era hija de un granjero, aunque siempre había ansiado vivir en los grandes halls. Todavía recordaba el vestido de seda color malva con el que su padre la había presentado a Charles Summer. Se ceñía a su cuerpo, desde el cuello hasta las caderas, hasta derramarse como una oleada brillante. A Catherine le hubiese gustado que Rubens la pintara como a una diosa, con sus matices de rosa esparcidos sobre un blanco de leche.

Sin embargo, la vida iba despellejando los anhelos. Nada fue como lo había imaginado. Ni siquiera con Victoria, que había preferido la granja y Tierra del Fuego a cualquier buen matrimonio. Apenas les quedaban dos mil libras en el Banco de Inglaterra y los terrenos en Ivybridge y, por fortuna, lo que obtendría por Bahía Viento. El señor Carroll parecía un milagro caído del cielo y, desde luego, ella iba a venderle la hacienda. Bien era verdad que había tenido que ajustar el precio, pero ¿es que acaso ellas tenían alguna otra alternativa? ¿Qué podían hacer en el sur? ¿Qué posibilidades de explotar la propiedad podrían albergar en manos de mujeres? Victoria por fin había aceptado la realidad. Catherine no sabía si había sido por los golpes que había recibido de aquel yagán o bien por la enfermedad de su hermanastro. Lo cierto era que había entendido que Ushuaia requería un sacrificio que las podía llevar a la ruina y, por otra parte, que en Inglaterra tendrían mayores posibilidades de tratar a Daniel. Al fin y al cabo, estaba obligada a cargar con él, como había sucedido toda la vida. Pero para Catherine, él siempre había sido un descerebrado, incluso de pequeño, cuando la miraba con aquellos ojos iracundos, como hacen las vacas cuando un extraño las molesta. Pero Daniel bien debería saber todo lo que había hecho por él, incluso callar y aceptar. Y entonces, cuando se fueran, lo volvería a hacer, porque allí quedarían enterrados sus secretos, y sería como si nunca hubiesen sucedido. Todo se olvidaría, quedaría atrás y el sur acabaría siendo un espejismo.

Excepto por Sophie.

Sí, ella se había convertido en un auténtico problema. Pariría un hijo, no sabía muy bien de quién, mantenía una relación imposible con su hija y conocía más cosas de las que jamás les confesaría. Catherine ya no estaba tan segura de que Lakuta hubiese mantenido esa boca cerrada. Pasaba demasiado tiempo con su nuera y se tenían aprecio. Quizás demasiado. No se podía confiar en los indígenas. Su marido había sido muy cándido con respecto a ellos. Le daba igual la cantinela de los misioneros: no dejaban de ser salvajes. El propio hermano de Lakuta lo había demostrado. En el fondo, hacía meses que Catherine temía a la yagana y su familia, y no descartaba que aquellos necios supiesen de las intenciones de Jem. Desde la muerte de Adam, Lakuta ya no era la misma y Catherine sentía que la despreciaba en silencio. Pero era mejor callar, dejarle las tierras al escocés y olvidarse de todo. Esos yaganes sabían llevarlas y le facilitarían las cosas al nuevo propietario. Echarlos podía complicar su partida, bien lo sabía, y Catherine quería largarse de Ushuaia la próxima primavera.

Sin embargo, la sospecha de que Sophie estuviese al tanto de todo era un problema. Y en eso Victoria tenía razón. Solo el temor había sellado sus labios, ambas lo sabían. Pero cuando abandonasen esa casa, Sophie podía perder ese temor, y Catherine no podía permitirlo. ¡Nunca! Al fin y al cabo, Catherine la había tratado como a una más de la familia, mientras ella se revolcaba con el capataz. Incluso en esos momentos yacía en su lecho como una buena para nada, mientras era Victoria quien se ocupaba de Daniel. Catherine no aguantaba ver a su hija intentando hacerle engullir los purés, limpiando su cuerpo flácido y velando su penuria. Esas tareas le correspondían a su mujer. Pero no. Ella guardaba reposo para parir el hijo de otro, estaba segura, y jamás imaginó que Victoria fuese capaz de soportarlo. Pero lo hacía.

—Fue culpa mía —le dijo—. Yo lo llevé hasta allí.

Catherine cerró los ojos y se llevó una mano a la frente.

—Aquella noche no hubiese sucedido nada si él no me hubiese seguido — agregó Victoria mientras masajeaba el rostro de Daniel con insistencia, como si fuese a activar aquellos músculos flácidos.

Su madre la escuchaba resignada, como si ya hubiese pasado aquella página.

—Había alguien. En mi habitación había alguien. La ventana estaba abierta y noté su presencia. Sé que no estaba sola.

—¡Claro que no lo estabas! —le dijo Catherine—. Ese salvaje con el que te encaprichaste vigilaba ahí fuera.

—No era él. Había alguien más. Lo sé.

Catherine se acercó hasta ella para abrazarla, pero Victoria la rechazó.

—Te estás volviendo loca. ¡Era él, Victoria! ¡Era él!

—No lo era. Podría haber entrado y no lo hizo. Aquella noche no estaba segura, pero ahora sé que nos observa. Daniel tuvo que notarlo también y por eso me siguió.

—Esa yagana y su familia están detrás de todo esto. Es ella la que está jugando contigo. ¡Era su amiga! El resto lo ha puesto tu imaginación.

—No lo sé —dijo confusa—. Quizás sea Sophie, quizás sea lo que no imaginamos. Quizás sea ella de verdad...

—¡No quiero escucharte más! Calla.

—¿En qué cambia las cosas?

—¡Victoria!

—Tú tuviste la culpa. Todo podría haber sido diferente. —Sonrió perversamente y acarició el rostro de su hermano.

—Pronto dejaremos este lugar y lo olvidarás todo, Victoria.

—Hay cosas que nunca podré olvidar.

—Yo te ayudaré.

—Nos iremos los tres —agregó Victoria con la mirada vacía.

Catherine titubeó y miró a su hija. Una sombra desfiguraba su rostro.

—Los tres —insistió—. Nos iremos solo los tres.

Daniel Summer abrió los ojos a finales de agosto, cuando Sophie ya ni podía ponerse en pie. La yagana estaba en la cocina cuando oyó sus gritos luchando por enderezarse, pero sin conseguir mover ni un solo dedo. Le costó recordar lo que había sucedido, pero lloró como un niño cuando comprendió que su cuerpo se había convertido en un tronco derribado.

—¿Él ya sabe que parten hacia Inglaterra y que la hacienda se ha vendido?

—No lo sé, señorita. Imagino que sí.

—No quiero imaginarme una vida así. Más le valdría haber muerto.

Sophie intentó acomodarse sobre la cama y Lakuta la ayudó recolocando una almohada en su zona lumbar. Polidoro Saggors le había mandado mantenerse tumbada hasta el nacimiento. Había sangrado varias veces y, desde hacía algunas semanas, las contracciones iban en aumento. La postración y los dolores musculares mermaban su ánimo, pero la esperanza del niño y la llegada de la primavera iban cicatrizando sus pesares. Un sol resplandeciente inundaba la habitación porque el aliento polar cedía y la tierra comenzaba a reverdecer. Pronto los prados dejarían de estar húmedos y amarillos, el canal de Beagle se amansaría y la corriente bajaría cargada de pequeños témpanos. Entonces volvería el tiempo de la esquila y algún bergantín cargaría los troncos hacia el aserradero de Lapatia.

Pero Sophie ya no estaría allí.

—Él no querrá que lo abandone, señorita.

—Pero Daniel ya no puede elegir.

—Quizás los misioneros no lo vean igual.

La respiración de Sophie se agitó y la montaña de su vientre cimbrió como un terremoto.

—Tranquilícese. Respire hondo y tranquilícese.

—No pienso echar mi vida a perder, Lakuta. No lo haré y, si es necesario, acabaré contando la verdad.

—No lo haga, señorita.

—En caso de que sea necesario, lo haré.

—No la creerán. Nadie cree esas cosas.

—Yo lo vi.

—Entonces no debe preocuparse más y no me haga caso. Ese niño ya está muy cerca.

Y tenía razón. Estaba a punto de llegar y lo supo esa noche.

Hacía varios meses que no sucedía, pero casi al amanecer volvió a sentir su presencia. Sophie ya no descansaba bien. La tortura de las horas tumbada boca arriba confundía los días con las noches y, cuando llegaba a sumergirse en la blandura del sueño, se dejaba deslizar rendida. Pero esa noche ella la despertó. Supo que estaba allí por un susurro. Su aura era blanca. Refulgía entre las sombras, pero el resplandor le impidió ver su rostro.

—Debes tener cuidado, Sophie. Tu vida está en peligro.

Se lo repitió varias veces y ella ni siquiera pudo abrir la boca para preguntarle cómo o por qué. Una serenidad inefable lo invadió todo y ansió que Dorothy la arrastrara con ella.

—La niña ya está aquí, Sophie. Despierta —la volvió a escuchar.

Al abrir los ojos, su olor todavía permanecía en el cuarto. Intentó inspirar lentamente para retenerlo, pero una puñalada en el abdomen la hizo gritar. Intentó controlar la respiración, pero antes de que pudiese darse cuenta de que no estaba sola, una nueva contracción la laceró por dentro.

—¿Qué te pasa, Sophie?

El destello del amanecer iluminaba el rostro de la pequeña Síma.

—¿Qué haces aquí?

—Mamá me pidió que te cuidara, que el niño estaba cerca —le dijo con su vocecita nerviosa.

—Pues, corre, Síma. Creo que ya está en camino.

La niña salió como un relámpago y poco después llegó Lakuta. Los alaridos de Sophie recorrían la casa, pero la encontró sola. Las Summer solo se asomaron al pasillo, y cuando vieron a la yagana, asumieron que ella se haría cargo.

—No se ponga nerviosa, señorita. Sé lo que hay que hacer.

Lakuta encendió la lámpara, la abrió de piernas y vio la coronilla del niño.

—Empuje, señorita. Empuje con todas sus fuerzas.

Sophie estaba débil, pero apretó sobre su vientre una y otra vez. El filo del sufrimiento le pareció insoportable, pero aun así continuó empujando. Y cuando pensó que ya no podría más, su hijo ya estaba fuera y Lakuta lo palmeaba para que respirara. La criatura se quejó con un llanto agudo y su vida llenó la casa. Como había hecho con el niño de la señorita Victoria y con Adam, la yagana cortó el cordón de un tizeretazo y, con un trapo, limpió el cuerpecillo de babas sanguinolentas.

—¡Es una niña, señorita! —exclamó Lakuta—. ¡Una niña hermosa!

Sophie se echó a llorar y abrazó a la pequeña junto a ella. Ya no tenía dudas. Tenía los ojos ligeramente claros, pero los rasgos eran los de Eduardo. El recuerdo del capataz alargó su sollozo y saboreó la amargura de la felicidad.

—La llamaré Anne, como mi madre. Si hubiese sido un niño... —Su boca tembló y se detuvo.

Lakuta se agachó para limpiarla con agua y luego la ayudó a levantarse para cambiar las sábanas. Sophie apenas podía mantenerse en pie, pero la yagana la acomodó en la mecedora, envolvió a la pequeña con una mantita de lana y la ayudó para que encontrara el pecho de la madre.

—No se parece a Daniel —dijo la indígena—. Todos lo sabrán.

—Mejor así. Así me despreciarán con más motivo. Ellas se irán por su lado y yo por el mío. ¿Qué es lo que temes?

—La temo a ella, señorita. No estoy tranquila.

Las dos se miraron a los ojos y Sophie sintió el miedo por todo el cuerpo.

—Durante los próximos días debe irse. Quizás sea lo mejor. Löm se las llevará de aquí. Ya no importa lo que me diga. La señora Catherine sabe que el señor Carroll nos quiere aquí. Yo la ayudaré.

—¡Eres muy buena, Lakuta!

La yagana hizo una mueca de desaprobación. En los ojos grises de aquella mujer, Sophie percibió ecos de la misma oscuridad que se respiraba entre aquellas paredes.

—Vuelva a la cama.

Fue entonces cuando Catherine entró en la habitación. Abrió la puerta despacio y observó a las dos con desconfianza.

—Es una niña, señora —le dijo Lakuta apartándose para que la viese sobre el pecho de Sophie.

Se arrimó a la mecedora sin dejar de observar a la niña.

—Veo que al fin te has podido levantar. ¿Cómo se llamará?

—Anne —le contestó.

La niña succionaba el pecho serena, como si lo hubiese hecho desde siempre. En la expresión de Sophie había agotamiento.

—Déjame verla.

Sophie giró la cabeza angustiada.

—¿Acaso crees que le haré daño? —le preguntó con una sonrisa falsa—. ¿Acaso crees eso? ¿Con lo que he hecho por ti?

—Claro que no. Pero no quiero que deje de mamar.

—Tienes razón. Déjala comer. Es realmente una niña hermosa, Sophie.

—Gracias.

—Se parece a su padre —dijo aparentando naturalidad—. No creo que pueda haber más alegría para él.

Sophie respiró hondo, cerró los ojos y asintió resignada.

—No ha dejado de preguntar por ti.

—Necesita descansar —intervino Lakuta—. En cuanto se encuentre mejor irá a verlo. ¿Verdad, señorita?

Y ella asintió.

—¡Vaya! ¡Esta mujer parece tu madre!

—Es buena conmigo —la corrigió Sophie.

—Mejor para ti —le dijo su suegra—. Pero pronto tendrás que despedirte de ella.

Catherine Summer salió de la habitación y las dos respiraron aliviadas.

—Acuéstese en la cama y colocaré a la niña a su lado.

—Eres muy buena.

—Deje de decir eso, señorita. Yo no soy lo que parece.

—Para mí es suficiente.

—Esta noche Síma volverá a dormir aquí. Yo no la dejaré. En unas horas le traeré algo de comer.

—No sé lo que haría sin ti.

Pero esta vez Lakuta no le contestó.

Esa misma noche abrió los ojos y vio a la pequeña Anne respirando tranquila boca arriba. Lakuta había colocado junto al lecho la cunita que el reverendo Whaits había tallado para su nieto Adam. Ovillada en la alfombra y enredada en una manta, la pequeña Síma dormía junto a ella. El suave silbido de la respiración delataba su descanso profundo. Sophie intentó desenmarañarse del sueño y observó una noche más aquella habitación. La penumbra era cálida, pero al levantarse percibió el tacto frío de las tablas de madera bajo sus pies. El recuerdo de sus huidas a la cabaña de Eduardo relumbró vívido en su memoria, como si no hubiese transcurrido casi un año, y no pudo evitar el resabio de la pena. Procuró que el gruñido de los goznes fuese imperceptible. Cuando se asomó al pasillo sintió las piernas enclenques, pero se animó a dar los pocos pasos que la condujeron hasta su puerta. En ese cuarto se había entregado a él apretando los puños cuando todavía no comprendía los hilos ocultos de esa casa. Pero esas noches ya habían quedado atrás. Su vida en Bahía Viento había sido tan fugaz como intensa e iba a terminarla muy pronto. Quizás nunca debería haber embarcado, quizás nunca debería haber confiado en el matrimonio Buchanan. Pero de haber sido así, no estaría Anne junto a ella, ni Adam ni Eduardo en su recuerdo.

Sophie espantó sus pensamientos como si hubiese disparado provocando una desbandada de pájaros. Entró en el dormitorio de Daniel. Un tímido reflejo bañaba el cuerpo inerte de su esposo. Cerró la puerta y se acercó a la cama. Tenía los ojos abiertos y ella se sobresaltó.

—¡Has venido! —le dijo mirándola con tristeza.

Sintió una profunda conmiseración por él, como si todo lo sucedido entre ellos no hubiese existido.

—No pude hacerlo antes.

—Sé que ha nacido —susurró él.

—Es una niña. Se llamará Anne.

—¡Anne! —repitió—. Seguro que es hermosa, como tú.

Un silencio suave se prolongó entre los dos. Era la primera vez que sucedía.

—Lo siento.

—Lo sé, Daniel.

—He estado enfermo. Muy enfermo.

Ella tragó saliva y se sentó sobre la cama. Sus dedos repasaron su cuerpo rígido y luego sus mejillas.

—Todo esto ha sido culpa mía.

—Ya no importa.

—Debería haber sido de otra manera. Debería haber sido otro —dijo agitándose—. Pero ahora ya es tarde.

—Calla. No digas más.

—Quería cambiar. Quería intentarlo.

Ella cerró los ojos y comprendió el sufrimiento de aquella cárcel.

—Ayúdame, Sophie.

El letargo de la noche parecía detenerse allí mismo, frente a ella, frente a él...

—Yo ya no puedo ayudarte, Daniel. Yo me iré.

Los ojos transparentes de su marido la miraron con calma. Eran los de Adam y aquella noche también le parecieron asustadizos e indefensos.

—¡Ayúdame a morir!

Sophie no pudo controlar un respingo y se alejó tímidamente.

—¿Qué me pides?

—Esta noche nadie lo sabrá. Solo será un momento. Asegúrate de que todos duermen y luego vuelve.

—¡Daniel!

—Serás libre.

—No puedo hacerlo —le dijo negando con la cabeza.

—Solo será un instante, con la almohada. Yo no podré vivir así.

—No lo haré. No puedo.

—Sí puedes —le dijo suplicante.

El cuerpo de ella temblaba dolorido y le costaba permanecer de pie.

—No puedo... Estoy segura de que con el tiempo te recuperarás. Debes ser paciente y confiar en que sucederá.

—Tú no eres como ella. Tú no eres como nosotros. Hay cosas que nunca...

—¡Ssssh! No digas nada. Lo sé todo.

—¿Todo?

—Sí, y no viajaré con vosotros.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lo sé. No importa.

—¡Dorothy!

—Sí —asintió ella—. Sé que la mató. Eso también lo sé.

Entonces los ojos de Daniel Summer se agigantaron. Ella también sintió su presencia y un hormigueo desde la nuca hasta la punta de los pies y, lentamente, como si temiese enfrentarse a la verdad, se dio la vuelta sabiendo que estaría detrás de ella. Vio la mancha blanca en la oscuridad y su rostro difuminado por las sombras. Este avanzó hacia Sophie mostrando sus dientes como si exhibiese colmillos, oliendo a rabia.

Recibió el golpe y el mundo se consumió en un grito ahogado.

Victoria se aferraba al tazón de cerámica con el que la había golpeado en la cabeza, igual que los yaganes sostenían sus arpones antes de atravesar una trucha. Sophie parecía una marioneta desmadejada sobre el suelo.

—¡No lo contaré! —rugió—. No lo haré.

—No lo hagas —le suplicó Daniel—. Victoria, no lo hagas.

Llevaba sentada en la oscuridad mucho tiempo, demasiado para que Daniel lo recordara. Velándolo, siempre velándolo, como si ella fuese su esposa, una esposa sumisa, abnegada, sufrida. Decidida a acabar con aquella intrusa de una vez. No permitiría que huyera de la hacienda contándole todo, salpicando de infamias a su familia y entonces serían ellas las que estarían en peligro. Solo esa estúpida yagana podría haberla ayudado a comprender y a jugar con ella. Tuvo que ser Lakuta, no podía ser de otra manera.

El odio la enajenaba y, como si de un cordero recién sacrificado se tratase, la sujetó de las piernas y la arrastró hasta el pasillo.

—¡No! —rugió él sin fuerzas.

Pero Victoria lo ignoró y dio un portazo. Los lamentos de su hermanastro fueron amortiguados por las paredes de su habitación mientras ella la remolcaba hasta el porche y, desde allí, al pequeño zaguán por donde aquella víbora había entrado la primera vez acompañada por Ariza. La cabeza de Sophie golpeó uno a uno los escalones y Victoria observó que balbuceaba.

Entonces también oyó a su madre detrás de ella.

—¿Qué es lo que has hecho? —le dijo Catherine apurando el paso—. ¿Acaso te has vuelto loca?

Victoria se detuvo y se volvió. Una media luna iluminaba el camino que conducía al muelle y el rostro pálido de Catherine con gesto repulsivo.

—¡Esta alimaña lo sabe todo! —pronunció con odio.

—¿La has matado? —Y se arrodilló para palmeare su rostro.

—No, pero lo haré.

—Espera un momento. —Y tironeó de ella para que soltara las piernas de Sophie —. No vuelvas a equivocarte, Victoria.

—¡Apártate! —Y forcejearon—. ¡Ella lo sabe todo!

El viento gemía frío desde el oeste y las inundaba de salitre.

—¿Qué haremos cuando lo escampe por la misión? ¿Y cuando se lo confiese al gobernador y al jefe de Policía?

—No la creerán. No tiene pruebas. Hace mucho tiempo de aquello.

—¿Quieres correr el riesgo? ¿Quieres que siembre la sospecha?

—Nunca la creerían. Serían solo insinuaciones. Ni siquiera Lakuta puede estar segura.

—¡Ella lo ha sabido desde siempre! —Y Victoria pareció reír histérica—. ¡Qué ingenua eres! Esa salvaje tiene los ojos demasiado abiertos y lo supo antes que tú. Y te aseguro que Sophie también lo sabe. Por eso las dos se han mofado de mí.

—¿Y qué importa? ¡No podrán demostrar nada! Solo calumnias, Victoria — suspiró Catherine desde el suelo, sintiendo la humedad de la tierra fría bajo sus rodillas—. Yo también lo he pensado, ¿entiendes? Pero sería tu ruina, y la mía.

La fuerza del viento agitaba sus cabellos.

—¡No puede vivir!

—Es por Daniel, ¿verdad?

—¡Daniel está muerto en vida! ¿Acaso no querías eso?

—No, no lo quería.

Victoria volvió a arrastrar a la muchacha.

—Déjame. Voy a hacerlo.

—¡Es una locura!

—Nadie lo sabrá. La llevaré hasta el muelle y ella se ahogará sola. Todos pensarán que ha sido un accidente. Un paseo, una caída, un golpe... Nadie podrá acusarnos de nada.

Los ojos oscuros de Victoria desafiaron a los de su madre.

—Nadie lo sabrá. Estas cosas pasan.

La mujer miró a su alrededor, respiró hondamente y suspiró vencida.

—¿Y qué será de esa niña?

—¿Qué fue del mío? ¿Es que ahora te vuelves compasiva? Dímelo.

—No vuelvas con eso. ¡Fuiste tú! ¡Tú lo hiciste!

La expresión de su hija se volvió turbia y perturbadora. A veces le costaba reconocer que no era normal, y hasta le daba miedo.

—Sabes que solo quería protegerte, Victoria.

—¿Protegerme? Tú solo has mirado por ti. ¡Por ti!

—¡No te lo permito! —Y levantó la mano derecha para abofetearla como cuando supo su secreto. Pero se detuvo.

—¡Pégame! Hazlo. Acaba conmigo y quédate con ella. Así serás feliz y tendrás la hija que siempre has querido.

—¡Basta, Victoria!

Las dos oyeron balbucear a Sophie en el suelo. Aun en la penumbra podían distinguir las máculas de sangre en su rostro.

—Está bien —dijo la madre—. Ya no hay vuelta atrás.

—Todo podría haber sido diferente, pero tú...

—¡Basta! —Y esta vez la zarandé—. Acabemos de una vez.

Victoria sonrió con malicia.

—Te ayudaré —le dijo Catherine agarrando a Sophie de los brazos—. Debemos arrojarla al agua cuanto antes.

Victoria levantó las piernas de Sophie y esta vez dejó que fuera su madre la que avanzara de espaldas hacia el muelle. Catherine siempre había estado dispuesta a descender hasta el mismo infierno por su hija y aquella noche iba a demostrárselo.

—Espera.

—¿Qué pasa? —le preguntó Victoria.

Su madre aguzó los sentidos, con los ojos revoloteando como si fuesen pequeñas antenas.

—¿No lo has oído?

El viento le enredó los cabellos en la cara como una enorme araña intentando cegarla y Victoria ladeó la cabeza de un lado a otro intentando liberarse, pero sin soltar a Sophie.

—¡Oh! Dios mío —exclamó Catherine.

—¿Qué te pasa?

—¡Victoria!

Su hija no llegó a reaccionar hasta que oyó el silbido y vio a su madre soltar el cuerpo. Al mirarla, descubrió un proyectil en su cuello.

—¡Madre!

Pero ella ya no le contestó nada. Intentó balbucear entre gárgaras al tiempo que se derrumbaba en la oscuridad.

—¡Jem! —gritó Victoria—. ¡Maldito seas!

Se arrodilló y oteó la penumbra. Entonces sintió las manos de su madre tirando de ella, mascullando entre borbotones negros.

—¿Qué es lo que quieres, maldito? —volvió a gritar—. Te lo daré.

Volvió a mirar a su madre y supo que debía arrancarle aquel astil y obstruir la salida de la sangre. Debía arrastrarla hasta la casa y esperar que no la alcanzase a ella también. Tenía que moverse con rapidez, respirar, mantener la calma... Pero apenas tuvo tiempo de acabar de hilvanar sus ideas. Oyó el zumbido sobre ella y supo que la había alcanzado antes de sentir el impacto. Aturdida y confusa, se bamboleó y enseguida todo fue una boca oscura y un aguijón ardiendo en su hombro.

—¡Hijo de perra! —gruñó.

Solo podría salvarla el zaguán. Lanzarse a tierra y arrastrarse como las focas. Pero cuando iba a hacerlo, la segunda flecha atravesó su espalda y definitivamente perdió el equilibrio. Comenzó a notar que se ahogaba y la noche la fue aplastando al tiempo que su vista se enturbiaba.

Y en ese momento la vio: no supo si se trataba de un ángel o de un demonio. Solo atinó a ver a una figura avanzando hacia ella, como si se deslizara en la oscuridad, pero sin rostro.

Y no tuvo miedo. Supo que iba a morir y esa voz empujó su partida.

Sophie también había visto su rostro difuminado. Supo que había estado allí, flotando cerca del muelle, con la anemia de la luna menguante palpando su sombra. Fue poco antes de que recuperara la lucidez y viese sus cuerpos atravesados apenas a unos metros de ella. La mueca de horror de Catherine con los ojos abiertos le hizo apartar la mirada. Victoria había quedado ovillada intentando alcanzar la casa, con las flechas arponeando su cuerpo como una ballena varada.

El reflejo del amanecer nacía tras la colina que ocultaba Ushuaia y Sophie creyó que la humedad y el frío la habían amortajado.

Se palpó la brecha en la frente y se sintió mareada, sin poder comprender lo que había sucedido, hasta que la pequeña Anne fluyó a borbotones en su pensamiento.

Se levantó con esfuerzo y se dirigió hacia la casa tambaleante. La puerta estaba cerrada, pero solo tuvo que empujar para abrirla. Cuando llegó a su habitación, también estaba cerrada. La boca se le secó y sintió que la angustia iba a asfixiarla, pero se llenó de valor. La empujó y se encontró a Síma de pie, junto a la cunita de la niña y con los ojos bien abiertos.

—¡Sophie!

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Mamá me dijo que no me moviera de su lado y no lo he hecho.

Abrazó a Síma y luego se reclinó sobre el cuerpecito de Anne, que seguía durmiendo tranquila. Su carita relajada, su expresión seráfica, esa boquita sorbiendo la vida con su respiración. Tuvo que sentarse sobre la cama para recuperar el aliento.

—Ve a decirle a tu padre que venga, Síma. Corre como el viento y no te detengas.

La pequeña se escabulló como un pececillo y Sophie intentó encajar lo que acababa de suceder. Palpó su frente. Tenía sangre reseca y le dolía la cabeza.

¿Quién la había golpeado? Apenas podía engarzar los recuerdos, hasta que... ¡Daniel! Luchando contra su debilidad, fue hasta su dormitorio como había hecho horas antes, pero esta vez lo encontró con los ojos cerrados, pálido y frío. Sophie se quedó mirándolo fijamente. Su cabeza era un barullo y las últimas piezas se encajaron allí, frente a él.

Regresó junto a Anne y se tendió en la cama. Ílan y Lakuta la encontraron allí tumbada. Detrás de ellos llegó Löm. El muchacho ya era un hombre tan ancho como su padre, fuerte como los árboles y despierto como el sol, que era lo que significaba su nombre.

—Estoy bien. Pero ellos han muerto.

—¿Qué está diciendo? —le pregunto Ílan a su mujer.

—Están ahí delante, en el camino.

Los yaganes se precipitaron por el pasillo. Al volver minutos después, estaban azorados.

—Él también está muerto, señorita.

—Lo sé.

—¿Qué ha sucedido?

—Creo que fue ella, Lakuta.

Los tres yaganes intercambiaron miradas. Lakuta les ordenó algo en su lengua y los dos hombres las dejaron solas.

—Esto no es cosa de muertos, señorita, sino de vivos. Y lamentablemente pueden sospechar de nosotros.

—No lo harán. Yo lo negaré.

—Si quiere ayudarnos, no mencione a los muertos, señorita. Estos proyectiles no los lanzan los que se han ido, sino los de aquí.

—Tienes razón.

—En cuanto los vean, pensarán que nuestro pueblo es peligroso y será peor para todos.

—Es verdad.

—Tiene que haber sido Jem, señorita. Intente recordar. Él volvió a vengarse de los Summer. Recuérdelo.

El silencio se iluminaba con el amanecer. Sophie estaba cansada. Muy cansada.

—Ese hombre está vivo, señorita, y usted tiene que haberlo visto. ¿No es verdad?

—Lo habré visto, Lakuta. No te preocupes —le dijo con un hilo de voz y escasa convicción.

—Usted estaba conmigo, ¿recuerda? Fue a última hora de la noche. Estábamos en su habitación, con la niña, y yo estaba con usted. Y eso fue lo que la salvó, ¿recuerda? Jem no la mató porque estaba conmigo. —La mirada de la indígena se volvió desafiante—. ¿Lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

La yagana se sentó en la cama y le tomó las manos.

—Los muertos solo traen problemas, señorita. Fue él. No debe darle más vueltas. Si no, nos pondrá en peligro.

—No te preocupes.

—Ahora ya es libre. ¿Acaso no era lo que quería?

—Sé que no era él, Lakuta. Es hora de que me cuentes la verdad.

—¿Qué verdad?

—Dime lo que sucedió aquella noche.

—¿Qué noche, señorita?

—La noche en que ella murió. La noche que lo cambió todo.

Dorothy también se había internado en la oscuridad, como le había sucedido a Sophie la primera vez que lo vio. Lakuta le contó que la hija del reverendo Whaits avanzó como un ciego tantea el mundo para encontrar su camino. Esquivó los establos y llegó hasta un pequeño cobertizo algunos metros detrás, donde se guarecían las vacas. Sus pasos fueron silenciosos sobre la nieve y, al acercarse a aquel portón de madera, los escuchó. Entreabrió ligeramente la puerta, pudo ver la luz de aquella lámpara y un grito ahogado acabó delatándola. Victoria volvió su cabeza como una fiera, Dorothy se quedó petrificada y, como si hubiese descendido al mismo infierno, cayó de rodillas. Sophie casi podía imaginar su expresión.

Daniel se separó de su hermana y se acercó a su esposa intentando explicarse, pero Dorothy, entre sollozos y gritos histéricos, juró que volvería a la misión. Aquello Lakuta solo podía imaginarlo, lo mismo que el odio de la hija de Catherine Summer, quien descargó todo el peso de una azada en la cabeza de la muchacha, sin que Daniel pudiera o quisiera evitarlo.

—Siempre pensé que el señor Daniel la dio por muerta en aquel momento, ¿me entiende? Y quizás la señorita también, pero aquello nunca lo pregunté. De aquello no hablamos nunca.

—Él no pudo desear que la matara. No pudo hacerlo.

—Nunca lo sabremos ya, señorita.

—Él estaba atormentado, pero no la odiaba. Adam era su hijo.

Victoria lo improvisó todo y reescribió aquella noche: Dorothy se habría acercado al cobertizo donde una de las vacas estaba a punto de parir y un desafortunado incendio con la lámpara la habría atrapado entre la madera y el heno. Lakuta nunca llegó a saber si fue frialdad o estupidez, solo estaba segura de que Victoria lo planeó en un momento, sin contar con que la indígena la llegase a ver sola, alejándose del establo poco antes de que comenzara a arder como una tea.

Cuando los Summer se dieron cuenta, el incendio fue incontrolable y no pudieron salvar ninguna res. Sus mugidos se confundían con el crepitar del

fuego.

—¿Catherine nunca llegó a saberlo?

—Por supuesto que sí. No hizo falta que Victoria se lo dijera. Catherine sabía perfectamente de lo que era capaz su hija.

—¿Eduardo lo supo?

—Él nunca llegó a saber nada. —Lakuta se acercó a Sophie y le acarició la frente como si fuese su madre.

—Por eso ella volvió a vengarse, ¿verdad?

—Los muertos no caminan esta tierra, señorita.

—¿Quién fue entonces? ¿Un yosi?

—Quizás.

—Me dijiste que vivían en el bosque.

—Los yosi están por todas partes.

—¿Y no están muertos?

—Ellos no son como nosotros. Ellos no son humanos, pero buscan a los hombres. Mi madre me lo enseñó de pequeña.

—¿Y cómo se puede no ser humano y buscar a los hombres? ¿Acaso son animales?

—Solo son yosi. Ni hombres ni animales. Ni vivos ni muertos.

—¿Y por qué me buscan a mí?

—Los yosi no la buscan a usted, señorita. De hacerlo, ya se la habrían llevado.

Le sostuvo la mirada hasta que la yagana cedió y entornó los ojos. Sophie sabía que había acorralado a la verdad y solo tenía que capturarla.

Catherine también había comenzado a comprenderlo cuando vio el cadáver del hijo de Victoria. Sophie imaginó que en aquel momento su suegra comenzó a atar cabos y supo por qué Victoria la había arrastrado hasta Tierra del Fuego, donde los mapas se distorsionaban y la civilización era una nebulosa lejana como las estrellas. Allí el mundo parecía no existir, como la sociedad inglesa, y su hija pensó que Ushuaia sería el escenario idóneo para dar rienda suelta a su pasión prohibida. Fue por eso que Victoria preparó tan rápidamente las maletas hacia el sur. No fue por su padre, sino por su hermanastro. A Catherine poco le importó que su hija la acusara de ser la culpable de todo. Pero se derrumbó cuando Victoria rabió escupiéndole a gritos que ella nunca lo había visto como a un hermano. Al fin y al cabo, cuando durante su adolescencia decidieron rescatarlo de aquel hospicio, Daniel casi era un desconocido para ella.

Victoria supo que amaba a su hermanastro cuando lo vio partir hacia el sur. Catherine siempre había creído que había sido Daniel quien lo había iniciado todo. Aquel huérfano rencoroso de ojos azules como lagos helados había tramado su venganza lentamente. Pero Lakuta sabía que no había sido así. Había sido Victoria quien inició aquel juego y lo atrajo como una araña urde su red mucho antes de atrapar a su presa. La yagana lo supo tiempo después, cuando Dorothy ya estaba con ellos y su amiga ya había quedado atrapada en aquella mentira. Victoria se parecía mucho a Catherine: demasiado egoísta, de corazón ácido y carácter traidor. Era una gran embaucadora y, cuando desplegaba ese arte, brillaba hermosa. Probablemente ni pensara en el horizonte de aquel delirio, solo supo que deseaba estar con aquel hombre que la casualidad había querido que fuese su medio hermano.

Daniel sufrió las embestidas de Victoria nada más llegar a Ushuaia y procuró esquivar sus señuelos. Pero una noche acabó en el cobertizo junto a ella y supo que sucedería lo inevitable. Victoria encendió una lámpara, se sentó muy cerca de su boca, susurrándole bromas y jugando como un felino y un ratón, hasta que sus labios se rozaron. Entonces Daniel sintió el rugido de la pasión ardiendo bajo su vientre y, ya sin pensar, se zambulló en aquel pecado y la poseyó delirante. Gozaron sobre el heno como dos animales enfurecidos. Aquella fue la primera vez de otras muchas, hasta que él comprendió que aquello no podía continuar y la rechazó la primera vez.

Fue por aquel tiempo cuando Victoria buscó a Jem. Daniel siempre supo que su hermanastra deseó provocarlo con aquel yagán de rostro agraciado. Intentó levantar una fortaleza contra los celos, hasta que varios meses después volvió al cobertizo para amarla con una pasión ciega que ya no sabría cómo controlar.

Entonces todo cambió. A Victoria comenzó a hinchársele el vientre y Catherine acabó sabiendo la verdad cuando nació el niño. Aquel seísmo familiar fue tan insostenible que Catherine decidió obligar a su hija a embarcarse hacia Inglaterra. Pero Victoria rugió que solo muerta la alejarían de allí y Catherine le exigió a su marido que se ocupara de Daniel y que lo alejara de Ushuaia. Solo Charles era el culpable y solo él podía evitar que aquella desdichada los enviara al infierno a todos juntos.

Charles Summer no estaba dispuesto a repetir la historia y se negó a despachar a su hijo de su vida otra vez. No solo se llevaban bien, sino que él conocía el carácter caprichoso de Victoria. Le hizo jurar a su hijo sobre una biblia que se alejaría de su hermanastra. Comenzaba el invierno y embarcar a cualquiera de los dos hacia Malvinas o Punta Arenas era imposible por la ausencia de navíos. Y Catherine tuvo que aceptar que Daniel se quedara, pero solo a cambio de ese juramento y de un matrimonio.

Aquel invierno Daniel Summer cabalgó hasta la misión varias veces y, cuando Dorothy supo de su petición por boca de su padre, el reverendo Whaits, no lo dudó. Daniel podía resultar cautivador y no le costó enamorarse de él. Ella creyó tocar el cielo con las manos y, no solo porque en Ushuaia había pocos jóvenes con un futuro estable como el de Daniel Summer, sino porque no era una mujer hermosa, sino más bien de facciones insípidas y poco tentadoras. Dorothy Whaits se casó en diciembre de 1890, después de un noviazgo breve e invernal, y para ella solo cabía esperar la fortuna. No solo se casaba con un buen hombre, sino que volvería a vivir junto a su amiga Lakuta, con quien había compartido su infancia.

Sin embargo, nada fue como ella lo había imaginado. Catherine solo la quiso para mantener en el redil a Daniel, y Victoria la odió en silencio desde el principio. Y cuando al poco tiempo Dorothy se quedó embarazada de Adam, su cuñada comenzó a frecuentar el sepulcro de su hijo, como si aquel montículo fuese todo lo que la unía a su hermanastro. Fue entonces cuando su desprecio demente no solo se proyectó sobre la hija del reverendo, sino también sobre Daniel, que, tal como había jurado, se alejó de ella como si estuviera infectada.

Victoria lo aborreció y se hinchó de un veneno que tragó sola. Podían haberla alejado de Daniel, pero no la obligarían a casarse con nadie. Ella permanecería allí, como una viuda que lloraba un amor enfermo.

Dorothy le confió a Lakuta varias veces sus ofensas y sus burlas, mientras Daniel parecía incapaz de protegerla. Más bien pareció querer alejarse de ambas y, apenas nacido Adam, ya comenzó a beber y a torcer su carácter. Intentaba arrancar a Victoria de su cabeza sosteniendo una botella, reprimiéndose y torturándose. Pero no lo consiguió y, después de mucho tiempo, una noche más volvió a suceder. Lakuta no podía precisar cuándo los volvió a ver en la penumbra de aquel cobertizo. Nadie podía sospechar nada. Nadie excepto Dorothy, quien se levantaba de madrugada, hasta que aquella noche descubrió la verdad, como le sucedió a Sophie.

Pero a Dorothy le costó la vida. Adam entonces apenas tenía tres años.

Charles y Catherine sospecharon lo sucedido, pero lo enterraron como si Dorothy jamás hubiese existido. Entonces Daniel se alejó a Yendegaia con su padre e intentó poner tierra de por medio. Pero para Catherine no fue suficiente y tramó un nuevo matrimonio. Aquel viaje a Inglaterra no solo les proveería de capital y maquinaria para extraer oro, sino también de una nueva esposa para su hijastro.

Y cuando Sophie ya pudo entenderlo todo, sintió una inmensa pena por sí misma, pero también por Dorothy y el pequeño Adam. Nunca olvidaría la tristeza de aquel niño que se vio atrapado en la prisión de aquella mentira. Quizás por ello su madre nunca lo abandonó, quizás por ello Dorothy nunca dejó de amarlo entre miedos, mientras Daniel se emborrachaba de frustración y las Summer intentaban olvidar su presencia.

Dorothy nunca lo abandonó. Siempre estuvo allí. Sophie estaba completamente segura, aunque todavía fuese incapaz de explicarlo.

El crimen de los Summer retumbó en la región como truenos de deshielo. La noticia podría haber erizado el miedo en la misión, en el poblado y en aquel puñado de granjas que circundaban ese recoveco al sur de Tierra del Fuego. Sin embargo, no fue así. Sophie y Lakuta aseguraron que habían vuelto a ver a Jem esa noche y los homicidios volvieron a sentenciarse como una venganza.

El comisario se encargó de buscar alguna información sobre el indígena rebelde, pero ninguno de los aborígenes que llegaban en canoas a la pequeña península de Ushuaia le dijeron nada. Los yaganes que no habían aceptado a los extranjeros creían que se aprovechaban de ellos y se acercaban al poblado para vender sus pieles a cambio de ropas, alimentos y utensilios, pero ninguno traicionaría a Jem, y el comisario y el gobernador lo sabían. Nunca darían con él, porque el mundo de las islas y de los bosques era una frontera todavía lejana para los invasores.

A los Summer los enterraron en la misión y Sophie regresó a Bahía Viento liberada. Todo había sucedido como un torbellino. Las arcanas cadenas que la sujetaban se rompieron y su único deseo fue volver a ver a su hermano. Ya no podía seguir esperando las gestiones de la Sociedad Misionera Patagónica y estaba dispuesta a regresar a Londres cuanto antes para cumplir la promesa que le había hecho a su madre y al propio Tom. El dinero había dejado de ser un problema.

—Esto es suyo —le dijo Andrew Carroll la segunda vez que lo vio en Bahía Viento.

Sophie recogió el cheque y leyó la cifra de diez mil libras esterlinas.

—Es lo que habíamos acordado con Catherine Summer, pero solo podrá cobrarlo en Londres o en Buenos Aires. El resto está aquí. —Y puso un atado de billetes sobre la mesa.

—No sé si esto me corresponde a mí, señor Carroll.

—¿A quién si no?

Aquel hombre de ojos color miel, mirada soñadora y gesto de niño tenía un

encanto arrogante. Apenas se notaba que había navegado para llegar hasta allí. Su camisa blanca lucía impecable y almidonada bajo su chaleco negro.

—Imagino que tiene usted razón pero...

—Lo entiendo, señora Summer. No encuentro palabras para expresarle cuánto siento todo lo sucedido.

—No se preocupe. Mi hija y yo estamos bien y, para mí, ella es lo más importante. En cuanto a mi marido, usted ya sabe cuál era su situación. Quizás para él su muerte fue un descanso, créame.

—Puedo imaginarlo.

—Debe estar tranquilo, señor Carroll. Nada de lo sucedido aquí determinará su futuro. No tiene que ver con los indígenas. Le aseguro que la ayuda de los yaganes no solo le proporcionará tranquilidad, sino que le garantizará el buen funcionamiento de la hacienda. Ílan y Lakuta llevan aquí más de siete años.

—Puede quedarse el tiempo que necesite.

—Se lo agradezco. Pero esta tierra ahora es suya y será mejor que la ponga a funcionar. La primavera y el verano son estaciones de mucho trabajo. —Sophie se acercó a los ventanales—. Es hora de iniciar mi nueva vida, señor Carroll. Y debo hacerlo lejos de aquí.

Su memoria sobrevoló el pasado igual que un cóndor planeando sobre un cadáver. Aquellos dos últimos años le habían dejado profundas cicatrices y la hacienda había ido asfixiándola, como si Sophie hubiese debido seguir el mismo destino que Dorothy y su hijo. Sin las Summer, aquella casa parecía resplandecer de otra manera. Los muebles brillaban como si hubiesen recibido una capa de barniz, la cristalería de la vitrina parecía una constelación chispeando transparente y los sillones color beige en torno a la chimenea de piedra parecían más cálidos que nunca. Mientras la pequeña Anne dormitaba tranquila en su cunita, la casa había adquirido una armonía que Sophie jamás había conocido.

—Quizás ahora esté demasiado confusa. No es nada fácil lo que ha vivido.

—Lo sé, pero no podría perdonarme no encontrar a mi hermano.

Continuó admirando los contornos de la bahía a través de los cristales. Aquella región hermosa y hostil había calado bajo su piel como un gusanillo horada imperceptible la fruta madura. Sabía que su futuro en Inglaterra era tan dudoso como desconocido, pero el que le esperaba en Ushuaia, ligado a la misión, tampoco tendría sentido durante mucho tiempo.

—Las cosas son como deben ser, señor Carroll.

Y cuando fue a embarcar por última vez en la chalupa que la conduciría a Ushuaia, supo que jamás olvidaría esa hacienda, ni a los yaganes que trabajaban en ella. Apenas había pasado un año y medio junto a ellos, pero el tiempo parecía haberse dilatado durante los últimos meses.

En el momento de despedirse de Lakuta, la abrazó sin poder reprimir el llanto.

—Cuídese, señorita. Yo ya no podré hacerlo.

—Nunca te olvidaré, Lakuta.

—Quizás volvamos a vernos. Quizás algún día quiera volver. Usted es muy joven.

En esa hacienda se quedaban demasiadas cosas, como cuando abandonó Greenwich.

—Nunca os olvidaré —repitió Sophie.

Estrechó en sus brazos a Ítar y a Síma y extendió la mano para despedirse de Ílan y Löm. Luego se dirigió al embarcadero con una pequeña maleta de piel y Lakuta cargó a la pequeña Anne por última vez. Con nada había llegado y con muy poco se iría. Solo el cheque que le había entregado el señor Carroll cambiaba su futuro.

Sin embargo, Sophie todavía no lo había comprendido todo y fue en ese momento cuando lo vio. Sus ojos se quedaron clavados en el horizonte, como si hubiese recibido una señal. Se detuvo, dejó la pequeña valija en el muelle y señaló un punto exacto en las aguas grises.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ílan ya meciéndose en la embarcación.

—Mira —insistió ella afinando con su índice el punto exacto del canal.

Desde allí veían un leño flotando a la deriva, pero no pudieron estar seguros.

—No se preocupe, señorita. El canal arrastra muchas cosas.

El rostro de Sophie se quedó lívido y, de pronto, la imagen de Eduardo flotando en las heladas aguas antárticas erizó su piel.

—Acércate a ver qué es, Ílan —le pidió Lakuta.

El yagán y su hijo mayor se sentaron en la chalupa. La desamarraron, extendieron la vela y se adentraron en las lóbregas aguas de la bahía. Sophie los vio balancearse sobre las espesas olas. Pudo divisar cómo lo enganchaban y lo izaban como cuando cargaban los troncos para el aserradero. Entonces estuvo convencida de que era un cuerpo.

Y nuevamente el recuerdo de Eduardo lo apagó todo.

LA TIERRA PROMETIDA

Diez meses antes, en marzo de 1896

Eduardo nunca podría olvidar el horror de sus caras. Los cinco que permanecían en la cabaña antártica habían confundido sus golpes con los aullidos del viento, pero él había insistido, y cuando abrieron la puerta, los encontraron desfallecidos después del último esfuerzo arrastrando el bote hasta la orilla. Acababan de regresar de entre los muertos y aquellos cinco hombres se sobresaltaron con su aparición en medio de la noche. Tardaron en asimilarlo. Los cuatro náufragos tenían las ropas cubiertas de hielo y Gonik y Collins, además, llevaban la palidez de la muerte.

—¿Qué ha sucedido, señor Blaker? —exigió con ira Eric Wheler—. ¿Qué es esto?

—El White Sea ha naufragado.

Pero el biólogo no estaba preparado para asumir que su único medio de regreso se hubiera malogrado. La noticia era mucho peor de lo que habían temido al verlos aparecer y, como si fuese un crío enfurecido, se lanzó sobre el oficial para sujetarlo de su chaqueta helada y sacudirlo como a un árbol del que se quieren aflojar los frutos. Solo el veterano carpintero George Bell fue capaz de separarlo de Blaker, quien parecía paralizado, inmune a aquella rabia que debía comprender.

—¡Estamos perdidos! —comenzó a bramar Wheler con desesperación—. Jamás saldremos vivos de esta playa.

George Bell lo abofeteó como si tuviese el mando en aquel fin del mundo y le exigió que se comportase.

La desolación de los náufragos inundaba la cálida estancia como si una ola de espumosa agua helada hubiese derribado puertas y ventanas.

—¿Acaso crees que conseguiremos algo perdiendo los nervios?

El biólogo se había dejado caer de rodillas en el suelo.

—La desesperación no soluciona los problemas, solo los agrava —agregó Bell.

Suministraron ropa seca y licor a los recién llegados. Luego cenaron carne de cordero, queso y lentejas, pero Gonik y el fogonero Collins, que habían enfermado durante el naufragio, no pudieron ingerir nada.

—La situación es grave —les dijo Evans Blaker—. Pero es mi deber intentar que no decaiga vuestro ánimo. Estoy convencido de que, cuando el Gobierno inglés sepa de nuestra desaparición, enviará una nueva expedición. Si sabemos racionarlos, tendremos alimentos para más de un año, y si somos capaces de cazar focas y utilizar su grasa, podremos mantener las provisiones y el combustible durante mucho tiempo más. Incluso es posible que el Gobierno argentino envíe algún ballenero para indagar sobre nuestra misión.

El discurso del explorador irlandés retumbaba en un silencio sepulcral.

—Es más, con el buen tiempo, podremos hacer turnos y alejarnos de la costa lo suficiente como para realizar un avistamiento. Lo importante es mantener nuestra cabeza fría y nuestro cuerpo caliente.

A Eduardo Ariza le satisfizo ese optimismo y reconoció que estaba bien pensado el esfuerzo por facilitar un avistamiento, ya que no creía que la tripulación de ningún navío pudiese siquiera imaginar que hubiera una cabaña en esa costa blanca, remota y desconocida. Lo importante era reconducir los ánimos y encender el pábilo de la esperanza.

Eric Wheler se calmó y todos organizaron su mente para proyectar una existencia de supervivientes. Sin embargo, el fogonero y el ucraniano estaban sentenciados. Durante la noche en el bote a la intemperie contrajeron una pulmonía que los analgésicos no pudieron curar. Tumbados en las literas del camarote y tiritando de frío, expulsaron flemas mareados por la fiebre. Collins solo pudo resistir siete días, pero Gonik sufrió cinco más.

—Cuando vuelvas, busca a mi mujer en Buenos Aires —le pidió a Eduardo—. Dile que lo intenté.

Fue lo último que le dijo. A ambos los sepultaron lejos de la cabaña, a dos metros de profundidad. George Bell construyó dos cruces con restos de madera y las clavó en la nieve. Llevaban tres días con una ventisca que apenas les permitía ver a más de tres metros y solo aguantaron fuera una hora. Los siete hombres

miraron las tumbas como si divisaran su futuro, mientras los perros aullaban nerviosos en el cobertizo. Ninguno parecía lamentar esas muertes. La ausencia de los dos marinos significaba más alimentos y más espacio. Además, la mayoría había temido algún contagio que el biólogo Wheler no podía contrarrestar.

Evans Blaker dividió los camarotes entre los siete. Había dos literas en cada uno, pero él decidió dormir en un saco en el suelo. Fue inflexible y rotundo. El explorador irlandés había comenzado a recuperar algunos reflejos de su carácter adusto y afable a la vez. Nadie discutió su liderazgo por el temor de que no regresaran a Inglaterra jamás. Confiaban en que Blaker sabía perfectamente de qué hablaba y, con el paso de las semanas, incluso aseguró que ya no importaba que los rescatasen o no. Esperarían a enero y, con la máxima temperatura en la Antártida, navegarían hasta la isla Decepción, donde habían fondeado algunos balleneros durante los últimos años. La distancia hasta aquella isla era de más de ciento setenta millas náuticas, unos trescientos kilómetros, cuatro veces más que desde el punto en que se había hundido el White Sea. Para esta travesía reservarían alimentos, prepararían ropa de repuesto, se llevarían sacos de dormir e incluso uno de los hornillos a gas. Si habían podido resistir aquella noche gélida del naufragio, podrían hacerlo en los mejores días de verano.

—Estoy seguro de que es nuestra mejor opción —insistió—. Y durante el invierno nos prepararemos para ese momento.

El ánimo de los hombres se agitó como la espuma. Blaker explicaba tan decidido sus planes que hasta Wheler se había vuelto optimista. El irlandés le exigió que no cesara en sus investigaciones científicas y, mientras el resto hacía incursiones por la zona, el biólogo invertía horas escogiendo muestras para su microscopio. Blaker quería dar apariencia de normalidad y aquellos estudios eran muestra de ello.

También racionó la alimentación y organizó la caza de pingüinos. Al principio, los animales se acercaban a la playa confiados, como niños curiosos intentando buscar amigos. Los marinos aprovecharon esa ingenuidad: los rodeaban con palos y rifles y los golpeaban hasta que acababan pataleando espasmódicos y sangrando por la nariz. Sus congéneres dejaron de acercarse y los hombres tuvieron que organizar excusiones en bote a otras playas, esquivando los hielos y las peligrosas rompientes. Pronto el mar se congelaría y la noche en la Antártida sería casi perpetua bajo temperaturas extremas.

Ya en la última incursión por mar, los icebergs rodearon a Eduardo, Charles Thompson y Joseph Aubrey. Fue a mediados de abril, en un trayecto muy corto. Avanzaron por grandes pasillos de paredes heladas, a veces tan lisas que parecían pulidas a mano. Solo oían el crujir del hielo y el aullido del viento. Pero ellos sabían que no estaban solos. Las focas y los pingüinos merodeaban como si jugasen con ellos, mientras albatros y petreles los vigilaban desde la cima de los témpanos. Incluso una vez Aubrey creyó oír resoplidos de orcas acercándose a la bahía congelada. Sus silbidos eran breves y agudos. Ese día llegaron hasta una terraza de hielo donde se congregaba media docena de pingüinos que los vieron llegar indiferentes. Las focas eran mucho más escurridizas. Sin embargo, cuando Thompson trepó sobre el hielo con el rifle, un grupo de aquellos enanitos con frac lo rodearon y comenzaron a darle picotazos en las piernas. Thompson los espantó a golpes y ellos se encargaron de cercarlos y rematarlos uno a uno. Aquellos seis animales fueron los últimos que mataron antes del invierno.

La belleza del paisaje y la captura ayudaron a que Eduardo olvidara al menos durante esa jornada su preocupación por la posibilidad de que Sophie lo diera por muerto. La caída del sol en el horizonte austral era un espectáculo soberbio. Al norte, el tono rosa del cielo se reflejaba en las tranquilas aguas variando entre el cobre bruñido y el color salmón. Los témpanos y los bancos de hielo eran de un verde pálido, con sombras púrpura cuando el firmamento se tintaba ya de azafrán. Pero ese paraíso no era habitual. El tiempo empeoraba día a día y las nevadas, el granizo y la niebla los envolvieron tan rápido como racheó el viento. Entonces el hielo se volvió viscoso. Evans Blaker supo que el invierno los paralizaría y que solo el calor de la cabaña los salvaría.

A finales de abril la luz era tenue y el sol apenas se elevaba de la línea del horizonte. Entonces las sombras se hacían alargadas. Pero cuando llegó la oscuridad, la noche polar los envolvió del todo. Solo pudieron ver un mar helado bajo las estrellas, y en los contados días sin tempestad, las auroras teñían el horizonte donde gruñía el hielo.

—Cuando llegue el verano, tú serás uno de los que me acompañe, Eduardo —le dijo Blaker.

Se habían alejado algunos metros de la cabaña a dieciocho grados bajo cero y el aliento de los dos era polvo de nieve.

—Sobrevivimos al naufragio —le contestó Eduardo—. Nada me parece

imposible desde aquella noche.

—Esperaremos en la isla Decepción a que llegue algún ballenero. Quizás suceda, español. Prefiero morir intentándolo.

Brillando bajo la luna aquella parecía una superficie fantasmal y Eduardo pensó que ese era un buen escenario para morir. No bajo una tempestad de las que los azotaban casi a diario. Si alguna vez llegaba a perder la esperanza, se sentaría en una playa como esa y en una noche como esa. Luego se desnudaría y se entregaría a la naturaleza, hasta que ella lo fuese adormeciendo.

—Temo fallar a mis hombres —le susurró Blaker.

—Usted no tuvo culpa.

—Debí haber establecido un radio para la cabaña. Debería haberlo hecho sobre un mapa depositado en Londres y en Buenos Aires.

—No debe castigarse.

—Solo establecí que intentaría superar el archipiélago de las Shetland del Sur. Creí que íbamos a hacer historia —se lamentó el irlandés—, pero no de esta manera.

Sin rastro de su optimismo, con el semblante apagado, encaró a Eduardo.

—No sé si lo conseguiremos, español —le dijo—. Pero eso tú lo sabes.

Él pensaba en Sophie. La belleza polar le evocaba la de esa mujer que tan rápidamente había desaparecido de su vida.

Diciembre de 1896

Después de abandonar Bahía Viento, Sophie pasó la primavera en la misión. El reverendo Whaits la alojó en la habitación que años antes había pertenecido a Dorothy, y ella se entregó en cuerpo y alma a la escuelita. Había digerido la suerte de Eduardo y ya no le dolía.

Con la ayuda de Emma Luisa y Minie May, las hijas de Clara y John Lawrence, la antigua institutriz se adaptó a su labor de maestra. Tenía a su cargo a veinte niños y la mitad de ellos dormía en el orfanato. Aquellos pequeños yaganes se mostraban tan avispados con el inglés como con el castellano. Los anglicanos habían entendido que el idioma de los argentinos sería imprescindible para los indígenas y Emma Luisa se encargó de enseñarles un léxico nuevo y de solucionar sus dudas con el maestro del poblado argentino.

A pesar de su entusiasmo con los niños, Sophie sentía que su tiempo en Ushuaia se agotaba. La nostalgia parecía una melodía imperceptible, como si jamás fuese a dejar de estar arraigada a ese territorio olvidado del mundo. En la retina de su memoria sería como si todo hubiese acabado de suceder y proyectó con nitidez el día que había llegado a la casa del gobernador Godoy. Su corazón galopaba bajo el pecho como si batieran una campana hueca. Todo había transcurrido demasiado rápido, y entonces le pareció que el mal y el bien convivían juntos, como el trigo y la cizaña.

Una de esas tardes, Sophie dejó atrás las calles de la misión y se dirigió al cementerio. Las nubes volaban como borregos negros. De entre todas las lápidas, escogió la de Dorothy, a la que no había visitado desde que estuvo con Adam. Leyó su nombre en la piedra, y juntó las manos sobre el pecho e intentó rezar por ella.

No podría olvidarla. No podría hacerlo. Aun sin haberla conocido.

Sophie cerró los ojos y dejó que el viento ululase en sus orejas y esparciese su pelo. Cuando algunas gotas chocaron contra su rostro, supo que aquel silbido arrastraría a la tormenta. Pero ella no se movería. Para entonces, ya había aprendido a no temer al cielo. Percibió el rugido sordo de la tierra y permaneció allí hasta poder sentirla. Sophie estaba dispuesta a rasgar el velo de la realidad

hasta encontrarla. No podría marcharse sin comprenderlo todo. A los misioneros quizás les parecería absurdo, como a Daniel y a Eduardo. Pero para ella no lo era. Estuvo convencida de que Dorothy se le volvería a aparecer y la esperó callada, entregada a ese misticismo extraño que la había unido a ella.

Y sucedió.

De pronto pudo sentirla, y supo que estaba detrás.

No era una sospecha.

No era un sueño.

Era ella.

Un halo sobrenatural la envolvió y detuvo el tiempo. Como cuando Lakuta le hablaba del bosque y del mundo de los yosi, esos espíritus que aletean por el mundo de los vivos siendo sombras de otro.

No pudo evitar el miedo, como le había sucedido a Adam, e intentó recuperar el valor hinchando sus pulmones.

Sus piernas temblaban cuando se dio la vuelta muy despacio y contempló su figura erguida frente a ella.

—¿Qué te pasa? —le dijo—. ¿A quién temes?

—Pensé que...

El reverendo Whaits la miraba confuso.

—Pensabas que era ella, ¿verdad?

—Sí.

—A mí a veces me sucede —le confesó con una sonrisa.

Sophie no se atrevió a decirle nada. Había jurado no hacerlo. Y no lo haría.

—Fue una muchacha buena, muy buena... —Y la voz del clérigo se atascó—. Le hubiera gustado conocerte.

La lápida estaba limpia de musgos y adornada con las pequeñas flores amarillas del calafate.

—El niño siempre quiso estar con ella. Los dos sufrieron demasiado en aquella casa —continuó mientras Sophie seguía acariciando con la mirada el montículo de tierra—. Solo Dios sabe el sentido de las cosas. Ahora están bien. Por fin están bien.

Luego, tras recitar esa especie de responso, Robert Whaits se volvió para abrazarla.

—Nunca te olvidaré, muchacha.

—Yo tampoco, reverendo.

—Es posible que nunca volvamos a vernos. Esta ya es mi tierra y no creo que alguna vez regrese a Inglaterra.

—Lo sé.

Su piel se volvió a erizar y, como si de un fogonazo de lucidez se tratase, la imagen de aquel cuerpo flotando en la bahía la alteró una vez más. Había algo que todavía no podía encajar. Era como si Dorothy se lo susurrara y supo que debía regresar a Bahía Viento antes de abandonar definitivamente el sur.

Esos bosques no solo ocultaban a los yosi. Era como una visión.

Sophie regresó a la hacienda con su hija Anne, acompañadas por el reverendo Whaits. Bahía Viento parecía haber renacido. Andrew Carroll había contratado a un par de hombres más y la última esquila había sido muy buena. Según Ílan, aquel escocés había llegado a Tierra del Fuego decidido a sacarle todo el provecho posible y ya estaba pensando en llevar más vacas. Carroll había estado en Haberton viendo las reses de Thomas Bridges y este lo había convencido de sus beneficios, de modo que en Bahía Viento construirían un nuevo establo y ampliarían los cercados.

—Quiero que me lleves al bosque, Lakuta.

—Estamos rodeados de bosques, señorita.

—Quiero que me lleves hasta ella.

—Olvídelo, señorita. Dorothy ya se fue.

—No lo creo. —Sophie respiró profundamente y atravesó con sus ojos verdes a la yagana—. ¿De quién era aquel cuerpo, Lakuta?

—Nunca lo supimos, señorita. Su rostro estaba desfigurado.

—Sé que me mientes.

—No le miento, señorita. El bosque arrastra muchas cosas. Yaganes también. Debe olvidar todo lo que le sucedió aquí. Debe hacerlo y vivir.

—Quiero que me lleves allí, Lakuta.

—¿A dónde?

—No lo sé. Pero sé que tú lo sabes.

—Pero ¿quién le ha dicho tal cosa?

—Dorothy.

—¿Dorothy? —exclamó la yagana.

—Sé que hay algo en el bosque. Algo que tiene que ver con aquel cuerpo. Y creo saber hacia dónde dirigirme. Creo que una vez estuve muy cerca, ¿verdad? Si no vienes conmigo, iré sola.

—¿Por qué quiere hacerlo?

—Porque tengo que comprenderlo, Lakuta.

La indígena se quedó con las manos juntas sobre el regazo y la expresión perdida.

—Está bien. Esta tarde daremos un paseo. Pero él no vendrá.

—¿Quién?

—El reverendo Whaits. Prométamelo.

—Te doy mi palabra.

Ese día comieron en la cabaña de la yagana. Andrew Carroll estaba fuera. Había navegado hacia el oeste, hasta el aserradero en Lapatia. Regresó cuando los truenos crujían sobre la tierra como cuando hachaban los árboles y Sophie temió que no podrían adentrarse en el bosque con la amenaza de un diluvio. El escocés le aseguró que en esas condiciones no iba a permitir que volvieran a la misión, y mucho menos con la niña.

—Pueden pasar aquí la noche, señora Summer.

—Collinwood —lo corrigió—. Se lo ruego.

—Desde luego. Discúlpeme. Para mí será un placer alojarla aquí y creo que si se empeñara en lo contrario pondría en riesgo su vida.

Robert Whaits estuvo de acuerdo y Sophie aceptó. Lakuta organizó los dormitorios y esa noche tuvieron una cena inolvidable. La lluvia tintineaba sobre el techo de zinc, pero el escocés silenció la tempestad con un violín. Su sonido inundó el salón con el lamento melodioso de unas cuerdas que bailaban entre sus dedos. Y mientras el clérigo fumaba relajado su pipa, Sophie se deleitó escuchando sonatas de Bach, Händel y el Allegro ma non troppo de Beethoven. Apenas podía creer que en esa misma estancia hubiese pasado momentos tan

amargos. El fuego del hogar crepitaba y Carroll movía su cuerpo como un delgado tronco mecido por una brisa suave y, de tanto en tanto, sus ojos color miel le sonreían afinando una armonía que le rozaba el corazón.

—Ha sido maravilloso, señor Carroll —le dijo después de que el reverendo Whaits se retirara a dormir—. Es usted un músico magnífico.

—Te ruego que me llames Andrew, Sophie. Y si me lo permites, yo haré lo mismo.

Y ella asintió complacida.

El rostro del escocés se colmaba de ternura cuando ensanchaba las mejillas y, como cuando lo vio por primera vez durante su embarazo, tuvo que esquivar su mirada para evitar sonrojarse.

—¿Me permite una indiscreción, señor Carroll? —le preguntó cayendo en la cuenta de su error—. Quiero decir, ¿me lo permites, Andrew?

—Desde luego.

—¿Qué fue lo que te trajo hasta aquí?

El escocés se sentó junto a ella y clavó los ojos en la chimenea, como si las escenas de su niñez en Blantyre se proyectasen sobre las llamas. Tenía tres hermanos mayores y su madre había muerto al darle a luz. Su padre era dueño de una fábrica de algodón, donde los obreros trabajaban más de doce horas diarias, pero Andrew nunca se había llevado bien con él. Apenas se había ocupado de ellos y había delegado su afecto en una extraña, una veterana institutriz que había acabado siendo como una madre. El mayor de sus hermanos había estudiado Medicina, el del medio se había hecho cargo de la fábrica y él se empeñó en ganarse la vida fuera de una oficina, en algún lugar exótico y distante donde pudiese olvidar a su joven esposa, que tres años atrás, como si el destino fuese un ogro que jugaba con él, había muerto al dar a luz a su primer hijo, Peter Carroll, quien tampoco había podido superar las doce horas de vida.

—¡Dios mío! —exclamó Sophie conmovida.

—Habría podido huir a cualquier lugar, pero escuché hablar a un clérigo de un lugar ventoso, de veranos frescos e inviernos soportables. Un territorio de

prosperidad, pero olvidado del mundo, lejos de todo lo que había sido, y pensé que sería una buena tierra para probar.

—Lo siento, Andrew —le dijo con ternura, apreciando sus facciones perfectas —. Lo siento mucho.

—Olvídalo. Yo he aprendido a hacerlo. Imagino que tú lo entiendes. El pasado a veces puede convertirnos en estatuas de sal y yo no lo quise.

Ella le habría contado cuánto había sufrido en esa casa, pero se mantuvo fiel a su pacto de silencio. Al fin y al cabo, el señor Carroll era un extraño y los Summer ya estaban muertos.

—¿Cuándo regresarás a Londres? —le preguntó él.

El hechizo tibio de la velada y una copa de licor de nuez la mantenían en un letargo de placidez que ya no podía recordar.

—Cuando pase la Navidad.

—¿Nada te haría cambiar de opinión?

Se lo preguntó seguro de sí mismo, con unos ojos audaces que se zambulleron en los suyos.

—Ya te lo he dicho. Debo volver a buscar a mi hermano.

Carroll le tomó la mano derecha y la besó con galantería.

—No debes precipitarte, Sophie. Alguien podría hacer eso por ti. No debes exponer a la niña a un viaje tan largo.

Ella titubeó y sintió el calor de la duda hirviendo en su pecho.

—Es tarde, Andrew.

—Lo sé. Pero temo no volverte a ver cuando te vayas de la hacienda.

—Así debe ser.

—Piénsalo. Solo te pido eso.

Sophie le devolvió una sonrisa y se perdió en el pasillo hasta el dormitorio donde tantas semanas había permanecido postrada. Se quitó el vestido y se tumbó desvelada y confusa sobre la cama. Los recuerdos palpitaban en su cabeza y la penumbra la envolvía como una mortaja. Estaba inquieta y su respiración se agitó, así que decidió levantarse y acercarse a la ventana. Con el sigilo de un gato, pegó la nariz a los cristales y permaneció allí, acostumbrando sus ojos a la noche, tanteando las sombras del huerto, las tierras y el bosque.

Y una vez más sucedió, pero sería la última vez.

Era ella.

Estaba allí, donde siempre había estado.

Sin embargo, en ese momento no la temió. Esa noche fue ella quien elevó la mano y la agitó en un saludo. Pero la silueta no respondió. Se dio media vuelta y caminó hacia el bosque, a donde dirigiría sus pasos al día siguiente para encontrar su sombra.

Faltaban un par de semanas para enero y el mar volvió a brillar con los días de sol. Desde la cabaña ya no veían una playa helada, sino pedregosa y negra. El invierno había sido peor de lo que habían imaginado, con temperaturas de más de cuarenta grados bajo cero. Las ventiscas amedrentaban cualquier intención de llegar al Polo Sur y Wheler también lo anotó en su cuaderno. Uno de los perros había muerto de escorbuto y otros tres estaban muy enfermos. Sin embargo, las condiciones en su refugio habían sido casi perfectas. El calor en el interior les había permitido estar en mangas de camisa, incluso acalorados. Tuvieron problemas con la congelación de tuberías y las salidas de las estufas, además de algunas goteras que humedecieron la despensa ubicada en el entretecho. Pero esos inconvenientes sirvieron para mantenerlos en activo, como cuando preparaban la comida, paseaban a los animales o quitaban la nieve de puertas y ventanas.

Durante esos meses entre lecturas e inquietud, solo la idea de que el próximo verano algún barco podría fondear en la bahía Foster, dentro de la isla Decepción, fue lo único que los mantuvo en pie. Se empeñaron en creerlo, aunque Blaker a veces titubeara. Y diariamente extendían el mapa sobre la mesa e intentaban forjar un plan que izase el ánimo como una bandera.

Decepción era una islilla de condiciones sorprendentemente excepcionales y esperanzadoras. Tenía la forma de un animal ovillado en el mar, como si durmiese sobre sí mismo, y su redondez solo estaba abierta por un pequeño paso de ciento cincuenta metros que introducía a las embarcaciones en una bahía de aguas frías, pero mucho más cálidas que las del exterior. El biólogo Wheler la había estudiado y sabía que se trataba de la cima de un volcán sumergido y de un refugio magnífico para los balleneros que se arriesgaban a alejarse de Puerto Stanley. No era común que los grandes pesqueros se asomaran a la Antártida, pero si al menos uno lo hacía, ellos tendrían su oportunidad, e iban a prepararse para ello.

—Además, es muy probable que desde Londres incentiven nuestra búsqueda —comentó George Bell, el carpintero—. Es más que probable después de la inversión llevada a cabo aquí. ¿Acaso no es así, señor Blaker?

El expedicionario esbozó una mueca y asintió, pero Eduardo Ariza imaginó sus

dudas. La eficacia de aquella búsqueda era muy remota. El territorio era tan vasto como desconocido y, sin acotar el radio de desembarco, parecía una quimera que dieran con ellos.

—Hace varios meses que sabemos que no dependemos de nadie, George. Solo de nosotros mismos —acabó contestándole el irlandés.

Sin embargo, los balleneros podían fondear en Decepción durante aquel verano, era verdad, pero también podían hacerlo al otro, o al otro. No había ninguna garantía al respecto, y se esforzaban en no mencionarlo. Ni siquiera podían estar seguros de salvar las ciento setenta millas en bote por el peligroso estrecho de Bransfield.

«¡Llegaremos a la isla! —solía insistir Eduardo—. Estoy convencido de que podemos hacerlo.»

No cabía duda de que él y el irlandés afrontarían la travesía, y todos estuvieron de acuerdo en que Thompson y Lekker los acompañarían. Ambos eran hombres fibrosos y habían pescado durante años en los mares nórdicos. Los cuatro eran conscientes de que jamás ninguna embarcación había intentado esa proeza y, a finales del invierno, Bell le confesó a Eduardo lo que todos callaban:

—Si no volvéis, estaremos muertos en vida.

Ese día estaban fuera, forrados con sus abrigos, gorros y pasamontañas porque la ventisca había dado una tregua. Era como si la inmensidad invitara a las confidencias. El hálito afilado del viento hería si no le daban la espalda, pero los hombres necesitaban pasear por la playa nevada para fortalecer sus músculos.

—No debemos pensar eso —le dijo Ariza—. No nos ayudará.

—Lo sé. Pero tú te irás...

—Me iré y volveré.

—¿Y si no lo haces?

—Lo haré —insistió Eduardo.

Durante esos meses, Evans Blaker aleccionó a sus hombres en el uso del

sextante, la brújula y los mapas. Todo era posible en alta mar y era conveniente atar todos los cabos antes de embarcar.

Por las tardes, el humo de la pipa flotaba vaporoso por la estancia y Aubrey, Thompson y Bell se turnaban en interminables partidas de ajedrez. El sopor de aquella orfandad se digería en silencio, sin atreverse a abrir la puerta para picar el hielo en las cajas de suministros tras los que se atrincheraba la vivienda. Ya se habían acostumbrado a no sentir miedo, pero sabían que salir podría significar la muerte. En la costa, el agua se había convertido en apretados diamantes blancos.

Pero a finales de septiembre el día se alargó hasta diez horas y, cuando los temporales amainaban, sacaban los trineos y deambulaban más allá de las colinas que los circundaban para mantener activos a los animales y a ellos mismos. Los planes de partida eran los pilares de su supervivencia. Evans Blaker y George Bell revisaron los cascos de las embarcaciones y remendaron la vela del bote que los había arrastrado hasta aquella orilla.

En noviembre el hielo comenzó a cuartearse y a trazar estrechos senderos como laberintos blancos. Entonces los hombres arrastraron la pesada embarcación y la volvieron a acomodar en las aguas oscuras y azuladas. Esas incursiones no solo se convirtieron en un entrenamiento de navegación, sino en una silenciosa búsqueda de focas y pingüinos que no veían desde el otoño. Con el mar agrietado en planchas de hielo, ya no era necesario buscarlos en las orillas. Las colonias de animales tomaban el sol sobre los témpanos y solo debían merodearlos tranquilos, hasta sorprenderlos porfiados.

Un día se adentraron entre aquellos hielos limpios y claros flotando serenos sobre un mar oscuro. Los marinos preferían a los pingüinos por ser menos escurridizos, pero en esa ocasión hallaron una manada de focas a las que pudieron rodear fácilmente con la embarcación. Eran conscientes de que se habían alejado varios kilómetros de su playa, pero decidieron que no regresarían sin unas cuantas presas.

Un sol perfecto calentaba sus cuerpos y les había permitido desprenderse de sus abrigo. El bote estaba a punto de alcanzar la plancha de hielo y Blaker se había puesto en pie, quizás con demasiada precipitación. Entonces pudieron observar una enorme sombra oscura debajo de la embarcación, tan rápida que apenas fueron capaces de reaccionar. El impacto los elevó y los tambaleó en el aire hasta estrellarlos contra el agua. El irlandés y Lekker cayeron al mar ante el

terror de sus compañeros.

—¡Es una orca! —gritó Thompson—. ¡Una maldita orca!

Sus voces provocaron el zambullido de las focas, mientras Eduardo y Thompson localizaban a sus compañeros, que parecían inmovilizados en el agua helada. Sabían que los primeros instantes en esas aguas eran suficientes para aturdir a cualquiera que no supiera controlar los nervios. El corazón comenzaba a bombear alterado y los miembros se entumecían de dolor. Era necesaria la suficiente sangre fría para mantener la calma y no hundirse. Y Blaker lo hizo. Pensó que si la orca lo enganchaba, lo arrastraría hacia el fondo y todo se habría acabado. Así que nadó lentamente el par de metros que lo separaban del bote y, mientras tanto, Thompson seguía paralizado, con una mueca de desesperación que amenazaba hundirlo. Cuando el irlandés logró sujetarse al borde de la embarcación, vieron la sombra de la ballena volver a atravesarlos por debajo, pero esa vez a mayor profundidad.

—Tienes que nadar, Charles —le gritó Eduardo—. No te desespere, solo bracea un poco.

Thompson comenzó a mover los brazos dolorosamente.

—¡Ya casi lo tienes!

Y cuando parecía que sus brazos se iban a quebrar en el intento, Blaker se volvió a sumergir y se estiró como si fuese un bailarín, hasta alcanzarlo.

Cuando ambos subieron a la embarcación se tumbaron boca arriba, intentando respirar.

—¡Quitaos la ropa! —les ordenó Eduardo—. Es mejor que os metáis debajo de la lona cubiertos por los abrigo.

Pero el irlandés se sentó, sujetó el timón y se dirigió a Thompson:

—Si quieres navegar hacia Decepción, será mejor que soportes el agua mojada hasta llegar a la cabaña, ¿me entiendes, Charles?

Este asintió tiritando.

—Llegar a aquella isla es esto y mucho más —les dijo a los otros dos.

Eduardo y Lekker se dedicaron a arriar la vela para orientarse de nuevo hacia su playa.

Andrew Carroll volvió a ver a Sophie semanas después, cuando llegó a la misión por Navidad, enredado entre canoas yaganas cargadas de pieles de nutrias, guanacos y zorros rojos. Luego embarcaría hacia Malvinas, donde intentaría comprar unas treinta cabezas de Polled Angus. El templo anglicano se desbordaba de indígenas que entonaban los cantos acompañados por el armonio, mientras John Lawrence presidía la celebración desde el púlpito. Después de los oficios, el escocés fue invitado a comer por el responsable de la misión y su esposa Clara, junto a sus cuatro hijos, Sophie Collinwood y Robert Whaits. La anfitriona había adornado la mesa con candelabros y centros de flores y el escocés no dejó de elogiar su buena mano para la cocina, mientras Emma Luisa y Minie May, las dos hijas del clérigo anglicano, asentían boquiabiertas a cualquier comentario de aquel gentleman, riendo como campanillas y buscando su mirada afable.

Los Lawrence sabían de sobra que la visita de Carroll no solo se debía a la celebración de la Navidad, sino a la presencia de Sophie Collinwood, sentada frente a él. Ninguno de los que estaban allí deseaba que aquella muchacha regresara a Inglaterra, y el terrateniente escocés mucho menos. Y todos lo habían percibido.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás en Malvinas? —le preguntó Sophie a Andrew después de la comida.

—No lo sé. Imagino que en febrero estaré ya de regreso. Todo depende de los navíos que puedan cargar las reses hasta Tierra del Fuego. Sentiré no volverte a ver.

Habían descendido la colina y paseaban por la orilla, desde la que se podía divisar la bahía y el poblado argentino. El canal estaba gris, bajo un cielo plomizo y ventoso que mecía el vestido de Sophie. Él se detuvo y la miró extasiado. Llevaba su pelo rubio recogido, con algunos bucles sueltos sobre la frente. Su cuello delgado y níveo le pareció tentador.

Entonces, como si fuese un gesto natural, el escocés la tomó de las manos.

—No te vayas. Por favor. Espera a que vuelva. Dame una oportunidad

Sophie se sintió turbada y clavó sus ojos en el suelo.

—No sé qué decirte, Andrew —le contestó soltando las manos.

—Lo entiendo. No quiero asustarte. Tu marido murió hace apenas unos meses y todavía no hemos tenido demasiado tiempo para saber el uno del otro, pero necesito una oportunidad. Solo una oportunidad. Solo quiero que me conozcas.

—No sé qué sucederá en Londres, pero debo partir. Quizás puedas escribirme. Yo...

—¡Desde luego que lo haré! Pero quizás podrías esperar algo más y, quizás, quizás hasta tu hermano ya pueda estar de camino. Yo te ayudaré.

—No volveré a depender de nadie —respondió contundente—. Debo ir a Londres.

Andrew Carroll forzó una sonrisa y se dio por vencido.

—He sido un impertinente. Lo siento.

—No lo creo —le dijo ella—. No te preocupes. Me halaga tu interés y prometo escribirte.

Él volvió a sujetarla de las manos con firmeza.

—No solo te escribiré, sino que, si quieres, cuando la hacienda esté en marcha, iré a buscarte y os traeré conmigo.

Ella sonrió y bajó la cabeza. A pesar de su juventud, ya sabía que no siempre se podía fiar de las promesas de los hombres.

—Prométeme que me contestarás —insistió él.

—Lo haré.

Arrastrada por un sentimiento de profunda empatía, Sophie le correspondió con un apretón de manos. Quizás no volviese a ver a ese hombre nunca más, pero Andrew había sido sumamente amable con ella.

Al fin y al cabo, Eduardo ya no estaba y nunca volvería, y ella ya lo había

asumido. Dos semanas atrás, cerca del huerto del reverendo Whaits, fue como si lo hubiese aceptado definitivamente.

«¡Pirata!»

El perro había levantado las orejas, se la había quedado mirando con su mancha blanca en un ojo y luego había correteado hacia ella dando brincos y enloquecido. Estaba sucio, pero parecía sano, y Sophie imaginó que habría sido recogido por alguna de las pequeñas granjas que rodeaban las ocho manzanas del poblado, separadas por anchas calles salpicadas de huertos y atravesadas por pequeños arroyos.

«¿Dónde has estado?», le dijo jugueteando con sus mordiscos.

Aquel día casi pudo olerlo y recordó la bahía, las ovejas y aquellas primeras tardes cuando acababa de llegar a Ushuaia. Incluso buscó a su alrededor esperando encontrarlo.

«Tú también lo estás esperando, ¿verdad? Pero él ya no volverá. No lo hará, Pirata. Ya no.»

El border collie agitó la cola enloquecido y, después de dar varias vueltas, se alejó de la misión. Como pronto lo haría ella, sin saber muy bien esta vez si acertaba con el camino correcto. Entonces suspiró con nostalgia y, en su interior, una especie de paz la alivió. Al menos ya había aceptado que él no iba a volver y, poco a poco, había ido consiguiendo enterrarlo en su interior. Con los años, Eduardo se convertiría en un espectro que habitaría en su memoria, como le había sucedido con Dorothy. Al menos ella tenía su tumba, al menos ella tendría el cementerio de la misión para ser recordada. Pero Eduardo no. Él vagaría errante por los mares del sur, ya sin tierra, ya sin fin, como Dorothy lo había hecho por los bosques.

Un bosque que Sophie había atravesado con Lakuta por última vez, hasta que la yagana le mostró la sombra de su amiga. Una sombra sin rostro. Una sombra olvidada.

Y ya nunca podría quitarse aquella imagen de la cabeza.

Enero de 1897

Evans Blaker decidió que George Bell quedaría al mando de la cabaña, aun por encima del biólogo Wheler. Y este, al igual que Joseph Aubrey, estuvo completamente de acuerdo. En caso de que en el otoño no hubiesen regresado, el carpintero debía organizar la comida y la leña para poder sobrevivir una estación más, así como proveerse de grasa de pingüino y de foca a modo de combustible. Para una segunda incursión hacia el norte les quedaba la segunda embarcación.

La mañana del 5 de enero de 1897 en que se despidieron de sus compañeros Eduardo vio llorar a Joseph Aubrey, el más joven de todos, con apenas veintidós años. Era un día despejado, con un sol dorado sobre los témpanos. Aunque el tiempo viraba con mucha rapidez, era la mejor época para surcar las heladas aguas del sur. Vestían gruesos pantalones y abrigos impermeables, guantes, pasamontañas y un casco cada uno. Tenían jerséis y ropa interior de repuesto, sacos de piel de venado, piedras desplegadas debajo de la lona para evitar dormir empapados, un par de lámparas de aceite, una bomba para succionar el agua, dos cuchillos, un rifle, un hornillo, carne de foca, gachas de avena, azúcar, sal, vino, café, y leche en polvo. Los cuatro estaban animados y Charles Thompson desplegó la vela mientras los otros tres agitaban las manos hacia la orilla. Pronto la bahía desapareció y la engañosa belleza de los picos nevados también.

Esa primera noche la cruz del sur brillaba en el claro friso del cielo guiándolos hacia el norte. Había oscurecido a las dos de la mañana y amanecería a las cinco y media, y aunque la luz no los abandonara del todo, encendieron uno de los faroles. La pequeña embarcación avanzó decidida y Evans Blaker transmitió su buen ánimo a sus hombres. Eduardo lo veía sereno y su actitud lo confortó. Se turnaban por parejas para dormir bajo la lona.

Sin embargo, por la mañana del segundo día el tiempo cambió. Sabían que sucedería y se prepararon para sufrir. Un fuerte oleaje comenzó a marearlos. El cielo era ceniza y pronto fue tormenta. Tuvieron que organizarse para achicar agua durante todo el día. La tempestad los empapó mientras las olas los aplastaban amenazando hundirlos. Negras montañas de agua rompían sobre la lona, subiéndolos y bajándolos como un pesado corcho. Aguantaron el frío de una lluvia helada, turnándose bajo la lona intentando no moverse porque, cuando

lo hacían, el roce de la ropa los hería como si estuviesen despellejados. Mientras tanto, los dos de guardia sufrían pálidos, achicando sin desmayo, manteniéndose en movimiento, siempre sin soltar el timón. Hacía varias horas que era imposible sacar el sextante ni desplegar el mapa para marcar su posición y solo pudieron hacerlo al anochecer de esa jornada, débiles, casi congelados y hambrientos. La tormenta cesó y la niebla los envolvió como si navegasen entre las nubes.

—Según mis cálculos, estamos a mitad del trayecto —dijo Blaker después de hacer las mediciones.

Thompson, Lekker y Eduardo sintieron una gran tranquilidad al ver la pericia con la que el irlandés hacía los cálculos.

—En menos de dos días podremos llegar —afirmó.

En esas circunstancias a todos les pareció una eternidad. Se cambiaron la ropa interior bajo la lona, como pudieron. Luego pusieron el hornillo para calentar agua y beber un café caliente. Lekker y Thompson se encargaron de sostener la base para que las olas no lo volcaran. Con el café masticaron trozos de tarta de avena y volvieron a cobijarse en turnos más breves. Esa segunda noche no fue tan peligrosa como la anterior, pero sufrieron una fuerte marejada.

Por la mañana los sorprendió un vendaval que volvió a elevar olas como monstruos. Calados hasta los huesos, tosiendo y achicando agua con la bomba y con las manos, los cuatro apenas tenían fuerzas para animarse. Con la vela plegada, la lona se arrugaba furiosa, como si el viento fuera a arrancarla igual que a un trozo de piel. Y Blaker se metió bajo ella junto a Eduardo para intentar establecer su posición por última vez.

Fue entonces cuando sucedió.

En realidad, todos lo venían presintiendo desde temprano.

Jamás habían esperado tanta crueldad durante una travesía estival. La tormenta los había debilitado y aquel vendaval estaba exprimiendo sus últimas fuerzas. Solo el mar iba a decidir si vivían o morían.

Y lo hizo.

Eduardo la vio como un muro gris. Era una lengua de agua que se encumbró

junto a la embarcación como un acantilado. El irlandés gritó enfurecido para que se sujetaran, pero Lekker y Thompson estaban de espaldas y desorientados por el vapuleo. La ola envolvió al bote y luego lo aplastó contra el agua.

Todo se oscureció y el español supo que estaba sumergido, hasta que el rugido del mar volvió y sus ojos enturbiados por la sal distinguieron la cubierta anegada. Solo agua. Thomas Lekker y Charles Thompson habían desaparecido.

Jadeando de frío y miedo, el irlandés y el español escaparon de debajo de la lona como ratones. Los bultos golpeaban entre ellos como cuando el White Sea comenzó a inundarse y Eduardo vio a sus dos compañeros alejándose con gesto de horror. Tenían la boca abierta y ni siquiera gritaban. La temperatura del agua, el desconcierto y la extenuación los mataron antes de morir.

—¡No están! —gritaba Blaker—. ¡No están!

Pero el irlandés no miraba al mar, sino bajo la lona.

—El sextante, la brújula, el mapa —pronunció casi sin aire—. Se los ha llevado el agua. Me los ha arrancado de las manos, español.

Eduardo lo miró aterrado y, decidido a vivir, se aferró al timón.

—Sujételo usted —le gritó a Blaker—. ¡No podemos perder el rumbo!

El irlandés estaba rígido, bloqueado, pero Eduardo lo abofeteó y volvió a gritarle:

—¡Tome el timón ahora mismo! ¡Hágalo ya!

Cuando por fin reaccionó, el español cazó la bomba para succionar el agua. Debía achicar o en pocos minutos se irían a pique. La embarcación parecía una bañera y Eduardo no comprendió cómo no se habían hundido. Se deshizo de las piedras y durante dos horas se mantuvo en calor accionando el artilugio mientras la manguera asomaba sobre la borda. Una vez más volvió a pedirle a ese Dios que lo había salvado una vez que lo ayudara a morir con dignidad o a sobrevivir por Sophie.

—¡Estamos perdidos! —se lamentó Blaker bamboleando la cabeza como si estuviese borracho—. Ni siquiera conseguiremos llegar.

—Cállese —rugió Eduardo—. Cállese y enfréntese con valor a su destino. Es lo único que le pido. ¡Sea valiente, como siempre lo ha sido!

La voz del español resonó cual trueno y, como si hubiese recibido un latigazo en su orgullo, el irlandés le ordenó que tomara el timón, mientras él se batía contra el mar.

No recordaba en qué momento el vendaval comenzó a amainar. Eduardo estaba tan exhausto que cuando lo envolvió la tercera noche no se dio cuenta de que el bramido del viento había cesado. Empapado, extrajo del protector su saco de dormir, se metió en él y se quedó junto al timón esperando el final, delirando de frío y agotamiento. Blaker se tumbó bajo la lona rendido, como si ya no fuese a despertar.

A las cinco de la mañana, cerca del amanecer, los nubarrones se rasgaron y pudieron ver la cruz del sur. Entonces Eduardo corrigió el rumbo y se dejó guiar por su intuición. Si tenía que morir, lo haría navegando. Así, al menos, quizás algún ballenero diese con ellos, a ser posible antes de que sus cuerpos congelados deambulasen hacia una deriva que ya poco podría importarles.

Al sentir la tibieza del sol, le costó comprender que no se trataba de un sueño. El mar antártico todavía estaba gris, pero ya no era el mismo. Casi sin hablarse, extendieron la vela y dejaron que el viento los llevase hacia el norte. Se desnudaron, pusieron la ropa a secar en el mástil, se cubrieron con sus chaquetas y pantalones impermeables, comieron carne cruda y disfrutaron de ese sol inmenso.

—Eres un hombre de extraordinario valor, Ariza —le dijo el irlandés esa tarde—. Y tú tienes a alguien que te espera, pero yo no.

Grandes témpanos de un blanco nacarado se divisaban en el horizonte azul. Nubes blancas desfilaban rápidas por un cielo limpio. Hundidos en el bote y protegidos del viento, los rayos del sol templaban la piel. Eduardo no recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan bien.

—Siempre hay algo —le dijo a Evans Blaker.

—La única mujer que quise me abandonó cuando comprendió lo que significaba la vida de un marino, e hizo bien. Hoy me lloraría como a ti la tuya.

Eran las ocho de la tarde y calcularon que la temperatura rondaría los cero grados. Sus músculos todavía estaban entumecidos del esfuerzo de la noche.

—No estamos solos, Blaker. Creo que no lo estamos.

El explorador sonrió desencantado.

—Esta noche lo hemos estado. Thompson y Lekker lo han estado.

—Pero nosotros aquí estamos. Usted y yo. Solo puedo decirle que hoy me siento feliz.

El irlandés estaba sentado, sujetando con apatía el timón, cicatrizando todo el sufrimiento.

—Sabes que estamos perdidos, ¿verdad? —le dijo al cabo de un rato—. Dar con nuestra isla solo será un milagro.

—Lo sé.

—¿Y te sientes feliz?

—He hecho todo lo que estaba en mis manos. Ya nada depende de mí.

—¿Y qué harás cuando vuelva la tempestad?

—Disfrute de este instante, Blaker. Ya nada más que esto podemos hacer por nosotros mismos.

El explorador se agitó en su asiento y cuando Eduardo lo vio darse sombra con la mano derecha sobre la frente, se asomó y observó un punto distante que aparecía en el horizonte. Podía ser un iceberg, pero debían virar hacia el este para comprobarlo.

—¿Está seguro? —preguntó Eduardo.

—¿Seguro? Nunca he estado menos seguro de nada.

Navegaron hacia el este durante una hora, cada vez más atentos, con sus sentidos aguzados al máximo y pronto confirmaron que era una isla. Sus contornos rocosos manchados de nieve al principio parecieron un espejismo, pero luego

robustecieron su certeza.

—Es Decepción —anunció Blaker emocionado—. La desolada Decepción.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la isla más avanzada del archipiélago. No es posible que hayamos alcanzado las otras.

El explorador viró más hacia el este, hasta encontrar su estrecha entrada. Estaba flanqueada por paredes de negras rocas manchadas de nieve y que parecían haber sido afiladas por el mar para dar acceso a los navíos. Él le contó que la habían bautizado con el nombre de los Fuelles de Neptuno. Del mar surgían rocas como alargados dientes negros, enormes tótems sombríos que amedrentaban a los barcos. Eduardo imaginó que aquellas costas brunas y peladas de vida serían su sepulcro.

El velero dejó atrás el estrecho, y la bahía Foster se mostró vasta y desierta, rodeada de cimas chatas y nevadas. Hacia estribor, unas fumarolas llamaron su atención y recordaron que Eric Wheler les había advertido de que se trataba de una cima volcánica. Decidieron dirigirse hacia allí y cerca de las once de la noche desembarcaron en una costa yerma, ennegrecida, supurando vapores que calentaban la tierra. Estaban en verano y sería suficiente para sobrevivir al frío de esa noche.

—Es posible que sean tóxicos y muramos dormidos —le dijo Blaker.

Habían arrastrado la embarcación hasta la orilla y Eduardo se había tumbado sobre aquella gravilla negra, húmeda y cálida. La bahía parecía un espejo. La soledad era inmensa. Entonces sintió alegría y desaliento a la vez.

Habían conseguido lo imposible...

Pero no sería suficiente.

—Creo que será un buen lugar para morir, Evans —lo llamó por su nombre por primera vez.

Y se tumbó boca arriba, para contemplar un cielo que, como de costumbre, comenzaba a nublarse.

Sophie nunca sabría cuánto había luchado. Luego cerró los ojos.

—Ella ya no está, señorita —le dijo Lakuta cuando visitó la hacienda por última vez y la acompañó por fin al bosque.

—Anoche la vi por la ventana.

—No, señorita. Anoche me vio a mí. La oscuridad lo confunde todo. La oscuridad tiene esas cosas.

—Pero ¿por qué?

—Yo también la veía, señorita. Yo también la seguía a veces. Fíjese dónde pisa. No se haga daño. Es por ahí.

Lakuta atravesó un surco de agua amarillenta que serpenteaba colina abajo y se adentró en la espesura. La selva estaba oscura y, sin aquel lazarillo, Sophie jamás habría podido encontrarla. Creyó que aquel galimatías de árboles las conduciría hasta las ciénagas pero, de pronto, un pequeño claro alfombrado de florecillas blancas, rojas y violetas se abrió ante ellas y divisaron una enclenque cabaña con una sola ventana cubierta por una cortina oscura. La yagana empujó la puerta y Sophie penetró en aquel ambiente lóbrego y austero de apenas catorce metros cuadrados. En uno de los extremos había una estufa de hierro; en el otro, un lecho aseado con un cobertor de lana; bajo la ventana, una mesa y una silla y, junto a ellas, un pequeño armario.

—Ella siempre estuvo aquí, señorita.

Sophie observó boquiabierta aquel pequeño zulo. Sintió que su cuerpo se helaba.

—¿Cómo es posible, Lakuta?

—Ella no hubiese querido verla. Ella no quería que nadie la viese.

Pero Sophie ya casi podía verla tal como era, sentada sobre la cama, desviando su rostro desfigurado. Si hubiese llegado a encontrarla allí, le habría parecido un insecto gigantesco, pero delgado e indefenso.

—¿Cómo supo que era su cuerpo, señorita?

—Lo intuí.

—Pero el reverendo Whaits nunca debe saberlo. El cuerpo de su hija ya está en la misión, aunque ahora en una tumba sin nombre.

—Lo sé. Cuando le hablé del cuerpo que encontramos en la bahía le dije que era el de un indígena.

—Eso estuvo muy bien, señorita.

—Tú no me dejaste verlo, Lakuta, pero Dorothy me ayudó a comprenderlo. Esta vez fue ella. Y lo supe.

Sophie inspeccionó las paredes manchadas de hollín e inspiró el aire corrupto de la cabaña.

—Aquel día enterraron a mi madre en la misión —le dijo la indígena saliendo detrás de ella.

—¿A tu madre en lugar de a ella?

—Fue a mi madre a quien enterraron, sí.

Lakuta jamás le había contado que, en aquella época, su anciana madre ya estaba muy enferma. La familia ya había dispuesto que su cuerpo fuese abandonado en el bosque, en aquella tierra que Watauinewa había regalado a sus ancestros. Pero no fue así. Solo los yaganes lo supieron. Su madre era una ramita seca que se consumía dolorosamente. Lakuta nada había podido hacer para salvar a su padre cuando murió en la misión corroído por las fiebres de los invasores, y mucho menos entonces por aquella vieja tan enferma. Pero aún se torturaba por ello, aunque su madre le pidiese que la empujaran al otro mundo. Le temblaba la conciencia al recordar la tabacana, aquella estrangulación misericordiosa que en su pueblo practicaban para ayudar a los moribundos. Lakuta no había sido capaz. Ella no, pero Ílan sí. Y desde aquella noche se avergonzó de ese final y temió al Dios de los anglicanos.

—Dorothy murió sin morir y mi madre tuvo que hacerlo. Nosotros lo hicimos.

—Tu madre no podía salvarse.

—Lo sé, señorita, y estaba sufriendo. Pero yo no pude. Lo tuvo que hacer Ílan. Yo solo pude llorar. Fue la última vez que lo hice.

—¿Y Dorothy?

—Dorothy estaba ya muerta, señorita. Muerta en vida, quiero decir. Cuando aquella noche salí de la cabaña, vi a la señorita Victoria alejarse del resplandor del fuego en el cobertizo y corrí con Ílan para intentar salvar los animales. Y al abrir el portón la vimos retorciéndose entre las llamas, como un potrillo dando tumbos sobre el suelo al venir al mundo, mientras las reses mugían acorraladas.

Sophie se cubrió el rostro con las dos manos.

—Sigue —le pidió.

—Ya se lo imagina, señorita. Nadie podía pensar que había sido un accidente, y cuando conseguimos arrastrar el cuerpo de Dorothy fuera, su piel ya estaba abultada por el fuego. Entonces le pedí a Ílan que llevase a mi madre hasta allí. Ya no iba a abandonarla en el bosque. Iba a salvarle la vida a mi amiga.

La yagana tragó saliva y reunió fuerzas para continuar:

—Ílan la lanzó a las llamas, señorita. Los animales aullaban en la hoguera. Nunca podré olvidarlo.

—¿Y cómo se recuperó Dorothy?

—Tardó algunas horas en recuperar la conciencia. Lo hizo por el dolor, mientras le cosía la brecha que Victoria le había hecho en la cabeza. Estuvo luchando contra la muerte durante varios días. El fuego había amortajado de úlceras y llagas su cuerpo, pero su rostro estaba especialmente desfigurado. Usted no puede imaginar aquella expresión deforme, arañada por cicatrices. Dorothy soportó un sufrimiento inhumano, y ni Síma ni Ítar llegaron a saber de su existencia en el cobertizo de nuestra cabaña. Solo se lo contamos a Löm. Mi hijo mayor nos ayudó a construir este refugio antes de que los dos pequeños nuestros o los Summer llegaran a sospechar.

—¿Cuánto tiempo pasó?

—No lo sé, señorita. Semanas, meses... Yo estaba delante cuando Dorothy

lloraba con rabia al mirarse por primera vez al espejo. Aquel día deseó haber muerto. El fuego la había convertido en un engendro repulsivo que mascullaba las palabras con unos labios deformes.

—Pero ¿por qué no regresó con su padre?

—Fue inútil intentar convencerla. Dorothy me obligó a jurar que nadie la vería así. Y el pequeño Adam mucho menos. No quería ni el temor de su hijo ni la conmiseración de su padre. Aquella prisión sería solo suya y ya nada podría cambiar lo que la señorita Victoria hizo aquella noche.

—No debiste permitirlo, Lakuta.

—Fue lo que ella quiso, señorita. ¿Qué podíamos hacer nosotros? A veces... A veces he llegado a pensar que no debería haberla encontrado aquella noche.

—Hiciste todo lo que pudiste —le dijo Sophie abrazándola.

—Y ella también. Se escondió durante el día y aprendió a deambular por las noches. Se acostumbró a las sombras, al frío y al bosque, y este laberinto oscuro se convirtió en su hogar. Nunca quiso alejarse de Adam. Por eso visitaba al niño con su rostro cubierto de harapos, mientras dormía, moviéndose como un espectro y quedándose frente a él como si lo acunara. Muchas veces era yo quien abría la ventana y, a veces, la cocina. Hasta que el pequeño comenzó a temerla. Luego, cuando usted llegó a la hacienda, el celo por su hijito aumentó y comenzó a acompañarla entre las sombras a usted también.

Sophie pudo comprender lo que había sucedido la noche en que Adam tiritaba luchando ante el mal que lo consumía. Aquella noche Sophie estuvo a punto de rozar su presencia avanzando hacia el rincón más oscuro de la habitación del niño, y Dorothy había tenido que golpearla para que sus ojos no se iluminasen con la verdad. En aquel momento, Sophie aún estaba ciega y solo la concebía como un sueño, como una aparición, con su aura de fantasma poblando sus madrugadas. El hálito sobrenatural aleteaba por los dormitorios, por el de Adam y el de Sophie, por el de Victoria también, quien asistió escéptica a la supuesta presencia de lo oculto, convencida de que alguien jugaba con ella, aunque no estuviese segura de a qué mundo pertenecía.

Cuando murió Adam, lo lógico habría sido que Dorothy se hubiese ido también, pero entonces Sophie estaba segura de que la hija del reverendo Whaits había

vivido por ella.

Lakuta le había hablado de Sophie, y Dorothy veló por ella, como si supiese que solo su presencia podría salvarla. Y aquella madrugada tuvo la oportunidad esperada. Dorothy siempre había rondado de noche la hacienda, y al descubrir que Victoria planeaba ahogar a su cuñada ya malherida, tensó el arco con rabia y acabó con las Summer con su pulso certero. Sophie no quería pensar si fue la venganza quien guio aquellas flechas, ni si Dorothy había asfixiado a Daniel por odio o por amor, solo que seguía viva por ella, solo gracias a ella. Y que la hija del reverendo Whaits ya no quería seguir viviendo.

—Debiste traerme aquí mucho antes, Lakuta.

—Ella no lo quería. ¿Es que no lo comprende?

—Yo podría haberla ayudado.

—Nadie podía ayudarla, señorita.

—¿Y por qué vinimos hoy?

—Porque se lo debía, señorita. Porque Dorothy ya no está para hacerme cumplir la promesa de silencio. Y porque usted insistió demasiado.

Eduardo Ariza asumió que el irlandés se había aferrado a la vida por instinto y que la soledad de la isla Decepción infectó su ánimo hasta enfermarlo. Tumbados bajo el bote, al que habían dado vuelta, y sobre aquella grava negra humeando caliente, escuchaban los ecos del viento como si la muerte les susurrara su presencia.

Esa mañana de enero Eduardo abrió los ojos inquieto, casi agitado, como si hubiese podido intuirlo. Sin embargo, al ver al explorador ovillado en su saco e iluminado por el resplandor que se colaba por las rendijas de la cubierta, intentó volver a cerrarlos.

Pero no lo consiguió.

Intentó escabullirse para abandonar el refugio y lo vio: había una goleta durmiendo sobre las aguas heladas de la bahía.

Se restregó los ojos, respiró profundamente. Quería estar seguro de que no era una ilusión y, en cuanto afinó la mirada lo suficiente, con un grito hizo retumbar esa desolación. Evans Blaker se revolvió nervioso y se deshizo del bote como si se tratase de un caparazón. El irlandés asimiló la novedad al instante y buscó el rifle para disparar al aire. No podían verlos, pero sí quizás escuchar ese estampido.

Azuzados por una descarga de adrenalina, sin meditarlo demasiado, se envolvieron en su ropa de abrigo y arrastraron la embarcación hasta la orilla.

Jamás dudaron que la alcanzarían. Habrían nadado hasta morir antes que dejarla escapar de la gran ensenada.

Una hora después, los balleneros los izaron como si fuesen cuerpos paridos en otro mundo y, nada más pisar cubierta, los dos hombres se abrazaron por primera vez desde que se habían conocido.

Supieron más tarde que el Ministerio de Asuntos Exteriores británico había solicitado ayuda a Chile y a Argentina, pero que ninguno de los dos Gobiernos había enviado ningún navío hacia la Antártida. La excusa fue común: sin una zona concreta de rastreo, esa expedición entrañaba un peligro inasumible. Fue

por ello que el Gobierno británico fletó un buque de similares características que llegó a Puerto Stanley durante los primeros días del verano de 1897 y difundió entre los balleneros que se ofrecía una cuantiosa recompensa a quienes encontrasen rastros de la cabaña de la expedición, perdida en alguna parte. Sin embargo, el ballenero de bandera chilena no había navegado hasta isla Decepción en su búsqueda, sino en la de los cetáceos que habían oído que abundaban más allá de las latitudes frecuentadas. Y solo la casualidad los había llevado a anclar en aquel refugio natural. Pero tras rescatar a los expedicionarios, el capitán optó por la recompensa y decidió aventurarse entre los hielos como había hecho el White Sea el año anterior, intentando alcanzar la cabaña olvidada en una costa de la península antártica. La suma ofrecida por el Gobierno inglés pesó mucho más que la prudencia, y George Bell, Eric Wheler y Joseph Aubrey divisaron el cascarón de la goleta cuando Evans Blaker ya remaba en el bote hacia la orilla entre pequeños témpanos nacarados.

Una semana después, los cinco supervivientes de la expedición del White Sea llegaron a Puerto Stanley. Aquel pequeño poblado estaba dividido por una calle que desembocaba en un muelle donde atracaban balleneros y navíos que conectaban con Buenos Aires, Punta Arenas o Valparaíso. El viento del Atlántico doblaba los árboles expuestos al océano como si sus ramas fuesen cabellos, lamiendo las casas coloreadas bajo el gris plomo del cielo. La mayoría de sus habitantes trabajaban en el astillero o en la factoría ballenera, donde troceaban los cetáceos y embarcaban su carne a cualquier lugar del mundo. Puerto Stanley dormía en la misma soledad que Ushuaia, pero estaba mucho más vivo. Sobre todo al atardecer, cuando la taberna se llenaba de humo y los hombres se reunían en torno a un mostrador tras el que lucía la enorme pintura de una ballena atacando entre los hielos, con olas gigantescas que destrozaban los botes.

Su leyenda corrió entre el tabaco, el vino y el oporto y los cinco supervivientes fueron jaleados por los parroquianos. Evans Blaker pidió silencio y proclamó achispado que un español los había mantenido con vida. El irlandés estaba eufórico y los cinco supervivientes sintieron el hormigueo de la felicidad.

—Embarcaré hacia Ushuaia en cuanto pueda —le dijo Ariza.

—Si quieres cobrar, tendrás que acompañarme a Buenos Aires. El gobernador William Grey-Wilson ha venido a confirmarme que mañana parte un navío hacia la capital argentina. Allí podré pagarte con el dinero depositado en una cuenta

del Banco de la Nación. Te aseguro que tu recompensa no será poca, español. De eso me encargaré yo mismo. Después podrás irte a donde quieras.

Pocas opciones tenía para rechazar semejante propuesta. Estúpidamente, se había embarcado en el White Sea con sus ahorros y estos habían acabado en las profundidades del Pasaje de Drake. Si quería ir en busca de Sophie, necesitaba cobrar.

—Es preciso que sepan que estoy vivo, Evans.

—Se trata de esa joven, ¿verdad?

—Hace mucho que me habrá dado por muerto y...

—Ha esperado demasiado —lo interrumpió—, y podrá hacerlo un poco más. ¿Acaso no entiendes que no puedes elegir? Lo sabrá si envías un mensaje desde aquí. En Buenos Aires seguro que sale un navío con destino a Punta Arenas o Ushuaia en poco tiempo. Estamos en verano. El gobernador encontrará a alguien que pueda llevar un mensaje a Tierra del Fuego. Yo lo solucionaré.

Al día siguiente, poco antes de zarpar, el irlandés lo guio hasta un hombre que observaba cómo cargaban sus ovejas en una goleta. Estaba a punto de embarcar. Era un nuevo hacendado que se había instalado en Tierra del Fuego y Evans Blaker le explicó que uno de los supervivientes pertenecía a aquella región.

—En realidad, estuve en Ushuaia seis años —le dijo Eduardo estrechándole la mano y hablándole en inglés—. Estuve trabajando en Bahía Viento para los Summer. Ha oído hablar de ellos, ¿verdad?

—Desde luego —aseguró el otro extrañado—. Todo el mundo conocía a los Summer. Pero siento decirle que han muerto.

La noticia lo sorprendió como una gran ola helada.

—¿Que han muerto?

—Fueron los indígenas. Nadie sabe muy bien qué sucedió. Solo sobrevivió la esposa de Daniel Summer.

—¿Sophie?

—Ella misma.

Los ojos de Eduardo se agigantaron y destellaron una felicidad que no escapó a los del nuevo fueguino.

—¡A Dios gracias! ¡Es una fortuna que haya sobrevivido!

—Veo que aprecia a esa muchacha —comentó él.

—Así es. Es una historia muy larga.

Pero el gesto del hacendado se tornó serio.

—Bueno, en fin... Siento ser yo quien le dé una mala noticia nuevamente... Es decir... Siento decirle que ella ya no está en Ushuaia.

—¿Que no está en Ushuaia? ¿Y dónde está? No lo entiendo.

—Hasta donde yo sé, me consta que la señorita Summer regresó a Inglaterra en busca de su hermano.

—¿Él nunca llegó a Ushuaia?

El fueguino negó con la cabeza.

—Según me dijo, la Sociedad Misionera Patagónica iba a hacerse cargo de él después de haber sido enviado a un orfanato.

A Eduardo se le secó la boca, mientras su interlocutor afilaba su mirada y observaba sus gestos desolados.

—¡Pobre Sophie! —exclamó al fin.

—Lo siento. Era una buena muchacha. Todos lo saben en Ushuaia.

Evans Blaker apoyó una mano sobre el hombro de Eduardo.

—No se preocupe.

—El señor Blaker me dijo que quería entregarme unas cartas —dijo el hacendado.

—Sí —afirmó Eduardo desganado y sacó el sobre del interior de su chaqueta—. Pregunte por Luis Figue en Ushuaia y entréguele esto.

—Delo por hecho.

—Se lo agradezco.

El hacendado estiró la mano, sujetó la carta y se la guardó en un bolsillo.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Andrew Carroll. Siento no haberme presentado antes.

Se estrecharon la mano como despedida y el irlandés y él se alejaron del muelle. En la cabeza del español retumbó la realidad como aldabonazos que derrumbaran una fortaleza y ni siquiera se le ocurrió volverse para mirar a ese hombre embarcando en un bote. Si lo hubiese hecho, habría podido sentir el viento golpeando sobre su cara y ver cómo el escocés sacaba su carta del bolsillo y las garras del aire se la arrebataban haciéndola ondular hasta zambullirse en el mar, sin el más mínimo interés por evitarlo.

A mediados de enero de 1897 la goleta Allen Gardiner todavía no había llegado al sur y Sophie recurrió al gobernador Pedro Godoy para intentar partir de Ushuaia con el Villarino, un vapor con aparejo de bergantín, casco de hierro y cuatro cañones que zarparía de la bahía Golondrina. Había llegado portando diez convictos reincidentes hasta la pequeña prisión que habían levantado al este del poblado. El penal no era más que un puñado de galpones y coloridas casas cubiertas de techos de chapa y rodeados de un alambrado. Sophie nunca había pisado aquel caserío, pero sabía que era la pequeña génesis de la gran prisión que proyectaban construir al sur. Desde que en 1884 habían izado la bandera celeste y blanca al sur de Tierra del Fuego, el Gobierno argentino había decidido aplicar la fórmula de repoblación llevada a cabo por los chilenos en Punta Arenas, y aquel mismo año construyeron un faro y un presidio en la isla de los Estados, San Juan del Salvamento, para años después desplazarla a doce millas de allí, a Puerto Cook. Sin embargo, esos presidios resultaron tumbas inservibles para reinsertar a delincuentes, rodeados de mar y sobre un suelo húmedo y turboso que hacía imposible una explotación comparable a la de Ushuaia.

A Sophie ya poco le importaban esos detalles, pero se preguntaba si esos hombres responsables de crímenes abyectos conseguirían repoblar el sur o más bien amedrentar a la pequeña Ushuaia.

—El Gobierno argentino quiere acabar construyendo un gran penal —le dijo el gobernador Godoy—. Pero creo que no será bueno para esta tierra.

—Lo imagino.

—Desde Buenos Aires creen que esta región debe ser un castigo y no una opción para la prosperidad. Lamentablemente es así.

—Muy pocos saben de la belleza y de las oportunidades de esta tierra, señor Godoy. Yo tampoco las imaginaba.

—Es tal cual lo dices, muchacha. Para Buenos Aires, este enclave es poco más que una tumba donde enterrar lo que se quiere olvidar.

Sophie contempló el horizonte del canal de Beagle. Apenas entendía de dónde sacaba las fuerzas para volver a Inglaterra con la pequeña Anne, de apenas

cuatro meses. Tenía suficientes libras como para comprar una propiedad y arrendarla, pero sin un hombre en su vida intuía todas las dificultades. Su brújula solo marcaba el destino del orfanato londinense y el de la Sociedad Misionera Patagónica que podría haberse hecho cargo de su hermano después de la mediación del reverendo Whaits. Sin embargo, nada podía prever a partir de entonces, ni siquiera que el señor Carroll fuese a contestarle alguna de sus cartas con el mismo interés que había manifestado en que postergara su regreso. En ese momento solo le importaba Tom, a quien iba a recuperar con las agallas que le había hinchado la adversidad.

—Le aseguro, gobernador, que quien parte no es la misma muchacha que llegó enferma y asustada después del naufragio. Echaré de menos Ushuaia. Más de lo que jamás hubiera imaginado.

—Lo sé. Nadie quiere que te vayas de aquí, Sophie.

—Debo cumplir con la palabra que le di a mi madre y a mi hermano. Soy sincera si le digo que no elegí venir, así como tampoco elijo regresar.

—Lo entiendo. Todos lo entendemos.

Una pequeña comitiva se había reunido frente al muelle del poblado, donde ya se balanceaba la barcaza que la conduciría hasta el vapor: el gobernador, su mujer, el juez de paz, un puñado de vecinos y el reverendo Lawrence y su esposa Clara.

—He hablado con el capitán. No temas por la travesía. En el Villarino estaréis cómodos los tres. Te lo aseguro.

—¿Los tres? —preguntó sorprendida—. ¿Acaso viaja alguien más del poblado?

—¿Es que no lo sabes?

Entonces lo vio abrirse paso entre la pequeña multitud que la rodeaba para despedirla.

—No pensarás que íbamos a permitir que una muchacha como tú viajara sola con la niña, ¿verdad?

Robert Whaits avanzaba con un traje negro, sombrero en la mano izquierda y una maleta en la derecha. Los ojos verdes de Sophie se iluminaron incrédulos.

—Pero ¿a dónde cree que va, reverendo?

—¿Que a dónde voy? ¿A dónde crees que voy, hija mía? —le contestó apoyando el bulto sobre la tierra—. ¿Acaso crees que puedo dejarte sola en esta aventura? ¡De ninguna manera!

—No puedo permitirlo, reverendo.

—Tú no tienes que permitir nada —le dijo Lawrence—. Es la voluntad de Robert. Así lo ha decidido.

—Así es, muchacha. Además, imagino que tu hermano estará con el pastor Albertson y su esposa, a quienes escribí para que lo rescataran de aquel orfanato londinense. Yo te guiaré hasta ellos. Y si Dios quiere, regresaré igual de sano que me voy. ¡Y quién sabe si tú también!

Un rumor amable de sonrisas y comentarios les llegó como una ráfaga de viento.

—¡Reverendo Whaits! —Y lo abrazó, como si fuese su padre—. ¿Cómo podré agradeceréselo?

—No creas que es solo por ti, muchacha. La misión ya me ha encomendado varias cosas. Y una muy especial. Pero esa no podré hacerla solo.

—¿Qué necesita?

—Traerte de vuelta, Sophie. Todos quieren que regreses de Inglaterra con tu hermano Thomas y conmigo.

Buenos Aires, 1 de febrero de 1897

El destino puede ser un sendero invisible y caprichoso, lleno de vericuetos en una misma dirección, y Eduardo Ariza supo que el suyo se había alejado demasiado del de Sophie. Lo había imaginado en una cabaña en el fin del mundo y, entonces, ya casi podía aceptarlo con la serenidad de la resignación.

Aquella muchacha sería lo que nunca llegó a ser y lo que ya nunca sería.

Y ya no importaba. Había participado de una gesta y alguna fuerza invisible había querido devolverlo a la civilización, pero era inútil mantenerle un pulso al destino.

Quizás, ni siquiera valiese la pena volver a pisar Ushuaia. Quizás tan solo se tratase de aceptar, de comprender que parte de su existencia había quedado enterrada en el hielo, como dos de sus compañeros. Sin embargo, todavía recordaba aquella carta en la que le había prometido volver. ¡Y él iba a hacerlo!

No se rendiría todavía. No podía.

Embarcaría hacia Tierra del Fuego, averiguaría en la misión su dirección en Londres y, quizás, esperaría su regreso. Solo cuando estuviese allí lo sabría. Hasta entonces su vida sería un nudo de dudas que no podía desatar.

«Zarpamos mañana. Aún quedan pasajes. Si te decides, aún estás a tiempo», le había dicho Evans Blaker la víspera.

El irlandés se había reunido con miembros de la embajada y del Gobierno argentino y, en apenas unas horas, le había conseguido un pasaporte y una pequeña fortuna de cinco mil pesos. Cuando la noticia de los supervivientes llegó a Buenos Aires, la ciudad se había volcado con ellos y concedieron varias entrevistas en los periódicos locales. Todos intentaron ayudarlos y a la semana siguiente embarcarían en un navío hacia Bristol, aunque hubiese uno hacia Londres tres semanas después. Blaker prefería llegar cuanto antes a Inglaterra y viajar a la capital en tren.

«Lo siento, Evans. Está decidido. Sabes que tengo que resolver mis asuntos.»

«Ojalá que des con ella. Nunca te olvidaré, español. No hubiera podido soportarlo sin ti.»

«Ni yo sin ti. Ninguno de los dos podría haberlo hecho solo.»

La despedida de George Bell, Eric Wheler y Joseph Aubrey fue más liviana. Se palmearon en la espalda y bromearon como si fuesen a verse en pocos días. Pero a Blaker lo abrazó con la misma emoción que lo hiciera en la isla Decepción.

«Viviremos, Evans, y esto ya es mucho —le dijo—. Parece imposible, pero lo hicimos, y siempre nos recordarán por ello.»

«Estoy seguro de que a una buena parte de Londres le gustaría conocerte. La gente llena las butacas cuando se trata de héroes y mucho más cuando han rozado el Polo Sur.»

«Si el destino nos da otra oportunidad, quizás nos volvamos a ver. Al fin al cabo, he aprendido que la vida es como una peonza, que gira y rebota sin saber dónde va a parar.»

Eduardo llenó los pulmones del bochorno húmedo de Buenos Aires y sintió una opresión que lo asfixiaba.

Volvía a estar solo.

Caminó sin rumbo. Estaba confuso y sus pasos se perdieron en el empedrado de la plaza de Mayo, el corazón de esa ciudad que por las noches se iluminaba con lámparas de gas. Observó la explanada en forma de cruz y, al fondo, la robusta construcción de la Casa de Gobierno, elevada en tres plantas y acribillada por alargados ventanales que se prolongaban por su ancho frente pintado de rosa. A su derecha, el inmenso edificio neoclásico del Banco de la Nación, muy cercano a la catedral.

Ni supo bien por qué, ni tampoco hacia dónde se dirigía. Solo necesitaba pensar, comprender, y tomar una decisión.

Atravesó la plaza hasta el viejo Cabildo, con sus arcadas coloniales, testigo de la historia de un pueblo que había progresado en poco tiempo. Aquellos ecos de la independencia en 1810 eran recordados con un monumento en forma de pirámide en el centro de aquel foro, junto a la estatua ecuestre del general

Manuel Belgrano y dos fuentes de bronce. La mirada del español se detuvo en los bancos de mármol, las palmeras y el tranvía perdiéndose por una ciudad que parecía desenmarañarse desde ese lugar.

Luego siguió por la avenida de Mayo. Había ansiado demasiado volver al mundo, pero ya no sabía qué hacer con él. Necesitaba tiempo. Más tiempo. Quizás, lo mejor fuese volver al sur, comprar unas tierras y vivir tranquilo para siempre. Una y otra vez, se lamentaba por que Sophie ya no estuviera en Ushuaia.

Caminó como un autómatas. La avenida se alargaba algo más de un kilómetro. Buenos Aires ostentaba el nuevo perfil de una ciudad del nuevo mundo, salpicada de edificios neoclásicos, eclécticos y de art nouveau. Esa calle acababa de ser inaugurada apenas tres años atrás, ancha, bordeada de árboles y enmarcada por construcciones elegantemente decoradas. El moderno bulevar era un eco de las reformas urbanísticas de París y se habían esforzado para que los arquitectos dibujaran los Campos Elíseos y el Bois de Boulogne. Hoteles, confiterías y cafés preñaban la avenida con sus mesas en las veredas, muy lejanas a la pobreza del riachuelo, donde se extendían los arrabales, la inmigración y la penuria, en un amasijo de casas de madera asentadas sobre un terreno anegadizo.

El lastre de su soledad se fue haciendo cada vez más difícil de arrastrar.

Fue entonces cuando dio media vuelta y se dirigió hacia el puerto. Buenos Aires lo acorralaba.

Se paseó por el muelle frente al convento de Santa Catalina de Siena. Estaba perlado de embarcaciones y se fijó en un gran trasatlántico en una de las dársenas abiertas hacia las aguas terrosas del Río de la Plata. Caminó hacia los galpones del puerto y luego torció hacia el punto de atraque. Observó su fisonomía desmesurada con ocho plantas, una gran chimenea en el centro y dos grandes palos a babor y estribor. Deseaba escapar de esa ciudad cuanto antes...

Metió las manos en los bolsillos y se paseó por la dársena. Una muchedumbre pululaba a los pies del buque, pero Eduardo se dirigió hacia la cola que conducía a la escalerilla de aquel gran vapor. Inquieto, traspasado por una premura inexplicable, se adentró entre los pasajeros cargados de bultos y baúles. Su ánimo estaba como las delgadas cuerdas de un violín que llevan demasiado

tiempo tensadas.

Solo quería olvidar, solo una tregua, y repetirse como una letanía que la encontraría, que para eso lo habían vomitado los hielos.

Volvió a mirar el trasatlántico y, entre la confusión de aquella explanada, alargó el brazo para que sus dedos rozaran el hombro de una muchacha.

—Disculpe, señorita. ¿Hacia dónde zarpa este navío?

La joven se volvió lentamente.

—Hacia Bristol, señor.

Su vestido era de talle corto, de una muselina casi transparente y, bajo su pequeño sombrero blanco, sus ojos se fijaron en él.

Eduardo sintió una bocanada de recuerdos, como si soplaran desde el Río de la Plata.

Y supo que su ausencia dejaría una huella mucho más profunda que el sur.

Epílogo

Londres, mediados de marzo de 1897

El reverendo Whaits golpeó la puerta con la aldaba y esperó junto a Sophie y su niña. La casa de los Albertson estaba ubicada en un laberinto de calles mal alineadas cerca del Támesis.

—¿Está seguro de que es aquí, reverendo?

—Conozco a Richard desde hace muchos años y es a esta dirección donde dirigí mis cartas. Debes tranquilizarte, Sophie.

Ella le había apremiado tanto que llevaban el equipaje todavía en el carruaje. Estaba exhausta: tras una semana de navegación hasta Buenos Aires, dos más de espera en esa ciudad y casi un mes y medio de travesía. Llevaba dos años sufriendo por haberlo abandonado y, frente a aquella puerta londinense, Ushuaia le pareció un espejismo.

Su corazón dio un respingo cuando la abrió una mujer de pelo completamente encanecido.

—¿Mary? ¿Eres tú? —le preguntó el reverendo.

—Claro que soy yo, Robert Whaits. ¿Es que no me reconoces después de tantos años? ¡Oh, Robert! ¡Dios mío, qué alegría volver a verte! —Y salió de su casa para abrazarlo.

—A mí también me ha cambiado el sur, querida Mary.

—No fue el sur, Robert, sino la vida. El tiempo no perdona a nadie. ¡No salgo de mi asombro! Le darás una inmensa alegría a Richard. Él jamás pensó que abandonarías Tierra del Fuego.

—¿Está fuera de Londres?

—Oh, no. Estará a punto de volver. De hecho, yo iba a salir ahora también.

El reverendo Whaits se volvió hacia Sophie.

—Ella es...

—Sophie Collinwood, por supuesto —se adelantó Mary—. La hermana de Tom.

—¡Así es, señora Albertson! —se emocionó Sophie—. Y esta es mi hija Anne. ¡Dígame que está aquí! ¡Dígame que no continúa en el orfanato! Se lo suplico.

—¡Oh! ¡Pobre muchacha! —La tomó de una mano para invitarla a pasar—. Ven a sentarte tranquila.

A duras penas se dejó guiar hasta una salita, con la pequeña en brazos, ansiosa por unas noticias que intuía infelices.

—Este chico ha tenido una vida muy difícil. Comprendo que sufieras tanto. Todo ha sido muy desafortunado desde la muerte de tu madre.

—¿Sigue allí?

—No, hija mía. Claro que no. Nada más recibir la primera carta de Robert nos pusimos en marcha. Lleva varios meses con nosotros.

—¡Dios mío! —Y se llevó las manos a la boca para contener el llanto.

—No sufras más, te lo ruego. La vida nos acaba devolviendo lo que es justo. —Entonces se asomó al hueco de la escalera—. ¡Tom! ¡Tom! Baja, por favor. Alguien ha venido a verte.

El reverendo Whaits se sentó en un sillón, justo cuando Sophie saltó como un resorte del suyo. No podía evitar balancearse acunando su inquietud.

—Lamentablemente, la muerte del reverendo Buchanan lo complicó todo. Su esposa Emma no estaba preparada para cuidar de él. Debes disculparla, Sophie.

—¡Yo no quise abandonarlo, señora Albertson! Yo jamás imaginé que todo podía acabar así.

—Robert se lo ha contado todo por carta a mi marido. ¡Tú ya has tenido lo tuyo también!

Sophie oyó los pasos del pequeño en los escalones de madera y, sin poder

dominarse, dejó a la niña en el regazo del reverendo Whaits y corrió a su encuentro.

—¡Tom! —gritó—. Tom, soy yo, Sophie.

Su hermano se detuvo en el último peldaño y se quedó paralizado. Ella se abalanzó sobre él y los dos se echaron a llorar abrazados como aquel día en el puerto, pero Thomas era ya un chico de diez años, más alto y delgado.

—¡Lo siento, Tom! —le dijo mientras lo cubría de besos—. ¡Lo siento tanto, pequeñín mío!

—Siempre supe que te volvería a ver —sollozaba él de pura alegría.

—¡No debí viajar aquel día! ¡No debí hacerlo sin ti!

—Estoy bien, de verdad. Los Albertson han sido muy generosos conmigo.

Sophie se separó de su hermano y lo examinó de arriba abajo.

—¡Cómo has crecido, Tom! Mamá estaría muy orgullosa de ti. Eres un hombrecito.

Lo tomó de la mano y lo condujo hacia la salita. El reverendo Whaits se puso en pie y el niño se inclinó ante él. Luego miró a la pequeña Anne.

—¿Es tu niña? —le dijo acariciándola.

—Sí, Tom. Tu sobrinita. Se llama Anne.

—¡Es hermosa, Sophie!

Thomas se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Él ya me lo había dicho.

—¿El qué?

—Que vendrías. Todos los días me aseguraba que un día ibas a volver a por mí. De hecho, pensaba que ya estarías aquí.

Entonces buscó en su bolsillo y sacó un recorte de periódico todo arrugado.

—Mira, es de The London Gazette.

Sophie alargó la mano y comenzó a leerlo. Su rostro fue empalideciendo y al acabar miró a Robert Whaits desconcertada.

—Pero ¿qué te sucede? Parece que hubieras visto un fantasma, hija mía.

Le pasó el recorte y el reverendo también estaba atónito cuando terminó de asimilar la noticia.

—Él me dijo que vendrías —repitió Tom.

—¿Quién es él?

—Está arriba. Me dijo que bajara yo primero. —Y señaló las escaleras—. Lleva una semana esperándote.

Sophie se asomó y se quedó muda.

—Pero ¡cómo es posible! —exclamó Robert Whaits—. ¡Es asombroso!

Él ya había bajado y se detuvo en el umbral de la salita.

—¡Sophie!

Ella volvió a llevarse las manos a la boca, pero esta vez no sintió el pujo del llanto. El estupor no le permitió dar ni un paso. Fue él quien tuvo que acercarse para abrazarla.

—¿Cómo es posible? —suspiraron sus labios—. Me cuesta asimilarlo, así, de golpe...

—Pero estoy aquí.

—Es... un milagro. Te daba por muerto.

—Lo sé, Sophie —le dijo acariciando su cabello—. Te dije que volvería a buscarte y tardé más de lo previsto.

Robert, Mary y Thomas asistieron felices a la oportunidad de verlos por fin fundidos en un abrazo. Cuando se separaron, el reverendo le estrechó la mano.

—Es como encontrarnos con un resucitado, Ariza. Todavía no doy crédito a verlo vivo. —Aún enarbolaba en la mano el recorte de periódico con el titular: «El White Sea vence a la Antártida».

Sophie tomó una mano de Eduardo y no se la soltó. Sintió el contacto de su piel y supo que el eslabón de su vida se engarzaba con él para siempre.

—Eduardo vino hace una semana, Robert —intervino Mary Albertson—. Llegó a través de la Sociedad Misionera Patagónica preguntando por Thomas Collinwood y nos contó su historia. Toda Inglaterra habla de ellos estos días. Fue él quien nos aseguró que vendrías a buscar al niño en cualquier momento y le ofrecimos una habitación para hospedarse mientras tanto. Esta casa se ha quedado demasiado grande para nosotros dos.

—Pero ¿cómo es posible que no supiésemos nada en Buenos Aires? —quiso saber Sophie—. ¿Es que acaso a los argentinos no les interesó la expedición?

—Desde luego que sí. Probablemente fuese porque no estáis acostumbrados a leer noticias en español. Salimos en varios periódicos, pero yo embarqué muy poco después hacia Bristol. Y no me equivoqué.

Entonces Mary y Robert le pidieron a Thomas que los acompañara un momento, y Sophie y Eduardo se quedaron solos por primera vez después de un año de ausencia. Ella se sentó con la niña en su regazo, que gorjeaba serena, sin comprender que estaba asistiendo al reencuentro de sus padres.

—Es tu hija, Eduardo. —Y la puso entre sus brazos.

—¿Mi hija?

—Lo supe cuando te fuiste. La he llamado Anne, como mi madre.

Sophie lo miraba como a través de un cristal, como si Eduardo no estuviera estrechando a la niña contra su pecho allí mismo, junto a ella. Y deseó que el tiempo se suspendiese en aquel instante feliz.

—¡Nuestra hija! —Eduardo tampoco era capaz de asimilar tantas emociones.

—¿Cómo supiste que viajaría a Inglaterra? —le preguntó ella.

—Me lo dijo un colono en Malvinas. Por él supe la tragedia de los Summer.

—¿Cómo se llamaba?

—Creo que Carroll.

—¡Andrew Carroll!

Entrecerró los ojos y sintió lástima por él.

—Pronto se prepararán para el invierno —pensó Sophie en voz alta y con la mirada perdida—. Allí llegará la nieve y aquí la tibieza del verano. Allí se oscurecerá el mundo, pero se iluminarán las cabañas para poder hacer dulces, leer o jugar junto a la lumbre. Creo que me duele esa distancia...

—Mi distancia más larga fue reencontrarme contigo, Sophie. —Y la atrajo hacia él para reunirse los tres en el abrazo—. Ya ninguna otra me importa.

A la mente de Sophie acudió el pequeño Adam, y supo que estaba enterrado en su corazón, junto a su madre. Un azucarillo de tristeza se diluyó en su interior.

—¿Volverías conmigo? ¿Al sur, con nuestra hija y con Tom? —le preguntó ella.

—Hasta el final de mi vida, solo iré adonde tú estés.

Nota del autor

La tierra del viento es una novela de ficción, pero ofrece una ambientación histórica que intenta ser fiel a la fundación de Ushuaia, desde la llegada de los misioneros anglicanos hasta la creación del penal para reincidentes. Se centra en el periodo inmediatamente posterior a la llegada de la Prefectura argentina, cuando el pequeño poblado acaba de nacer y solo allí se escucha hablar castellano. Hasta la llegada de los argentinos, el inglés era la lengua de sus primeros pobladores europeos, así como la lengua que primeramente enseñaron a los indígenas. Los protagonistas de esta novela, por su origen y relación con los anglicanos, hablan en inglés, aunque entienden el castellano.

Excepto los protagonistas de la novela, todos los demás personajes son reales: Thomas Bridges, John Lawrence, Pedro Godoy, Luis Fique, Robert Whaits... Con algunos de ellos me permito ciertas licencias, como hago con este último, el pastor anglicano a quien convierto en el padre de Dorothy.

He procurado recrear la vida de unos colonos ingleses a finales del siglo XIX, describiendo aquella odisea con toda la fidelidad de la que fui capaz, de tal forma que el lector pueda revivir los detalles de aquella época en uno de los lugares más apartados del mundo.

Sin embargo, el lugar donde decidí ubicar la hacienda de los Summer (Bahía Viento, nombre inventado) nunca estuvo ocupado por una estancia agropecuaria. El paraje se podría situar actualmente dentro del Parque Nacional Tierra del Fuego, donde se encuentra el Correo del Fin del Mundo.

Sobre la expedición antártica del White Sea, debo aclarar que es ficticia, pero está basada en hechos reales: entre los años 1901 y 1903, una expedición sueca puso en marcha la construcción de refugios en la isla Cerro Nevado, Bahía Esperanza e isla Paulet, así como el afán humano por alcanzar el Polo Sur, que después deparó tantas aventuras reales a cargo de exploradores que hoy son ya una leyenda.

Finalmente, hay que hacer constar que para la recreación de aquel periodo en Ushuaia me fue de inestimable ayuda el libro El último confín de la tierra de Lucas Bridges, así como La Australia argentina de Roberto J. Payró, Los indios de Tierra del fuego de Martín Gusinde o Hasta lo último de la Tierra: Allen F. Gardiner y las misiones en la Tierra del Fuego, de Arnoldo Canclini. Sin

embargo, como he mencionado anteriormente, en ningún caso esta ficción pretende ser un estudio académico de aquellos años, sino una aproximación literaria a aquel mundo desconocido y olvidado.

* 'Arriba', en lengua yagana.

© 2018, Javier Arias Artacho

Primera edición en este formato: febrero de 2018

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17167-23-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.